¡DEJA IR A MI PUEBLO!

por

DAVID W. DYER

Traducción: Sergio H. Aracena Ramírez

Revisión: Deise F. Aracena Ramírez y Daniel Añez

Publicación: Ministerio "Grano de Trigo"

¡DEJA IR A MI PUEBLO!

Primera edición en inglés: 2007

Ministerio "Grano de Trigo"

Primera edición en español: 2025

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, Revisión 1995.

Vitória, Brasil, 2025

Para recibir copias gratuitas o leer este y
otros libros y folletos en línea, ir a: www.granodetrigo.com

"Hijo de hombre, describe al pueblo de Israel el Templo, con sus planos y medidas, para que se avergüencen de sus iniquidades.

Y, si se avergüenzan de todo lo que han hecho, hazles conocer el diseño del Templo y su estructura, con sus salidas y entradas, es decir, todo su diseño, al igual que sus estatutos y sus leyes.

Pon todo esto por escrito ante sus ojos, para que sean fieles al diseño y cumplan todos sus estatutos."

(Ezequiel 43:10,11; NVI).

ÍNDICE

PREFACIO

1.

UNA VISIÓN CELESTIAL

2.

LA SUSTANCIA DE LA IGLESIA

3.

LA FORMA DE LA IGLESIA

4.

DONDE DIOS HABITA

5.

LIDERAZGO EN LA IGLESIA

6.

¡DEJA IR A MI PUEBLO!

7.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

8.

COMPROMISO

9.

REUNIONES DE LA VERDADERA IGLESIA

10.

VIVIENDO EN AMOR

11.

COSAS QUE DESTRUYEN

12.

EDIFICAR SOBRE LA FUNDACIÓN

EPÍLOGO

PREFACIO

Este es un libro acerca de la casa de Dios. Pero pocos cristianos parecen tener mucho interés en este asunto. Parecen pensar así: "¿A quién le importa dónde vive Dios? Él ciertamente es capaz de ocuparse de Sus propios problemas. Estamos ocupados con nuestras propias vidas. Tenemos cuentas que pagar, hijos que educar y trabajo que hacer. No tenemos tiempo para preocuparnos por el lugar donde habita Dios".

Pero David, el rey, tenía un tipo diferente de actitud. Tenía un tipo diferente de corazón. Él dijo: "no daré el sueño a mis ojos ni a mis párpados adormecimiento, hasta que halle lugar para Jehová, morada para el Fuerte de Jacob " (Sal 132:4,5).

David era un hombre que tenía intimidad con el Todopoderoso. Por causa de esa comunión, su corazón comenzó a acoger los deseos del Altísimo. Él comenzó a sentir las cosas que estaban en el corazón de Dios y a desearlas también. Tal vez por ese motivo, el Señor lo consideró como "... un hombre según Su corazón" (Hch 13:22).

David fue un hombre bendecido por Dios, en parte porque procuraba las cosas que Dios deseaba. Muchos cristianos hoy no experimentan esa bendición. Trabajan largas horas para pagar sus mensualidades y otras deudas, pero parecen nunca llegar a una buena posición financiera. Tratan de entretenerse con varias diversiones, incluyendo comidas y bebidas, pero no están realmente satisfechos. Están constantemente comprando ropas nuevas, pero esto tampoco parece satisfacer sus necesidades emocionales.

"Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos. Sembráis mucho, pero recogéis poco; coméis, pero no os saciáis; bebéis, pero no quedáis satisfechos; os vestís, pero no os calentáis; y el que trabaja a jornal recibe su salario en saco roto. Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad sobre vuestros caminos.

Buscáis mucho, pero halláis poco; lo que guardáis en casa yo lo disiparé con un soplo. ¿Por qué?, dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto mi Casa está desierta, mientras cada uno de vosotros corre a su propia casa. Por eso los cielos os han negado la lluvia, y la tierra retuvo sus frutos. Yo llamé la sequía sobre esta tierra y sobre los montes, sobre el trigo, sobre el vino, sobre el aceite, sobre todo lo que la tierra produce, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de sus manos." (Hg 1:5-7, 9-11).

Dios está llamando hoy a los hombres y las mujeres a regresar a Él y trabajar junto con Él en la edificación de Su hogar eterno. Él está buscando a aquellos que le responderán con todo su corazón y se dedicarán a Su

servicio. Él está procurando aquellos cuyos corazones responderán a Su corazón.

Este autor espera que, a través de este libro, algunos cristianos sean guiados a cambiar su enfoque. Tal vez, a través de este texto, algunos sean inducidos a entender más profundamente las cosas que están en el corazón de Dios.

Entonces, podrán dedicar sus vidas a edificar la casa de Dios. Ellos pueden ayudar a edificar Su reino y transformar eso en la prioridad en sus vidas. Ciertamente, de esta manera, experimentarán bendiciones maravillosas en esta labor y también recompensas eternas cuando Jesús regrese.

David W. Dyer

1.

UNA VISIÓN CELESTIAL

Las instrucciones que Dios le dio a Moisés Él también nos está hablando a cada uno de nosotros hoy. No solo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo Testamento, encontramos la siguiente amonestación: "Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte" (Ex 25:40; Heb 8:5). Esta es una advertencia que debemos contemplar seriamente.

Moisés fue un hombre llamado por Dios para guiar a Su pueblo y edificar una morada para Él. Moisés entendió esta misión extremadamente importante y estaba listo para responder a él con todo su corazón. Sin embargo, no era libre de hacer nada por su cuenta. No tenía la libertad de inventar nada, planear nada ni hacer nada de acuerdo con sus propios gustos o deseos. Se le instruyó estrictamente que hiciera todo solo de acuerdo con la visión celestial que había recibido personalmente mientras estaba en la montaña con Dios.

Moisés había subido al monte santo. Allí, pasó un tiempo (40 días y 40 noches para ser exactos) en la presencia misma del Dios Todopoderoso. Conocía el temor a Dios. Había experimentado Su majestad y Su poder asombrosos. Además, había visto el corazón de Dios y había comenzado a entender algo de lo que su Creador estaba deseando. Así que, cuando descendió de esa montaña, tenía ardiendo dentro de sí una visión celestial, una revelación espiritual que luego pasó a controlar su labor mientras edificaba una morada para el Altísimo.

Estas cosas deberían hablarnos fuerte y claramente hoy. Cuando nos convertimos y luego comenzamos a desear involucrarnos en la obra de Dios, esto es algo que debemos considerar seriamente. Si queremos colaborar con Dios y ayudarlo a edificar Su morada eterna, hay un factor importante que debemos contemplar.

Antes de comenzar a trabajar en serio, debemos haber entrado profundamente en la presencia de Dios. No solo debemos haber entrado, sino que debemos haber pasado tiempo allí, mucho tiempo, escuchando, viendo y entendiendo qué es lo que Él desea. Antes de ir mucho más allá de las etapas y las actividades de la infancia espiritual, es de suma importancia que hayamos recibido una revelación celestial para que nuestro trabajo se haga con sustancia divina y no sea simplemente madera, heno y hojarasca (1 Co 3:12). Debemos haber visto el santo plan de Dios y, luego, edificar en armonía con este.

Queridos hermanos y hermanas, esta no es una consideración sin importancia. No es algo que debamos tomar a la ligera. Cuando nos involucramos en la edificación junto con Dios, participamos en una edificación que es eterna. Lo que Dios edifica a través de nosotros será Su morada para siempre. Por lo tanto, no puede ser, no debe ser algo hecho sin mucha revelación y oración, e incluso temor y temblor. Todos debemos

tener una buena dosis de respeto y asombro por Dios cuando comenzamos a edificar algo en Su nombre.

El Señor nuestro Dios no habita y nunca habitará en un templo que manos humanas han edificado (Hch 7:48). Por lo tanto, si no edificamos de acuerdo con Su diseño, lo que edificamos no lo satisfará y Él no habitará allí. No será el lugar de Su residencia.

Muchos cristianos hoy en día se han engañado porque Dios ocasionalmente visita sus obras en edificación. Ya que Su presencia viene de vez en cuando, entonces imaginan que Él está aprobando lo que están edificando.

Pero lo que necesitamos edificar urgentemente no es un lugar en el que Dios se detenga a visitar de vez en cuando, sino el lugar donde Él se complacerá en residir. Debemos edificar la eterna casa espiritual de Dios, donde Él habitará permanentemente, por toda la eternidad. Para hacer esto, necesitamos recibir una profunda visión celestial. Todo lo que hagamos deberá ser guiado por esta revelación.

OTROS MODELOS O PATRONES

Muchos millones de cristianos, hombres y mujeres de Dios, están edificando hoy. Hay mucha actividad "cristiana". Cada día que pasa, literalmente cientos de "iglesias" surgen en todo el mundo. Me gusta creer que la mayoría de estos queridos hermanos y hermanas están haciendo su trabajo con un corazón puro y un deseo sincero de agradarle a Dios. Sin embargo, muchos de ellos parecen estar edificando sin mucha comprensión del plan celestial. Ellos están simplemente copiando lo que ven que otros hacen. Están edificando de acuerdo con la visión que han visto en la siguiente esquina y no según la montaña santa de Dios.

En lugar de recibir una visión de Dios, están confiando en el hombre. En lugar de una revelación celestial, oyen hablar de algún grupo u otro que está teniendo éxito y atrayendo a un gran número de personas y, luego, se apresuran a copiar lo que estos otros están haciendo.

Tal vez algunos simplemente están repitiendo lo que su denominación particular ha hecho en el pasado. Posiblemente, la tradición los ha atado a un cierto patrón de edificación. Puede que otros estén haciendo lo que aprendieron en una escuela bíblica o un seminario. Otros confían en su propia popularidad, don o carisma para atraer y mantener a un número de personas en su rebaño. Hay, de hecho, muchos métodos y patrones que se utilizan en la edificación hoy.

Pero tal vez todos deberíamos detenernos por un momento y considerar cuidadosamente lo que estamos haciendo. Es un tema muy serio. Las cosas que hacemos tienen consecuencias eternas. Por lo tanto, no haría daño tomarnos unos minutos y contemplar en oración nuestras obras para Dios. Entremos en Su presencia y presentémosle nuestros planes y proyectos. Abramos reverentemente nuestros corazones para escuchar Su opinión. Preguntémonos a nosotros mismos y preguntémosle a Dios honestamente: "¿Estas cosas que estamos haciendo están realmente hechas con materiales a prueba de fuego? ¿Lo que estamos edificando es realmente la casa de Dios? ¿Es algo en lo que Él se complacerá en habitar por la eternidad?".

En 1 Corintios 3:10-17, Pablo nos da algunas advertencias e instrucciones acerca de cómo edificar la casa de Dios y qué materiales debemos usar. Nos insta a ser muy cuidadosos con lo que estamos haciendo. Dice: "... pero cada uno tenga cuidado de cómo construye [sobre el fundamento]" (v. 10). No es suficiente que simplemente edifiquemos cualquier cosa que pensemos que podría ser buena o que otros aprueben. Es esencial que edifiquemos de acuerdo con el diseño de Dios y usemos los materiales aprobados.

Así que, queridos hermanos, ¡tengan cuidado! Tenga mucho, mucho cuidado de que lo que esté haciendo esté en armonía con la mente de Dios. No tenga tanta prisa por salir y hacer algo para Dios. Es extremadamente importante que escuchemos a Dios y veamos con visión espiritual Su morada eterna primero, antes de comenzar a edificar. Si comenzamos con una visión celestial, entonces todo nuestro trabajo será aprobado. De esta manera, no nos avergonzaremos cuando Él venga y examine lo que hemos hecho.

A medida que avanzamos en este libro, veremos en detalle exactamente qué tipo de materiales debemos usar, pero, por ahora, debemos ver claramente que hay dos tipos disponibles. Hay materiales sobrenaturales que se caracterizan como "oro, plata y piedras preciosas", y materiales terrenales, caracterizados como "madera, heno y hojarasca" (v. 12).

El primer tipo tiene su origen en Dios, siendo celestial en calidad. El segundo tipo es algo meramente humano y natural. En el mundo actual, ambos tipos de materiales se pueden utilizar para hacer edificaciones impresionantes. Muchas mansiones multimillonarias tienen madera como su estructura básica, pero en el reino de Dios, solo usando Sus materiales y siguiendo Sus planes, podemos satisfacerlo.

EL ÉXITO NO ES EL ESTÁNDAR

En nuestro empeño por agradar a Dios, una cosa debe quedar muy clara para nosotros y es que el éxito no es el criterio con el que Dios juzga nuestras obras. Permítame repetirlo. Lo que confirma si Dios está complacido o no con lo que estamos haciendo no es cuántas personas vienen a nuestras reuniones. No es lo popular que nos hemos vuelto nosotros y se ha vuelto nuestro mensaje. No es que otros en la comunidad cristiana estén aplaudiendo y admirando nuestro trabajo. No es que nuestro trabajo esté creciendo y extendiéndose a un ritmo tal que toda la nación e incluso el mundo estén empezando a oír hablar de nosotros. Seamos sinceros: incluso un virus puede propagarse rápidamente y hacerse mundialmente famoso.

Sin embargo, en nuestro mundo actual, parece haber un criterio que la gente admira. Cuando otras personas miran nuestro trabajo, por lo general están buscando ver una cosa. Quieren saber si tenemos éxito o no. El estándar mundano es normalmente este: ¿Hay alguna cantidad visible de éxito? ¿Se está expandiendo la obra? ¿Hay alguna evidencia concreta de éxito? Si la hay, nuestro trabajo es admirado y aprobado. Si no, entonces lo que estamos haciendo es ignorado o incluso despreciado. Este es el estándar del mundo.

Pero el estándar de Dios es completamente diferente. Su estándar es la obediencia. Su medida es si estamos trabajando o no de acuerdo con Su propósito. Lo que hacemos en obediencia a Él puede parecer exitoso a los ojos de los hombres sin embargo, también es muy posible que no lo vean así. Los caminos de Dios son a menudo misteriosos. Él no usa los caminos y los métodos del mundo. Su sabiduría es algo que este mundo y la gente en él no entienden (ver 1 Co 1:18-25). A menudo, Sus obras son ocultas, pequeñas e inesperadas. Sin embargo, a lo largo del tiempo, han demostrado que producen los resultados más excelentes.

Para aclarar un poco este punto, echemos un vistazo a algunos de los hombres de Dios que fueron poderosamente usados por Él, pero que fueron despreciados y rechazados. Tuvieron éxito a los ojos de Dios, pero fueron descartados por el mundo, y algunos, incluso por las comunidades religiosas de su época.

Noé fue obediente, pero para nada popular. Me imagino que la mayoría de las personas lo consideraba loco. Allí estaba construyendo un enorme barco en tierra firme, sin medios de llevarlo al agua. Sin duda era el hazmerreír de la comunidad circundante. Pero él era obediente a Dios.

Jeremías fue un profeta que fue ungido y usado por Dios. Dos libros enteros del Antiguo Testamento son sus obras y profecías. Cada palabra fue inspirada y ungida por el Dios del universo. Cada profecía que declaró fue cierta y se cumplió (o se cumplirá). Sin embargo, no tenía un grupo de seguidores. Casi nadie le prestaba atención ni obedecía sus palabras. La nación a la que le profetizó nunca se arrepintió y finalmente tuvo que ser juzgada por Dios. Su "ministerio" fue un desastre, desde un punto de vista humano. Muchos de los otros profetas también encajan en esta categoría.

Aunque podríamos imaginar la situación de manera diferente, Pablo, el apóstol, también parecía un fracaso al final de su ministerio. Fue perseguido y encarcelado, por lo que su "esfera de ministerio" se redujo: de ser un obrero trotamundos a tener contacto con muy pocos que lograron visitarlo en prisión.

Entonces, todas las iglesias en Asia, muchas de las cuales él había fundado, lo rechazaron y se alejaron (2 Tim 1:15). Se las arregló para escribir algunas cartas cortas desde la prisión, pero esto ciertamente no podría haber ocupado todo su tiempo. Sin embargo, ¿quién podría haber imaginado el fruto que produciría este período de su vida?

Jesús, el Hijo Primogénito de Dios, también fue despreciado y rechazado por la mayoría (Is 53:3). Aunque disfrutó de algunos momentos de popularidad, sabía que los hombres a menudo acudían a Él en masa por las razones equivocadas [venían por el pan y las curaciones]. Entonces, de vez en cuando Él les hablaba una palabra más dura, que exigía un compromiso mayor de parte de ellos, que hacía que muchos de ellos se dieran la vuelta y se fueran. Al final de su ministerio terrenal, Jesús estaba solo. En la cumbre de Su obra sobrenatural, todos Sus seguidores lo abandonaron.

Aunque hoy vemos la obra de Jesús como un éxito, ya que el "cristianismo" se ha extendido por todo el mundo, si miráramos las cosas como si estuviéramos allí en ese momento, Su obra probablemente habría parecido un fracaso, o incluso un desastre. Él, el líder, estaba muerto y

todos Sus seguidores estaban dispersos. El éxito aparente no es y nunca puede ser la medida para juzgar nuestra obra para Dios.

NUESTRAS OBRAS SERÁN JUZGADAS

Cuando Jesús regrese, lo que hayamos hecho en Su nombre será juzgado. Nuevamente, en 1 Corintios 3:13, leemos que nuestras obras pasarán por la prueba del fuego sobrenatural. Si nuestras obras se han hecho con materiales combustibles, es decir, algo humano, natural y terrenal, se quemarán. Si nuestras obras se han hecho con materiales celestiales, sobrevivirán a la prueba.

Dios nos asegura aquí que, incluso si las obras de algunos son destruidas, ellos mismos serán salvos (v. 15). Sin embargo, parece que habrá un juicio muy severo para aquellos que edificaron erróneamente. No solo se perderán sus obras junto con cualquier recompensa por ellas, sino que también habrá algún tipo de juicio para ellos mismos.

Tal vez eso se refiera al juicio expresado en la advertencia en Corintios 3:17, donde leemos: "Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá…". El contexto de este versículo es muy importante. El asunto aquí es la edificación del templo de Dios. En esta obra de edificación se nos dice que si "destruimos" el templo de Dios sufriremos un juicio grave. Según R. N. Champlin, Ph.D., en su comentario sobre el Nuevo Testamento, esta palabra "destruir" también se puede traducir por: "arruinar", "corromper", "arrasar" y/o "dañar", en sentido moral o físico (vol. 4, pág. 5).

La palabra traducida como "destruir" (v. 17), que se refiere a lo que Dios le hará a la persona ofensora, es exactamente la misma palabra griega traducida como "destruir" en la primera parte del versículo. Así, vemos que Dios castigará a aquellos que contaminan Su casa eterna de acuerdo con lo que hayan hecho. Las obras destructoras que alguien haya practicado se convertirán en su propio juicio.

Entonces, ¿qué significa “destruir” o “corromper” la morada de Dios? Significa que, mediante el uso de materiales incorrectos, podemos contaminar o dañar el mismísimo lugar de residencia de Dios, Su templo. Es totalmente factible que nosotros, trabajando sin revelación sobrenatural, edifiquemos cosas dentro del templo de Dios que lo contaminan, lo manchan, lo dañan y lo arruinan. Además, si hiciéramos tales cosas, sufriríamos graves consecuencias cuando Jesús venga a juzgarnos por nuestras obras.

Queridos hermanos y hermanas, este versículo debería hacernos reflexionar y reflexionar bastante. No estamos tratando aquí con algún tipo de edificación temporal. Estamos edificando la morada eterna de Dios Todopoderoso. Por lo tanto, debemos ser muy, muy cuidadosos con lo que hacemos. Si nosotros, por medio de nuestra ignorancia y motivos carnales, contaminamos o dañamos la casa de Dios, seremos destruidos de la misma manera cuando Él venga.

ALGUNOS EJEMPLOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento vemos algunos ejemplos de ese tipo de contaminación. En el libro de Levítico, capítulo 10, versículo 1, leemos la historia de dos sacerdotes: Nadab y Abiú, que eran hijos de Aarón. Ellos parecían disfrutar de sus deberes religiosos y se enorgullecían de sus posiciones entre las personas. Entonces, pensaron que podían mejorar o aumentar un poco los designios de Dios.

Un día, en lugar de seguir los mandamientos de Dios, ellos tomaron sus incensarios, les echaron un poco de incienso y marcharon hacia el tabernáculo para hacer su propio tipo de ofrenda. Ellos inventaron una nueva y moderna manera de adoración. Desde el punto de vista de Dios, eso era "fuego extraño", fuego sin autorización (Lv 10:1). Su invento les costó sus vidas. Profanaron la casa de Dios y entonces vino fuego de la presencia de Dios y los consumió.

En 2 Reyes, capítulo 16, tenemos la historia de Acaz, que fue uno de los reyes de Judá. Desafortunadamente, este hombre no temía a Dios y ni comprendía Sus caminos. Un día, viajó a Damasco para encontrarse con el rey de Asiria, a quien le acababa de pagar tributos con oro y plata que había robado del templo.

Entonces, en aquella ciudad, vio un altar pagano. Era realmente impresionante. Era grande, muy ornamentado y espectacularmente hermoso. Parecía mucho mejor a sus ojos que el altar de bronce más simple y pequeño que Salomón había hecho.

Así que le envió al sacerdote Urías algunas medidas y la copia del diseño del altar que vio. Incluso, antes de que Acaz hubiera vuelto a casa, Urías edificó una réplica del altar pagano. En seguida, Acaz y Urías quitaron el altar de bronce del Señor y colocaron en el templo el nuevo e impresionante altar. Entonces, Acaz les instruyó a los sacerdotes usar el extravagante altar para todos los sacrificios y ofrendas. El viejo altar de bronce se usaría únicamente para "consultar con Él", es decir, para que Acaz buscara la orientación de Dios. Imagino que usó muy poco el altar de bronce.

El nuevo altar era grande e impresionante, pero no era el diseño de Dios. Era una gran obra humana. Era atractiva, desde el punto de vista terrenal y carnal. Pero era una contaminación para la morada simbólica de Dios, el templo.

Hay muchas cosas que los hombres aprecian con sus sentidos naturales. Ambientes bonitos, mensajes elocuentes, música emocionante y muchas otras cosas similares que son agradables para nosotros. Por lo tanto, existe una gran tentación de instituir tales cosas en nuestra obra para el Señor.

Mientras edificamos Su morada, es tentador agregar un poco de nuestras propias ideas y decoraciones. Es muy difícil que no incorporemos algunos de nuestros propios diseños y direcciones. Pero recordemos siempre: "Pues lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lc 16:15).

MUCHOS TIPOS DE TRABAJADORES

Hay muchos tipos de obreros que hoy participan en el proyecto de edificación de Dios. Así como el proyecto de una construcción terrenal requiere tipos diferentes de trabajadores, incluyendo electricistas,

plomeros, carpinteros, albañiles, etc., también la edificación de Dios requiere que las personas desempeñen muchas funciones diferentes.

Leemos en el Nuevo Testamento acerca de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Además de eso, se nos habla de muchos otros tipos diferentes de dones y ministerios. No es el propósito de este libro delinear y analizar cada una de esas diferentes funciones, sino solo decir que son muchas y variadas.

Un ministerio importante que tiene una relación directa con nuestra investigación actual es el trabajo de un apóstol. Dios es el arquitecto de Su edificación. Él mismo ha diseñado el plano. Pero también hay quienes son llamados "sabios constructores" (1 Co 3:10-NVI). Son como supervisores de construcción. Son individuos que pasaron un tiempo en la montaña de Dios. Han mirado profundamente dentro de Su corazón. Han visto Su proyecto y han entendido cómo edificar lo que han visto. Este es el trabajo de un apóstol. Por lo tanto, un apóstol es alguien que tiene una visión amplia de lo que Dios desea y una comprensión clara y espiritual de cómo edificar lo que se le ha revelado.

Los apóstoles son aquellos a quienes Dios ha revelado Sus "misterios". Pablo escribe: "... pues por revelación me fue declarado el misterio" (Ef 3:3). Habiendo recibido estas revelaciones, ellos se convierten en "administradores de los misterios de Dios" (1 Co 4:1). Ellos han obtenido algo de valor supremo y son responsables ante Dios en la forma en que lo administran. Esto se conoce en Efesios 3:9 como la "administración del misterio" (RVA 2015). Esto significa que los apóstoles deben ser siervos humildes, compartiendo fielmente con el resto del cuerpo de Cristo las cosas preciosas que Dios les ha revelado. Necesitan esforzarse para ayudar a los demás miembros a ser guiados por la misma revelación celestial.

Por supuesto, cada tipo de ministerio necesita alguna revelación divina para trabajar. Cada miembro del cuerpo debe seguir el liderazgo sobrenatural para ser eficiente. Sin embargo, es aquí donde encontramos un problema común en la Iglesia de hoy.

Para explicar esto mejor, usaremos un ejemplo terrenal. Hablemos de un plomero. Supongamos que sabe cómo encajar tuberías. Es bueno en lo que hace y sabe que es una parte esencial del proyecto. Pero, si comienza a pensar que lo que ve y sabe es la totalidad el proyecto, entonces empezarán a aparecer problemas.

Tal vez podríamos pensar en nuestro "plomero" como un evangelista. Es eficiente en lo que hace. Él sabe que su parte es importante. Dondequiera que lea en la Biblia, ve evangelismo. Puesto que este es su don y su función, esto es lo que Dios le revela a través de Su palabra. Pero es muy posible, e incluso común, que este miembro comience a imaginar que ha visto todo el proyecto de Dios. Él comienza a pensar que su parte es la más importante, que su trabajo es la "obra" que Dios quiere que se haga. Puesto que esto es lo que ve cuando mira la palabra de Dios, entonces él supone que eso es todo lo que hace falta ver.

Sin embargo, dado que este hermano o hermana no es un apóstol, su visión es limitada, porque Dios no le revela todos los detalles de Su proyecto. A menos que tenga la humildad de considerar esto y comprender que necesita del resto del cuerpo, sin duda, esta persona encontrará

dificultades e incluso causará muchos problemas en la Iglesia por medio de su trabajo. En lugar de trabajar en armonía con las otras partes, él o ella podría independizarse e incluso luchar contra lo que otros están haciendo, ya que las acciones de estos son diferentes de lo que él o ella entiende.

(Por cierto, no pretendemos perseguir o criticar a los evangelistas. Ese mismo problema también es evidente en otros miembros dotados del cuerpo de Cristo).

Hoy, en la Iglesia de Cristo, vemos a muchos hermanos y hermanas edificando de esa manera imprudente. Pensando que su ministerio es la forma más importante o incluso el único camino, ellos comienzan a "edificar una iglesia" alrededor de su ministerio. En lugar de simplemente hacer su parte para edificar el cuerpo, se retiran a un lado y se reúnen con otros que están de acuerdo con ellos, o a quienes han convencido de la importancia de su ministerio.

El resultado es que vemos grupos que tratan de edificar la casa de Dios únicamente con tuberías y accesorios (que podrían ser el evangelismo). Otros están edificando solo con cables, enchufes y accesorios de iluminación (que podrían corresponder a la profecía o la enseñanza). Cada uno hace énfasis en su comprensión y su don, sin la humildad de ver que lo que hacen es apenas una parte del proyecto.

Así, llegamos a comprender parte de la importancia del ministerio apostólico. Parte de esa función es servir a las diversas partes del cuerpo, ayudándolas a entender todo el proyecto más amplio de Dios y cómo pueden desempeñar su parte en armonía con el resto. Ya que han visto más de la edificación completa, los apóstoles pueden ser de ayuda para los demás, ya que los ayudan a usar sus dones y ministerios para edificar la morada eterna de Dios.

La visión apostólica es un elemento necesario en la edificación de la casa de Dios. Es importante, entonces, que todos los trabajadores del proyecto de edificación oigan y comprendan la visión celestial de aquellos que genuinamente la recibieron.

La revelación divina es absolutamente esencial cuando estamos edificando la iglesia de Dios. Ni siquiera debemos comenzar sin ella. Así como un constructor de un edificio grande o incluso de una casa pequeña no pensaría en comenzar sin un plano, nosotros tampoco podemos trabajar sin recibir la revelación de Dios. Necesitamos haber visto exactamente qué es lo que hay en Su corazón. Entonces, debemos tener cuidado para edificar exactamente de acuerdo con esta visión que recibimos mientras estamos en la montaña con Él.

2.

LA SUSTANCIA DE LA IGLESIA

"Entonces Jehová Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras éste dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre" (Gén 2:21,22).

Cuando nos convertimos y comenzamos a pensar en trabajar juntos con Dios para alcanzar Sus propósitos eternos, primero necesitamos recibir una revelación de Él. Necesitamos gastar tiempo en Su santa presencia. Necesitamos subir al santo monte de Dios. Es allá que percibimos lo que está en Su corazón y comprendemos lo que debemos edificar y cómo hacerlo. Sin esta revelación, es posible y hasta bien probable que mucho de nuestro tiempo y energía se pierdan edificando algo que Él no desea.

Una de las cosas sobre las cuales debemos tener certeza cuando comenzamos a edificar es sobre el tipo de materiales que debemos usar. Cuando estamos edificando la morada del Dios eterno, hay normas específicas que necesitamos seguir con respecto a los materiales empleados. No tenemos la libertad de usar cualquier tipo de elementos que consideremos apropiados. Si queremos satisfacer el corazón de Dios, necesitamos seguir cuidadosamente el proyecto divino.

Por un lado, podemos fácilmente edificar con materiales naturales. Las Escrituras se refieren a estas cosas como "madera, heno y hojarasca". Estos elementos son representativos de lo que un ser humano puede hacer por sí mismo. Por ejemplo, un hombre natural puede planear, organizar, administrar y usar sus talentos "dados por Dios" para ejercer su influencia sobre otras personas y hasta atraer seguidores.

Muchos hombres y mujeres pueden persuadir a otros sobre su "posición" en la iglesia. Pueden reclutar a otros para que se les unan. Pueden dar consejos, enseñar y hasta predicar sobre un gran número de asuntos. Pueden decir discursos interesantes, poderosos y muy emotivos. El hombre natural puede hacer estas y muchas otras cosas.

Ya que el hombre natural puede hacer todas estas cosas, es fácil que las hagamos cuando comenzamos a trabajar para Dios. Especialmente si tenemos habilidades en algunas de estas áreas, es natural que pensemos que podemos usar nuestros recursos para ayudar a edificar la casa de Dios. Pero si el origen de estas cosas es terrenal y humano, en realidad son solo madera, heno y hojarasca. No importa cuán impresionante sea la estructura que estemos edificando. Lo que cuenta es el tipo de materiales que utilizamos en la edificación.

Las Escrituras también mencionan otros tipos de materiales de construcción: oro, plata y piedras preciosas. Estos artículos representan materiales de origen divino. Estos artículos no son las obras que los hombres hacen para Dios, sino obras que Dios mismo hace a través de los hombres. Cuando estamos edificando con materiales divinos, ya no somos

nosotros quienes hacemos la obra, sino Dios que vive y se mueve por medio de nosotros para cumplir Sus propósitos.

Muchos hombres tienen habilidades. Algunos pueden construir un cobertizo o una casa. Otros posiblemente podrían construir un avión. Otros más son capaces de diseñar y construir naves espaciales o supercomputadoras. Hay cosas realmente notables que los hombres han construido.

Pero todavía hay una cosa que el hombre no puede construir. No puede crear un ser viviente. Ningún hombre puede unir célula con célula, conectar las diversas células a los nervios, crear huesos y músculos, los diversos órganos especializados y, luego, hacer que todo respire y viva. Solo Dios puede dar la vida y hacer un ser vivo.

La casa de Dios, en la que Él habitará por la eternidad, es una casa viva. Nosotros, Su pueblo, somos las "piedras vivas" de esta casa (1 Pe 2:5). La casa de Dios no es una estructura estática y física como la que construiría un rey o presidente en la Tierra. En cambio, es una construcción que está viva con la Vida de Dios. Será un tabernáculo vivo, que respira y se mueve. Será un vaso en cual Él será visto y a través del cual vivirá, se moverá y se expresará al Universo.

Puesto que ningún hombre puede crear algo viviente, está claro que nosotros no podemos edificar nada para Dios por nuestra cuenta. Lo mejor que podemos hacer es trabajar junto con Él (1 Co 3:9). Si seguimos Su liderazgo momento a momento y confiamos plenamente en Su poder, Él podrá utilizarnos para edificar algo que le agrade.

Aunque hubiéramos recibido la revelación del producto terminado, no tendríamos la habilidad sobrenatural para crear aquello que hemos visto. Podemos recibir una visión divina. Podemos recibir un vistazo de Su casa eterna. Pero dependemos y siempre dependeremos completamente de Dios para hacer la obra en nosotros y por medio de nosotros. La revelación nunca nos hace capaces de hacer las cosas por nosotros mismos. En cambio, como los niños pequeños, necesitamos andar de la mano de nuestro Creador y cooperar con lo que Él está haciendo todos los días.

DIOS DESEA UNA NOVIA

Aprendemos de las Escrituras que nuestro Señor está edificando una novia para sí mismo (Ap 21:2). En el Antiguo Testamento, leyendo acerca de la creación de Adán y Eva, encontramos una imagen profética acerca de la futura esposa de Cristo. Aquí podemos entender bastante acerca de qué tipo de materiales quiere usar Dios. Se nos dice que Adán fue creado del "polvo de la tierra" (Gén 2:7). Estaba hecho de materiales comunes y terrenales.

Pero cuando su novia, Eva, fue formada, Dios usó algo diferente. Eva fue hecha de algo que salió del costado de Adán. No se agregó nada más. No se usó "polvo", ni madera, hojas ni piedras. Dios solo usó lo que había tomado del costado de Adán para crear a su novia. Esta antigua historia todavía nos habla hoy.

Así como Adán fue puesto a dormir, y Dios realizó la primera cirugía en él para extraer materiales para una novia, así también Jesús "se durmió" en la cruz. Allí, el asistente quirúrgico de Dios, el soldado romano, hizo una incisión en el costado de Jesús y algo muy precioso fluyó: sangre y agua

(Jn 19:34). La sangre y el agua, que representan la vida derramada de Cristo, son las mismas sustancias que el Padre está usando hoy para edificar una novia, Su Iglesia. Al igual que en el caso de Eva, no se puede agregar nada terrenal. No se puede usar nada humano ni ningún otro ingrediente. Solo se puede usar la vida de Jesucristo para edificar a la novia que Su corazón desea.

LA VIDA DE DIOS

Dado que esta Vida es la sustancia que podemos usar para edificar adecuadamente la santa morada de Dios (de hecho, la única sustancia que puede usarse para esto), tal vez sería bueno que nos detuviéramos un momento aquí para investigar exactamente qué es esto. Aunque algunos lectores podrían estar familiarizados con este material, para muchos abordará un terreno muy nuevo e importante.

En el Nuevo Testamento, que fue escrito por primera vez en el idioma griego, encontramos al menos tres palabras griegas diferentes que se traducen como una única palabra en español: "vida". Evidentemente, los griegos tenían una especie de cultura filosófica con una comprensión más rica y amplia de la vida que la que tenemos hoy. Así que usaban varias palabras diferentes para expresar estas ideas.

Hay tres palabras griegas que mantendrán nuestra atención en este momento. Ellas son "BIOS", "PSUCHÊ" y "ZOÊ". Estas tres palabras se traducen como una palabra en español: "vida"; sin embargo, tienen significados claramente diferentes. Por lo tanto, es importante que conozcamos el significado de estas palabras y las diferenciemos a medida que leemos la Biblia. De esta manera, podremos tener una mejor comprensión de lo que la Biblia está diciendo. Por favor, acompáñenme a revisar los significados de estas tres palabras griegas.

La palabra BIOS parece acercarse más a lo que queremos decir en español cuando decimos "vida". Incluye ideas tales como la duración de nuestra vida, nuestro trabajo o sustento, nuestra conducta moral y nuestra vida biológica.

La palabra PSUCHÊ generalmente significa nuestra vida psicológica o la vida de nuestra alma. Esto incluye nuestra vida emocional y nuestra vida de pensamiento. De hecho, esta palabra a menudo se traduce como "alma" y se contrasta con nuestro espíritu en Hebreos 4:12, donde leemos que una de las funciones de la palabra de Dios es hacer una división limpia y definida entre nuestra alma (PSUCHÊ) y nuestro espíritu.

La palabra griega ZOÊ se usa con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento para referirse a un tipo de vida muy especial, la vida de Dios. Los escritores del Nuevo Testamento eligieron esta palabra griega para expresar algo supremamente exaltado: la Vida misma de Dios. Puesto que Él es el único ser eterno y no creado en el Universo, Su Vida es realmente algo especial.

Es exactamente esta Vida sobrenatural la que estaba en Jesucristo (Jn 1:4). Es esta Vida sin principio y sin fin la que fluyó de Su costado en el Calvario. Es esta Vida todopoderosa y triunfante la que Él le está dando gratuitamente a los que creen. Y es esta misma Vida genuina de Dios la que Él está usando para edificar Su Iglesia, Su novia. Ese es el único material aprobado con el que podemos edificar Su morada eterna.

OTROS MATERIALES

Así que, cuando comenzamos a colaborar con Dios y edificar Su morada, debemos usar el material apropiado. Debemos edificar con Su Vida ZOÊ. Debemos usar esta y solo esta sustancia divina. No se puede añadir nada más. Las cosas terrenales o humanas no se pueden usar. Esto significa que nuestras habilidades naturales están excluidas.

Por ejemplo, necesitamos dejar a un lado nuestra capacidad para lograr que las personas nos sigan. Nuestro don para influir en los demás y persuadirlos a hacer lo que queremos que se haga también debe descartarse. Nuestra personalidad carismática, que tantas veces hemos utilizado para encantar a los demás y atraerlos a nuestro trabajo, se rechazará. Nuestras formas de manipular políticamente a los demás, nuestras técnicas para parecer amigos de todos y así atraerlos a nuestro grupo y la presencia dominante que hemos utilizado para impresionar a las personas son cosas que deben desecharse. Más que esto, debemos descartar nuestro conocimiento y las cosas que hemos aprendido acerca de "cómo" edificar un grupo o una "iglesia".

¿Por qué se rechazan estas cosas? Es porque tienen su origen en el alma. Son una expresión de nuestra vida BIOS o PSUCHÊ y no una revelación de la Vida ZOÊ de Dios. Ya que nuestros talentos y nuestras habilidades son una expresión de nuestra vida natural, no pueden producir ningún resultado sobrenatural.

Cuando deseamos trabajar juntos con Dios y edificar Su casa eterna, primero debemos humillarnos y vaciarnos de todas nuestras ideas y nuestros planes preconcebidos. Debemos dejar a un lado lo que hemos aprendido de otras construcciones meramente humanas. De hecho, debemos arrepentirnos de todo lo que hemos estado haciendo, que han sido solo esfuerzos terrenales y naturales. Entonces, debemos aprender a edificar de acuerdo con Su plan celestial. Como hemos estado viendo, un aspecto esencial de este plan es que no se pueden usar otros materiales además de lo que Él nos ha proporcionado, que es Su propia Vida sobrenatural.

Puede ser que algunos argumenten que, dado que Dios nos hizo de cierta manera, con ciertas aptitudes y talentos, seguramente querría que usáramos estas habilidades naturales para Su gloria. Sin embargo, este no es el caso. Nada natural se puede usar en Su construcción. Él no vivirá en un templo hecho con nuestras manos, no importa cuán talentoso se imagine usted que es. Su construcción de madera, heno y hojarasca puede ser impresionante, pero no es la casa de Dios.

La pregunta aquí no es si tenemos o no habilidades, sino más bien ¿quién tiene el control de estas habilidades? ¿Quién está realmente haciendo el trabajo? ¿Es verdaderamente Dios o es el hombre natural tratando de trabajar para Dios? ¿Estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo para trabajar para Él o Él se está moviendo y está fluyendo a través de nosotros?

Nada natural dentro de nosotros puede ser usado por Él hasta que haya sido completamente quebrantado por Su mano. Nuestra confianza en nosotros mismos y en nuestra capacidad para hacer las cosas debe desaparecer totalmente. Nuestras capacidades y calificaciones personales

no son de utilidad para Dios, mientras estén bajo el control del hombre natural. Mientras se exprese nuestra vida natural, el resultado solo puede ser algo combustible.

Pablo, el apóstol, antes de su conversión, era un fuerte hombre natural. Tenía muchas habilidades humanas. Así que Dios tuvo que trabajar en su vida para quebrantar su confianza en sí mismo. Después de años de experiencia siguiendo a Cristo, pudo escribir: "Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co 12:10). Y de nuevo: "Y también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros" (2 Co 13:4). Él cita, para nuestro beneficio, lo que Jesús le había enseñado: "Mi poder se perfecciona en la debilidad [humana]" (2 Co 12:9). Dios llevó a Pablo al lugar donde ya no tenía "confianza en la [su] carne" (Flp 3:3). Las capacidades humanas se interponen en el camino de Dios, pero Él se glorifica en las debilidades humanas, porque encuentra una manera de exhibir Su poder.

OTROS TIPOS DE ANIMALES

Antes de que Dios hiciera una novia para Adán, Él y Adán examinaron a todos los animales y Adán fue dándoles nombres. Pero, cuando leemos ese pasaje cuidadosamente, en Génesis 2:18-20, vemos que aquella no fue solo una sesión para darles nombres a animales. Dios y Adán estaban buscando algo específico. Estaban buscando una novia para Adán (v. 20). Pero no encontraron ninguna.

Aunque estas aves y estos animales eran sin duda graciosos, felpudos, amigables y atractivos, cada uno a su manera, ellos no tenían el mismo tipo de esencia que Adán tenía. No tenían el mimo tipo de vida que él. Por lo tanto, ninguno de ellos era apto para ser su esposa. Fueron rechazados. De la misma manera, Dios solo puede casarse con alguien que tenga la misma Vida y la misma naturaleza que Él. Esto significa que, al igual que en el caso de Adán y Eva, la novia de Dios debe ser edificada con aquello que sale de Su costado.

Tal vez, la congregación que usted ha formado sea exitosa. Puede ser que su trabajo atraiga a muchas personas. Posiblemente, muchas personas asistan a sus programas diferenciados para jóvenes, solteros, parejas, etc. Puede ser que sus habilidades (o las de su pareja) en organización y gerencia sean increíbles, y esté alcanzando sus metas.

Tal vez sus logros aparentes estén atrayendo la atención de los otros, y su "ministerio" esté expandiéndose rápidamente. Es posible que usted se haya unido recientemente a un movimiento "cristiano" muy popular y, tal vez por eso, su “iglesia" esté creciendo muy rápidamente. Tal vez, usted esté ganando fama o hasta una audiencia internacional.

En todas esas situaciones, hay una cuestión importante que necesita respuesta. ¿Todo eso es un producto de la Vida divina o es fruto de la habilidad y la ambición humanas? ¿Es un producto de lo que fluye del costado de Jesús o algo natural y terrenal, vestido con palabras y frases cristianas? ¿Lo que usted está edificando es realmente la novia de Cristo o es solo algún otro tipo de animal lindo y peludo? O, peor aún, ¿es algún tipo de monstruosidad religiosa? Solo un tipo de obra resistirá la prueba del día del juicio. Las demás se quemarán (1 Co 3:15).

Yo no soy el juez de su obra para Dios. Es Él quien analizará lo que todos hacemos. Cada uno de nosotros estará delante del trono de Dios, presentando todas nuestras obras y, entonces, Él ejercerá su juicio sobre ellas. Con esto en mente, se nos exhorta a examinar cuidadosamente nosotros mismos nuestra propia obra a la luz de Dios (Gál 6:4).

Mi trabajo, como su hermano en Cristo, no es aprobar o condenar lo que usted está haciendo en el nombre de Jesús. Es solo compartir con usted las cosas que Él me ha mostrado y estimularlo, en el temor a Dios, a oír lo que Él puede estarle diciendo a usted, para que le responda con todo su corazón.

LA VERDADERA CASA DE DIOS

La verdadera casa de Dios se edifica por la ministración de Vida ZOÊ, que fluye hacia nosotros y a través de nosotros por el Espíritu Santo. Estamos siendo transformados en morada de Dios a través del Espíritu (Ef 2:22). Es "...el Espíritu de vida [ZOÊ] en Cristo Jesús" (Rom 8:2) el que está haciendo la obra en nosotros y por medio de nosotros. Esta no es una obra que el hombre natural pueda hacer. No hay nada dentro de nosotros, aparte de la ministración de la Vida por el Espíritu Santo, que pueda servir en la edificación.

Por lo tanto, es esencial que cada cristiano sepa distinguir si está en el Espíritu o si está simplemente actuando con su alma. Es necesario ser capaz de discernir cuándo se está actuando y hablando por el flujo de la Vida divina o cuando está actuando algo natural. Necesitamos desesperadamente discernir lo que viene de lo alto y lo que viene de la Tierra.

La clave aquí es que la nueva Vida de Dios vive en nuestro espíritu humano. El Espíritu Santo se unió a nuestro espíritu y los dos espíritus se tornaron uno (1 Co 6:17). Por lo tanto, lo que está fluyendo hacia nosotros desde nuestro espíritu viene de Dios. Por otro lado, lo que viene de nuestra alma es natural, terrenal y rechazado por no ser útil para la edificación del santo templo de Dios.

¡Cómo necesitamos nosotros, el pueblo de Dios, experimentar la separación entre nuestra alma y nuestro espíritu (Heb 4:12)! ¡Cuán desesperada es la necesidad, en esta hora, de saber cuándo nuestra alma actúa para Dios y cuándo es realmente Dios quien actúa a través de nosotros! Este asunto de distinguir entre el alma y el espíritu es profundo.

No hay espacio en este libro para analizar estas cosas con gran detalle. Pero yo quiero invitar a todos los lectores a dedicar un tiempo para revisar dos capítulos de mi libro "*De gloria en gloria"*. Estos dos capítulos, 10 y 11, sobre la separación entre alma y espíritu, pueden ser de gran ayuda para comprender este asunto esencial.

LA MENTE HUMANA

Entretanto, hay dos aspectos del alma que necesitan examinarse más detalladamente, ya que ellos entran muy fácilmente en nuestros proyectos de edificación para Dios.

En primer lugar, hablaremos de nuestra mente. La mente forma parte de nuestra alma. Cuando nuestra mente está bajo el control del Espíritu,

encontramos el fluir de la vida y la paz de ZOÊ (Rom 8:6). Pero cuando nuestra mente está siendo motivada por la carne, esto significa que la vida del alma está llenando nuestra mente y fluyendo en ella, y el resultado es la muerte.

A menudo, el uso carnal de nuestra mente es el resultado de actuar de acuerdo con nuestro conocimiento acumulado. Muchos cristianos, tal vez sin darse cuenta, han "aprendido" cómo actuar como cristianos. Tienen experiencia en qué decir y hacer y cómo actuar en diversas situaciones. Tal vez han sido entrenados en alguna escuela o por otros sobre cómo vivir y actuar en un ambiente cristiano. Es posible que piensen que saben cómo edificar una iglesia o grupo y están ocupados implementando lo que han aprendido entre su círculo de conocidos cristianos.

Por ejemplo: puede ser que ellos tengan una cierta manera de orar que piensen que "produce resultados". Posiblemente piensan que saben la manera cierta de expulsar demonios. Es posible que hayan aprendido una manera especial de predicar, usando varios tonos de voz y gestos dramáticos como si se tratara de una obra de teatro. Esa y muchas otras cosas similares se usan frecuentemente en la Iglesia del Señor.

Por lo tanto, están tratando de edificar la casa de Dios con materiales terrenales y carnales. Están usando la sabiduría natural de la mente humana. Esto tal vez debería recordarnos las palabras de Pablo cuando dice: "Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debería saberlo" (1 Co 8:2). Lo que realmente necesitamos saber es cómo edificar con y por el Espíritu Santo que nos transmite la Vida de Dios.

¿Recuerda el jardín del Edén? Había un árbol allí llamado "el árbol del conocimiento del bien y del mal". Este árbol estaba lleno de conocimiento. Tal vez deberíamos ampliar un poco nuestra comprensión de esta verdad para ver que representa mucho más que simplemente el conocimiento del mal. Debemos saber que este árbol también transmite "buen" conocimiento.

Este árbol estaba y está lleno de todo tipo de conocimiento y sabiduría buenos, humanos y terrenales. Este "buen" conocimiento incluye el conocimiento de: cómo edificar una iglesia, cómo aconsejar a las personas en esta o aquella situación, cómo organizar varios ministerios de la iglesia, cómo hacer esto o aquello de una manera "cristiana" y mucho, mucho más.

El resultado de comer el fruto de este árbol fue la muerte. Lo mismo es cierto también hoy. Sí, la mente usada por el hombre natural produce la muerte. La mente humana, llena de todo tipo de conocimiento de cómo ser cristiano, cómo actuar y reaccionar en cada situación, cómo formar un grupo, etc., produce la muerte espiritual. La mente natural, cuando es animada y utilizada por la vida del alma, produce muerte, dondequiera que se manifieste. Verdaderamente, las Escrituras dicen que "el conocimiento envanece" (1 Co 8:1), pero no hace nada para edificar la casa espiritual de Dios.

Posiblemente, usted tenga algunas experiencias que puedan confirmar esta verdad. Puede ser que usted haya asistido a muchos cultos y predicaciones que no edificaron su espíritu. Puede ser que su mente se haya estimulado, pero su hombre interior no se alimentó. Posiblemente, ha recibido consejo y/o ministración que no logró penetrar hasta la raíz de su

necesidad ni ministró la vida ZOÊ. Su espíritu se quedó sin el verdadero alimento espiritual.

Hay innumerables hombres y mujeres hoy en día que, aunque participan regularmente en algún tipo de grupo cristiano organizado, en realidad están muriendo de hambre espiritual. Si la ministración que reciben es meramente mental, si es solo una transmisión de conocimiento bíblico, no pueden nutrirse. A menos que la ministración sea la expresión de la Vida divina de Dios fluyendo a través del Espíritu Santo, no puede edificar a la Novia. La Novia de Jesús solo está hecha de lo que fluyó de su costado en el Calvario.

EMOCIONES Y ENTRETENIMIENTO

Algunos, por supuesto, sienten esta falta del flujo de la Vida. Ellos disciernen que no están recibiendo alimento espiritual. Pero, con demasiada frecuencia, su solución también es carnal. Sintiendo la carencia espiritual, recurren a la estimulación emocional para tratar de cubrir el vacío. Su música de adoración se hace cada vez más fuerte. Se les insta a aplaudir, saltar, danzar y ondear banderas. Parte de la predicación se convierte simplemente en gritar varias palabras o frases comúnmente aceptadas.

Todo esto y mucho más es simplemente un esfuerzo por despertar las emociones de los asistentes, tratando de sustituir la falta del flujo del Espíritu Santo. Esto también tiene su origen en el alma.

La estimulación emocional no hace nada para alimentar el espíritu humano. Cuando una reunión cristiana se compone de muchos gritos estridentes, un observador casual podría ser llevado a concluir que, o bien el Dios de este grupo en particular es sordo, o que está muy lejos.

Otra táctica común en la Iglesia de nuestros días, en un intento de compensar la falta del flujo de la Vida a través del Espíritu Santo, es recurrir a distintos entretenimientos. Por supuesto, están los coros o cantantes individuales. Pero, aún más populares hoy en día, son las rutinas de danza, con banderas y vestuarios, presentaciones teatrales, mímicas y bandas cada vez más profesionales. También se puede emplear iluminación elegante y efectos especiales. Puede que estas cosas estén trayendo a su grupo algún éxito aparente. Es posible que cada vez más personas acudan a sus reuniones. Tal vez usted imagine que está edificando la casa de Dios con sus diferentes métodos.

Pero tenemos que detenernos un minuto y hacernos algunas preguntas muy serias. ¿Podría ser que estas cosas sean meramente terrenales y humanas? ¿Están produciendo resultados verdaderamente espirituales? ¿Los hombres y las mujeres que acuden a nuestras reuniones están siendo realmente transformados a la imagen de Dios? ¿Están siendo liberados del pecado y se están llenando de la Vida y la naturaleza de Dios de una manera visible y verificable? ¿Están siendo transformados en personas tan santificadas que Dios se complace en habitar en ellas? ¿Sus vidas se están cambiando, sus matrimonios se están restaurando y están gobernando sus familias por la gracia de Dios?

¿Es nuestra ministración el resultado del flujo de la Vida divina o un sustituto humano? ¿Es esta una obra que nosotros estamos haciendo para Dios o es una obra que Dios está haciendo a través de nosotros? ¿Y es

este trabajo verdaderamente a prueba de fuego y pasará la prueba del día del juicio, o es algo que parece bueno, pero que realmente está hecho de madera, heno y hojarasca? La verdadera novia de Cristo está siendo edificada solo de lo que fluye de Su costado herido.

CAMINANDO POR FE

Muchas personas, cuando debaten sobre cómo edificar la iglesia, quieren saber qué pasos dar. Parecen desear algún tipo de fórmula o programa que puedan seguir. Les gusta tener algo tangible en sus manos, que puedan hacer, algo que puedan implementar en su grupo. Se sienten muy inseguros con respecto al hecho de simplemente confiar en que Jesús haga la obra.

Pero la casa de Dios es una casa espiritual. No es nada que se pueda hacer con planos, programas y fórmulas. Como es espiritual, también es misteriosa e intangible. El hombre natural con su mente natural no puede comprenderla. Nuestros ojos físicos no pueden verla. Y nuestras manos humanas no pueden edificarla. Solo la Vida derramada de Cristo puede llevar a cabo esta obra.

La casa de Dios es una casa viva. No es algo estático que podamos planear, implementar o controlar. Como está viva, siempre es nueva. Jesús, el arquitecto de esta casa, está vivo hoy. Cuando estuvo en esta Tierra, Sus palabras y acciones siempre fueron imprevisibles. Cuando Sus discípulos se despertaban cada mañana, no tenían idea de adónde iría, qué diría o qué haría a continuación. Simplemente tenían que confiar en que Él los guiara y lo seguían adonde iba.

Nada ha cambiado. Jesús no nos revela un programa para edificar Su casa. Nosotros, en simplicidad infantil, debemos caminar con Él todos los días. Al igual que los discípulos, nosotros también debemos caminar con Él sin saber lo que sucederá después. Debemos creer que, a medida que lo seguimos y lo obedecemos, Su casa está siendo edificada.

Trabajar con Dios para edificar Su casa es una caminata de fe. No es algo fijo o preprogramado. A menos que sepamos cómo caminar con Jesús en fe, no podemos edificar Su casa. A través de la fe, podemos sentir Su liderazgo día a día y cooperar con Él en las cosas que está haciendo.

Si pensamos que sabemos qué hacer, entonces hay una gran probabilidad de que intentemos hacerlo. Si imaginamos que conocemos el plan, entonces es muy fácil para nuestro hombre natural tratar de implementarlo. En el momento en que pensamos que sabemos lo que Dios está haciendo, metemos nuestras manos allí para tratar de ayudar. Por esta razón, nuestro Señor no nos muestra todo. Su plan es que simplemente caminemos con Él y obedezcamos. La necesidad de caminar en fe infantil nunca se detiene. Si deseamos trabajar con Dios en la edificación de Su casa, esta es la única manera.

Tan pronto como imaginamos que sabemos qué hacer o cómo hacerlo, esto es evidencia de que hemos perdido nuestra dirección espiritual. En el momento en que pensamos que sabemos cómo y qué edificar, tenemos una prueba de que Jesús ha seguido adelante y simplemente nos estamos aferrando a la cáscara vacía de lo que hizo en el pasado. ¡Cuántos

hombres de Dios están en esta posición! Están tratando de aferrarse a algo que Dios hizo en el pasado o recrearlo. Pero eso simplemente no funciona.

Es cierto que Dios puede darnos alguna dirección futura. Ocasionalmente, Él nos mostrará cómo ejecutar una cosa u otra para Él. Sin embargo, estas cosas siempre están sujetas a cambios. Nuestro Señor es nuevo cada mañana (Lm 3:23). Nunca debemos apartar nuestros ojos de Él. Necesitamos mantener nuestros ojos fijados en Él y comenzar a ver solo las cosas que nos ha mostrado. Siempre debemos estar listos, como los hijos de Israel en el desierto, para empacar nuestras cosas y avanzar en cualquier momento. No debemos perder el contacto con Él. De esta manera, seremos fructíferos en nuestra obra para edificar Su casa eterna.

EDIFICAR CON VIDA

Nuestro llamado de Dios es para edificar a los miembros individuales del cuerpo de Cristo. Esto requiere que ministremos la Vida de Jesucristo unos a otros. Pero para hacerlo, nosotros mismos debemos estar llenos de esta Vida sobrenatural. Entonces, ¿cómo podemos llenarnos de la Vida de Dios? Dediquemos un poco de tiempo a investigar este asunto tan importante juntos.

La necesidad básica de toda la vida es el alimento. Todo ser vivo, ya sea vegetal o animal, debe tener alimento para vivir. Por lo tanto, podemos concluir que, para estar llenos de esta Vida espiritual, nosotros también debemos estar recibiendo algún tipo de alimento espiritual. Nuestra Vida espiritual no crece aprendiendo. No es producto de un esfuerzo mental o emocional. No hay otra manera de llenarnos de esta Vida que no sea a través de comer. Además, necesitamos comer frecuente y constantemente.

El alimento que nuestro hombre espiritual necesita es una Persona: Jesucristo. Él nos explica: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida [ZOÊ] en vosotros" (Jn 6:53). Esto es bastante simple. Para estar llenos de Su Vida divina, necesitamos estar en intimidad espiritual con Él. Necesitamos estar comiendo y bebiendo de todo lo que Él es.

Por lo tanto, el primer paso que debemos dar para edificar la casa de Dios es llenarnos de todo lo que Él es. Necesitamos pasar tiempo, mucho tiempo, en Su presencia. Necesitamos comer, beber y respirar todas las facetas de Su vida y naturaleza. Necesitamos saturarnos hasta rebosar de esta abundante Vida (ZOÊ). Esto debe convertirse en nuestra experiencia diaria.

En el libro de Apocalipsis capítulo 22, versículo 1, leemos acerca de un río de agua de Vida (ZOÊ). Este río está fluyendo desde el trono de Dios y del Cordero. Así vemos claramente que la presencia de Dios es la fuente de la Vida que necesitamos. Por lo tanto, cuanto más nos acercamos al trono de Dios, más podemos beber de esta agua. Cuanto más tiempo pasemos en Su presencia, más llenará nuestro ser esta agua de Vida.

Entonces, cuando hablemos con otros, esto es lo que tendremos que compartir con ellos. Cuando estemos con ellos, sentirán el dulce aroma de Cristo. Cuando ministremos, enseñemos, aconsejemos o ayudemos, lo que saldrá de nosotros será lo que hemos estado asimilando. "De la

abundancia del corazón habla la boca" (Mt 12:34). Si no nos hemos estado alimentando del Cordero, solo tendremos algo humano para compartir. Si no nos hemos estado saciando una y otra vez con la sustancia divina, nuestro "ministerio" será solo terrenal, del alma y mental.

Cuando carecemos de esta Vida (ZOÊ) para ministrar, la única alternativa es confiar en la carne. Es entonces, cuando llegamos a depender de nuestro conocimiento bíblico. Nuestra educación, nuestro atractivo personal, nuestras habilidades naturales y nuestros talentos persuasivos entran en juego. Cuando no tenemos al verdadero Cordero en nosotros para ofrecerlo, nos quedamos, como Caín, con simples vegetales. Estas cosas no edifican ni pueden edificar la casa eterna de Dios.

¿EN QUÉ ESTAMOS TRABAJANDO?

En la Iglesia de Jesucristo hoy hay mucha actividad. Abundan las reuniones, las conferencias, los seminarios y los retiros. Se está trabajando mucho. Hay mucha actividad de edificación. Pero parece que gran parte de este trabajo se está haciendo para tratar de mejorar el alma. Muchos esfuerzos cristianos parecen estar dirigidos a mejorar al "viejo hombre".

Algunas iglesias emplean reglas y normativas para tratar de controlar los apetitos carnales. Tal vez estas normas se apliquen a la ropa, los peinados o las actividades deportivas. Otros grupos someten a sus miembros a algún tipo de autoridad humana, como un pastor o un “discipulador" que se supone que supervisa sus vidas. Otros emplean algún tipo de sistema de reeducación, ya sean estudios bíblicos, programas de capacitación, seminarios, etc. para enseñar al nuevo cristiano cómo comportarse de una mejor manera. En casi todas las "iglesias" se está haciendo algún esfuerzo para mejorar, volver a capacitar o restringir la vieja vida y la naturaleza humana.

Pero todos esos esfuerzos están condenados al fracaso. Esto se debe a que no penetran hasta la raíz del problema. La verdadera causa de nuestro problema no es lo que hacemos, sino lo que somos en nuestra PSUCHÊ o alma. Es lo que somos, seres humanos con una vida y una naturaleza pecaminosas, lo que nos hace equivocarnos. Solo la vida de Jesucristo tiene el poder para lidiar con este problema.

La solución aquí es ministrar Vida a los espíritus de otros. A medida que el hombre espiritual crece, el "viejo hombre" es puesto a muerte. Cuando la nueva vida espiritual se fortalece, nuestras actitudes y acciones cambian. Nuestros apetitos y deseos se vuelven diferentes. Nuestros pensamientos y opiniones comienzan a reflejar los de nuestro Señor. Esto no es porque hayamos sido enseñados o reeducados, sino porque hay una nueva Vida viviendo en nosotros y a través de nosotros.

La vida que recibimos de Jesús que está disponible para nosotros está llena de Su carácter y Su naturaleza divina. Sus pensamientos, sentimientos, planes y propósitos están todos contenidos en Su Vida. Así que, cuando esta Vida crece, comienza a expresarse en nosotros y a través de nosotros. Comenzamos a sentir Sus sentimientos y realmente pensamos Sus pensamientos. Cuanto más madura esta vida, más reflejamos a Cristo en cada aspecto de nuestras vidas. En lugar de tratar de pensar, actuar o hablar como Jesús, podemos convertirnos en una

expresión real de Su Vida eterna. Nos convertimos en instrumentos vivos a través de los cuales Dios se revela.

Así que nuestra meta debe ser llenarnos con esta Vida y, luego, ministrarla a otros. Cuanto más tengamos nosotros mismos, más eficaz será nuestro ministerio. Dios usará nuestros dones y habilidades espirituales para expresarse a través de nosotros. Entonces los que nos rodean serán alimentados y crecerán también. Lo más importante que podemos hacer para edificar la casa de Dios es venir a Él constantemente y llenar nuestro espíritu con Su vida. De esta manera podemos "repartir" o "ministrar" (DIAKONOS, en idioma griego) a Jesucristo a nuestros hermanos, nuestras hermanas, e incluso al mundo que perece.

Cualquier otro método, sin importar cuán bien intencionado sea, no puede funcionar para detener el pecado y edificar la iglesia. Esto se debe a que tales métodos solo funcionan tratando de corregir nuestro pensamiento, nuestros sentimientos y nuestras decisiones. Estos son simplemente aspectos de nuestra alma.

Pablo es muy claro cuando explica que la ley es débil, porque solo opera a través de la carne (Rom 8:3). De la misma manera, todos nuestros esfuerzos por aplicar los "principios cristianos" a nuestras vidas solo alcanzan al hombre exterior. No logran efectuar realmente un cambio de la vida PSUCHÊ a la vida ZOÊ. Además, cualquier "disciplina" a la que podamos someter a cualquier cristiano que está errando no hará nada para llegar a la profundidad de la cuestión, que es lo que somos.

La verdadera solución es la ministración del Espíritu. Cuando estamos caminando en Vida, es decir, estamos en comunión con Dios y llenos de Su Vida, entonces podemos ministrar esto a otros. Esta ministración viva penetra todo el camino hasta el espíritu humano, efectuando un cambio verdadero y eterno en lo íntimo de aquellos a quienes ministramos.

Esta Vida, que fluyó del costado de Jesucristo en la cruz, es el único elemento que puede usarse para edificar la casa de Dios. ¡Cuánto necesitamos experimentar esta Vida! Cuánto necesitamos conocer esta Vida, es decir, discernir entre ella y las manifestaciones del alma. Es una necesidad desesperada, en esta última hora, que el pueblo de Dios abandone los vanos ejercicios religiosos. Es esencial que detengamos toda actividad que sea meramente anímica, humana y terrenal. Es crucial que nos arrepintamos de todo nuestro trabajo y nuestros esfuerzos naturales, y que comencemos a vivir y trabajar de acuerdo con los impulsos de esta Otra Vida (de Jesús).

Queridos hermanos y hermanas, estas son consideraciones importantes. Todas nuestras obras serán juzgadas un día. El fuego de Dios nos probará a nosotros y a lo que hemos estado edificando. Que tengamos la humildad de interrumpir y abandonar cualquier cosa que hayamos visto que no sea de Él. Que tengamos la honestidad de admitir y volvernos de cualquier edificación que se haya hecho con manos humanas. Que estemos entre aquellos de quienes se dice que sus obras fueron "hechas en Dios" (Jn 3:21).

3.

LA FORMA DE LA IGLESIA

Cada tipo de vida, ya sea vegetal o animal, tiene su propia forma particular. A medida que crece, se ajusta al estándar de sus padres. Se convierte en esa forma reconocible de donde vino. Por ejemplo, cada variedad de árbol crece en una forma familiar. Un árbol de plátano siempre se ve igual. Un manzano adopta una forma típica. Las personas que están familiarizadas con los árboles pueden identificar de qué tipo es un árbol simplemente viendo su forma desde lejos. Lo mismo es cierto para los animales. Los perros siempre tienen una forma familiar, y los gatos exhiben de manera similar ciertas características comunes.

Por lo tanto, podemos reconocer cualquier tipo de planta o animal por su forma o apariencia. Esta forma externa es el resultado de la vida que está en ellos. La vida del gato siempre produce la forma del gato. La vida del perro siempre crece en la forma del perro. Las formas de vida familiares que vemos a nuestro alrededor no son el resultado de algún tipo de esfuerzo propio por parte de estas criaturas. Además, no es algo que producen otros seres que estén a su alrededor dirigiendo su desarrollo. En cambio, es la vida innata que está en estas criaturas la que produce la forma familiar.

Exactamente de la misma manera, la vida de Jesucristo, a medida que crece dentro de los cristianos, siempre produce la Iglesia. Este es un principio de suma importancia. Es la Vida divina de Dios que produce la forma de la Iglesia, Su novia. Además, es *solo* esta Vida (ZOÊ) la que produce la Iglesia. Si deseamos trabajar junto con Dios en la edificación de la casa que Él desea, debemos entender a fondo este hecho tan básico.

Cuando deseamos trabajar juntos con Dios y edificar Su casa eterna, debemos aprender a edificar de acuerdo con el estándar que hemos visto en la montaña. Este estándar es un estándar vivo. La Iglesia de Jesús es un ser vivo. Su novia es edificada por Su Vida. Por lo tanto, es solo edificando con y por Su Vida que podemos llegar al resultado que Él desea. ¡A menos que y hasta que entendamos esta verdad tan básica y esencial, no estaremos en una posición apta para edificar la casa de Dios!

EL ESTÁNDAR DEL NUEVO TESTAMENTO

Muchos cristianos están edificando hoy, pero demasiados tienen muy poca idea de lo que están haciendo. Uno de los errores más comunes que cometen es que, al leer el Nuevo Testamento, piensan que disciernen un estándar para su edificio. Luego comienzan a copiar este estándar. Trabajan arduamente para reproducir la forma que creen haber visto.

Por supuesto, cada líder o grupo imagina que ha encontrado el estándar que más se asemeja al del libro de Hechos o a las epístolas. Ellos creen que su camino es el más bíblico.

Tal vez están instalando un tipo determinado de estructura de autoridad. Tal vez están seleccionando diáconos o pastores de una manera especial. Posiblemente están iniciando ciertos tipos de reuniones, ceremonias o

prácticas. Puede que insistan en cierto conjunto de doctrinas o creencias, o hasta el uso de palabras "más bíblicas".

Pero el problema aquí es que copiar un estándar que creen haber percibido es un grave error. Esto es poner el carro delante de los bueyes. Nunca podemos poner en práctica un estándar, una doctrina o un ejercicio y producir algo que le agrade a Dios. El estándar que creemos ver nunca jamás podrá producir la Vida de Cristo. Por otro lado, la Vida de Cristo *siempre* genera el estándar o la forma apropiada que Dios desea.

Esta es realmente una cuestión de vida o muerte. Cuando trabajamos para replicar un estándar, invariablemente resulta en algo sin vida, algo muerto. No tenemos el poder de dar Vida (ZOÊ). Solo Dios puede hacer esto.

Tal vez creemos que, si producimos algo que se acerque al estándar divino, Dios se apresurará y lo bendecirá. Puede ser que pensemos que, si conseguimos edificar algo que se acerque realmente a lo que vemos en la Biblia, Él vendrá y vivirá allí. Tal vez esperemos que Él venga y dé Vida a la forma vacía que hemos hecho. Pero no, ¡esto nunca sucederá! Nuestro Señor nunca le dará Vida a lo que hemos edificado para Él, no importa cuán bíblico creamos que es.

Por lo tanto, gran parte de nuestro trabajo permanece muerto e ineficaz. Muy a menudo sigue siendo una cosa sin Vida que debemos tratar constantemente de impulsar con programas, actividades y entusiasmo humano. Siempre exige nuestra atención para mantenerse en movimiento. Siempre debemos mantener la estructura sin Vida trabajando por la energía, el esfuerzo y la organización humanos.

Dado que no tiene vida propia, una estructura humana siempre requiere los servicios de aquellos que tienen algo de vida espiritual en ellos e que mantienen una relación viva con Jesús. Dado que la forma religiosa en sí misma no es viviente, debe nutrirse constantemente de aquellos que tienen intimidad y comunión con Jesús.

Entonces, el fervor, el entusiasmo y el amor por Jesús que tienen los miembros de grupos controlados humanamente se convierten en apoyo a los planes y los propósitos de la institución. Dichos miembros están acostumbrados a llevar a cabo programas, saludar a los recién llegados y cualquier número de otras cosas similares que mantienen la máquina en movimiento.

Estas organizaciones necesitan hombres y mujeres que les sirvan de alimento, así como una sanguijuela necesita de un cuerpo vivo para alimentarse de él. A veces, cuando la organización ha agotado toda la vida que hay en algunos de sus miembros, cuando estos han dado todo lo posible para ayudar y se han quedado sin fuerza y sin ánimo, los desecha y busca que otros ocupen sus lugares. Este es uno de los resultados desafortunados de edificar con materiales terrenales en lugar de los divinos.

¿CÓMO EDIFICAMOS ENTONCES?

Podemos trabajar juntos con Jesús edificando Su Iglesia ministrando unos a otros Su Vida. Jesús declaró que Él es la "Vida" (Jn 11:25). Por lo tanto, cuando lo compartimos unos con otros, estamos edificando la Iglesia.

A medida que lo seguimos, Él nos guiará para que usemos los dones y ministerios que Él nos ha dado para edificar a otros. A través de nuestra relación íntima con Él, recibiremos revelación viva, sabiduría y dirección. Entonces, podemos compartir lo que hemos recibido. Esta vida entonces tomará la forma que Él desea.

Los cristianos que están en íntima comunión con Jesús todos los días están llenos de Su Vida. Estas personas están constantemente haciendo algo porque su Señor los está guiando día a día. Están visitando a los enfermos. Están compartiendo el Evangelio. Están atentos a las necesidades de los demás y le piden a Dios formas de satisfacerlas. Están ayudando a los pobres. Están orando unos por otros y buscando constantemente cómo ministrar a Cristo unos a otros.

Están juntos con frecuencia porque el Espíritu de Dios los está incitando a buscar la compañía y el compañerismo con los demás. Se reúnen, oran y adoran juntos. Están siendo edificados y unidos por el Espíritu Santo. Aquí no hay necesidad de control humano. No hay necesidad de que un hombre o grupo de hombres esté planeando u organizando esto. Su dirección es sobrenatural. La Vida de Cristo producirá todos los aspectos de la Iglesia que encontramos en el Nuevo Testamento.

Todos los elementos de la iglesia deben ser un producto de la Vida sobrenatural de Cristo: cuándo nos encontramos; dónde nos encontramos; cómo se llevan a cabo las reuniones; el uso de dones; el funcionamiento de varios ministerios; nuestras relaciones con otros miembros del cuerpo; cuándo nos reunimos; cuando debemos orar; cómo, cuándo y dónde debemos evangelizar; el ejercicio de cualquier tipo de liderazgo, etc. Cada aspecto de la Iglesia debe ser un producto de la Vida divina. Cada actitud, el movimiento y la actividad del cuerpo deben ser el resultado de la Vida y la dirección de la Cabeza de la Iglesia. Cuando no lo es, es solo una forma muerta y religiosa.

Jesús resucitó de entre los muertos. Él está vivo hoy y es capaz de guiarnos. A medida que Él vive y se mueve a través de los diferentes miembros de Su cuerpo, la forma de Su iglesia se manifestará.

Cuando ministramos a Jesucristo unos a otros, la morada de Dios está siendo edificada. Cuando el Espíritu de Dios fluye dentro de nosotros y luego a través de nosotros, Su edificación sobrenatural aparece. Es la Vida de Dios que vive en nosotros la que luego es ministrada a otros a través de nosotros. Es Jesús mismo viviendo y moviéndose a través de Su pueblo quien está preparando a Su novia. Esta es la manera, de hecho, la única manera, en que la Iglesia puede edificarse.

Queridos hermanos y hermanas, solo debemos edificar con Vida. No tenemos que tratar de organizar la Iglesia de la manera que creemos que debería ser. No necesitamos planear, controlar y organizar a las personas en la forma que creemos que la Iglesia debe tomar. No hay absolutamente ninguna necesidad de que los hombres y las mujeres traten de manejar o manipular a los demás para que su grupo adopte una apariencia que ellos piensan que es bíblica. No se nos llama a que usemos medios y métodos humanos para tratar de conseguir objetivos sobrenaturales. El secreto de edificar la Iglesia viva es ministrarle a Jesús a otros. Su Vida producirá, solamente y siempre, la novia que Él anhela.

Dios no depende de nuestras habilidades organizativas para reunir a un grupo de personas y mantenerlas unidas. Él no está esperando ansiosamente que usemos nuestros dones para impresionar a un número adecuado de individuos para que podamos formar una "iglesia". No es necesario que moldeemos a otros en algo que imaginamos que Dios desea. Nuestro Dios no mora y nunca morará en tales templos edificados con manos humanas. Está buscando una casa viva. Esta casa es el resultado del crecimiento de Su Vida dentro de hombres y mujeres.

Sabemos por las Escrituras que Jesús está buscando una novia. Consideremos el ejemplo de un hombre terrenal como ilustración. Normalmente, este hombre está muy interesado en la belleza y la forma de su futura esposa. Estas cosas son importantes para él. Entonces, ¿puede salir y comprar un maniquí? Este objeto puede ser excepcionalmente atractivo y bien formado, pero ¿lo satisfará? ¡Claro que no! Este hombre también está buscando a alguien vivo, alguien que esté lleno de vida y pueda responderle de muchas maneras diferentes.

De la misma manera, Jesús nunca deseará entrar en una unión matrimonial con una forma vacía. No importa cuán "buena" o "correcta" pueda parecer. Él está buscando a alguien que esté vivo, con Su propia Vida. En consecuencia, nunca debemos hacer que la forma sea nuestra meta, sino aprender a permitir que Su Vida forme a Su novia de la manera que Él quiere que sea.

FALSOS APÓSTOLES

Hoy, en la comunidad cristiana, hay muchas personas que se hacen llamar "apóstoles". Puede ser que algunos pocos de ellos realmente tengan este ministerio. Se espera que algunos de ellos hayan recibido una visión celestial y estén edificando de acuerdo con ella.

Sin embargo, desafortunadamente, existen los "falsos apóstoles" (2 Co 11:13). Hay quienes dicen ser enviados por Dios, pero en realidad no tienen la preparación y la visión necesarias para cumplir el papel de este ministerio. Tal vez se han enviado a sí mismos o han sido enviados por otros hombres para tratar de hacer la obra de Dios. Si bien pueden tener éxito en establecer una serie de grupos bajo su liderazgo y control, es posible que lo que estén edificando no resista la prueba del día del juicio.

Hay algunos de estos que parecen ser apóstoles hechos con "molde de galletas". Un molde de galletas es una forma de metal o plástico que usa el mismo patrón de corte repetidamente, en una pieza suave y maleable de masa. Estos "apóstoles" son aquellos que imaginan que han discernido un estándar del Nuevo Testamento. Suponen que han entendido la forma de la Iglesia.

Y así van, uno por uno, a grupos que los reciben para "poner las cosas en orden". Esto significa que organizan el liderazgo y las actividades del grupo para que se ajusten a sus ideas. Cuando los otros son jóvenes, inexpertos o lo suficientemente flexibles como para someterse a su control, entonces dichos "apóstoles" aplican su estándar. Por lo tanto, creen que han "levantado otra iglesia del Nuevo Testamento".

Pero hay un pequeño problema. Esta fórmula no puede atraer o producir la Vida de Dios y nunca lo hará. Todo lo que se puede hacer con tales esfuerzos es llegar a algo que tal vez se parezca a la Iglesia, pero que no está vivo. Puede ser que tales esfuerzos puedan producir algo que parezca muy bíblico. Es probable que estos edificadores tengan muchos versículos para apoyar mucho de lo que están haciendo. Pero como hemos estado viendo, ser bíblico no es suficiente. El mero hecho de ser bíblico no produce la Vida que necesitamos.

Por ejemplo, los fariseos de los días de Jesús estaban muy familiarizados con la palabra de Dios, pero no vieron a Jesús en ella. Eran muy bíblicos, pero no lo reconocieron ni lo aceptaron. Debemos estar edificando con la Vida de Aquel que es revelado en la Biblia. Simplemente imitar lo que creemos que hicieron los primeros cristianos solo producirá algo muerto. Una forma muerta y superficial no es nada en lo que Dios quiera vivir.

El modelo del Nuevo Testamento, que necesitamos ver y con el cual necesitamos edificar es una Persona viva. Permítame repetir esto. El estándar del Nuevo Testamento es una Persona. No es un sistema, una estructura de autoridad o algún tipo de "orden" bíblico al que debemos adherirnos. Cuando edificamos con Jesús, se edifica la casa de Dios. Cuando plantamos esta semilla viva, la Iglesia viva crece de ella.

EL EJEMPLO DE LA FLOR

Usemos aquí el ejemplo de una flor. Supongamos que queremos tener algún tipo de planta con flores. Tal vez podría ser una margarita. Aquí tenemos dos opciones. Para llegar a nuestro objetivo, podríamos ir a una tienda que vende tales cosas y comprar algunos artículos. Podríamos obtener algún material de seda de colores, un poco de alambre verde, un poco de pegamento, pintura y todo lo que necesitamos para producir esta planta. A partir de estos elementos podemos empezar a trabajar. Podemos, cortar, pegar y pintar. Podemos hacer hojas, tallos, brotes y flores. Pronto, podemos tener algo que se asemeje a la flor que deseábamos.

Hoy en día hay algunos que son expertos en este tipo de cosas. He visto flores de seda que son indistinguibles de las reales. Son tan realistas y tan bien hechas que parecen ser flores genuinas. Incluso puedes comprar perfume para ponerles, lo que las hace oler como si fueran reales. Pero hay un pequeño problema. No están vivas. Son artificiales. Parecen reales, pero son plantas y flores artificiales. Son una mera imitación.

¡Cuántas obras para Dios hoy entran en esta categoría! Tienen una apariencia o estructura muy bíblica, pero carecen de la abundancia de la Vida. Se ven bien y tienen todas las características que uno esperaría de la lectura del Nuevo Testamento. Tienen hojas, tallos y flores, pero no están vivos. Tal vez haya ancianos, diáconos, reuniones, etc.; pero no es la Vida de Dios la que llena y anima cada parte de la estructura. La forma no es un resultado de la Vida y, por lo tanto, nunca puede satisfacer al Señor.

Si deseamos tener una flor, hay otra manera de hacerlo. Sin embargo, es una forma mucho más lenta y, al examinarla, parece un poco simple. Sin embargo, es el camino de la vida. Primero, tomas un pequeñito grano

(la semilla) y lo entierras en el suelo. A continuación, esperas unos días. Con cariño y tiempo apropiados, la vida que está en esa semilla florecerá. El poder de la vida que está en esa pequeña e insignificante semilla producirá las lindas flores que usted desea.

De la misma manera, cuando deseamos edificar la Iglesia, debemos entender este principio de Vida. Debemos tener paciencia. Algunas veces podemos parecer tontos a los ojos de los otros. Nuestro trabajo es simplemente ministrarle a Jesucristo a los otros, cuándo y cómo el Espíritu Santo escoja. No tenemos que saber mucho. No necesitamos una educación religiosa formal. No necesitamos hacer nada con nuestra propia fuerza o inteligencia. Solo necesitamos servir pacientemente a los demás con el alimento eterno, la Vida de Jesucristo. Podemos hacer esto teniendo plena confianza en que esta Vida producirá el estándar del Nuevo Testamento. La ministración del Espíritu Santo siempre producirá la Iglesia. Nunca se convertirá en otra cosa.

Cuando una planta crece, al principio no se parece en nada a la imagen que puede ver en el paquete de semillas. Probablemente es solo un pequeño brote verde, muy frágil y podría confundirse con una serie de otras plantas o incluso malezas. Pero, con tiempo y nutrición, todas las características de la flor comienzan a aparecer. Comenzamos a ver hojas, tallos y brotes. Finalmente, crece la flor completa.

De la misma manera, cuando simplemente ministramos Jesús, al principio las cosas pueden parecer pequeñas e insignificantes. Sin embargo, se nos advierte que no despreciemos "el día de las pequeñeces" (Za 4:10). Puede ser que todas las "características" de la iglesia no estén en evidencia. Tal vez, todos los dones y ministerios aún no hayan aflorado plenamente. Puede ser que falten ciertas partes. Pero Dios nos habla de esto en las Escrituras. En Marcos 4:28, leemos que es "… primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga". El pequeño brote verde (la "hierba") surge primero y, luego, después de tiempo y alimento, vemos el fruto (el "grano lleno en la espiga").

Podemos confiar en la semilla. La Vida de Cristo siempre producirá y solo producirá la verdadera Iglesia viviente. No hay necesidad de que nos apresuremos y comencemos a fabricar algo por nuestra cuenta, ni para Dios. Esperemos pacientemente. Sigamos sembrando y regando, sabiendo que, a Su tiempo, Su deseo saldrá a la luz.

Sabemos, por ejemplo, que en la Iglesia vemos ciertos dones y ministerios. Leemos en el Nuevo Testamento acerca de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros (Ef 4:11). Se nos habla de dones de sanidad, milagros, sabiduría, conocimiento, profecía y muchas otras cosas.

Entendemos que la iglesia primitiva se reunía diariamente de casa en casa (Hch 2:46 NVI). Los apóstoles enseñaban en el templo y por las casas (Hch 5:42). Algunos más tarde fueron enviados a enseñar y predicar. Se seleccionaron diáconos (Hch 6:5). Se constituyeron o reconocieron ancianos (Hch 14:23). Se plantaron iglesias. Podemos identificar muchas partes diferentes de esta planta. Pero ¿cómo surgió todo esto? ¿Fue el resultado del esfuerzo humano o del flujo de la Vida divina?

LO QUE JESÚS OLVIDÓ

No sé cómo sucedió, pero parece que Jesús se olvidó de enseñar a sus discípulos acerca de cómo establecer una iglesia cuando estaba en la Tierra. Pasó mucho tiempo con ellos. De hecho, fueron unos tres años y medio. Estuvieron juntos todo este tiempo, comiendo, viajando, ministrando, descansando y durmiendo al finalizar el día. Sin embargo, parece que se olvidó de enseñarles los conceptos básicos de cómo organizar una iglesia. En los cuatro Evangelios no encontramos ningún registro de tal instrucción.

Jesús no explicó cómo tener reuniones. No mencionó cómo seleccionar ancianos o diáconos. Parece haber descuidado enseñar cómo organizar, cómo dirigir las cosas, cómo tener reuniones en el hogar, reuniones de oración, reuniones grandes y reuniones pequeñas. Tal vez no pasó por Su mente instruirlos sobre cómo tomar ofrendas, pagar a los pastores y otros gastos. No dio pistas sobre cómo tener grupos de niños, actividades para jóvenes, retiros o convenciones. Pasaba mucho tiempo con ellos y, sin embargo, no les enseñó nada acerca de cómo hacer todas estas y muchas más cosas aparentemente necesarias.

En realidad, encontramos al menos dos versículos en los que Jesús nos enseña acerca de la Iglesia. Una de ellas es cuando Él dice: "Edificaré mi Iglesia" (Mt 16:18). Este versículo debe hablarnos profundamente. Él nunca dijo: "Por favor, vayan y construyan Mi Iglesia de acuerdo con las siguientes instrucciones". Insistió en que *Él* haría el trabajo. Él iba a encargarse de edificar.

Nuestra función es salir por todo el mundo y predicar el Evangelio. Debemos anunciar las buenas nuevas acerca de Su persona y Su obra. Mientras lo ministramos a otros, Él edificará Su casa. Indudablemente somos colaboradores con Él. Tenemos un papel que desempeñar. Sin embargo, nosotros no edificamos algo para Él, sino que Él obra a través de nosotros.

Un segundo versículo en el que Jesús nos habla acerca de la edificación de la Iglesia es Juan 16:13. Allí leemos que Jesús nos enviará el Espíritu Santo y que, cuando Él venga, nos guiará a toda verdad. En lugar de enseñar a los discípulos un conjunto de instrucciones, dijo que les enviaría el Espíritu Santo. Al obedecer al Espíritu Santo, todas las necesidades de Su corazón se realizarían. El orden de estas cosas es muy importante. Primero, Dios ciertamente derramó Su Espíritu Santo. Luego, tenemos un registro de todo lo que Él hizo en Su pueblo y a través de este.

Todas las características, los dones, las reuniones y los ministerios de la Iglesia acerca de los que leemos en la Biblia fueron el resultado de hombres y mujeres que siguieron al Espíritu Santo. Estas personas no tenían el Nuevo Testamento. Tampoco tenían instrucciones detalladas de Jesús. Así que se vieron obligadas a confiar en el Espíritu Santo día a día. Simplemente tenían que seguirlo con fe y confianza. Ellos fueron guiados por Su Vida y Su Vida produjo las iglesias que vemos en la palabra de Dios.

Entonces, si deseamos ver que estas mismas cosas sucedan en nuestro tiempo y lugar, ¿qué debemos hacer? Debemos hacer las cosas exactamente de la misma manera en que las hicieron los cristianos del Nuevo Testamento. Primero, debemos ser llenados del Espíritu Santo.

Entonces debemos seguirlo en todo lo que Él nos guíe a hacer. Cuando hacemos esto, podemos estar completamente seguros de que Su dirección producirá las cosas que vemos en el libro de Hechos y las epístolas. La Vida de Dios siempre y solo producirá la Iglesia.

Por otro lado, si simplemente tratamos de repetir un estándar que creemos ver en el Nuevo Testamento, no alcanzaremos la meta. Produciremos una forma vacía sin el contenido esencial. La esencia de la Iglesia del Nuevo Testamento era la Vida de Cristo ministrado por el Espíritu Santo. Todas las características que vemos fueron el resultado directo del crecimiento y funcionamiento de esta Vida. Si también nosotros deseamos ver edificada la casa de Dios, debemos edificar de la misma manera.

En realidad, Jesús no olvidó nada. Él les enseñó a Sus discípulos todo lo que era necesario para vivir y ser guiados por el Espíritu Santo. Les enseñó humildad. Les enseñó la sumisión a Él. Les enseñó a amarse unos a otros. Todos los ingredientes cruciales para edificar la Iglesia fueron evidentes en Su enseñanza. Lo que Él hizo fue prepararlos para recibir y caminar en el Espíritu Santo que Él les enviaría.

LA NECESIDAD DE LA BIBLIA

Me gustaría declarar clara y enfáticamente aquí que no estoy en contra de la Biblia. Tampoco estoy enseñando que es innecesario que caminemos y trabajemos para el Señor según las Escrituras. La única pregunta es cómo usamos este Libro.

La Biblia es absolutamente necesaria para nosotros en nuestra vida y nuestro caminar como cristianos. Tiene muchas funciones importantes para cada cristiano. Primero y principal, nos revela la persona de Jesucristo. En lugar de un conjunto de reglas o instrucciones, el objetivo principal de la Biblia es revelarnos a Dios. Se le puede ver en cada página. Si no vemos más allá de las palabras y las letras, si solo vemos la forma, pero, no entendemos la Vida de la Persona que ha producido esta forma, significa que no hemos entendido para nada el mensaje.

Esta Persona que se revela en la Palabra de Dios es nuestro alimento. Él es nuestro alimento espiritual. Debemos aprender a comer y beber de Él todos los días. Entonces, ¿cómo se hace esto? Cuando abrimos la Biblia, debemos al mismo tiempo abrirle nuestro espíritu a Él. En lugar de tratar de acumular información acerca de Dios y de Su Palabra, debemos aprender a tener realmente comunión *con* Dios en Su Palabra. Debemos encontrar a una Persona viva allí y tener una comunión íntima con Él mientras leemos. Esta es la realidad espiritual de la comunión. Comer y beber de Cristo en Su presencia, a través de Su Palabra.

Recomiendo que cada cristiano pase mucho tiempo, todos los días, meditando en la Palabra de Dios. Esto es esencial. A medida que nos llenemos de Su santa palabra, nuestro hombre espiritual crecerá (1 Pe 2:2). Recibiremos alimento espiritual. Estaremos llenos de la Vida divina. Así tendremos algo real y vivo para ministrarles a las otras personas que nos rodean. En lugar de decirles algo que hemos aprendido mentalmente, podemos compartir con ellos a Alguien a quien conocemos íntimamente.

Así es como podemos trabajar junto con Dios para edificar Su santa morada.

Cuando oramos, podemos orar en el Espíritu. Cuando alabamos, nuestra alabanza puede ser del tipo aceptable, "en espíritu y en verdad" (Jn 4:23). Cuando nosotros ministramos, compartimos la sustancia espiritual que nos ha estado nutriendo. Todo esto es el resultado de aprender a alimentarse de la Palabra de Dios. Si no conoce este secreto, si no está encontrando Su dulce presencia cuando abre Su libro, entonces necesita cambios verdaderos en su vida.

Cualquier cosa que esté inhibiendo su relación espiritual con Jesús necesita tratamiento. Cualquier cosa que haya en su vida que no le agrade a Él necesita arrepentimiento. Si no se siente cómodo con tener total transparencia e intimidad con nuestro Salvador, debe buscarlo para comprender qué es lo que está obstaculizando esta relación. Entonces necesita hacer los ajustes necesarios para que cuando esté meditando en Su palabra también pueda disfrutar de Su hablar y Su presencia.

La Biblia es absolutamente esencial para un caminar cristiano saludable. A través de ella, Dios se revela a Sí mismo y revela Su voluntad para nosotros. En ella, Él habla Su dirección. En sus páginas, entendemos Sus planes y propósitos. La Palabra de Dios nos convence de pecado. Nos muestra en dónde nos hace falta Su gloria y voluntad. Nos desafía y nos muestra en qué área no estamos manifestando Su naturaleza. Nos revela cómo Él ha guiado y usado a otros, lo que abre nuevas perspectivas para nuestra vida y nuestro trabajo espiritual.

Con respecto a la Iglesia, la Biblia nos muestra cómo se ve el producto terminado, para que podamos buscarlo con el fin de producir lo mismo en medio de nosotros. Si vemos que faltan ciertas características de la Iglesia, debemos orar para que Jesús nos guíe respecto de estas cosas. En lugar de tratar de corregir cualquier falla nosotros mismos, debemos acudir a Dios.

No se necesitan planes y procedimientos humanos. Debemos dejar que Él nos convenza de cualquier actitud o acción que esté inhibiendo el flujo de Su Vida. Debemos abrir nuestros corazones y espíritus para que Él haga cualquier otra obra que se necesite hacer. Cuando vemos cosas en la Biblia que faltan en nuestra parte de Su cuerpo, es solo Él quien puede producirlas, y Él se encargará de ello.

Supongamos, por ejemplo, que algunos están sintiendo una carencia entre los jóvenes. Tal vez no están siendo tocados adecuadamente por los ministerios que existen. Así que ¿Qué hacemos? ¿Debemos instituir algún tipo de actividad o programa y encontrar a alguien que asuma la carga de supervisar esto? ¿Es este el modo de Dios trabajar? Hay una buena posibilidad de que esto simplemente produzca otra forma vacía.

Pero hay otra opción. Aquellos que ven la carencia pueden comenzar a orar. Pueden comenzar a interceder ante Dios para que Él satisfaga esta necesidad. Con el tiempo, Él levantará a alguien con una unción para ministrar en esta área. Él encontrará a alguien que Él ha preparado para satisfacer esta necesidad. Entonces, en lugar de otro programa de iglesia, tendremos un ministerio ungido, que Dios usará para edificar Su Iglesia.

Además, cuando vemos cosas que suceden entre nosotros que no tienen fundamento en la Palabra de Dios, entonces necesitamos ser

corregidos por esta. Por ejemplo, cuando alguien está ejerciendo una autoridad no bíblica sobre otro, sabemos que esto no es de Dios. Cuando hay pecado, cuando hay un énfasis malsano en la llamada "libertad", cuando alguna doctrina o práctica extraña es prominente, entonces la Biblia es esencial para convencernos. Este libro sagrado es algo así como la imagen de la planta que deseamos ver. Cualquier práctica o hábito entre nosotros que no se ajuste a la imagen debe descartarse.

De ninguna manera estoy negando la necesidad de la Biblia. Solo estoy diciendo que este libro se puede usar de dos maneras. Puede usarse como una fuente de Vida o puede ser usado como una herramienta legalista para ministrarle muerte a otros. Pablo dice acerca de él y sus compañeros: "... nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu". Él amplía aún más esta idea explicando que "la letra [de las Escrituras] mata" (2 Co 3:6).

Esto quiere decir que podemos hacer mal uso de la Biblia. Podemos usarla para enseñar un estándar. Podemos insistir en la apariencia superficial de lo que creemos que vemos y perder la sustancia de ello. En realidad, podemos causarles daño espiritual a otros e incluso la muerte espiritual a través de tal ministerio. O podemos usarla como fuente de Vida. A través de nuestra relación íntima con Jesús en Su Palabra, podemos compartir esta Vida con otros para edificarlos. La conclusión de Pablo se convierte entonces en nuestra experiencia. "Pero el espíritu [de las Escrituras] da Vida [ZOÊ]" (2 Co 3:6).

LA FORMA ESTÁ EN LA VIDA

Una conclusión que podemos sacar de nuestro análisis anterior es que, cuando estamos trabajando junto con Dios para construir Su morada eterna, no necesitamos preocuparnos mucho por la forma que tomará. No necesitamos invertir mucho tiempo y energía organizando, planificando y manipulando la estructura. No tenemos necesidad de tratar de controlar nada ni a nadie. Si Dios no está en control, nuestros esfuerzos son inútiles. "Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Sal 127:1). Nuestra necesidad principal es aprender a ministrarnos a Jesucristo unos a otros y ministrárselo a un mundo que perece.

Como ya hemos mencionado, podemos tener plena confianza en la semilla de la Vida. El estándar de la Iglesia está en la semilla de Vida que estamos sembrando. Por ejemplo, si sembramos una semilla de maíz, ¿crecerá trigo a partir de ella? Claro que no. Y si plantamos una semilla de frijol, ¿brotará una planta de tomate de la semilla? ¡Nunca! Por lo tanto, si estamos ministrando a Jesucristo y cuando lo hagamos, Su semilla producirá la Iglesia y nada más.

Podemos confiar plenamente en este hecho. Nuestra fe debe descansar en la capacidad de Jesucristo para hacer lo que Él dijo: edificar Su Iglesia. Al simplemente hacer nuestra parte en obediencia a Su Espíritu Su casa será edificada. Podemos descansar, creyendo que Él es capaz de hacer todo lo que satisfará Sus deseos.

La vida cristiana debería ser de gran simplicidad. Debemos llegar a ser como niños pequeños. Nuestro objetivo no es llegar a ser grandes y tener una gran organización bajo nuestra autoridad. No tenemos necesidad de

tratar de controlar la forma en que van las cosas. No hay necesidad de que organicemos a otros en algún tipo de grupo o iglesia. El simple objetivo de nuestro trabajo es ayudar a otros a ser transformados a la imagen de Jesucristo. De esta manera, y solo de esta manera, se edifica la casa de Dios.

Este tipo de ministerio implica una gran fe en Jesucristo. Significa que debemos seguir a nuestro Líder invisible todos los días. Tenemos que confiar en que Él sabe lo que está haciendo y nos guiará. Debemos aprender a depender completamente de nuestra comunión espiritual con el Salvador resucitado. Aquí no hay necesidad de formas o fórmulas. No necesitamos algún tipo de doctrina o práctica especial para asegurarnos de que estamos haciendo lo correcto. Sabemos que lo complacemos porque estamos caminando en una relación de fe con Él.

Por otro lado, al ser humano natural le gusta un tipo de seguridad terrenal. Aprecia algo ya planeado anteriormente. Quiere saber qué pasará mañana. Pone gran confianza en las cosas que son visibles y tangibles. Por lo tanto, anhela algo organizado, bien administrado y "seguro". Quiere una especie de estructura terrenal en la que pueda confiar.

Si hemos de edificar la morada eterna de Dios, debemos edificar con Vida. A medida que esta Vida crezca dentro de cada uno, aparecerá la forma de la novia. ¡Cómo debe estar Dios complacido con esta visión! Cuánto el corazón del Novio debe anhelar una novia viva que sea como Él. Cuando ella está llena de Su Vida y naturaleza, cuando se mueve por Su propio Espíritu y responde a cada uno de Sus deseos, cuánto debe disfrutar Él de su presencia. Este es entonces el tipo de experiencia de Iglesia que atrae la presencia del Señor. Esta es el tipo de casa en la que Él morará complacido.

¿NO DEBEMOS HACER NADA?

Aquí en este texto hemos estado enfatizando el peligro de construir una estructura meramente religiosa. Hemos estado viendo que es solo la Vida de Dios la que produce la forma que Él desea. Pero ¿significa esto que se supone que no debemos hacer nada? Por miedo a hacer algo incorrecto, ¿debemos simplemente sentarnos y mirar? ¡Por supuesto que no! Los resultados de esta revelación deben ser que muchos más hermanos y hermanas son libres de seguir al Espíritu Santo y hacer lo que Él les instruye.

Una vez que hemos adquirido un temor piadoso de construir con materiales incorrectos, una vez que hemos visto el peligro del esfuerzo humano, deberíamos estar aún más equipados para hacer lo que Jesús nos está instruyendo.

Ya no necesitamos esperar a que los "líderes" nos digan lo que sucederá. Ya no debemos depender de que la institución apruebe lo que nuestro Señor quiere que hagamos. Cada miembro del cuerpo es libre de seguir al Espíritu Santo. Cada uno puede edificar de acuerdo con Su liderazgo.

Todo el mundo tiene algo que hacer. Cualquiera puede evangelizar. Tal vez alguna hermana o hermano podría abrir su casa para el estudio de la

Biblia, la oración o para aconsejar. Aquellos con dones pueden visitar a otros, ministrándoles su porción. La sanidad, las profecías, la alabanza y la oración no se limitan a algún edificio religioso. Estas son cosas que podemos experimentar de "casa en casa" (Hch 2:46 NVI) todos los días. Ningún miembro del cuerpo debe estar inactivo. Cada uno tiene un papel que desempeñar. Con la ayuda de todas las coyunturas (Ef 4:16), cada miembro de la Iglesia de Cristo es necesario para la edificación del todo.

Aquí no estamos recomendando la complacencia. Seremos responsables ante el Señor si no hacemos nada con las cosas maravillosas que Él nos ha dado. Entonces, póngase a trabajar. Moviéndose en el temor de Dios, obedézcalo en lo que Él lo está instruyendo. Muchos otros dependen de su porción de Cristo para su crecimiento y bienestar.

EL PROBLEMA DE LA MEZCLA

Hemos estado hablando aquí acerca de una experiencia de Iglesia que nace del Espíritu Santo, y que Él dirige y llena de Sí. Esto es lo ideal. Pero, cuando miramos a nuestro alrededor, vemos muchas construcciones que no están hechas con tales sustancias divinas. Muchos grupos manifiestan una mezcla de lo humano y lo divino. Las obras de los hombres y la obra de Dios parecen estar ocurriendo en el mismo contexto.

Muchas situaciones no son extremas, no son todas, o una cosa o la otra. Si bien está claro en muchos grupos que las manos de los hombres son las que están trabajando, a veces también vemos evidencia del Espíritu Santo. Por ejemplo, en algunas organizaciones religiosas humanas, podemos ver que hombres y mujeres nacen de nuevo. Algunos están creciendo en su fe. Otros están siendo liberados de algún problema u otro. Entonces, ¿qué debemos pensar sobre todo esto?

Dios es muy humilde. Él no insiste en que estemos completamente en lo correcto en todo antes de que Él trabaje con nosotros. Si Él insistiera en que hiciéramos todo bien, nunca trabajaría con nosotros en absoluto. Así que nuestro Señor Se humilla y trata de encajar en nuestras obras cuando encuentra un espacio o una oportunidad. Él encuentra formas y medios para trabajar alrededor y a través de nuestras construcciones humanas. Puesto que ve hambre espiritual entre Sus hijos, Él encuentra maneras de satisfacer sus necesidades.

Por ejemplo: podría darle a un pastor un mensaje ungido; podría inspirar a un hermano o una hermana a orar en beneficio de algún hermano por sanidad, para liberar a algún hermano de vicios o por alguna otra necesidad; o puede incitar a algunos a interceder por el grupo, o por el responsable del grupo. Sin duda, usará a los diferentes miembros para difundir el Evangelio a los no salvos. Dios hará entre nosotros estas y muchas otras cosas similares, a pesar de cualquier estructura religiosa humana que podamos tener.

Tal vez muchos confunden esta obra de Dios entre ellos como Su bendición de lo que están construyendo. Ya que ven que Él los está usando hasta cierto punto, suponen que Él está aprobando todo lo que están haciendo. Se engañan, pensando que el fruto que ven es el resultado de su estructura religiosa.

La verdad es que Dios está respondiendo a corazones abiertos. Cuando ve anhelos espirituales entre Sus hijos, hará todo lo posible para satisfacer sus necesidades. Él encontrará maneras de trabajar alrededor de las construcciones de los hombres para lograr Sus propósitos.

Por lo tanto, algunos pueden preguntar: ¿por qué entonces es tan importante construir con la estructura divina?, ¿qué diferencia tiene la forma en que construimos?, ¿por qué este autor está tan preocupado por construir solo con los materiales de Dios a la manera de Dios si los resultados son los mismos?

El problema con la construcción descarriada es que obstaculiza grandemente la obra de Dios. Se interpone en Su camino. Si bien Él puede encontrar maneras de trabajar alrededor y a través de ese camino, es una especie de obstáculo en el camino de lo que Él realmente quiere hacer en y con Su cuerpo. Hay tanto que nuestro Señor quiere hacer y haría si tan solo le diéramos el espacio para hacerlo.

Si gran parte de nuestros esfuerzos de edificación no fueran inútiles, Él podría trabajar a través de nosotros con mucha más eficacia. Si aprendiéramos a trabajar junto a Dios, usando Sus materiales, nuestro trabajo para Él sería mucho, mucho más eficaz. Si Él puede usar un poco lo que hemos hecho de la manera incorrecta, usando los materiales equivocados, imagine lo que Él podría hacer si realmente trabajáramos de acuerdo con Su plan.

El poder y la bendición de Dios se encontrarán en mucha mayor abundancia cuando hagamos las cosas a Su manera. Muchos más incrédulos se convertirán. Muchas más vidas se transformarán verdaderamente. Se restaurarán más matrimonios. Más curaciones tendrán lugar. Se harán más discípulos reales de Él. Estos y muchos otros beneficios ocurrirán cuando aprendamos a trabajar juntos con Él usando Sus materiales. Cuando aprendamos a permanecer en Él, daremos mucho fruto y este fruto será del que dura para siempre, del que pasará la prueba del día del Juicio (Jn 15:5).

Entonces ¿deberíamos tolerar la mezcla? ¡Por supuesto que no! Si eliminamos la "vieja levadura", seremos santos para el Señor (1 Co 5:7). Si trabajamos junto con Él para limpiar Su templo, ¡Su presencia se manifestará mucho más poderosamente entre nosotros! A medida que comencemos a construir junto con Él, usando Sus materiales, Él realmente comenzará a vivir permanentemente entre nosotros.

Esta experiencia de tener a Dios viviendo y moviéndose entre Su cuerpo es una experiencia que muy pocos han conocido de alguna manera poderosa. Sin embargo, es Su voluntad. Cuando cumplimos Su criterio y construimos algo que sea verdaderamente Su casa, Él vendrá y habitará entre nosotros. Esto producirá un tipo de cristianismo poderoso con el que muchos nunca han soñado. Entonces, nunca estemos satisfechos con una construcción que Dios solo visita de vez en cuando, sino que busquemos una en la que pueda morar complacido.

PURIFICANDO EL TEMPLO

En el Nuevo Testamento Jesús hizo una especie de látigo y limpió el templo, pero una lectura cuidadosa de las Escrituras parece mostrar un hecho todavía más interesante. Él limpió el templo dos veces, una vez al comienzo de Su ministerio y, de nuevo, al final. En el Evangelio de Juan, este evento se registra inmediatamente después del primer milagro de Jesús. Durante la Pascua, hizo un látigo de cuerdas y expulsó a los cambistas y animales. Esto fue al comienzo de Su ministerio (Jn 2:13-16). Pero en el Evangelio de Lucas, después de la "entrada triunfal" de Jesús en Jerusalén sobre un asno, leemos: "Entrando en el Templo comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él" (Lc 19:45). Este incidente es algo que Él hizo al final de Su ministerio.

Es posible que podamos considerar estos eventos como proféticos, pues, cuando el Espíritu Santo fue derramado en el día de Pentecostés, Dios hizo una obra de purificación en Su Templo. Sacó a su pueblo de la antigua forma religiosa del judaísmo y comenzó una construcción nueva y limpia. Sin embargo, durante los años transcurridos entre entonces y ahora, el hombre ha hecho mucho para contaminar nuevamente lo que Dios considera santo.

Pero pensemos en esto por un momento. ¿Será posible que en estos últimos días, al final de la "era de la Iglesia", Él quisiera limpiar Su Templo nuevamente? ¿Es posible que en esta "última hora" Jesús desee nuevamente levantarse en Su pueblo y hacer una obra purificadora?

Mi creencia es que esto será así. Mi contacto con hombres y mujeres de todo el mundo me lleva a creer que este es Su plan. Esta revelación de Su Templo no es algo aislado o único. Es una visión que Dios está dándole a muchos de Su pueblo, en muchas partes del mundo en estos últimos días.

Con todo esto en mente, la pregunta ahora es: ¿está dispuesto a trabajar junto con Dios en este proyecto? ¿Está listo para abandonar todas las formas religiosas vacías y moverse con el Espíritu Santo en la obra que Él está haciendo hoy? ¿Puede su corazón responder al llamado de Dios para purificar Su Templo y edificar Su verdadera casa?

Si es así, ahora es la hora. Hoy es el día para dejar de lado todos los esfuerzos humanos, y los medios y métodos terrenales. Ahora es el momento de arrepentirnos de todo lo que hemos estado haciendo, que es solo madera, heno y hojarasca. Es ahora, al final de esta era, que debemos prestar atención a Su llamado y ayudar a preparar a Su novia para Su venida.

4.

DONDE DIOS HABITA

El Señor nuestro Dios no vive en una casa hecha por manos humanas. Esto es muy claro en Su Palabra, donde leemos: "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas" (Hch 17:24). Por supuesto, la mayoría de los cristianos entienden que esto significa que Dios no reside en algún tipo de templo o catedral de construcción terrenal.

No importa cuán ornamentados, hermosos o elaborados sean, Dios no se siente atraído por los templos terrenales y no vive en ellos. Aunque algunas personas se asombren por las construcciones religiosas extravagantes y confundan este sentimiento del alma con una bendición espiritual, la verdad es que Dios no habita y nunca habitará en tales casas terrenales. Además, debemos entender que Él no vive en una especie de caja dorada en el frente de una catedral, ni en ningún tipo de imagen, ya sea de porcelana, plástico, madera o metal precioso. La mayoría de los verdaderos cristianos de hoy entienden esta verdad.

Pero lo que muchos no ven es que Dios tampoco vive en organizaciones humanas. Con esto quiero decir que Él no habita en grupos cristianos que han sido formados por el esfuerzo humano. Aquí hay un punto que puede ser muy difícil de entender para algunos. Si bien la mayoría sabe que Dios no mora en una casa de ladrillo o piedra, muchos tienen un concepto muy fuertemente inculcado de que Él realmente vive en cualquier grupo cristiano que se haga llamar "iglesia". Fácilmente imaginamos que Dios vive en nuestra organización particular.

Sin embargo, a medida que recibimos una revelación celestial, comenzamos a entender que la casa de Dios es algo viviente. No es una estructura estática, sino algo que está lleno de Su Vida. El cuerpo de Cristo, el hogar en el que vive realmente, es un organismo vivo. No es una organización. Tal vivienda viva no es producto del esfuerzo o la voluntad humana. No es algo que el hombre pueda crear. Es el resultado de Su Vida sobrenatural. Es algo que ha crecido y ha tomado la forma que Él desea como resultado de Su propia Vida eterna.

Por lo tanto, podemos entender fácilmente que nuestro Señor no habitará en ningún grupo cristiano a menos que sea un producto de esta misma Vida. No es suficiente que nuestra iglesia sea "bíblica". No es suficiente que un grupo de cristianos parezca ajustarse a algún estándar del Nuevo Testamento. Solamente lo atrae Su novia viva (Su cuerpo) con la cual desea vivir por la eternidad. Solo lo que es un producto de Su Vida sobrenatural servirá para ser Su morada.

Al comenzar a ver con más claridad la casa de Dios, llegamos a la conclusión de que, si nuestro grupo es resultado de la capacidad humana, Dios no habitará en él. Si nuestra iglesia es el resultado meramente de la habilidad organizacional, del esfuerzo terrenal, de un liderazgo especial (no

importa cuán carismática sea la persona), del talento administrativo o de atracciones populares, realmente no es la casa de Dios.

Simplemente poner el nombre "iglesia" en nuestro grupo no lo calificará para ser Su morada eterna. Simplemente organizar algo que se vea bien o parezca religioso, desde un punto de vista humano, no será aprobado. Cualquier cosa que se haga con manos humanas es totalmente inadecuada para ser la morada de Dios.

LOS CIMIENTOS FUNDAMENTALES

La base, los cimientos fundamentales de la casa de Dios, son individuales y no grupales. Él habita en hombres y mujeres personalmente. Leemos que somos el templo del Dios vivo y que Él habitará en nosotros (2 Co 6:16). También leemos que nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo (1 Co 6:19). Así que los hombres y mujeres, individualmente, son la base de la morada de Dios.

Por lo tanto, para que la casa de Dios sea edificada, los cristianos, que son parte de esta casa, necesitan dejar que la Vida de Dios crezca en ellos. Es necesario que maduren y se conviertan en lo que Él quiere que sean. Este crecimiento individual de cada miembro es lo que hace que Su casa sea edificada. No es simplemente la unión de un gran número de personas lo que hará el trabajo, sino el crecimiento de los individuos lo que hace que el conjunto sea más vivo. No es suficiente juntar un gran número de personas, el crecimiento de los individuos hace que el todo esté lleno de la Vida (de Dios).

Llevemos este pensamiento un poco más lejos. Si deseamos edificar la casa de Dios, debemos concentrar nuestro trabajo en los cimientos, que son los individuos. Debemos enfocar nuestros esfuerzos en ayudar a cada uno a crecer en Cristo. Debemos aprender a ministrarle a Cristo a cada uno de una manera que los haga madurar espiritualmente. De esta manera se edificará la casa de Dios.

Si deseamos edificar el templo del Espíritu Santo, solo hay una manera de hacerlo. Debemos llenarnos diariamente de la Vida sobrenatural de Dios. Debemos cultivar una intimidad con Jesús, comer y beber de Él, todo lo que Él es para que nos llenemos de Él. Luego, podremos "ministrar" o compartir esta Vida con otros cristianos (o incluso a los incrédulos) con quienes tengamos contacto. Al compartir a Jesús vivo con otros, ellos también se acercarán a Él.

Demasiadas personas hoy en día están trabajando para edificar algún tipo de grupo. Su enfoque está en la apariencia del todo. Están tratando de montar algún tipo de estructura en la que los cristianos puedan encajar. Están organizando, administrando, planificando y haciendo. Están ocupados edificando un esquema de cómo piensan que debería ser la iglesia. Están trabajando para reunir un grupo que para ellos se asemeja a una "iglesia".

Pero gran parte de este esfuerzo no fomenta el crecimiento de la Vida en los miembros. Muy a menudo, esta colección de individuos es solo eso: un grupo de cristianos cuyas vidas no se han transformado realmente a la imagen de Cristo. A menudo, muchos de estos cristianos solo se sostienen

por una estructura que alguien ha hecho y no están realmente creciendo espiritualmente. En consecuencia, el grupo no se convierte en un lugar donde la presencia de Dios viene y vive.

Puesto que Dios vive en cristianos individuales, cuando están juntos, hay una manifestación de Su presencia. Pero esta manifestación, el poder de Su presencia, es totalmente dependiente del grado de intimidad en que Él reside en cada individuo. Cuanto más espacio le haya hecho cada uno en sus vidas, más poderosamente se expresará en el grupo y a través de este. Cuanto más madurez espiritual y amor por Jesús tenga cada miembro, más el grupo *será* Su templo.

El énfasis de las enseñanzas de Jesús, y del Nuevo Testamento en general, está en los materiales individuales, los cimientos, por así decirlo, y no en la apariencia del todo. No es el deseo de Dios simplemente unir a un número impresionante de cristianos. No es Su plan que la iglesia sea algún tipo de organización bien administrada. Él no se siente atraído por esto.

Él hará su morada entre nosotros solo en la medida en que cada uno le permita hacer Su morada en nosotros. Su deseo es que los miembros individuales sean santificados, transformados y estén listos para que Él viva en ellos y se mueva a través de ellos.

Tal vez una analogía ayudaría aquí. Supongamos que una persona muy rica contrató a un constructor para que le hiciera una casa de bloques de granito. Pero imaginemos que el constructor utilizó otros materiales en su lugar. Quería construir más rápido y más barato. Así que usó tablas y madera contrachapada y, para que pareciera granito, puso un poco de plástico en el exterior que parecía ser roca genuina. Es posible que al final haya logrado algo parecido al plan original.

Cuando el dueño de la casa venga a mirarla, ¿estará contento? ¿Estará satisfecho con el trabajo? ¿O se negará a vivir en una casa que está hecha de materiales más baratos e inferiores? Sin duda, no pagará por el trabajo y no se mudará a esta casa de imitación.

Cuánto menos vivirá el Dios del Universo en algo que no está hecho con los materiales correctos y no se ha construido de acuerdo con Su plan. En este caso, al igual que con la iglesia, son los materiales individuales los que son esenciales, no simplemente la apariencia del todo.

Esta distinción es muy importante. Si vamos a colaborar con Dios y edificar Su casa, debemos entender dónde vive Él. Él no vive en organizaciones "cristianas" que el hombre ha ensamblado y unido por medios terrenales. Sin embargo, a menudo encontramos siervos de Dios de buenas intenciones que trabajan para reunir a un gran número de cristianos bajo el mismo techo. Están usando su personalidad y sus talentos para reunir a las personas alrededor de ellos o de sus ministerios, suponiendo que esta es la casa de Dios.

Muchas personas hoy en día están hablando de cómo hacer crecer "sus iglesias". La idea principal parece ser averiguar cómo aumentar el número de personas que asisten a las reuniones. Se están empleando distintos métodos para conseguir este fin, incluidos nuevos edificios, nuevos programas o algún nuevo énfasis en regalos, experiencias, etc. Pero simplemente aumentar el número no hace nada para edificar la casa de Dios. A menos que este aumento provenga de incrédulos que realmente

nacieron de nuevo, la casa de Dios no se edifica de esta manera. Construir una organización religiosa no es lo mismo que edificar el templo del Dios vivo.

La idea de Dios no es principalmente construir un grupo, sino edificar a los hombres y mujeres que componen el grupo. Su intención es que nos edifiquemos unos a otros. Es que debemos ayudarnos unos a otros a crecer espiritualmente. A medida que crecemos, esto hace más "espacio" para que Él viva y Se mueva dentro de nosotros y a través de nosotros. A medida que nos edificamos unos a otros en nuestra santa fe (Jds 1:20), estamos edificando la morada eterna de Dios. Esta es nuestra tarea. Jesús nos instruyó a ir y hacer discípulos. Esto significa ayudar a otros a conocer a Jesús y someterse a Él. El propio Dios, entonces, toma estos "materiales" y los junta como le plazca (1 Co 12:18).

La manifestación de Su presencia en cualquier reunión de cristianos depende de los corazones de los individuos reunidos. No tiene nada que ver con lo bien que funciona la organización. No depende del número de personas presentes. Dios no se siente atraído por nuestros programas o "ministerios". Entonces, ¿qué estamos edificando? Si lo que atrae Su presencia son los hombres y mujeres dispuestos a recibirlo a Él, y no nuestra superestructura, ¿en qué deberíamos invertir nuestro tiempo?

Ahora, algunos pueden argumentar: "Pero la Biblia dice que donde dos o tres están reunidos en Su nombre, Jesús está allí en medio". Sí, Jesús visita nuestras reuniones. Pero, una vez más, la intensidad de Su presencia va a estar directamente relacionada con la receptividad de los corazones de los individuos involucrados. Cuando los corazones de las personas presentes están cerrados, no pueden encontrar Su presencia.

Las visitas de Dios no dependen de la postura doctrinal del grupo. Tampoco se basan en la apariencia externa o en algún otro factor superficial. Dios mira los corazones de los individuos. Además, la calidad del ministerio que recibimos de Él y la profundidad de nuestra experiencia en esas circunstancias colectivas está directamente relacionada con el hambre espiritual y la receptividad de corazón de los involucrados. Todo esto se dice para aclarar que la experiencia espiritual del grupo depende de los individuos en quienes se está haciendo la obra de Dios.

DIOS NUNCA NOS DIJO QUE ORGANIZÁRAMOS GRUPOS

En ninguna parte del Nuevo Testamento se nos instruye tratar de edificar algún tipo de grupo, de iglesia u organización religiosa. Esto es muy importante. Nunca se nos dice que tratemos de reunir a un número de cristianos y organizarlos en algún tipo de grupo. Nunca se nos enseña que debemos edificar "una" iglesia. Nunca se nos exhorta a tratar de armar algún tipo de organización cristiana.

Es nuestro trabajo edificarnos unos a otros guiados por el Espíritu Santo. Esta es nuestra parte del trabajo. Entonces, es la obra del mismo Dios la que nos une. Esta unión no es una obra que el hombre pueda hacer, ni una obra que se nos haya instruido hacer. Una lectura cuidadosa del libro de Efesios ayudará al lector a ver esto más claramente. Es Dios quien nos resucitó "juntamente con Él" y nos hace "sentar en los lugares celestiales" (Ef 2:6).

Jesús dijo explícitamente: "Edificaré mi iglesia" (Mt 16:18). Aprendemos que "el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hch 2:47). Fue Dios mismo quien formó a este grupo. Los primeros cristianos no estaban trabajando para convencer a la gente de unirse a su grupo, sino para presentarles a Cristo. No estaban tratando de formar ningún tipo de sociedad, sino de vivir por el Espíritu Santo y compartir a Jesús con el mundo. La iglesia o las iglesias que aparecieron fueron un resultado espontáneo de ministrar a Jesús. Eran el fruto automático de la predicación del Evangelio. Estos resultados no los lograron cristianos tratando de organizar grupos, sino que fueron un producto de la Vida de Jesús estando entre ellos.

Leemos en Zacarías 6:12,13 que es obra del Hijo de Dios edificar el templo de Jehová. Aquí leemos: "Así ha hablado Jehová de los ejércitos: "Aquí está el varón cuyo nombre es el Renuevo; él brotará de sus raíces y edificará el templo de Jehová. Él edificará el templo de Jehová, tendrá gloria, se sentará y dominará en su trono".

Dios también dice: "El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Dónde está la casa que me edificarás?" (Is 66:1). La respuesta es que no hay casa que podamos edificar para Él. No hay nada que podamos edificar que lo complazca. Ninguna de nuestras organizaciones humanas y terrenales funcionará. No importa lo que podamos edificar, no importa cuán bueno o bíblico pueda parecer, no podremos nunca edificar nada en lo que Dios quiera habitar. Solo Él puede hacerlo.

No podemos edificar la casa de Dios. Lo mejor que podemos hacer es colaborar con Él. Este trabajo conjunto se realiza ayudando a preparar los materiales. Luego, Él es quien los reúne de una manera que lo complace.

La iglesia primitiva, que pensamos como una especie de grupo, fue obra de Dios y no del hombre. Fue un resultado natural y espontáneo de la obra de Jesucristo en los corazones de hombres y mujeres, individualmente. Fue Él quien los unió. También era Su responsabilidad mantenerlos juntos, si así lo deseaba. En ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos a los apóstoles corriendo por ahí tratando de reunir a los cristianos y formarlos en grupos. Ese no era su trabajo.

En la actualidad, muchos cristianos intentan montar algún tipo de estructura para la iglesia. Por ejemplo, piensan que si organizan encuentros, oraciones, alabanzas y varios ministerios (como la escuela dominical, grupos de adolescentes, etc), los cristianos pueden encajar en esa organización. Ellos pueden usar esa estructura para "apoyar" en ella sus vidas espirituales. Los miembros, entonces, son llevados adelante pasivamente por las actividades y los ministerios de esa organización.

Lamentablemente, ese es exactamente el tipo de obra del cual hablamos en el capítulo anterior. Es intentar fabricar una estructura y esperar que se llene de Vida. Es intentar hacer tallos, pétalos, flores y hojas de seda y alambre, y no dejar simplemente que la vida de la planta crezca. Ningún tipo de estructura organizacional fabricada por seres humanos se convertirá jamás en la casa eterna de Dios.

Nuestra meta, nuestra única meta, es ministrarnos a Jesucristo unos a otros y ministrárselo al mundo. Nuestro llamado es a edificar individuos. Nuestro trabajo es edificar el templo de Dios, que está constituido por hombres y mujeres.

Dios, entonces, usará estos materiales de edificación, y los juntará en un arreglo divino que solo Él puede hacer. ¡Él edificará Su iglesia! Él hará la edificación conjunta de las partes separadas. Nuestra parte es ministrarnos a Jesucristo unos a otros y dejarle los resultados a Él.

CÓMO FUNCIONA

Cuando le ministramos con éxito Vida a alguien, esa persona amará más a Dios. Aprenderá a caminar en intimidad con Él. Aprenderá a escuchar Su voz y a obedecerlo. En consecuencia, deseará estar con otros que tienen este mismo amor. Así que, buscará compañerismo. Naturalmente, buscará oportunidades para reunirse con otros para orar, adorar y compartir. Así, la casa de Dios crecerá y se edificará.

A medida que cada uno siga la dirección de la Cabeza y comparta su porción de Vida con el resto, la casa de Dios comenzará a aparecer. Todas las características de la iglesia que vemos en el Nuevo Testamento, incluyendo reuniones, ministerios, dones, etc., comenzarán a aparecer automáticamente entre cualquier grupo de cristianos que estén amando y siguiendo a Jesús. Su Vida producirá esto. Su vida siempre y solo producirá la Iglesia. Él los guiará a todo lo que Él tiene preparado para los que lo siguen.

Este concepto es muy simple, pero muy profundo. Si nosotros simplemente amamos y seguimos a Jesús como niños pequeños todos los días, la Iglesia aparecerá. La casa de Dios aparecerá como resultado de Su Vida. Esta edificación será el producto de una obra sobrenatural. Será algo que Jesús edifique.

Aquí no hay espacio para las manos humanas. No hay necesidad de los planes y los proyectos de los hombres. No hay necesidad de esquemas organizacionales y estructuras humanas. Si simplemente vive Jesús en nosotros, Su Vida producirá la Iglesia. De hecho, no hay otra manera de llegar a este objetivo.

Por favor, preste mucha atención a esto. No hay otra manera de edificar el templo del Señor que no sea permitir que la Vida de Jesús lo haga. Solamente Él es capaz de hacer la obra. Cuando Él viva en y a través de nosotros, se estará edificando una estructura sobrenatural. Si lo seguimos todos los días, ministrándolo a otros, Su morada aparecerá. La ministración de la Vida eterna dará como resultado la edificación de la casa de Dios. La Vida de Dios siempre crecerá en la forma de la Iglesia que Él desea. Cualquier otra cosa es solo una sustitución humana.

NO ES IMPRESIONANTE

Este modo de edificar nunca será impresionante. Aquellos que eligen edificar con la Vida de Jesús difícilmente serán famosos, muy solicitados o populares. Sus obras nunca competirán en términos de grandeza y números con los esquemas de los hombres. El camino de Dios siempre ha sido un camino modesto y humilde.

Necesitamos preparar nuestra mente para esto. Debemos darnos cuenta, antes de comenzar, que nuestro trabajo no será algo que nos levante el ego o haga que nuestra popularidad se extienda. Nuestros corazones deben estar preparados para simplemente obedecer a Jesús y nunca buscar resultados que el mundo encuentre impresionantes. Solo si nos humillamos y nos hacemos como niños conseguiremos entrar en el Reino de Dios (Mt 18:3).

Cuando el primer brote de una planta emerge de la tierra, nunca es algo pomposo. No parece ser gran cosa. Pero es algo real. Por lo tanto, nunca debemos juzgar nuestro trabajo o el de alguien más en términos mundanos. Nunca debemos buscar el éxito, los números impresionantes, la fama, etc., para ver si lo que estamos haciendo le agrada a Dios.

El único estándar para juzgar nuestro trabajo es si estamos obedeciendo o no a Dios. Si lo estamos siguiendo fielmente en todo lo que estamos haciendo, entonces nuestra obra será aprobada. Por otro lado, si tenemos ambiciones de éxito y todas las trampas que lo acompañan, tendremos muchos problemas tratando de edificar la casa de Dios a Su manera.

LA NECESIDAD DE FE

Edificar en el modo sencillo de la Vida de Jesús requiere fe. Exige que cada uno tenga una relación de fe con Jesucristo. Debemos creer que, si solo lo seguimos todos los días, haciendo lo que Él nos guía a hacer, Él producirá los resultados. Esto requiere mucha fe. Debemos creer que Jesús hará lo que dijo que hará: edificar Su Iglesia. Debemos confiar en que, al hacer nuestra pequeña parte del plan de Dios, Él se encargará del resto.

Si no tenemos tal fe, entonces comenzaremos a tratar de hacer las cosas nosotros mismos. Dado que el camino de la Vida es a menudo lento y poco impresionante, siempre habrá una gran tentación para el hombre de ayudar a Dios un poco. A menudo habrá cosas que imaginamos que deberían hacerse para acelerar el proceso. Con frecuencia tendremos la oportunidad de extender nuestra mano y tratar de hacer la obra de Dios por Él.

Edificar con la Vida de Jesús es caminar por fe y no por vista. Pero este tipo de caminata es muy difícil para el hombre natural. Es muy normal que los seres humanos dependan de algo tangible. Confían fácilmente en lo que pueden ver, oír y sentir. En consecuencia, los hombres constantemente tienden a gravitar hacia algo externo y terrenal. Cualquier hombre o mujer creyente que quiera edificar con la Vida de Dios debe estar continuamente atento a esta tendencia humana.

Las estructuras religiosas proporcionan tales apoyos tangibles para el alma humana. Las organizaciones humanas a menudo tienen un atractivo muy fuerte para el hombre natural. Siempre es mucho más fácil para hombres y mujeres sentirse cómodos con algo mental, programado regularmente, visible y verificable.

Tales sistemas religiosos no requieren mucha fe. No exigen una sumisión completa a Dios de los participantes. Proporcionan mucho espacio para que los cristianos se sientan atraídos por sus numerosas actividades, entretenimientos y programas, ya sea que realmente estén

buscando a Jesús con todo su corazón o no. Esta es la razón por la que las organizaciones humanas parecen prosperar, mientras que el camino de la fe simple como de niño se descuida. Tales sistemas tienen el nombre de cristianismo, pero también proporcionan mucho espacio para el hombre natural. A menudo, tales estructuras humanas proporcionan la religión suficiente para satisfacer las conciencias de los asistentes, junto con una buena dosis de funciones sociales y otras actividades para mantener feliz al hombre natural también.

Un genuino caminar de fe exige contacto continuo y obediencia a Alguien invisible. Este caminar en el espíritu no se hace usando nuestros sentidos naturales. Esto significa que debemos mantener una relación íntima con nuestro Salvador, quien es intangible para el hombre natural. Es solo a través de esta comunión espiritual con Dios que podemos tener éxito en vivir en obediencia a Él y edificar Su casa eterna. Es a medida que recibimos el flujo de Vida de Él que podemos ministrarlo a otros también y así edificar algo que le agrade.

NO DESISTAS DE CONGREGARTE

Hay una advertencia importante en las Escrituras que nos indica "no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre" (Heb 10:25). Esta es una palabra esencial para todos los cristianos. Si amamos a Jesús y lo seguimos, naturalmente habremos de querer estar con otros cristianos, tanto cuanto sea posible. Nuestra "congregación" con ellos será uno de los fuertes deseos de nuestro corazón. Un cristiano obediente siempre estará buscando esto. Por lo tanto, reunirse con otros cristianos para adorar, orar y edificación mutua será una característica notable de cualquier experiencia de iglesia viva. De hecho, este deseo o la falta de él es una buena prueba para ver si realmente estamos caminando en intimidad con Jesús.

Sin embargo, de ninguna manera este versículo puede ser considerado como un mandato para tratar de armar un grupo o una estructura humana. Esto no es lo que dicen las Escrituras. Esta exhortación está destinada a estimular a los cristianos a obedecer la guía del Espíritu Santo y buscar la comunión con otros cristianos. Dado que nuestra carne, naturalmente, no quiere estar en la presencia de Dios, sola o con otros cristianos, hay una tendencia a evitar las reuniones y el compañerismo. Por lo tanto, se nos insta a no permitir que nuestra carne nos domine y a hacer un esfuerzo para continuar buscando la comunión con los demás.

A medida que nos servimos unos a otros a través del Espíritu de Dios, nosotros y ellos creceremos, y la casa de Dios se expandirá. Cuando usamos nuestros dones y ministerios para edificar individuos, el templo de Dios está siendo edificado. Dios mismo colocará las piezas de Su casa como quiera (1 Co 12:18). Aquí es donde Él vivirá por la eternidad en hombres y mujeres espiritualmente edificados y entre ellos.

Pensemos lógicamente en esto. Cuando nos presentemos ante el Señor, ¿qué le presentaremos? ¿Le demostraremos la manera en que realizamos nuestras reuniones? ¿Mostraremos nuestras nuevas rutinas de baile u obras de teatro? ¿Qué hay de nuestros diferentes grupos especiales

para jóvenes, parejas jóvenes, solteros y otros? ¿Serán nuestros estándares, prácticas y planes de interés para Él? ¡No!

Lo que Dios estará interesado en ver es como Su trabajo de transformación ha progresado en cada individuo. Su atención estará focalizada en el crecimiento espiritual de cada uno. Lo que Él deseará examinar es cómo cada uno de nosotros ha sido transformado a Su gloriosa imagen. El interés de Dios no será cuantas personas hayamos logrado reunir, sino el nivel de madurez espiritual de cada una.

Por lo tanto, dado que estas cosas son Su meta, ¿no deberían ser también nuestro enfoque? ¿No deberíamos usar nuestro tiempo y energía para edificar lo que está en el corazón de nuestro Señor? ¿No deberíamos dejar atrás la edificación de cosas que no durarán y concentrarnos en las que sí duran?

Preguntémonos honestamente: ¿Resistirá nuestra organización la prueba del día del juicio? ¿Brillarán nuestros grupos y actividades como el resplandor del sol en el día del Señor? ¿Cuánto de nuestro esfuerzo es simplemente inútil y un desperdicio, cuando podríamos estar edificando lo que durará por la eternidad?

En la Iglesia de Cristo hoy, muchos tienen otra meta. Se esfuerzan por edificar una organización que sea grande, creciente y exitosa. Para ser justos, creo que sería cierto decir que la mayoría de estas organizaciones creen que el crecimiento espiritual es uno de sus objetivos. Imaginan que la madurez será el resultado de sus esfuerzos.

Tal vez algunos piensen que unirán a un grupo de personas o "iglesia" y, luego, usarán esta organización como un medio para edificar a los individuos. Suponen que usarán su grupo para promover la obra de Dios. Tal vez sus intenciones sean buenas, incluso si su práctica es deficiente.

El problema con este método es que unir a este grupo y, luego, mantenerlo unido debe hacerse por medios humanos y naturales. En lugar de simplemente ministrar a Cristo, nos enfrentamos a la tarea de proporcionar diversos accesorios y actividades para atraer a las personas, mientras tratamos de trabajar en su estado espiritual. Intentamos mantenerlos interesados en algo diferente de la persona de Jesucristo mientras intentamos ayudarlos espiritualmente. Esta es realmente una manera inadecuada de hacer la obra de Dios. Además, como veremos más adelante, no se está haciendo la obra de Dios a Su manera.

¿CUÁLES SON NUESTRAS INTENCIONES?

Otra pregunta importante que todos debemos considerar cuidadosamente ante el Señor es la siguiente: ¿cuáles son nuestras intenciones? Necesitamos examinar honestamente nuestros corazones. Cuando intentamos formar un grupo, nuestras intenciones se dividen.

Sí, queremos servirles a los demás en el nombre de Jesús, pero también queremos que se unan a nuestro grupo. Sin duda, creemos que nuestro grupo es la obra de Dios, así que tal vez sea difícil para nosotros ver que edificar nuestra organización no es lo mismo que edificar la casa de Dios. No es lo mismo.

Si tenemos una motivación de querer edificar nuestro grupo particular o nuestra "iglesia", se vuelve imposible no tener una especie de telaraña escondida detrás de nosotros. Hablamos de Jesús y de las cosas de Dios, pero queremos que la gente se nos una. Secretamente, queremos atraparlos en nuestra red. Pero, cuando estamos solo y sinceramente interesados en edificar a alguien en Cristo, todas las intenciones ocultas desaparecen. Entonces nos volvemos libres para simplemente edificar la casa de Dios. Entonces tenemos una gran libertad para servirles a los demás sin una intención oculta. No hace falta considerar si se unirán a nosotros o no.

Con este tipo de actitud, podemos servirles a otros que no están de acuerdo con nosotros. Podemos compartir a Jesús con personas de otras "iglesias", sin tratar secretamente de persuadirlas para que abandonen lo que están haciendo y se nos unan. Podemos ministrar sin segundas intenciones. Podemos simplemente hablar lo que el Espíritu Santo está hablando en este momento y amar a los demás sin condiciones. Podemos vivir la Vida de Jesucristo con gran simplicidad entre otros cristianos y aquellos del mundo. Cuando nuestro único motivo es edificar la casa de Dios, entonces podemos servirles y edificar a otros libremente. Este tipo de pureza de propósito nos permite vivir en una especie de inocencia infantil y también en gran libertad. Cuando nuestra meta es edificar a las personas, podemos seguir siendo siervos humildes. Pero cuando nuestro motivo es reunir a un grupo, entran muchos otros factores.

Razonemos juntos sobre esto. Si deseamos formar un grupo o una "iglesia" distinta, debe separarse de la Iglesia como un todo. Si no es así, entonces no tiene su propia identidad y, por lo tanto, no puede reconocerse como grupo. En consecuencia, debemos tener algunos métodos para separar a los hombres y mujeres del resto del cuerpo de Cristo y convencerlos de que nos sigan a nosotros, o sigan nuestra práctica o enseñanza.

Estos métodos incluyen, entre otros, persuasión emocional y mental, maniobras políticas, uso de una personalidad fuerte, un discurso convincente como los de ventas y la exhibición de dones espirituales. Usando varios de estos métodos, convencemos a varias personas de que nuestras ideas, prácticas y doctrinas son las mejores, y de que deben seguirnos, formando así algún tipo de grupo identificable o "iglesia".

Esto, mis queridos hermanos y hermanas, es algo hecho con manos humanas. Por lo tanto, es un lugar en el que Dios no vive y nunca vivirá. No es algo que está hecho de acuerdo con la visión celestial. Es simplemente, madera, heno y hojarasca. Por lo tanto, no puede satisfacer el deseo de Su corazón.

CÓMO FUNCIONA LA IGLESIA DE DIOS

A medida que vivimos y trabajamos para Dios con nuestro enfoque en la edificación de los demás, puede que Él una los corazones de algunas personas. Ciertamente sucederá que su amor mutuo crecerá. Sin duda, su comunión entre ellos será tan agradable que pasarán mucho tiempo en presencia uno del otro. A medida que se edifican unos a otros, Dios los unirá en amor (Col 2:2). Naturalmente, querrán reunirse para adorar, orar

y edificarse mutuamente. Esto es algo que Dios hace acontecer, no es el resultado del esfuerzo humano.

Alguien que mire esto desde afuera podría pensar en esto como una organización. Pero, de hecho, es algo orgánico, algo viviente, algo que Dios ha hecho y no el hombre. Esta "forma" es el resultado de que la Vida de Dios crezca y viva a través de individuos.

Este grupo no tiene paredes ni barreras que mantengan a la gente dentro o fuera. No está separado del resto del cuerpo de Jesús. Los que participan en esta comunión no están sujetos por ningún tipo de artificio, doctrina, líder humano o práctica. Simplemente están viviendo por la Vida de Cristo y sirviéndose unos a otros.

El resultado de esto es la manifestación del Espíritu Santo mientras Él llena Su templo, que por supuesto se compone de estos individuos que Él ha edificado juntos. La Iglesia primitiva fue el resultado de precisamente este tipo de ministerio. Los discípulos estaban predicando y enseñando a Jesucristo. Lo estaban compartiendo con el mundo, y lo ministraban unos a otros.

Automáticamente, querían estar con otros que amaban a Jesús. El Señor, entonces, los entrelazaba de una manera que pudiera considerarse como un grupo. Pero, esto no fue el resultado del esfuerzo humano. No fue resultado de que Pedro, Santiago o Juan usaran sus dones y ministerios para tratar de atraer seguidores. No fue el resultado de un esfuerzo por organizar nada. Fue un resultado espontáneo del ministerio del Espíritu Santo a los individuos.

Verdaderamente, el Señor Nuestro Dios no vive en una casa hecha con manos humanas. Si lo que estamos haciendo es el resultado de los planes, la energía y el esfuerzo propios, Dios no morará allí. Si nuestro grupo es producto de talento administrativo o capacidad organizativa, podemos estar seguros de que Él no llamará a esto Su hogar.

Si lo que estamos haciendo es realmente algo natural y terrenal, incluso si lo hemos decorado con etiquetas "espirituales", se quemará en el día del juicio. No importa lo bien que se vea ni lo que otros piensen de nuestro trabajo, cualquier cosa que se haga con manos humanas nunca será la casa de Dios. Es solo una imitación humana.

Queridos hermanos y hermanas, esta es una consideración extremadamente importante. Si bien podemos haber pensado que varias "iglesias" o grupos religiosos son santos o algo muy especial a los ojos de Dios, es hora de que los miremos a través de los ojos de Dios, o debimos haberlo hecho desde hace mucho. Con Su Santa Palabra abierta ante nosotros, examinemos cuidadosamente y en oración lo que estamos haciendo a Su luz. Las tradiciones de los hombres junto con todos los rituales, las prácticas y los "servicios" que los acompañan no son y nunca serán el templo del Dios vivo.

En estos últimos días, con la venida del Señor acercándose cada vez más, sería prudente que todos examináramos nuestras obras ante Dios. A Su luz, consideremos honestamente la obra de nuestras manos y dejemos que Él exponga o cambie cualquier cosa de la cual Él no sea el autor. Que nosotros, por Su misericordia, seamos considerados por Él como constructores de obras de oro, plata y piedras preciosas.

¡Cuánto necesitamos ver una visión celestial! ¡Cuánto necesitamos subir al monte de Dios y mirar dentro de Su corazón! ¡Cuánto necesitamos edificar de acuerdo con Su plan celestial y no de acuerdo con ideas y conceptos terrenales! Solo si seguimos esta revelación sobrenatural, nuestro trabajo para Dios será vital, penetrante y genuinamente fructífero. Además, lograremos muchas cosas de valor eterno.

5.

LIDERAZGO EN LA IGLESIA

Llegamos a uno de los aspectos más importantes de nuestro análisis. Es quizás la parte más incomprendida de la edificación eterna de Dios. A menos que tengamos una comprensión clara de cómo se gobierna el cuerpo de Cristo y hasta que la tengamos, gran parte de nuestro trabajo será en vano.

Sin esa claridad de una visión celestial, nos queda el uso de medios humanos. Al carecer de una revelación celestial, solo tenemos métodos terrenales de los cuales depender. Esos materiales terrenales no pueden ser usados para edificar la Novia verdadera. Sin materiales divinos, no podemos construir algo en lo que Él se complacerá en morar, ni edificar la Novia con quien Él se desea casar.

Este es un tema muy difícil, principalmente porque casi todos llegan al debate con muchas ideas preconcebidas. Lo que es comúnmente aceptado y practicado hoy en día en la iglesia es considerado como el estándar. Incluso los incrédulos tienen nociones fuertemente arraigadas sobre cómo debe ser el liderazgo de la Iglesia. Por ejemplo, si mencionas la palabra "pastor", casi todos, hasta los incrédulos, piensan en alguien que dirige una iglesia y predica allí todos los domingos. Los ejemplos en el mundo que los rodea los han adoctrinado. En consecuencia, es muy difícil hablar de algo nuevo o diferente.

En los tiempos del Nuevo Testamento, no había tal estándar establecido. Antes de esa época, no había existido algo como una iglesia. No tenían miles de ejemplos para copiar, por lo que sus mentes estaban en una especie de estado original, un estado o condición incontaminado. Lo que me gustaría pedirles a todos los lectores es que intenten llegar a este mismo tipo de inocencia con respecto al tema del liderazgo de la iglesia.

Imaginemos que nosotros también vivimos durante los tiempos del libro de los Hechos y que todas las cosas que el Espíritu Santo estaba haciendo eran nuevas y recientes. Tal vez de esta manera podamos dejar de lado, por un momento, todo el bagaje de lo que creemos saber, y abrirnos a Dios. A través de Su misericordia, puede ser que se nos muestre una visión más clara del gobierno de Dios sobre Su casa.

No puede hacer daño abrirse por un momento. Siempre puede volver a lo que pensaba y practicaba antes. Si lo que lee no le habla, si el Espíritu Santo no le revela nada nuevo o diferente, no ha perdido nada. Nadie más necesita saber que secretamente tomó un poco de tiempo para revisar su obra para el Señor para ver si de alguna manera se habría perdido algo o si había alguna manera de mejorar.

EL PRINCIPIO DEL GOBIERNO

Al comenzar nuestro análisis, el primer y principal principio que debemos llegar a entender es que Jesucristo es el Cabeza de Su cuerpo. Esto significa que Él es el único gobierno. Isaías 9:6 dice: "la soberanía reposará sobre sus hombros" (NVI). Él es el que está dirigiendo todo. Él es quien toma las decisiones. Él es el único líder. Él es la cabeza. Leemos: "Él es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia" (Col 1:18). Además, se nos enseña que "… lo dio [a Jesús] por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Ef 1:22). También leemos que Él debe tener la preeminencia en todas las cosas (Col 1:18).

Detengámonos aquí un momento y meditemos sobre esta analogía del cuerpo. Dios usa esta palabra "cuerpo" como una ilustración para revelarnos algo acerca de Su voluntad y autoridad. En un cuerpo humano, la cabeza lo dirige todo. Ningún otro miembro puede tomar decisiones. Ninguna otra parte está calificada para guiar a las demás.

Aunque el cuerpo es extremadamente complejo y tiene muchos tipos diferentes de miembros y órganos, la cabeza dirige las funciones de todos ellos. El ojo puede ser muy agudo, pero nunca llega a dirigir el cuerpo. El corazón puede estar sano, pero nunca puede tomar decisiones. Las piernas pueden ser fuertes, pero no dan dirección a los otros miembros. Aunque hay un sistema de nervios que transmiten la voluntad de la cabeza a todas las demás partes, estos nervios nunca se vuelven capaces de pensar, razonar y, luego, tomar decisiones por sí mismos.

Así también es en el cuerpo de Cristo. Jesús ha sido puesto por el Padre como la Cabeza de todo. Hasta hoy, Él todavía conserva esta posición. Es la intención de Dios que Jesús gobierne cada movimiento de Su cuerpo. Se supone que cada obra, cada palabra, cada faceta de su ser debe ser gobernada por la Cabeza. Ningún otro miembro puede sustituirla. Nadie más puede usurpar o compartir parte de esta autoridad. Jesucristo es perfectamente capaz de sostener cada molécula del Universo. Así que también es capaz de funcionar como la Cabeza de *todas las* cosas para la Iglesia.

Sin embargo, hoy en día, la Iglesia parece ser un tipo de monstruo mitológico, como Hidra. Hidra era una criatura con seis o más cabezas de serpiente, y con cuerpo de mujer o de dragón, de acuerdo con la interpretación de la mitología griega. Si alguna cabeza fuese cortada, dos cabezas aparecerían en la herida.

Dondequiera que uno mire, hay muchos, muchos hombres y mujeres diferentes que afirman tener autoridad. Están gobernando, dirigiendo algún tipo de “iglesia” u otra, a su manera. Tal vez sin darse cuenta, muchos cristianos están compitiendo con Jesús para ser la Cabeza de al menos una parte de Su Iglesia.

Cada día que pasa, otra "cabeza" brota para afirmar que tiene un mandato del Señor para dirigir una parte de Su obra. Muchas de estas personas insisten en que los cristianos se sometan a su autoridad, ya que se supone que la recibieron de Dios. Pero ¿a cuál de ellas debemos someternos? ¿Cuál de las miles, o incluso decenas de miles de figuras que vemos en la iglesia hoy es realmente la correcta?

EL PROBLEMA DE LA INVISIBILIDAD

Tal vez una gran parte del problema que tenemos con la comprensión y el seguimiento del gobierno de la verdadera Cabeza es que Él es invisible. No podemos verlo con nuestros ojos físicos. Pero el hombre natural confía en las cosas visibles. Le gustan las cosas que son tangibles, algo que puede ver, saborear, sentir y oír. Para él, estas cosas son reales. El mundo espiritual, por otro lado, es demasiado místico y, por lo tanto, no es confiable.

Sin embargo, según la Biblia, las cosas espirituales son de hecho, las más reales. Las cosas espirituales son más "reales" que las cosas del mundo físico en el que confiamos tanto. 2 Corintios 4:18 dice: "... pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas".

Aquí necesitamos reajustar nuestro pensamiento. Nuestra confianza en lo tangible y físico debe ser reemplazada por nuestra completa dependencia de nuestro Señor invisible. A través de nuestra fe, debemos desarrollar una relación íntima con Jesús. Debemos aprender a conocerlo, escucharlo y seguirlo.

Esto es absolutamente esencial para cada cristiano. Nadie más puede hacer esto por usted. Todos y cada uno de los cristianos necesitan convertirse en verdaderos seguidores de Cristo. Y eso exige que mantengamos una intimidad con Él, por la fe.

No es suficiente que alguien simplemente siga algunos estándares bíblicos. No basta con que alguien encaje en algún tipo de grupo, aceptando sus costumbres y metas. No es la intención de Dios que simplemente demos nuestra aceptación mental a algún conjunto de doctrinas o prácticas. Su pensamiento es que lleguemos a conocerlo personal e íntimamente. Además, es Su deseo que a través de esta relación íntima y real Él pueda guiarnos en todos los aspectos de nuestra vida.

De esta manera, Él puede ser nuestra Cabeza. A medida que lo conocemos y lo seguimos, Su gobierno se vuelve cada vez más real en nuestras vidas. Él puede dirigir nuestras actividades diarias y mostrarnos Su voluntad y Sus caminos. Incluso más que esto, Él puede comenzar a guiar nuestros pensamientos y nuestras emociones. Su gobierno puede comenzar a afectar nuestras actitudes y opiniones. Nuestros deseos, nuestras expectativas e incluso nuestros temores pueden comenzar a estar sujetos a Su autoridad.

Así como nuestra cabeza humana guía no solo nuestro cuerpo, sino todos los aspectos de nuestra vida psicológica, también Jesús puede reinar sobre toda nuestra vida. De esta manera, la vida y la naturaleza de Dios pueden manifestarse en nosotros y a través de nosotros. Este es el verdadero cristianismo. Esta es la verdadera casa de Dios.

Sin embargo, es dolorosamente obvio que no todos los cristianos están logrando vivir en esta intimidad y obediencia. Es triste, pero cierto, que muchos que se llaman a sí mismos cristianos tienen muy poca intimidad con el Señor y casi no tienen idea de cómo escucharlo y seguirlo. Es aquí donde surge una gran tentación que se manifiesta en dos aspectos que intentaremos detallar aquí.

En primer lugar, están aquellos que tienen alguna relación con Jesús. Tienen cierta consagración y fe, y oyen a Dios en mayor o menor grado.

Así que, cuando ven a otros que están deambulando un poco despistados sin ninguna dirección de la Cabeza, quieren ayudarlos.

Pero si no tienen cuidado, mientras intentan ayudar a estos otros, ellos mismos se convierten en una cabeza. Poco a poco, comienzan a sustituir al Señor en la vida de estas personas. Comienzan a dar consejo y orientación. Ellos orientan a estos otros hacia las metas que Dios les ha mostrado. Enseñan, predican, “orientan” y lideran. Pronto tienen todo un grupo de seguidores.

El problema aquí es que, a menudo, estos seguidores no han sido llevados a una intimidad con Jesús. No han conseguido establecer una relación con Él, quien está guiando sus vidas. En cambio, han comenzado a confiar en el liderazgo humano y a seguirlo. Como resultado, no están siendo transformados a la imagen de Cristo, sino que simplemente se están ajustando a la imagen del líder y/o grupo al que asisten.

Es muy posible que el consejo y la guía que recibieron hayan sido bíblicos y sensatos. Se espera que la enseñanza que han escuchado haya estado bien fundamentada en la palabra de Dios. Sin embargo, todo esto se puede hacer sin aproximar a alguien a Dios. Es muy posible que simplemente se hayan vuelto dependientes de otro ser humano.

Puede que estos individuos incluso parezcan haber cambiado un poco. Tal vez algunos de sus pecados más graves han desaparecido o han pasado a la clandestinidad. Puede que sus hábitos y estilos de vestimenta, cortes de cabello, etc., se hayan modificado. A los ojos del grupo, ahora son considerados "buenos cristianos".

Pero si no han desarrollado el tipo de comunión con el Dios invisible que se ha convertido en la fuente de su vida y dirección, todos estos cambios son en vano. Si no han llegado a una sumisión total de todo su ser a la autoridad de la Cabeza, han perdido el verdadero objetivo.

Pero si no han desarrollado un caminar diario e íntimo con el Salvador invisible que se haya hecho la fuente de su vida y su dirección, realmente no han recibido ayuda en absoluto. Estas personas se han ajustado a algún estándar, pero no se han transformado a la imagen de Jesús.

Creo que la gran mayoría de estos líderes comienzan con las mejores intenciones. Quieren ayudar al pueblo de Dios. Sienten compasión por aquellos que no disfrutan de la relación con Jesús que ellos tienen.

Y así comenzaron a trabajar para ayudarlos. Pero si no tienen cuidado, es extremadamente fácil, quieran o no, inducir en los demás una dependencia de ellos. Es muy simple comenzar a ponerse a sí mismos como sustitutos de Jesús en la vida de los demás.

Aunque pensemos que vemos algunos cambios en sus vidas, si no se están volviendo íntimos con Jesús y aprendiendo a seguirlo realmente, todo esto es inútil. A menos que hayamos recibido una visión celestial, es muy fácil edificar algo que no resista la prueba. Es muy posible gastar mucho tiempo y esfuerzo edificando una casa en la que Dios no habitará.

EL PROBLEMA DEL ORGULLO

A veces, las cosas que se hacen con las mejores intenciones no terminan bien. Podemos querer hacer lo correcto, pero terminamos

equivocándonos. Si comenzamos a edificar sin una revelación celestial, esto puede ocurrir fácilmente. Dentro del corazón de cada hombre y mujer se esconde un pecado siniestro: el orgullo. Esto es algo de lo que quizás no seamos conscientes, pero está ahí igual. Así que, cuando otros comienzan a mirarnos, cuando somos honrados con títulos y posiciones, cuando empiezan a surgir el prestigio y el respeto, estamos en una posición muy peligrosa.

Cuando aceptamos tales cosas, hemos caído en la "misma condenación en que cayó el diablo" (1 Tim 3:6 NVI). Otra traducción es que hemos caído en la misma trampa que el diablo. Jesús no aceptó la gloria de los hombres (Jn. 5:41). No tomó ninguna posición de autoridad terrenal. Se negó a que lo hicieran rey (Jn. 6:15). Evitó la fama, diciéndoles a aquellos a quienes curó que guardaran silencio al respecto (Mt. 8:4; 9:30; Mc 7:36; 8:26). Él dio un ejemplo que nos conviene seguir.

Si no rechazamos toda esa atención de los hombres tal como Él, nos desviaremos del camino de Dios. Si no aprendemos a evitar ponernos en posiciones donde los hombres nos miren a nosotros en lugar de a Jesús, caeremos en un grave error.

A medida que comencemos a entender la importancia de la soberanía de Cristo sobre Su cuerpo, esta verdad se nos hará cada vez más evidente. Si nos exaltamos a nosotros mismos o permitimos que otras personas nos exalten, esto demuestra que aún no hemos entendido cómo edificar la casa de Dios de la manera correcta.

En el Nuevo Testamento, encontramos un concepto interesante, la idea de un "anticristo". En el idioma griego, este prefijo "anti" tiene dos significados. El que conocemos más hoy en día es el significado "contra". Hoy pensamos en un anticristo como alguien que está en contra de Cristo.

Pero en los días de la iglesia primitiva, esta palabra tenía un significado aún más prominente. Este significado es: "en vez de" o "en lugar de". Por lo tanto, un anticristo sería alguien que estaría tomando el lugar de Cristo. En lugar de que Jesús fuera la Cabeza y la fuente de nuestra vida, un anticristo sería alguien que Lo estaba sustituyendo en esta relación. Un anticristo moderno sería alguien a quien otros acuden en busca de guía y dirección en lugar de acudir a Cristo.

En el futuro, alguien llamado "anticristo" se sentará en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios (2 Tes 2:4). En otras palabras, tomando el lugar que le corresponde a Dios. Así que hoy muchos están, consciente o inconscientemente, tomando el lugar de Jesús en Su Iglesia. En lugar de ser Él la Cabeza sobre todo y todos, ellos se han convertido en los líderes.

EL HOMBRE TIENDE HACIA UNA DEPENDENCIA HUMANA

En segundo lugar, a muchos del pueblo de Dios les gusta tener un líder humano. En Jeremías 5:31 leemos: "Los profetas profieren mentiras, los sacerdotes gobiernan a su antojo, ¡y mi pueblo tan campante!" (NVI). Como hemos visto antes, las personas confían en sus sentidos físicos. Por lo tanto, una cabeza humana o líder, puede parecerles algo maravilloso. Pueden verlo, escucharlo y, luego, obedecerlo (u obedecerla). Esta es una tendencia natural de la humanidad. Desde la caída de Adán y Eva, esto ha

sido así. Seguir a alguien invisible es un poco difícil. Seguir a un líder humano es mucho más fácil.

Entonces, es muy común que tales individuos busquen y acudan a aquellos que tienen una relación con Jesús. Establecen para sí mismos una especie de intermediario que escucha a Dios por ellos y, luego, les transmite las instrucciones. Esta persona busca al Señor por ellos, les da consejos, se ocupa de sus problemas e incluso los casa y les hace sus funerales.

Así que, en lugar de aprender a conocer y seguir a Jesús, estos hombres y mujeres se unen a otra cabeza. Eligen depender de otra persona. Su enfoque está en algún tipo de líder u otro a quien acuden buscando alimento espiritual y dirección. Este no es el plan de Dios. Esta no es Su Novia. Esta no es Su casa. Este no es Su cuerpo. Es un sustituto humano de todas las maravillosas cosas espirituales que Jesús tiene en Su corazón.

Estas dos tendencias (la de una persona con algo de vida espiritual que quiere ayudar a otras, y la de preferir depender de alguien tangible) trabajan juntas para crear una situación espiritual perjudicial.

En lugar de ayudar realmente a los demás, podemos estar obstaculizándolos en su crecimiento. Sin una comprensión profunda de cómo edificar, es posible estar construyendo algo que está obstaculizando la obra de Dios en lugar de avanzarla. Incluso puede ser que lo que pensamos que es una gran obra para el Señor sea realmente un sustituto de lo que Él realmente quiere hacer. Investiguemos más a fondo esta posibilidad.

El pensamiento de Dios es establecer una relación íntima con cada cristiano que resulte en que puedan sentir y seguir Su liderazgo en cada aspecto de su vida. Por lo tanto, cuando deseamos ministrarles a otros, esta también debe ser nuestra meta. Nuestro objetivo debe ser ayudar a exponer y eliminar en la vida de cada cristiano cualquier cosa que esté obstaculizando su relación con Jesús.

Además, debemos alentarlos, en todos los sentidos, a obedecerlo, conocerlo y amarlo. Debemos fomentar en ellos la idea de la consagración total a Su voluntad y obra. Debemos orar constantemente y considerar cómo nos motivamos unos a otros para buscar Su rostro cada vez más. Es nuestro privilegio exhibir a través de nuestra vida, nuestras palabras y nuestras obras la naturaleza de Jesús de tal manera que atraiga a otros a una intimidad con el Señor. Este es el verdadero ministerio.

OTRO OBJETIVO

Pero es posible que tengamos otro objetivo. Podría ser que nuestra visión sea defectuosa y que estemos tratando de armar algún tipo de grupo que dependa de nuestros dones y nuestro ministerio. Puede ser que el diablo haya conseguido desviarnos sutilmente del camino de Dios y hayamos comenzado a construir una organización terrenal en lugar de la casa de Dios.

Cuando esto ocurre, nuestra motivación cambia. Deseando atraer miembros, modificamos nuestro mensaje. En lugar de buscar una

convicción profunda (y probablemente incómoda) de los pecadores, queremos que la gente se sienta bienvenida. En lugar de exponer las áreas dónde los cristianos no están bien con Dios, queremos que estos regresen y se conviertan en miembros regulares. En lugar de ministrar el Espíritu Santo, cuyo trabajo principal es convencer al mundo de pecado (Jn. 16:8), tenemos varios entretenimientos y una oratoria inofensiva. Cuando nuestra visión es deficiente, entonces comenzamos a actuar y trabajar de algunas maneras que están en conflicto con los propósitos eternos de Dios.

Jesús nunca modificó Su mensaje para hacer que las personas se sintieran bienvenidas y cómodas. Siempre dijo la verdad, independientemente de las reacciones y los resultados. Cuando nuestro único objetivo es traer a otros a una relación con Él, cuando no tenemos nuestros propios proyectos y planes, entonces nosotros también somos libres de hablar Su palabra sin temor.

Si solo estamos edificando individuos, y no tratando de armar algún tipo de grupo, entonces podemos ministrar a Jesús con gran libertad. Cuando solo tenemos la casa de Dios a la vista y no algún tipo de éxito terrenal, podemos ser guiados más fácilmente por el Espíritu de Dios y podemos hablar la verdad en amor (Ef 4:15)

LAS PALABRAS DE JESÚS

Mientras tratamos de entender el gobierno de Dios en Su cuerpo, debemos tener constantemente en mente las enseñanzas de Jesús. Cuando leemos el libro de Hechos y las epístolas, y vemos lo que se enseñó y se hizo en esos días, debemos recordar filtrar todo esto a través de las palabras de nuestro Señor registradas en los Evangelios. Sin esta reflexión, es posible pensar que percibimos alguna práctica o enseñanza que no se alinea con lo que Jesús enseñó.

De hecho, mucho de lo que se enseña y practica hoy en día en la iglesia va directamente en contra de Sus palabras. Parte de la razón de esto es que muchas personas están llegando a las Escrituras con cierto punto de vista, una canasta llena de ideas preconcebidas que han obtenido de la práctica del cristianismo moderno. Por lo tanto, toman ciertas frases y pasajes de las epístolas y los distorsionan para que se ajusten a sus nociones ya arraigadas.

Los primeros apóstoles no tenían este bagaje extra. Habían pasado años caminando juntos con el Señor y Sus instrucciones para ellos guiaron las cosas que hicieron y enseñaron. Estos hermanos no estaban modificando Sus enseñanzas. Ellos no procuraban mejorar las enseñanzas de Jesús a medida que avanzaban. No estaban poniendo en práctica cosas que infringían lo que habían aprendido de Su Señor.

Por lo tanto, nosotros también debemos entender todo lo que dijeron o hicieron bajo esta óptica. Es esencial que alteremos nuestra forma de entender este tema para ajustarnos a lo registrado en el Evangelio. Esto es mucho más seguro que tratar de alterar la palabra de Dios para que se ajuste a nuestras prácticas o las justifique.

Las enseñanzas de Jesús sentaron las bases para el ejercicio de toda autoridad en Su Iglesia. Cualquier cosa que se haya dicho o hecho más

tarde e infringiera Sus instrucciones fue un error. Además, cualquier cosa que se enseñe o practique hoy en día que también infrinja Sus enseñanzas es un grave error. Este punto debe ser muy claro para nosotros. Lo que nuestro Señor enseñó no fue solo algún tipo de sugerencia. Nadie es o fue libre de modificar esto después de acuerdo con sus propios deseos o caprichos.

El fundamento que Jesús estableció claramente, con respecto al ejercicio de la autoridad, ¡es absoluto! Debemos trabajar de acuerdo con Sus instrucciones o estaremos actuando en desobediencia.

LOS PROBLEMAS DE TRADUCCIÓN

Es lamentable, pero cierto, que muchos traductores de la Biblia han llegado a su trabajo con algunas ideas preconcebidas modernas. Han entendido el liderazgo y la autoridad como si estuvieran viendo las prácticas de su tiempo. En consecuencia, en muchas versiones de la Biblia, algunos versículos clave sobre la autoridad en las epístolas tienen una especie de énfasis o inclinación que no armoniza con las enseñanzas de Jesús.

Como todo escritor sabe, la forma en que se usan las palabras es muy importante. Las mismas palabras, puestas en orden diferente o usadas con un énfasis diferente, pueden transmitir ideas muy diferentes. Por lo tanto, como parte de nuestra investigación, examinaremos algunos de estos versículos para ver si hay algunas otras traducciones que den una comprensión más cohesiva de este importante tema.

ALGUNOS PRINCIPIOS BÁSICOS

Cuando Jesús les enseñó a Sus discípulos, estableció algunos principios muy básicos concernientes a la autoridad en Su reino. Tomaremos cada uno de estos elementos individualmente y veremos cómo se aplican a nuestra situación actual. Sin embargo, debemos hacerlo con la siguiente idea firme en nuestra mente: *ninguna enseñanza o práctica que pensemos que encontramos en el Nuevo Testamento jamás contradecirá o reemplazará las enseñanzas de Jesús.* Todas las cosas que vinieron después de Su ministerio terrenal, incluyendo el libro de Hechos y los escritos de las epístolas, deben interpretarse y entenderse a la luz de lo que Él ya había dicho.

LA PROHIBICIÓN DE TÍTULOS

Tal vez el primer principio que llama nuestra atención es que Jesús prohibió el uso de títulos corteses u honoraríficos entre Su pueblo y en la Iglesia. Esto significa que no debemos usar ningún nombre, designación o término especial para señalar a las personas como si fueran especiales. Se supone que *nunca* debemos separar a ningún hermano o hermana para

que se le tenga reverencia, respeto u honra especiales como consecuencia del uso de títulos.

Leemos en Mateo 23:8-10: "Pero vosotros no pretendáis que os llamen «Rabí»". Según el diccionario de palabras del Nuevo Testamento de Vine (en inglés), esta palabra se deriva de la palabra "rab", que es literalmente "maestro", que contrasta con un esclavo. Si se agrega el sufijo "ei", significa "mi maestro", que indica la sujeción reverente del hablante. Tales títulos o etiquetas, incluyendo la elevación acompañante de aquellos así designados, fueron y están absolutamente prohibidos entre el pueblo de Dios.

Más adelante en este pasaje, Jesús prohíbe el título de "Padre". Llamar a alguien "Padre" es una indicación de especial respeto y estima. Esto significa que no debemos señalar a ningún individuo para este tipo de honra terrenal (excepto aquellos con quienes tenemos vínculo familiar). Luego, pasa a excluir también la designación especial de "maestro" entre Su pueblo. Esta es la palabra griega "DIDASKALOS", que significa maestro o profesor, lo que indica alguna forma de superioridad en los que tienen ese título. Algunos textos griegos antiguos usan la palabra "KATHEGETES" aquí, que significa "discipulador", "guía" o "líder". Claramente, el uso de tales títulos está en oposición directa a las claras enseñanzas de Jesús.

Algunos han tratado de argumentar en contra de esta verdad tan obvia citando el versículo en Romanos13:7 donde se nos enseña a dar honra a quien se debe honrar. Pero cuando leemos el contexto claro de este versículo, entendemos fácilmente que esto se refiere a nuestras actitudes hacia las autoridades gubernamentales terrenales, como reyes, presidentes, etc. (v. 1-6), y no en nuestras relaciones en la Iglesia. Una vez más, nada de lo que aparece en las epístolas puede entenderse como que contradice las enseñanzas de Jesús.

Esta verdad que hemos estado investigando también se aplica a todos los demás títulos religiosos. La prohibición de títulos debe incluir palabras como "Pastor", "Reverendo", "Obispo" y muchos otros términos similares que son de uso común en las iglesias de hoy.

Cuando pensamos en esto racionalmente, no es posible que Jesús tuviera algún prejuicio contra solo unos pocos términos de este tipo. Seguramente, Él estaba enseñando que debíamos oponernos a la práctica de usar cualquier clase de título especial para indicar algún tipo de superioridad. Él nos estaba mostrando que solo Él es digno de tal respeto.

Él completa su pensamiento diciendo: "Porque uno es vuestro Maestro, el Cristo", "porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos" (Mt 23:8, 9, 10). Explica que todos estamos en el mismo plano. Nadie debe elevarse por encima del otro, de ninguna manera. En conclusión, Él dice: "Todos vosotros sois hermanos" (v. 8). Por lo tanto, no podemos honrar a ningún otro hombre o mujer usando títulos tan respetuosos o corteses para ellos. Esta práctica está claramente fuera de la voluntad de Dios. Está prohibida.

Pero ¿cuál es la razón de esto? ¿Por qué nuestro Dios nos enseña a no hacer estas cosas? Es porque elevar a alguien por encima del resto, de cualquier manera y por cualquier razón, *crea otra cabeza en el cuerpo*. Crea otra fuente de autoridad. Le otorga a tal persona el aura de ser más capaz de comunicarse con el Señor que el resto.

En consecuencia, aquellos que no están tan dotados comienzan a mirar a esa persona especial, en lugar de a Jesús, en busca de dirección y alimento espiritual. Poco a poco, se va estableciendo una especie de "sacerdocio" o barrera entre el Señor y Su pueblo. Esto es exactamente lo que Jesús no quiere que suceda en Su cuerpo.

LA AUTORIDAD DE UNOS SOBRE OTROS ESTÁ PROHIBIDA

Puede ser sorprendente para algunos de ustedes, lectores, saber que Jesús también les prohibió a todos Sus seguidores ejercer autoridad sobre otros. Aunque esta es una práctica común en la iglesia de hoy, es algo que Jesús prohíbe. Él dice: "Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así" (Mt 20:25, 26).

Esencialmente, Él está diciendo: "El mundo hace las cosas de esta manera, pero ustedes no pueden". La manera humana es que un ser humano ejerza autoridad sobre otro, pero en la Iglesia esto está prohibido. "Pero entre vosotros no será así". Aquí Jesús no está simplemente prohibiendo la autoridad abusiva, sino *toda* autoridad sobre los demás.

En el cuerpo de Cristo no hay lugar para ninguna otra figura de autoridad aparte de Jesús. Él es la única Cabeza. Solo Él está autorizado por el Padre para liderar, dirigir y comandar a Su pueblo. Nadie, absolutamente nadie más, puede asumir algún tipo de posición de autoridad sobre los demás, ya sea pequeña o grande.

Esta verdad se repite en Marcos 10:42, 43, donde leemos: "Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros". El tipo de autoridad donde una persona manda o tiene control sobre otra está terminantemente prohibido. Si no entiende esta verdad tan básica, entonces tendrá muchos problemas para construir la verdadera casa de Dios.

Puede que ya esté pensando en los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros citados en el Nuevo Testamento. Es muy posible, que muchas preguntas sobre esto estén apareciendo en su mente. Pero, por favor, sea paciente. Llegaremos a estas preguntas a medida que avancemos en nuestro tema. Primero, debemos establecer muy firmemente los principios de Jesús. Luego, podemos pasar a ver cómo se llevaron a cabo en la iglesia primitiva y cómo se pueden poner en práctica hoy entre nosotros.

No solo se prohíbe el ejercicio de la autoridad sobre los demás, sino que incluso se prohíbe por los mejores motivos. Me gusta creer que la mayoría de los que están actuando de esta manera en la Iglesia hoy tienen buenas intenciones. Creen que están usando su autoridad para el beneficio de los demás. Están tratando de ayudarlos. Están ejerciendo benevolentemente autoridad sobre los demás para su confort y bienestar. Curiosamente, esta actitud y ese modo de comportarse también está expresamente prohibido por Jesús.

En Lucas 22:25, 26 leemos: "Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores".

Un benefactor es alguien que está haciendo algo en beneficio de otro. Supuestamente alguien está beneficiándose de sus acciones. Su ejercicio de autoridad le está haciendo algún bien y le trae algún beneficio.

Pero con respecto a esta actividad, Jesús dice: "pero no así vosotros" (v. 26). ¡No debemos hacer esto! Esta práctica nunca debe encontrarse entre el pueblo de Dios. ¡Jamás! En lugar de ser realmente beneficioso, está impidiendo el flujo de la autoridad sobrenatural. Se convierte en un sustituto de la verdadera soberanía de Cristo. Recordemos de nuevo Sus Palabras: "Todos vosotros sois hermanos" (Mt 23:8).

No puede haber otra Cabeza o fuente de autoridad en el cuerpo de Cristo, incluso si se hace con buenas intenciones. Cuando permitimos esto, se crea una situación confusa. Los cristianos entonces no saben a quién buscar en busca de dirección: ¿deberían buscar a Jesús directamente o simplemente confiar en una figura de autoridad?

Dado que la autoridad humana es más tangible, la tendencia es que esta fuente se convierta en la prominente. Por lo tanto, siempre debemos protegernos contra estas tendencias. Se deben evitar ambas actitudes: levantarse para tomar autoridad sobre los demás o buscar fuentes humanas de autoridad.

VOLVERSE COMO NIÑOS

Cuando Jesús estuvo en la Tierra con Sus discípulos, a menudo surgía entre ellos una discusión. Parece que este era un tema frecuente de las conversaciones entre ellos. Siempre estaban tratando de determinar quién iba a ser el mayor. ¿Quién iba a estar por encima del resto? ¿Quién iba a levantarse para ser el más reconocido, el más importante o el más respetado?

Jesús respondió a esta discusión con una poderosa ilustración. Tomó a un niño y lo puso en medio de ellos. Entonces dijo: "De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 18:3). Además, dijo: "Así que cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos" (Mt 18:4). Aquí encontramos un principio muy importante que debe gobernar nuestros pensamientos y acciones concernientes al gobierno de la casa de Dios.

Aquí vemos que debemos humillarnos. Esto es absolutamente esencial. Si no lo hacemos, nos encontraremos en oposición a la voluntad de Dios. Esto está en contraste directo con exaltarnos a nosotros mismos o dejar que otros nos exalten. Humillarnos significa que no aceptamos elogios. No buscamos elogios y respeto. No estamos buscando reconocimiento, poder o control sobre los demás. Nuestra actitud debe ser de humildad.

No siga el mundo que lo rodea. No preste atención a lo que otros cristianos están haciendo. Debemos mirar la Palabra de Dios y seguir las instrucciones que encontramos allí. Solo de esta manera recibiremos alabanza de Dios en ese Día.

Un niño es humilde porque no sabe mucho, no tiene gran poder. Es muy dependiente de su padre y de su madre, No dirige cosa alguna. No controla

a nadie. Está en una posición humilde por la que no se tiene un gran respeto.

Permítame decirlo enfática y claramente: A menos que también llegue a esta misma posición de humildad como de niño y permanezca en ella, ¡no podrá estar viviendo bajo el gobierno de Jesús! No podrá entrar a Su reino y vivir en él. Estas son las palabras propias de Jesús. Esto es exactamente lo que Él nos enseñó.

Simplemente no hay forma de evitar este hecho claro. Esta fue la respuesta de nuestro Señor a la ambición de autoridad y control de Sus discípulos. Todavía es Su respuesta hoy. Si ha llegado a una posición elevada con respecto a otros en el cuerpo de Cristo o ha permitido que otros lo pongan allí, se ha alejado del reino de Dios de una manera muy sustancial.

Además, Jesús declaró repetidamente: "El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo" (Mt 23:11). Y también: "Pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve" (Lc 22:26).

Esto significa claramente que, en lugar de querer o tratar de ascender en algún tipo de jerarquía y asumir el mando o el control de cualquier grupo de cristianos, debemos hacer exactamente lo contrario. Debemos descender, para convertirnos en sus esclavos. Nuestro objetivo debe ser elevar a los demás incluso hasta el punto en que se vuelvan "mayores" que nosotros mismos. En lugar de convertirnos en los mayores, debemos convertirnos en los menores.

Jesús mismo nos mostró este ejemplo en la cena de comunión. Allí, se quitó la túnica y se puso una toalla. Entonces, comenzó a desempeñar la función del siervo más humilde. Lavó los pies de los discípulos. Dios encarnado no insistió en una posición de respeto o autoridad. Se humilló ante su Padre y ante Sus discípulos. Se convirtió en un sirviente. Esta posición es donde también debemos encontrarnos.

Sin lugar a duda, la mayoría de los líderes cristianos conocen este principio. Ellos leen sus Biblias. Esta no es una idea nueva o una enseñanza secreta. Lo que parece faltar es la forma de ponerlo en práctica.

Para empezar, debemos tener una comprensión firme de esta idea. Es imposible estar "por encima" de alguien, esto significa tener una posición de autoridad sobre ellos, y ser esclavo al mismo tiempo. Es absurdo pensar que puede estar simultáneamente sobre y debajo de alguien. Estas dos posiciones, la de autoridad y la de esclavo, son opuestas. No puede ser ambas cosas al mismo tiempo. Para convertirse en uno, debe abandonar el otro. Para estar debajo, debe dejar de estar encima.

Para convertirse en un sirviente o esclavo, debe dejar a un lado sus vestiduras elegantes, debe renunciar a su posición de estar por encima o sobre otros, debe dejar todos sus títulos y su importancia, debe humillarse de una manera que desafíe su ego, su educación e incluso sus ingresos. Debe estar dispuesto a actuar y vivir de una manera que otros no entenderán o aprobarán.

Edificar la casa de Dios, a Su manera, puede desafiar su fe en el nivel más profundo. Pero como su hermano, me gustaría darle ánimos, porque las recompensas son grandes. Los tesoros espirituales, que se pueden obtener en obediencia a nuestro Señor están más allá de toda descripción.

¿CÓMO PUEDE FUNCIONAR ESO?

Entonces, ¿cómo podría manifestarse tal ministerio? ¿Cómo actuaremos? ¿Qué debemos hacer? Imaginemos que, entre aquellos con quienes tiene relación, se convierte en un esclavo y ellos en sus amos. ¿Cómo podría funcionar esto?

Para empezar, sabemos que un esclavo no dirige el hogar. No es él que tiene autoridad. No le dice a su señor qué hacer. No organiza la vida de su amo, ni controla ninguna de sus actividades. No recibe más consideración que su amo. No gana más que su amo. No tiene autoridad alguna sobre su amo, para disciplinarlo, dirigir su vida o controlar su familia o matrimonio. Su posición es de mucha humildad.

Supongamos que este esclavo tiene una relación con Jesús que hace de su vida un ejemplo. No solo es humilde, sino que también está lleno de amor. Él pasa tiempo en la palabra de Dios y, por lo tanto, está lleno de revelaciones. Él es honesto, obediente, fiel, bondadoso y está lleno de las muchas otras virtudes de Cristo.

Por lo tanto, a sus amos, que son los otros cristianos, les da curiosidad. Quieren saber qué lo hace ser así. Están hambrientos de más luz, y Dios lo usa para compartirla con ellos. Su vida es tal ejemplo de pureza y verdad que los amos desean ser como él. Al observar su vida, sus amos comienzan a confiar en su esclavo y pedirle consejos y recomendaciones.

Debido a su relación de confianza con su amo, este esclavo podría incluso ofrecer su opinión o consejo ocasionalmente si su amo está dispuesto a escucharlo. Así, el esclavo se convierte en una fuente de luz y alimento de Dios para su amo. Sin embargo, nunca deja esa posición de ser un esclavo humilde para asumir una posición de autoridad o control.

Aquí debemos detenernos por un momento y analizar un versículo de la Biblia. Sin duda, algunos lectores estarán recordando 1 Tesalonicenses 5:12, donde leemos: "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan". Esta es una de esas ocasiones en las que un traductor de la Biblia podría haber llegado a su trabajo con una idea preconcebida, y podría transmitir fácilmente un tipo de idea equivocada. Aquí, debemos aplicar el principio de filtrar todo a través de las enseñanzas de Jesús. Entonces, cuando leemos que alguien está "presidiendo" a otras personas, esto no encaja con lo que ya hemos estudiado. Por lo tanto, de alguna manera debemos llegar a una nueva comprensión de este versículo.

La palabra griega traducida por "presidir" es "PROISTEMI", que significa "estar delante de", es decir, "guiar". "Presidir" es una traducción muy pobre y contaminada. En el idioma griego no vemos el sentido de ser "mejor" o estar "encima", sino simplemente "adelante" en la caminata espiritual. Por lo tanto, la traducción aquí da una impresión errónea y no bíblica al lector.

El verdadero significado aquí es que alguien está mostrando con su vida un ejemplo sobresaliente de intimidad con Cristo que otros pueden seguir. Tal "guía" nunca debe interpretarse como "presidir" en el sentido de dar órdenes o dominar a otras personas.

EL LIDERAZGO VERDADERO ES POR EL EJEMPLO

Ciertamente hay liderazgo real en la vida cristiana y entre los cristianos. Pero ¿cómo se hace esto? Este debe ser un tipo diferente de liderazgo que el que vemos en el mundo, ya que debe seguir todos los principios de Jesús que hemos estado estudiando. El liderazgo del Nuevo Testamento es por medio del ejemplo. Aquellos que podrían ser considerados "líderes" o "guías" son aquellos que tienen una intimidad con Cristo que es obvia, que está cambiando sus vidas y está impactando sus familias. Los que los rodean pueden ver cómo el carácter de Jesús se manifiesta a través de ellos.

Estos, entonces, se convierten en ejemplos que los demás siguen. Quieren ser como ellos, se convierten en imitadores de ellos (1 Co 11:1), en el sentido de que ellos también quieren tener esa misma intimidad con Jesús. Por lo tanto, estos cristianos son considerados "líderes" porque están "adelante" en esta carrera para ganar a Cristo. Están demostrándoles a los demás cómo crecer en Jesús. Por otro lado, *no* son líderes porque están adelante de otros cristianos, ejerciendo autoridad sobre ellos.

Naturalmente, cuando alguien tiene una vida tan ejemplar, otros sentirán curiosidad. Querrán saber cómo estas personas humildes han llegado a un lugar tan maravilloso. Si los demás están realmente en busca de rectitud, querrán entender las cosas que Dios le ha revelado a tal persona.

Puede que hagan preguntas. Querrán recomendaciones y consejos. Se abrirán para recibir de esa persona todas las cosas que Dios ha puesto dentro de ella. Entonces, este esclavo puede servirles a estos otros enseñando, aconsejando, amando y amonestando.

Sin embargo, todo esto se hace desde una posición de modestia y humildad. La actitud de un "líder" genuino es la de ser "el menor". Nada se hace desde una posición de superioridad, autoridad, control o de alguna manera "presidir" a los demás. Este es el verdadero ministerio del Nuevo Testamento.

Además, nada de lo que hace este esclavo viola la voluntad de sus amos, que son los otros cristianos. No insiste en imponer su voluntad o su manera de hacer las cosas. No le ordena a nadie que haga nada de lo que el otro no esté completamente convencido (Rom 14:5). No organiza sus vidas. No dirige sus reuniones, ni planea sus actividades, ni ejerce de ninguna manera autoridad sobre los demás.

Su posición sigue siendo una posición humilde. No recibe alabanzas y elogios de los hombres. No permite que nadie lo ponga en una posición de autoridad. Su énfasis está siempre en Jesús y nunca en sí mismo. No está insatisfecho con la falta de atención o cuando otros no reconocen sus palabras y su trabajo. Puesto que no tiene otra meta que glorificar a Cristo, está satisfecho solo cuando su Señor está complacido.

JUECES Y REYES

Los jueces en el Antiguo Testamento eran una institución de Dios. Los reyes fueron establecidos por el hombre, una institución humana. De hecho, cuando los hijos de Israel le pidieron a Samuel un rey, declararon específicamente que querían ser como las otras naciones, como el mundo que los rodeaba (1 Sam 8:5). En contraste con esto, el gobierno de Dios se manifestó a través de los jueces.

De los jueces, entonces, podemos extraer alguna revelación importante. Para empezar, notamos que las personas que buscaban a los jueces para obtener consejo o juicio acudían a estos por su propia voluntad. Nunca fueron coaccionados ni forzados. Acudían a los jueces porque querían escuchar a Dios. Los jueces fueron ungidos y usados por Dios, así que las personas los buscaban.

A diferencia de los reyes, los jueces no dirigían nada. Ellos no gobernaban el país. No organizaban un ejército permanente, no creaban impuestos, no comenzaban obras públicas, etc. Con pocas excepciones, debido a tiempos de emergencia nacional (tal vez una vez en 20 años, cuando llamaron al pueblo de Dios para luchar), su forma normal era simplemente ponerse a disposición de la población. Por lo tanto, podían servirle al pueblo cuando este lo necesitaba.

Gedeón y otros jueces simplemente parecían quedarse en casa la mayor parte del tiempo. Si el pueblo los necesitaba, tenían que ir a buscarlos. Otro juez, Jair, parece haber tenido una especie de ruta alrededor del país para ser más accesible (Jue 10:4). Débora tenía un árbol bajo el cual se sentaba, probablemente en un lugar público, donde estaba disponible para aquellos que buscaban al Señor como guía (Jue 4:5)

En la vida cotidiana de la población, no organizaban nada. No controlaban a nadie. Eran sirvientes, no soberanos. Estas cosas deberían hablarnos hoy, porque en estas personas se manifestaba la voluntad de Dios.

Cuando Gedeón fue usado por Dios para hacer una gran liberación, el pueblo quedó realmente impresionado. Siguiendo la tendencia humana natural de querer un líder, trataron de convertirlo en su rey. Le dijeron: "Sé tú nuestro señor, y también tu hijo y tu nieto, pues que nos has librado de manos de los madianitas" (Jue 8:22).

Pero Gedeón, sabiamente, rechazó este tipo de elevación. Él comprendía, al menos un poco, acerca de los métodos del Señor. Entonces, él respondió: "No seré señor sobre vosotros, ni lo será mi hijo. Jehová será vuestro Señor" (v. 23). Gedeón se negó a ser elevado a una posición en la que sustituiría el gobierno de Dios en la vida de estas personas. ¿Cómo se compara esto con lo que usted está haciendo hoy?

MÁS VERSÍCULOS QUE PUEDEN GENERAR CONFUSIÓN

Otro versículo que muchos recordarán que parece indicar algún tipo de autoridad sobre otros se encuentra en Heb 13:17. Allí, parece que el escritor nos enseña algo totalmente opuesto a las palabras de Jesús. Leemos lo siguiente: "Obedezcan a sus dirigentes y sométanse a ellos,

pues cuidan de ustedes como quienes tienen que rendir cuentas" (NVI). Es posible entender del texto que Dios nos pide que "obedezcamos" a alguien. Parece que el escritor indicara que hay algunos seres humanos que, por causa de su posición, son dignos de nuestra absoluta obediencia.

Algunos incluso han sugerido que debemos obedecer las direcciones de los líderes cristianos sin cuestionar. Si debemos obedecer a alguien, entonces, lógicamente, ese alguien debe estar en posición de autoridad sobre nosotros. Pero, a la luz de las claras palabras de Jesús, ¿cómo puede ser esto posible?

Aquí, el Diccionario Vine nos ayuda a conseguir una traducción mejor. La palabra griega traducida como "obedecer" es "**PEITHO**". Vine dice que significa "persuadir", "conquistar", "ser persuadido", "oír a" y, como consecuencia de esto, obedecer. Él aclara bien, enfatizando: la obediencia sugerida no es por sumisión a la autoridad, sino el resultado de persuasión.

Cuando alguien tiene una vida que exhibe a Cristo, se nos insta a escuchar lo que dicen y dejarnos persuadir por ellos. Esto se debe a que respetamos la vida y el carácter de esta persona. Esto no significa que obedezcamos a nadie ciegamente. No significa que simplemente hagamos lo que dicen. En cambio, aquí se indica que consideramos cuidadosamente las palabras de alguien que tiene verdadera intimidad con Dios. Si y cuando habla de parte de Dios, nos conviene seguir su consejo.

Si no se nos persuade, sino que obedecemos ciegamente a alguien que habla de parte de Dios, entonces nuestra obediencia es algo superficial. Cuando nuestro corazón no está completamente de acuerdo, pero obedecemos por algún tipo de deber religioso, esto es una violación de nuestra voluntad. Tal "obediencia" no hace nada para promover los propósitos de Dios ni para cambiar nuestra vida.

Incluso si estamos haciendo lo correcto, si nuestra mente no se ha persuadido, esto no puede ser agradable al Señor. Cuando nuestra obediencia es superficial, no estamos siendo transformados interiormente. Con este tipo de práctica, solo estamos ajustándonos a algún tipo de estándar. Cuando nuestra sumisión no es de corazón, no puede producir fruto espiritual.

Por lo tanto, estos versículos no indican algún tipo de autoridad o estructura de poder que sea contraria a las enseñanzas de Jesús. En cambio, debe verse como que está en armonía con ellas. De esta manera, un esclavo que camina en intimidad con Dios podría hacer una sugerencia o podría dar algún consejo cuando alguien lo haya buscado. Este siervo no tiene que dejar su posición de ser humilde y estar por debajo de otra persona. Nunca debe presidirlos.

Cuando este siervo tiene obviamente una relación con el Señor, debemos prestar cuidadosa atención a sus palabras. Debemos considerar con oración lo que se ha dicho. Esto se debe a que hay una mayor posibilidad de que sus palabras sean de Dios mismo.

Por lo tanto, debemos estar muy dispuestos a ser "persuadidos" por ellos. Pero esto de ninguna manera indica que debemos obedecer a un hombre. A menos que y hasta que hayamos sido persuadidos de que es realmente nuestro Señor quien está hablando a través de este siervo en particular, no se puede esperar que obedezcamos.

Pablo expresó esta misma actitud de simplemente ser un siervo de los demás. En 2 Corintios1:24, Pablo insiste en que él y los otros apóstoles no se “enseñoreaban” sobre la fe de los otros, sino que eran simplemente “colaboradores” para su gozo. Preste mucha atención a esto. No tenían dominio sobre estos hermanos y hermanas. No eran soberanos, gobernantes o figuras de autoridad. No controlaban a estos otros, ni sus vidas ni sus reuniones. En cambio, eran humildes colaboradores.

Además, no se comportaron pomposamente, con aires de mucha importancia y soberbia. Solo eran sirvientes humildes. De hecho, Pablo confiesa que su presencia era muy sencilla, nada espectacular. Cuando estaba con estos cristianos, parecía "débil" y su palabra parecía "despreciable" (2 Co 10:10). Era muy humilde y sin pretensiones. Él estaba con ellos "con debilidad, y mucho temor y temblor" (1 Co 2:3).

Pablo no era dominante ni autoritario. Él describe su actitud como siendo "humilde entre vosotros" (2 Co 10:1). Tal vez imaginamos que Pablo era una especie de figura de autoridad, arrogante, convincente y contundente a quien todos respetaban y obedecían. Sin embargo, una lectura cuidadosa de las Escrituras revela algo muy diferente.

Pedro también enfatiza ese mismo comportamiento. Él insta a aquellos que están siendo usados por Dios para liderar a Su pueblo a que no lo hagan "como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado". En cambio, debían hacerlo "siendo ejemplos de la grey" (1 Pe 5:3).

Eso debería ser así para que no se exaltaran a sí mismos. No debían ponerse en ninguna posición falsa de estar por encima de los demás. Ni siquiera se suponía que debían esperar recibir dinero (v. 2). Simplemente debían hacer su trabajo, alimentando a los demás con el pan sobrenatural, que es Jesucristo. Su liderazgo debía ser por el ejemplo y con servicio humilde, en lugar de por algún tipo de posición de autoridad, es decir, siendo "señores".

CONDUCTOS DE AUTORIDAD

Está claro que, en el universo, Dios es la fuente de toda autoridad. Cualquier ser humano o incluso cualquier criatura que tenga autoridad la ha recibido de Dios. Él les ha permitido tener autoridad o incluso los ha puesto en posiciones de poder. Sin Su permiso, no tendrían poder alguno.

En nuestro mundo, tenemos muchos tipos diferentes de figuras de autoridad. Estos incluyen presidentes, gobernadores, jueces, policías, padres de familia, etc. Las Escrituras nos enseñan claramente que estas figuras de autoridad son establecidas por Dios y que debemos obedecerlas (1 Pe 2:13, 14)

Puesto que el mundo está en rebelión contra el Señor, Él usa a estos individuos para actuar en Su lugar, para someter de alguna manera las tendencias rebeldes y pecaminosas de la humanidad. Por el momento, Él aún no ha regresado para gobernar este mundo personalmente, por lo que Él delega Su autoridad a otros para gobernar en Su "ausencia". Los hombres o mujeres que han recibido esta autoridad de Dios a menudo se llaman "autoridades delegadas".

En la Iglesia, sin embargo, Dios designó un modo diferente de gobernar a Su pueblo. Como ya hemos visto, Él es la Cabeza. Él es el único que debe dirigir, organizar y controlar todo. Aunque Su presencia física esté ausente de este mundo, Su presencia espiritual es (o debería ser) muy real en la Iglesia.

La Iglesia verdadera de Dios no es gobernada por ningún tipo de autoridad delegada. Hay varias razones por las que una persona a cargo de un trabajo u otro deba delegar su autoridad. Una razón es que tal vez no pueda estar presente en todos los lugares al mismo tiempo. Otra es que podría estar demasiado ocupada para atender todas las necesidades de la organización. Una tercera razón podría ser que no tenga el interés o la habilidad necesaria para algunos de los detalles del trabajo.

Pero Jesús no tiene ninguna de estas deficiencias. ¡Ha resucitado de entre los muertos! ¡Está vivo! Y Él está viviendo y moviéndose aquí hoy entre Su pueblo. Nuestro Señor es omnipresente. Esto significa que Él puede estar en todas partes al mismo tiempo. Por eso Él no necesita sustitutos. Además, Él es todopoderoso. No hay nada que Él no pueda hacer. En consecuencia, Él no necesita ayuda de otros para gobernar a Su pueblo. No hay necesidad de que otros actúen por Él en Su ausencia o por Su incapacidad. Ya que Él está vivo, presente y es capaz, Él es perfectamente apto para dirigir todo sin ayuda. Él tiene un tremendo interés en cada detalle y aspecto de Su iglesia y de las vidas de aquellos que están en ella.

Naturalmente, ya que Él vive en las "piedras vivas" de Su Templo, que son hombres y mujeres, algunas veces Él se expresará por medio de esos instrumentos. Él los usa como canales a través de los cuales manifiesta Su autoridad. Ya que Jesús mora en Su cuerpo, Él habla frecuentemente por medio de los diferentes miembros de Su cuerpo.

Cuando alguien es usado frecuentemente por Dios de esta manera, entonces se le conoce como "líder". Su relación íntima con Jesús lo hace útil para revelar Su voluntad. Su vida transformada proporciona un camino claro para que Él exprese Su liderazgo. Esta persona es el instrumento que Él usa a menudo para hablarle a Su pueblo y guiarlo. Se convierte en un canal de la autoridad de Dios.

Sin embargo, un punto debe quedar muy, muy claro en nuestras mentes. No importa cuán a menudo Dios use a alguien como un instrumento para manifestar Su autoridad, ¡esa persona nunca se convierte en esta autoridad! Nunca llega a tener ninguna autoridad por sí misma. La autoridad nunca le pertenece. Esta persona sigue siendo siempre y únicamente un humilde siervo a través del cual se manifiesta la voluntad de Dios.

Esta es la única comprensión bíblica que posiblemente puede hacer armonizar las enseñanzas de Jesús y la práctica de la Iglesia del Nuevo Testamento. Es la única manera en que alguien puede continuar siendo un esclavo o sirviente y, al mismo tiempo, manifestar autoridad. Esto solo puede ocurrir cuando la autoridad no pertenece a aquellos a través de quienes se está manifestando.

Si alguien pudiera recibir o tener su propia posición de autoridad sobre los demás, esto automáticamente lo pondría en una situación no bíblica. Cualquier tipo de posición de autoridad debe, por definición, estar por

encima de todas las personas o algunas. Una vez más, es imposible estar "encima" y "debajo" al mismo tiempo.

Muchos han visto que el ejercicio de la autoridad en la Iglesia de hoy a menudo sale mal. Ven muchas cosas dañinas, erróneas e incluso ridículas que se hacen en nombre del liderazgo. Sin embargo, han supuesto que el problema son los hombres y mujeres que están ejerciendo esta autoridad. Se imaginan que si estos líderes estuvieran solo un poco más transformados, o mejor equipados o entrenados, o incluso mejor supervisados por otros líderes aún más espirituales, harían las cosas bien. Si estos líderes solo tuvieran algunos largos años de experiencias y pruebas, si solo tuvieran la preparación necesaria, entonces actuarían de manera diferente. Tal vez, entonces, podrían manejar bien el hecho de ser una autoridad sobre los demás.

Pero cuando pensamos en esto lógicamente, entendemos rápidamente que esta idea nunca funcionará. Como hemos dicho, hay literalmente cientos, si no miles de grupos cristianos que surgen en todo el mundo todos los días. Entonces, ¿dónde podríamos encontrar tantos líderes bien preparados? ¿Dónde podríamos encontrar ese número de cristianos que son tan maduros y están tan completamente transformados que se puede confiar en que ejerzan su propia autoridad y lo hagan de una manera divina? Si necesitáramos una sola figura de autoridad para cada grupo, ¿dónde podríamos encontrar un suministro de tanta gente quebrantada y humilde? Además, ¿cómo podríamos llevarlos a donde necesitan estar?

La respuesta debe ser que dejemos el liderazgo de la Iglesia justo donde pertenece: con el Señor. Debemos enseñarnos unos a otros cómo someternos a Él. Debemos ayudarnos unos a otros a comenzar a tener una relación íntima con Jesús y a mantenerla. Debemos trabajar para establecer Su autoridad en la vida de los demás.

De esta forma, las personas podrán oír Sus mandamientos y sentir Sus instrucciones. Dado que tales personas están verdaderamente sometidas a Jesús en sus corazones, podrán oír Su voz, incluso cuando Él les hable a través de otros hermanos o hermanas. Ya sea a través de un líder, a través de un miembro humilde y poco conocido del cuerpo de Cristo, o incluso a través de una mula, escucharán Su voz y obedecerán.

La autoridad de la Cabeza a menudo fluye a través de los miembros de Su cuerpo. Por ejemplo, cuando Pablo, el apóstol, enseñó, exhortó o amonestó en sus escritos, sabemos que el Espíritu de Dios hablaba a través de él. Estaba siendo ungido para escribir estas palabras.

Por lo tanto, la autoridad manifestada aquí no era suya. No le pertenecía, sino que era simplemente una exhibición de la autoridad de la Cabeza. De la misma manera, hoy Jesús habla a través de Su pueblo. Su autoridad a menudo se manifiesta a través de otros para aquellos que tienen oídos para oír.

Tal vez, valdría la pena examinar aquí unas palabras que se encuentran en algunas traducciones de 2 Tesalonicenses capítulo 3, versículos 4, 6, 10 y 12. Son las palabras "mandar" y "ordenar". Aquí parece como si Pablo estuviera usando algún tipo de autoridad personal para "ordenar" o "mandar" a los discípulos que hicieran una cosa u otra. La palabra griega aquí que se usa aquí es "PARANGELLO".

Según W. E. Vine, en su *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, esto significa literalmente: "Traspasar o transmitir un anuncio de uno a otro".

Aquí no hay pensamiento de "mandar", como si tuviera su propia autoridad. Simplemente estaba transmitiendo instrucciones que había recibido de Jesús. Él era un instrumento a través del cual fluía la autoridad de Dios, no alguien con autoridad personal que estaba ejerciéndola. Esta palabra griega, en lugar de contradecir lo que hemos estado viendo, confirma esta nueva comprensión.

EL EJEMPLO DE MOISÉS

Moisés fue un buen ejemplo de ser un canal de autoridad. Caminó en tal intimidad con Dios que habló con Él "… cara a cara, como habla cualquiera con su compañero" (Éx 33:11). Cuando Dios le reveló Su voluntad a Moisés, entonces él actuó. Cuando la palabra de Dios venía a Moisés, él hablaba. Él era un instrumento que Dios usaba muy a menudo para expresar Sus planes y Su voluntad para Israel.

Moisés no estaba iniciando nada por su cuenta, ni estaba planeando ni liderando nada. Cuando otros lo desafiaron, él trató de explicarles que realmente era Dios quien estaba actuando y hablando a través de él. Él dijo: "Tú y todo tu séquito sois los que os juntáis contra Jehová" (Núm 16:11).

Sin embargo, Moisés ejerció autoridad por sí mismo solo una vez. Una sola vez asumió una posición de autoridad por encima del resto y actuó desde esta posición. En lugar de permitir que Dios obrara a través de él, él mismo actuó como una figura de autoridad. Golpeó la roca con ira, en lugar de obedecer a Dios. Debido a la situación, Dios lo honró y le permitió extraer agua de la roca; sin embargo, su actitud le costó el acceso a la tierra prometida. Solo este caso de actuar como la autoridad delegada de Dios en lugar de como un instrumento de autoridad canalizada tuvo un costo altísimo.

Tal vez deberíamos considerar cuidadosamente este ejemplo hoy. ¡Qué importante debe ser para nuestro Señor que Él sea el que está guiando a Su pueblo! Cuán crucial es para Él que se mantenga Su autoridad. Al ver lo que este acto de autoridad posicional le costó a Moisés, debemos examinar nuestras propias vidas y actividades hoy.

Es posible que muchos hayan sido engañados. Están actuando y hablando desde una posición de autoridad sobre el pueblo de Dios. Están planeando, organizando y dirigiendo a los demás. Sin embargo, ningún juicio visible ha caído sobre ellos. Así que suponen que todo debe estar bien, Dios debe estar aprobando lo que están haciendo. Pero estos queridos hermanos y hermanas no están viendo el futuro.

Hoy es la era de la gracia. La mayor parte del tiempo, Jesús nos permite tomar nuestras propias decisiones y seguir nuestro propio camino. Él está esperando el momento de Su regreso para juzgar a Su pueblo. Cuando Jesús vuelva, tendremos que responder por nuestras conductas que contradijeron Sus claras instrucciones. Es entonces cuando nuestras obras serán probadas por Su fuego.

Cabe destacar que se nos dice que en ese día, "muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros" (Mt 19:30). Hay muchos hoy en día que están asumiendo posiciones de autoridad sobre los demás. Se están poniendo en primer lugar. Están ganando popularidad, seguidores y dinero. Están al frente dirigiendo congregaciones del pueblo de Dios. Tal vez imaginan que están teniendo éxito. Aparentemente son "los primeros".

Pero cuando Jesús venga, todas estas cosas serán expuestas a la luz de Su gloria. La palabra que Él ha hablado nos juzgará (Jn 12:48). Esto significa que Sus claras enseñanzas que hemos estado estudiando (que la mayoría ya conoce, pero no está siguiendo) se usarán para juzgarnos. Para "muchos", toda su importancia y posición quedarán expuestas por lo que realmente son: algo terrenal y humano. Toda la ambición y el esfuerzo por ser el mayor y todo el orgullo se revelarán con la mayor claridad. Toda ansia de atención, poder e incluso dinero quedarán expuestos como lo que son: deseos de la naturaleza humana caída.

Puede ser que en su caso, Dios lo use de vez en cuando para manifestar Su autoridad. Tal vez usted sea un instrumento que Él puede usar para transmitirle Su voluntad a otros. Con suerte, habrá aprendido a ser un siervo humilde y a no enseñorearse sobre nadie más. Sin embargo, hay una cosa adicional que debemos entender.

Nunca depende de nosotros hacer cumplir la autoridad de Dios. No somos responsables de tratar de hacer que la gente haga lo que Él dice. Tal vez esté seguro de que Dios lo usó a usted para hablarle alguna dirección o revelación a otra persona, pero su participación termina ahí. Si la otra persona escucha o no, si obedece o no, no es responsabilidad. Usted hizo lo que Dios quería que hiciera, el resto queda en Sus manos. Él es el que ha hablado, por lo tanto, Él es el que debe hacerse cargo de los resultados.

ELECCIÓN DE ANCIANOS

Pero algunos sin duda dirán: "Pero Pablo y otros escogieron o establecieron ancianos en cada iglesia. Por lo tanto, ¿no necesitamos también nosotros escoger tales figuras de autoridad"? (Tit 1:5). Una vez más, el diccionario de Vine nos da una perspectiva importante. La palabra griega "establecer" aquí es "cheirotoneo", que significa literalmente "extender la mano". Vine escribe lo siguiente (tenga en cuenta que esto se basa en la versión en inglés de su libro): "No se ve una ordenación eclesiástica formal, sino un nombramiento o señalamiento para que en las iglesias se reconociera a aquellos que ya el Espíritu Santo había levantado y calificado, y que ya habían dado evidencia de ello en sus vidas y en sus obras".

Para entender esto claramente, debemos entender el contexto en el que se dio esta instrucción en la carta a Tito. En la Iglesia primitiva había una situación muy diferente de lo que vemos hoy. Las iglesias en estas diferentes ciudades eran recientes. La idea de Iglesia era algo completamente nuevo. Además, había muchos nuevos cristianos que necesitaban cuidado, consejo y atención.

En Jerusalén, los nuevos conversos podían saber fácilmente dónde buscar dirección y consejo. Los doce apóstoles habían caminado con Jesús. Pero en estas otras ciudades la idea de Iglesia era algo bien reciente. ¿A quiénes estaba usando Dios? ¿Quién caminaba en intimidad con Dios y, por lo tanto, se podía acudir a este para obtener consejos y recomendaciones? ¿Quiénes eran los siervos fieles?

Dado que muchos de estos cristianos estaban en la infancia espiritual, no tenían el discernimiento para percibir a aquellos que tenían más madurez espiritual. Por lo tanto, Pablo sintió que era necesario identificar a los cristianos más maduros para ayudar a los nuevos cristianos. Él no estaba "estableciendo" a estos hombres para posiciones de autoridad, sino que estaba indicando quiénes eran (extendiendo la mano para apuntar [cheirotoneo]) para el beneficio de los demás, de aquellos que estaban en comunión con Jesús. Estas eran personas cuyas vidas eran un testimonio de su crecimiento y dones. Por lo tanto, era más probable que serian utilizados por Dios como ejemplos para el rebaño.

Otro versículo que causa cierta confusión debido a la traducción se encuentra en 1 Timoteo 3:1. Aquí leemos: "Si alguno anhela obispado, buena obra desea". En algunas traducciones (LBLA, DHH y otras), "obispado" se traduce como "cargo de obispo". esto llevaría al lector a pensar que de hecho hay algún tipo de posición o rango de ser un supervisor.

Sin embargo, esta palabra "cargo" no representa ninguna palabra en el idioma griego original. Simplemente no está presente en el texto. La adición de esta palabra, sin ninguna base, produce una comprensión completamente errónea que está en conflicto con las claras enseñanzas de Jesús. En la versión NVI esto se formula de una mejor manera: "Si alguno desea ser obispo". (Vemos situaciones similares en 1 Timoteo 3:10,13).

¿Existe, entonces, la función de obispo o supervisor? Claro que sí, debe existir. ¿Puede existir una posición de obispo que tenga autoridad sobre los demás? No, eso nunca debe existir. Recordemos de nuevo que nada de lo que hicieron los apóstoles puede contrariar lo que Jesús enseñó claramente. Solo podemos comprender estas situaciones si las armonizamos con las instrucciones del Maestro. Con esto en mente, es imposible pensar que Pablo y Tito estaban dándole "posiciones de autoridad" a algunas personas para mandarles a otros. Ellos estaban simplemente "señalando" a personas que ya tenían madurez para ayudar a otros. La explicación de Vine aclara este tema.

TERMINOLOGÍA BÍBLICA

En el Nuevo Testamento, encontramos muchas palabras diferentes que hoy se han convertido en títulos y posiciones en la Iglesia. Leemos acerca de pastores, maestros, ancianos, profetas, diáconos, etc. Entonces, ¿cómo podemos entenderlos a la luz de nuestra discusión actual?

En primer lugar, debemos entender que tales términos nunca se usan en la Biblia como títulos. *Nunca* leemos sobre el "Pastor" Pedro, el

"Apóstol" Pablo o el "Anciano" Santiago. En cambio, son descripciones de las funciones de servicio, los dones y los llamamientos de estos hombres en particular. Son palabras usadas para indicar qué tipo de sirvientes eran estos hombres, no el tipo de posición que habían obtenido. Encontramos, por ejemplo: "Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo" (Tit 1:1) y "Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo" (2 Pe 1:1).

Entonces, ¿cómo podemos entender estos términos? Como ejemplo, podemos mirar el mundo que nos rodea. En nuestra sociedad, tenemos muchos tipos diferentes de oficios. Contamos con carpinteros, albañiles, fontaneros, mecánicos, programadores, etc. Estas palabras son una descripción del tipo de trabajo que hacen estas personas. No son posiciones de autoridad sobre el resto de la sociedad.

Cada uno de ellos tiene algo especial o habilidades en su área de servicio. En su trabajo, sin duda tienen cierta experiencia que podría calificarlos incluso para dar consejos a otros que intentan hacer el mismo trabajo. Pero estos no son títulos o posiciones, son simplemente descripciones de qué tipo de servicio brindan estas personas.

A lo largo de los años, desde que se escribió el Nuevo Testamento, estas palabras descriptivas como pastor, anciano, etc., se han sacado de su contexto y alterado. Han llegado a significar algo diferente y, en muchos casos, completamente opuesto a lo que significaban hace 2000 años.

Un ejemplo de esto es la palabra "ministro". Hoy en día, pensamos en esto como alguien que dirige una iglesia. Sin embargo, la revelación bíblica de lo que significa ser un "ministro" es muy diferente. Hay tres palabras griegas diferentes que se traducen en español como "ministro". La primera es "DIAKONOS". Significa sirviente o asistente. Esto indicaría un simple sirviente doméstico. Con frecuencia, esta palabra se traduce como "diácono".

La segunda palabra, "LEITOURGOS", se refiere a alguien que sirvió al público en una capacidad especial, a su propio costo.

La tercera palabra, "HUPERTES", originalmente significaba "remero inferior", que era una categoría inferior de marinero. Más tarde, llegó a significar cualquier subordinado que actuaba bajo la dirección de otro. Ciertamente, este tipo de "ministro" no dirigía el barco.

Algunas otras palabras que se usan para hablar de aquellos que son siervos espirituales son: DOULOS, "un esclavo"; OIKETES, "un empleado doméstico"; MISTHOIS, "un sirviente contratado"; y PAIS, "un siervo menor de edad" (definiciones del *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento de Vine*). No hay nada en ninguno de estos términos que indique una posición de autoridad o control sobre los demás. Más bien vemos exactamente lo contrario. Vemos aquí que la Biblia a menudo usa terminología para los siervos de Dios que se utiliza comúnmente para referirse a los miembros menos estimados de la sociedad. Eran los más humildes sirvientes de la casa.

Otros términos que merecen investigación son: "anciano", "supervisor" u "obispo". Los ancianos eran algo que incluso se veía en el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Eran hombres de edad avanzada, salvo excepciones, y mucha experiencia. No tenían idea de que podría haber, por ejemplo, tal cosa como un "anciano" de 20 años, les habría parecido

ridículo. Las personas acudían a tales hombres para obtener consejo y recomendaciones, debido a que habían vivido vidas ejemplares y se sabía que tenían sabiduría. No gobernaban al pueblo. Los ancianos del Nuevo Testamento funcionan de la misma manera.

Otro término, "obispo", proviene del griego "EPISKOPOS", que significa "vigilar" u "observar". Es la segunda mitad de esta palabra "SKOPEO", la que ha sido tomada y transformada en una palabra en español "obispo". El verdadero significado aquí parece bastante claro. Aquellos que son maduros, tienen mucha experiencia y caminan en intimidad con Jesús tienen una responsabilidad. Son una especie de vigilantes o "supervisores".

Cuando las cosas comienzan a ir mal en la vida de algunos cristianos, ellos son los que lo notan. Entonces tienen la responsabilidad ante Dios de orar y ver lo que el Señor quiere que digan o hagan para servir en esta situación. Esto no significa que tengan autoridad para dirigir la vida de otra persona. Saben que solo Dios puede cambiar a alguien o su situación. Más bien, tienen la función de obedecer a Jesús y "transmitirles" a otros todo lo que el Señor les indique. Sin embargo, con toda humildad, pueden dar consejos, advertencias o sugerencias. Una vez más, esto no tiene nada que ver con solicitarle sumisión a otros, sino simplemente servirles desde esta función de vigilar su bienestar.

También podríamos considerar qué es lo que estos hermanos están o estaban supervisando. ¿Indica esta palabra que dirigían una organización religiosa? ¿Estaban supervisando las actividades de alguna iglesia? ¿Eran ellos los que decidían dónde y cuándo debían reunirse todos y qué papel debía desempeñar cada miembro en la organización? ¿Estaban planeando y dirigiendo todas las actividades del grupo? ¡No! Tal idea nunca se encuentra en el Nuevo Testamento. Nunca hubo un grupo de hombres dirigiendo la iglesia. Tal dirección es el trabajo de la Cabeza.

En cambio, los "supervisores" simplemente estaban atentos a las vidas individuales de los otros cristianos. Siempre estaban atentos para ver que a todos les fuera bien con su relación con el Señor. Si ocurría algún problema, si alguien estuviera en necesidad física o espiritual, entonces podrían buscar a Dios para saber cómo ministrarles Su Vida en esa situación.

Otra palabra que podríamos analizar es "apóstol". Esto significa alguien que es enviado por otro para hacer un trabajo. Por ejemplo, usted puede enviar a un plomero a su casa para reparar una fuga de agua o podría enviar al joven vecino a comprar una bebida. En el Nuevo Testamento, es Dios mismo quien ha enviado a algunos hombres con una visión celestial. Es su tarea impartirles esta revelación a todos y cada uno de los que están dispuestos a recibirla y hambrientos de tal mensaje.

El hecho de que Dios haya enviado a estas personas, ciertamente, da peso a lo que tienen que decir. Suponiendo que son genuinos y no falsos apóstoles, debemos prestar cuidadosa atención a su mensaje. Pero, no fueron ni son enviados por el Señor para dirigir la Iglesia. No están autorizados para asumir una posición de control o importancia. No son más que humildes siervos de los otros hermanos y hermanas. Aquellos que dicen ser apóstoles y no entienden esta verdad, no pueden ser genuinos.

La gran mayoría de la Iglesia, e incluso el mundo, entiende estos términos de maneras que no armonizan con el mensaje de Jesús. Por lo tanto, prefiero no mencionarlos. A pesar de que están en la Biblia y, por lo tanto, son términos legítimos, son casi universalmente malinterpretados. Si los usamos, por lo tanto, corremos un gran riesgo de transmitir una idea o impresión equivocada. Me ha resultado prácticamente imposible reeducar a todos sobre el verdadero significado de tales palabras.

Tal vez, en cambio, deberíamos volver a lo que Juan el Bautista dijo de sí mismo: "Yo soy la voz de uno que clama en el desierto" (Jn 1:22,23). Aquí estaba Juan, de quien se decía que ningún profeta mayor que él había vivido (Mt 11:11). Pero cuando la gente vino a preguntarle quién y qué era, se negó a exaltarse a sí mismo. En lugar de insistir en que era alguien o algo, se describió a sí mismo como una voz solitaria llorando en el desierto. Él tomó una posición muy humilde. En nuestro caso, entonces, humillarnos y glorificar a Jesús nunca puede salir mal.

Más adelante en este libro analizaremos cómo se desempeñan algunas de estas funciones de servicio. Trataremos de hablar acerca de cómo se puede experimentar la Iglesia genuina. Pero, por ahora, debemos pasar a más preguntas sobre la autoridad.

UN VERDADERO SIERVO ES HUMILDE

Un verdadero siervo de Dios y del cuerpo de Cristo a menudo puede ser difícil de reconocer. Esto se debe a que tal siervo es humilde. No se exalta a sí mismo. No se impulsa a sí mismo y ni impulsa su ministerio hacia delante. No está buscando oportunidades para mostrarles sus dones a los demás. No está buscando reconocimiento. No tiene un título ni una posición prestigiosa. Por lo tanto, no se destaca como alguien especial. A menos que tengamos ojos espirituales, será fácil para nosotros pasar por alto a este instrumento de Dios.

Esta debe ser exactamente la razón por la que el escritor de Hebreos escribió acerca de la necesidad de acordarnos de tales personas (Heb 13:7, 17). Nótese que la Palabra dice "reconocer" y no "dar reconocimiento" Esencialmente, el autor de Hebreos nos insta a prestar cuidadosa atención a lo que dicen. Como eran humildes, no insistían en su propia autoridad. Como eran siervos, era fácil para los demás descuidar sus advertencias o consejos. Por lo tanto, era natural que los demás no reconocieran que la autoridad del Señor se manifestaba en sus vidas.

Viniendo de un trasfondo mundano, en el que las personas miran y admiran a aquellos que tienen títulos, fama, posiciones y exudan un aire de importancia, tenían problemas para reconocer a esos humildes siervos que Dios estaba usando. Y cuando la Iglesia pierde las instrucciones de la Cabeza, queda sin rumbo y vive en desobediencia.

Aquí encontramos un punto clave. Todo cristiano, toda parte del Cuerpo de Cristo, necesita oír la voz del Señor hablando por medio de siervos humildes. Dios no mandará sus instrucciones por correo. Él raramente nos hablará en voz audible. Casi siempre Jesús hablará por medio de un miembro de Su Cuerpo. Por lo tanto, debemos estar siempre atentos para oír al Espíritu Santo cuando nuestros hermanos y hermanas estén ministrando, amonestando o compartiendo. Necesitamos

desesperadamente distinguir la voz de nuestro Maestro y obedecer lo que nos dice. Si fallamos en esto, acabaremos andando en tinieblas y perdiendo mucho de lo que Jesús puede querer hacer en nosotros.

Es posible que la situación en aquellos días fuera casi la opuesta a la que conocemos hoy. Los verdaderos líderes espirituales a menudo no eran reconocidos o escuchados. Las personas no tenían el discernimiento espiritual para darse cuenta de que era el Señor quien estaba hablando a través de ellos. Por lo tanto, los escritores de la Biblia necesitaban instar a las personas a ver y escuchar cómo el Señor hablaba por medio de los demás. Bueno, pensándolo bien, esto no es tan diferente de la situación de hoy, después de todo.

DIÓTREFES

Esto nos lleva al ejemplo de Diótrefes. Aquí tenemos el ejemplo de un hombre al que le encantaba tener un puesto. Le gustaba controlar a los demás. Se deleitaba en la atención y el poder que tal situación le traía. Le encantaba "tener el primer lugar entre ellos" (3 Jn 1:9). Por lo tanto, se había levantado para tomar el control de la iglesia. Se convirtió en el líder. Él era el hombre a cargo de la congregación.

Una consecuencia de esto fue que Diótrefes, al igual que todos los demás en tal posición, tuvo que comenzar a proteger el territorio sobre el que había asumido el control. Cuando se acercaba cualquiera que estuviera caminando en la "verdad" (v. 12), es decir, alguien que pudiera exponer su ambición egoísta, tenía que deshacerse de tal persona (incluido Juan). Tenía que "proteger" a su rebaño de tales influencias "maléficas".

Es casi inevitable que, cuando alguien asume tal posición de poder, entre en disputa con otros para proteger su posición. Cuando no tiene posición o poder, no tiene nada que defender. Pero una vez que asume el control sobre los demás, tarde o temprano, alguien con un poderoso don o ministerio aparecerá. Entonces, esta persona podría ser vista como una amenaza.

En el caso de Diótrefes, él utilizó algunos métodos antiguos para defender su territorio. Sus tácticas de defensa eran las mismas que muchos usan hoy en día. Él criticaba, calumniaba y censuraba el testimonio de cualquier persona que representara una amenaza a su posición. Incluso despotricó contra Juan con "palabras maliciosas" (v. 10). Sin duda, él calumnió el carácter de los demás, sus prácticas y sus doctrinas.

Además, no recibía a nadie que no estuviera de acuerdo con él. Nadie podía ser parte de su grupo, a menos que se ajustara a sus ideas. Además, si alguien que ya estaba en la congregación comenzaba a encontrar fallas en sus caminos, lo expulsaba (v. 10). Tal vez las cosas en la Iglesia han cambiado muy poco desde aquellos tiempos. Tales disputas mezquinas por el poder y el control todavía ocurren hoy entre el pueblo de Dios.

LA RESTAURACIÓN DE LA IGLESIA

En el siglo pasado se levantó una nueva idea teológica. Este pensamiento es que se necesita "restaurar" la práctica genuina de la Iglesia. Esto se refiere a volver a practicar el cristianismo (lo que incluye nuestra vida diaria, el ministerio y el estilo de las reuniones) como funcionaba en el Nuevo Testamento. Uno de los creadores de este movimiento fue Watchman Nee.

Desde entonces, muchos otros se han levantado para afirmar ser los abanderados de tal restauración. Cada uno cree que ha entendido el "estándar del Nuevo Testamento" con mayor precisión y está trabajando para conformar las iglesias, bajo su influencia, a este estándar.

Para algunos, este estándar es el reconocimiento de apóstoles y la sumisión a ellos. Insisten en que, al someternos a su autoridad, llegaremos a la experiencia de la iglesia primitiva. Parte de su idea es que la iglesia de hoy carece de autoridad apostólica y, si se restaura nuestra sumisión a estos apóstoles, experimentaremos la verdadera Iglesia.

Innumerables apóstoles de este tipo están recorriendo el mundo, buscando grupos que son vulnerables a sus ideas y, luego, ajustándolos a su énfasis particular. Su pensamiento es que cuántos más grupos tengan "bajo" su autoridad, más se habrá restaurado la verdadera Iglesia. Aunque la fórmula varía dependiendo de los individuos, la idea general es que solo a través de la sumisión a su ministerio las personas pueden complacer a Dios realmente.

Otros tienen una base doctrinal. Algunos piensan, por ejemplo, que si nos juntáramos para ser colectivamente "la iglesia de alguna ciudad en particular" (la iglesia de Nueva York o Buenos Aires, por ejemplo), nos estaríamos reuniendo de la manera correcta. Piensan que el secreto está en el nombre que usamos para identificar el grupo de cristianos.

Insisten en que las iglesias del Nuevo Testamento no tenían nombre, sino que solo se identificaban por el nombre de su localidad. Entonces, si pudieran persuadir a todos para que abandonen sus nombres individuales y se reúnan con ellos con la etiqueta de ser "la iglesia de la ciudad de…", la unidad de la Iglesia se restauraría. Esta sería entonces la verdadera experiencia del Nuevo Testamento.

Más recientemente, ha habido un movimiento para reunirse en los hogares. Se cree que el problema con la Iglesia de hoy es donde nos reunimos. La construcción de catedrales, etc., es obviamente antibíblico. El formato de un líder en el púlpito y el resto en sillas inhibe la función adecuada del cuerpo. Por lo tanto, si volviéramos a la práctica del Nuevo Testamento de reunirnos en los hogares, esto cambiaría todo. Esto agradaría a Dios.

Así que ahora tenemos el "movimiento de la iglesia en las casas", que se presenta como la respuesta a la restauración de la Iglesia. Se están escribiendo libros y se están celebrando conferencias para propagar esta práctica "esencial".

La idea básica detrás de estos y muchos otros esfuerzos similares es esta: Si de alguna manera pudiéramos regresar al estándar y a la práctica exactos de los cristianos del Nuevo Testamento, Dios estaría tan complacido que bajaría corriendo del cielo y nos bendeciría. Si de alguna manera pudiéramos "poner en orden" todo, esto sería justo lo que Jesús está esperando ansiosamente, así que comenzaría un avivamiento. Si

finalmente pudiéramos imitar lo que los cristianos hicieron en el libro de los Hechos, entonces estaríamos llenos del Espíritu y de poder. ¿Qué podría desear Dios más que una reproducción exacta del Cristianismo del Nuevo Testamento?

Mi consejo para estos queridos hermanos es: ¡Olvídense de eso! Nunca llegaremos adonde Dios quiere que estemos de esta manera. Nunca podremos restaurar la Iglesia. Simplemente, no es nuestro trabajo. Solo Él puede hacerlo. Si imaginamos que podemos "restaurar" la Iglesia al estándar y a la práctica del Nuevo Testamento y que esto de alguna manera agradará a Dios, estamos equivocados.

DEBEMOS RESTAURAR LA CABEZA

El problema con estas ideas es que estamos poniendo la carreta delante de los bueyes. No podemos restaurar la Iglesia. Jesús es el único que puede restaurar algo. Por lo tanto, necesitamos volver a ponerlo en Su lugar legítimo entre nosotros. Necesitamos restaurar el lugar de la Cabeza. Cuando Él sea la Cabeza sobre todas las cosas de nuestra experiencia cristiana, entonces, y solo entonces, se restaurará la Iglesia. Mientras tengamos "cabezas" que compiten entre sí y otras figuras de autoridad entre nosotros, no podremos alcanzar la meta.

¿Por qué no tenemos la experiencia del Nuevo Testamento hoy? Es porque hemos perdido nuestra Cabeza. Lo hemos reemplazado con hombres que tienen ciertos uniformes, títulos y posiciones. Hemos buscado figuras de autoridad que son terrenales, humanas y falibles, en lugar de Aquel que se supone que debe dirigir todas las cosas.

Hemos puesto nuestra confianza en simples seres humanos, en el lugar de nuestro Líder divino. En lugar de que el Dios invisible sea el que está a cargo de nuestras vidas, nuestros ministerios y nuestras reuniones, tenemos simples seres humanos como nuestros guías. Hemos pensado que podríamos relegar a Jesús al lugar de una especie de espectador mientras hacemos cosas bíblicas para complacerlo.

Si queremos avivamiento, debemos restaurar a Jesús al lugar que le corresponde entre nosotros y dentro de nosotros. Si deseamos experimentar lo que hicieron los primeros cristianos, debemos eliminar todas y cada una de las "autoridades" de reemplazo. La única manera de que el cuerpo de Cristo funcione normalmente es que la verdadera Cabeza gobierne cada actitud y acción en las vidas de los miembros del cuerpo. Es hora de que los hombres y las mujeres de Dios se arrepientan y rechacen toda autoridad terrenal.

Ha llegado la hora de que los cristianos se arrepientan de la dependencia del liderazgo humano. También es hora de que nos arrepintamos si hemos sido culpables de tomar el lugar de Jesús entre Su pueblo. Hoy es el momento para que regresemos a nuestro verdadero Rey y lo pongamos en el trono como el autor y consumador de todas nuestras vidas personales, todas nuestras reuniones en la Iglesia y de todas nuestras relaciones.

Ahora es el momento de restaurar el gobierno de Dios en nosotros y entre nosotros. Podemos depender de Él para que nos devuelva a la forma

de vida de la Iglesia genuina del Nuevo Testamento. De hecho, este es el estándar del Nuevo Testamento.

6.

¡DEJA IR A MI PUEBLO!

Después de leer los capítulos anteriores de este libro, algunas personas podrían preguntarse si estoy abogando por la ausencia de toda autoridad institucional entre el pueblo de Dios. Podrían estar pensando que estoy instando a la eliminación total de la sumisión a la autoridad posicional y al dominio humano en la Iglesia. Es posible que hayan tenido la idea de que estoy sugiriendo el fin completo de que los cristianos se sometan a cualquier pastor, obispo, supervisor o Papa, simplemente porque tienen algún título o posición religiosa. *Si está pensando esto, entonces ha entendido claramente el mensaje*. Esto es absolutamente correcto. Aquí estoy enseñando completa libertad para los hijos de Dios.

Pero algunos, sin duda, dirán: "¿No se producirá caos? ¿No comenzarán entonces los cristianos a hacer cualquier cosa que les plazca? Sin líderes especialmente capacitados en seminarios, etc., ¿no produciría tal libertad todo tipo de herejías, sectas, pecado y cualquier número de otros males? ¿Sin liderazgo oficial, la Iglesia no se desmoronaría?"

Hay muchas cosas que deben decirse en respuesta a estas preguntas. Estas son preocupaciones válidas. Sin embargo, a menudo no es fácil cambiar los conceptos humanos. La idea fija que muchos tienen en sus mentes con respecto a cómo debe funcionar la Iglesia puede no cambiar de la noche a la mañana. Por lo tanto, nuestro análisis llevará tiempo. Intentaremos verificar las numerosas facetas de estas preguntas, una a la vez. Puede ser que su preocupación particular no se aborde de inmediato. Pero, por favor, sea paciente mientras examinamos estas cosas juntos.

Cualquier persona honesta que vea la situación general de la Iglesia en el mundo actual debe admitir una cosa. No es saludable. No está bien. El pecado está desenfrenado dentro de ella.

Por ejemplo, en los Estados Unidos, la inmoralidad sexual (el adulterio y la fornicación) es tan común dentro de la iglesia evangélica como lo es en el mundo. Las tasas de divorcio son en realidad más altas dentro de la iglesia que fuera. Muchos miembros de la Iglesia están teniendo abortos en secreto. Cada día se descubre a más y más líderes con pecados ocultos. Constantemente aparecen nuevas divisiones. Nuevas herejías y sectas surgen con creciente frecuencia.

Hay muchos miembros de la Iglesia cuyas vidas son un desastre. Muchos de ellos han sido así durante años y nunca parecen cambiar. La transformación de la vida de muchos parece muy lenta o inexistente. Un gran número de personas que asisten a la iglesia son rebeldes, egoístas, indiferentes y profanos. Muchos son deshonestos, indignos de confianza, rompedores del pacto (divorciados), calumniadores, murmuradores, críticos y desobedientes. Desafortunadamente, en muchos grupos eclesiásticos, esto es cierto para la mayoría, no para la minoría. ¡Algo está muy mal!

Ciertamente hay algunos puntos positivos. No todo está perdido. No todo es oscuro. Hay algunos que se están convirtiendo genuinamente. Es posible encontrar algunos que verdaderamente están buscando al Señor. Ciertamente, en términos de números, la Iglesia está creciendo rápidamente. No deseo ser demasiado crítico, sino solo total y completamente honesto acerca de la verdadera situación entre el pueblo de Dios hoy.

Mientras estamos siendo completamente honestos, hay que admitir algunas verdades claras. Los numerosos problemas que vemos, incluyendo el pecado, la división y la herejía, no se han detenido o curado mediante nuestras organizaciones religiosas. Nuestra dependencia de un liderazgo capacitado no ha impedido estas cosas. Nuestra dependencia de los hombres no ha resuelto el problema.

Por ejemplo, ¿cuántos líderes de sectas religiosas comenzaron en una u otra iglesia, o incluso se formaron en seminarios? ¿Cuántos de ellos están enseñando hoy doctrinas falsas o incluso herejías?

El gobierno oficial de la Iglesia no ha detenido la propagación del error, la tendencia hacia el pecado o el problema de la división en su interior. Con toda la enseñanza de hoy sobre someterse a un líder u otro, la situación general solo está empeorando. En resumen, el liderazgo humano, la autoridad posicional y el control organizacional claramente no han funcionado para cambiar las tendencias pecaminosas del corazón humano. Debemos ser lo suficientemente honestos como para admitir esto.

Como hombres naturales, tendemos a confiar en instituciones como la policía, el sistema judicial, el gobierno, etc., para someter las tendencias malvadas de la humanidad. Buscamos que las escuelas eduquen a nuestros hijos y les impartan valores. Tal vez también imaginamos que este mismo tipo de estructura institucional nos ayudará en nuestros trabajos para Dios. Tal vez esperamos que tipos similares de organizaciones también puedan ayudar a controlar las tendencias pecaminosas de los cristianos.

Sin embargo, incluso en el mundo, tales cosas no logran cambiar los corazones de los hombres. Por ejemplo, puede ser que la amenaza de prisión ayude a someter la carne, pero no logra alterarla realmente. De la misma manera, la autoridad posicional en la iglesia no logra transformar el alma del hombre. Puede servir para suprimir las tendencias malvadas de unos pocos, pero nunca puede alcanzar los objetivos de Dios, que es la completa transformación del alma.

Tal vez, entonces, haya llegado el momento de mirar en otra dirección. Ciertamente, ya es hora de dejar de depender de los líderes humanos y las instituciones, y buscar algo más. Si podemos admitir honestamente que lo que se está haciendo no está funcionando, entonces deberíamos buscar otra respuesta.

Por lo tanto, es la hora de comenzar a confiar en Jesús. Es la hora de volver a acudir al Salvador resucitado como nuestra ÚNICA autoridad. Es posible que Él dirija bien las cosas. Por alguna casualidad, de algún modo, Él podría lidiar con el pecado, las divisiones y los errores que están tan desenfrenados a nuestro alrededor. A decir verdad, necesitamos otra Cabeza. Necesitamos desesperadamente otra Autoridad en nuestra experiencia como Iglesia. Debemos tener a Alguien lo suficientemente

poderoso como para cambiar el corazón humano. Es solo por la verdadera sumisión a Él que encontraremos la solución a los numerosos problemas en la Iglesia de hoy.

Nosotros, la iglesia, hemos probado el camino de la autoridad humana durante casi 2000 años. No ha funcionado. Así que ahora es el momento de probar el camino de Dios. Por lo tanto, derribemos todos los ídolos. Eliminemos de entre nosotros todas y cada una de las prácticas que obstaculicen la autoridad de la verdadera Cabeza, la limiten o interfieran en ella. Debemos abandonar totalmente nuestra dependencia del hombre o los hombres y volver nuestros corazones al Señor.

Cualquier cosa y todo lo que Lo sustituya en la vida de cada cristiano debe dejarse a un lado. ¡Cómo necesitamos un gran arrepentimiento! ¡Cuánto necesita el pueblo de Dios desgarrar sus corazones ante Él y clamar por Su liderazgo y autoridad en medio de ellos! Nuestras vidas individuales necesitan desesperadamente ser sometidas a Su señorío y nuestras reuniones de la iglesia están clamando por Su dirección.

RESTAURACIÓN DE LA VERDADERA CABEZA

Esta es la gran necesidad de hoy. Debemos restaurar la Cabeza a Su posición legítima entre nosotros. Debemos poner a Jesús en el trono como Señor de nuestras vidas y de nuestra experiencia en la Iglesia. Él es la cura para nuestros males. Él es la respuesta a cada problema en la Iglesia. Su liderazgo y Su autoridad resolverán todas las cuestiones de pecado, herejía y división.

Es Él y solo Él lo que necesitamos. Ningún nuevo programa de reuniones en casa o discipulado hará el trabajo. Ningún regreso al judaísmo ni "aprender a someterse a la autoridad" satisfará la necesidad que hay. Ninguna gran manifestación de dones o milagros puede efectuar el cambio que se necesita. Ninguna insistencia en ciertas verdades doctrinales curará el problema.

Lo que estoy promoviendo aquí es de hecho algo muy radical. Lo que necesitamos es un nuevo tipo de reforma o incluso una revolución dentro de la Iglesia. Martín Lutero fue considerado un radical en su época. De hecho, recorrió un largo camino para ayudar a la iglesia a escapar de la esclavitud del catolicismo.

Pero no fue lo suficientemente lejos. Se necesitan muchos más cambios. Debemos continuar donde lo dejó y continuar la reforma hasta que no quede nada humano y terrenal. Necesitamos desesperadamente seguir adelante con la purificación del Templo de Dios, hasta que no queden altares y objetos de adoración sustitutos.

Moviéndonos en el temor del Señor, necesitamos regresar a Él con todo nuestro corazón. Si dejamos a algún "cananeo" en la tierra, en algún momento su influencia trabajará para traernos de vuelta a la idolatría y la esclavitud.

Moisés clamó al faraón en el nombre del Señor diciendo: "Deja ir a mi pueblo, para que Me sirva…" (Éx 7:16). Demasiados del pueblo de Dios hoy en día también están en esclavitud bajo varios capataces. Están agobiados por seguir las órdenes del liderazgo humano. Están

esclavizados por un sistema organizado de práctica religiosa. Numerosos y distintos líderes están reinando sobre ellos, instándolos a usar su tiempo y esfuerzo para edificar las propias "grandes obras para Dios" de los líderes.

Tales miembros sumisos se utilizan a menudo en la construcción de monumentos mundanos que declaran el éxito y el orgullo de sus líderes. Casi invariablemente, cuanto más exitosa se vuelve una "iglesia" o un "ministerio", más lujosos y grandiosos parecen ser sus edificios. Esto requiere el trabajo y el dinero del pueblo de Dios. Creo que en estos últimos días Jesús está deseando liberar a Su pueblo de tal esclavitud.

Honestamente, no tenemos nada que perder al seguir este nuevo camino bíblico, aunque desconocido. Es dolorosamente obvio que la iglesia de nuestros días no está exenta de "mancha ni arruga ni cosa semejante" (Ef 5:27). Está muy lejos de lo que necesita ser para estar lista para encontrarse con su Rey. Si tenemos miedo de "arriesgarnos" a confiar completamente en Dios, entonces solo nos queda lo que ya tenemos [o sea, nada]. Esto, mis queridos hermanos y hermanas, no ha funcionado hasta ahora y nunca funcionará.

Lo que necesitamos aquí para proseguir es una gran dosis de fe. Necesitamos creer que, si paramos nuestras acciones, nuestro liderazgo y nuestra organización en la casa de Dios, Él es capaz de hacer el trabajo. Debemos creer que Jesús es capaz de ser nuestra Cabeza. Debemos confiar en un Señor invisible. Debemos tener fe en que, puesto que Él está sosteniendo todo el Universo, podrá liderar cada miembro de Su cuerpo. Si no creemos en Su capacidad para hacer esto, entonces no llegaremos a ninguna parte.

"Sin fe es imposible agradar a Dios" (Heb 11:6). Es imperativo que el cuerpo de Cristo regrese a un caminar de fe con Jesús resucitado. Por fe, podemos sentir Su liderazgo y seguirlo. Ningún sustituto humano, visible y tangible, puede ayudarnos a llegar adonde necesitamos estar.

¿NO EXISTE REY EN ISRAEL?

Algunos pueden objetar esta nueva forma de seguir a un líder invisible citando el versículo en Jueces 21:25 donde leemos: "En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía". Usando los ejemplos que encontramos en el libro de Jueces de cuán lejos pueden llegar las personas sin liderazgo, insistirán en que la idea de ir sin liderazgo humano no puede funcionar y solo producirá confusión. Tomemos aquí un tiempo para examinar esta idea.

Es cierto que cuando no había rey en Israel, cada uno hacía lo que le parecía. La situación en aquellos tiempos era un verdadero desastre. Sucedieron muchas cosas salvajes. La gente estaba completamente sin gobierno ni control.

Pero hoy nuestra situación es completamente diferente. ¡Hoy hay un Rey en Israel! Tenemos un Líder. Se supone que debemos estar en contacto con Él y someternos a este Rey. Tenemos un Maestro, un Guía, un Señor, un Pastor y lo demás que sea necesario, que es muy real, y está vivo y presente. A ningún cristiano le debe faltar autoridad ni liderazgo.

El gobierno de Dios, o el Reino de Dios, está cerca. Esto significa que está presente y disponible, aquí y ahora. La única pregunta es cuánto cada uno de nosotros está dispuesto a someterse a Él completamente.

Si somos genuinamente sumisos y nos sometemos a Jesús, Él nos guiará en todos los aspectos de nuestra vida. Él nos dirigirá en nuestras relaciones con los demás. Incluso nos guiará cuando nos reunamos en Su Nombre. Jesús está dispuesto y es capaz de hacer todo esto y mucho más. Simplemente sometiéndonos a Él, veremos cómo surgen nuevas perspectivas de Su verdad y gloria cada día en nuestras vidas.

Pero si no estamos verdaderamente dispuestos a someternos a Su control, si ponemos algo de resistencia a Su gobierno, si somos rebeldes en nuestros corazones, entonces este gobierno invisible no funcionará. No lo escucharemos, no lo buscaremos ni lo obedeceremos. Él no será realmente el Señor de nuestras vidas.

Sin embargo, si este es el caso, entonces sustituir el liderazgo de Jesús con alguna variedad humana tampoco funcionará. Si los cristianos se niegan a someterse a Dios, no les ayudará en nada someterse al hombre. La solución para los cristianos rebeldes es aprender a arrepentirse y obedecer genuinamente a Jesús. Si no están dispuestos a hacer esto, no hay nada que otros cristianos puedan hacer para ayudarlos, excepto orar por ellos.

EL EJEMPLO DE ETIOPÍA

Tal vez muchos imaginan que, si el peso de la autoridad humana se levantara repentinamente de la Iglesia, se produciría el caos. Otros podrían pensar que la mayoría de los cristianos, sin el apoyo de las instituciones cristianas, simplemente se alejarían. Tal vez las reuniones dejarían de suceder, el evangelismo se reduciría por la mitad y el ministerio desaparecería. Sin embargo, tenemos varios ejemplos en la historia reciente que parecen decir otra cosa. Permítanme repetir una historia que he escuchado en este sentido.

Hace algunos años, en el país de Etiopía, los comunistas tomaron el poder. Como parte de su estrategia para crear un estado ateo, cerraron todos los edificios de la iglesia y encarcelaron a todos los pastores. Pensaron que podían poner fin a todas estas tonterías religiosas.

Entonces, ¿qué pasó? ¿Cuál fue el resultado de esta eliminación completa de toda esa autoridad posicional y apoyos religiosos? ¿Se desmoronó la Iglesia y se desintegró? ¿Fue el desorden y la confusión un resultado? ¡No! En cambio, ocurrió exactamente lo contrario. El avivamiento estalló. Sin instituciones humanas y autoridad terrenal, todos tenían que comenzar a buscar al Señor por sí mismos. Tenían que orar. Necesitaban buscar comunión unos con otros. Tuvieron que aprender a ponerse en contacto con Dios por sí mismos, escucharlo y obedecerlo. Sin nadie que los guiara, sin instituciones religiosas que les proporcionaran programas, actividades y entretenimientos, solo les quedaba Dios, el Único de quien podían depender.

Según el informe que escuché, cuando los comunistas tomaron el poder, había unos 5000 cristianos en el país. En un corto período, tal vez

varios años, este número explotó hasta llegar a unos 50 000. La eliminación del aparato religioso, la ausencia de todos los apoyos del liderazgo y la autoridad humana, resultó ser una gran bendición. ¡Dios fue realmente capaz de guiar a Su pueblo! Sorprendentemente, Él es capaz de ser la Cabeza sobre todas las cosas para ellos. Y Su autoridad resultó ser mucho más poderosa y eficaz que cualquier modelo humano.

Estas personas no podían planear ninguna reunión. Si lo hacían, había una buena posibilidad de que las autoridades los descubrieran y los arrestaran a todos. Así que tenían que seguir al Espíritu Santo. Tenían que sentir cuándo y adónde ir para reunirse con otros cristianos. Sorprendentemente, cuando llegaban a la casa de algún hermano u otro, muchos otros ya estaban allí reunidos.

En lugar de depender de un hombre para organizar y dirigir su experiencia en la Iglesia, tenían que buscar a Dios. Todos los días, tenían que escucharlo para saber a dónde ir, a quién ministrarle, con quién orar, con quién compartir el Evangelio. La suya fue una vida de total dependencia de Jesús. ¡Y funcionó! No había confusión aquí. No hubo caos. En cambio, todos los miembros del cuerpo trabajaron juntos en armonía, simplemente siguiendo el liderazgo de la única Cabeza.

Así es exactamente como funcionaba la Iglesia en el libro de los Hechos. Sabemos que los cristianos se reunían diariamente en las casas (Hch 2:46). Los apóstoles enseñaban diariamente en el Templo y también en los hogares. Sin duda, muchos hermanos y hermanas llenos de dones circulaban entre los demás, enseñando, animando, orando, sanando, profetizando, haciendo milagros, etc.

Pero ¿quién estaba organizando todo esto? ¿Fue Pedro quien estaba programando las visitas de pastores a varios hogares? ¿Fueron Santiago o Juan quienes estaban planeando las diferentes reuniones en el hogar y preparando un poco de enseñanza para que cada líder del grupo en el hogar lo diera? ¿Quién tenía el control? ¿Quién dirigía la iglesia? ¡Era Jesús! Era el Espíritu Santo quien dirigía y orquestaba todas las actividades de la iglesia.

No necesitaban seres humanos para hacer esto. No necesitaban depender del hombre. No había confusión. No era un gran desastre. Nadie necesitaba manejar todo y decirle a los demás qué hacer. No había necesidad de organización y planificación. Sin embargo, de alguna manera, todo funcionó. Hubo evangelismo. Se atendieron las necesidades. Los cristianos fueron edificados y fortalecidos en la fe.

Los numerosos ministerios y reuniones probablemente parecían suceder de alguna manera coordinada. Esto se debe a que todos estaban siendo dirigidos por la misma Persona. El Señor mismo resucitado estaba entre ellos, dirigiendo todos los aspectos de la Iglesia. Él, la Cabeza, estaba dirigiendo cada movimiento de Su propio cuerpo. ¡Por supuesto que funcionó!

¡Cómo necesitamos una dosis de este tipo de cristianismo hoy! Cuánto necesitamos nosotros, el pueblo de Dios, regresar a Él como nuestro Líder, Maestro y Guía. Si tan solo, por fe, pudiéramos buscar en Él la guía en nuestra vida cotidiana y nuestra experiencia colectiva, no hay límite para lo que Él podría hacer en medio de nosotros. La verdad es que, en lugar de

ayudar a Dios con todas nuestras figuras de autoridad y estructuras, en realidad estamos obstaculizando Su obra entre nosotros.

RESTAURAR LA AUTORIDAD DE CRISTO

Nosotros, el pueblo de Dios, necesitamos volver a un camino de fe. Necesitamos arrepentirnos de lo que hemos hecho para sustituir Su gobierno y restaurarlo al lugar que le corresponde entre nosotros. Ya es hora, o más bien desde hace mucho fue hora de que desechemos todos los sustitutos, cualquier cosa que ocupe Su lugar entre Su pueblo y en nuestras vidas. Solo de esta manera comenzaremos a experimentar el cristianismo. Solo si regresamos a Él como nuestra Cabeza y líder, conoceremos Su poder y gloria en medio de nosotros. Solo veremos verdadero avivamiento cuando le devolvamos todo el poder y la autoridad en la Iglesia a Jesucristo. Él es capaz de guiar a Su pueblo y está listo para ello.

Cuando tratamos de establecer figuras de autoridad, creamos una especie de cuello de botella en la Iglesia. Esto es lo que yo llamo el "problema del embudo". Los hombres son finitos. Su tiempo, atención y energía son limitados. Su capacidad, imaginación e incluso revelación acerca de la obra de Dios están restringidas. Así que, cuando elevamos a algunos como nuestras cabezas, las actividades del cuerpo de Cristo se interrumpen mucho. Con el hombre al timón, los miembros no son libres de seguir a Jesús. Todo debe ser revisado y canalizado a través del "embudo" del liderazgo.

Supongamos, por ejemplo, que la hermana Rut siente que el Señor quiere que comience un estudio bíblico para mujeres en su casa. Antes de hacer esto, debe pedirle al pastor su aprobación. Ella no quiere que la vean como rebelde. Ella no quiere que otros piensen que está desafiando la autoridad de los líderes, por lo que debe ir y preguntar primero.

Pero el pastor está ocupado. Tal vez acaba de tener una seria discusión con su esposa o una crisis familiar. Él está reacio a que Rut comience un estudio bíblico sin su supervisión. ¿Qué podría enseñar? ¿Qué podría pasar? Si algo sale mal, él será responsable y tendrá que apagar el fuego. Entonces, él le dice algo como esto: "Mira, no tengo tiempo en este momento para encargarme de esto. Tal vez en otro momento. Lo consideraremos.". Por lo tanto, Rut no es realmente libre de seguir a Jesús. El liderazgo humano se convierte en un cuello de botella para el flujo de las direcciones de Dios.

Este es solo uno de miles de ejemplos. Este tipo de problema es endémico con cualquier tipo de autoridad humana en la Iglesia. Todos los miembros del cuerpo de Cristo tienen dones. Por lo tanto, todos deben convertirse en ministros, ejerciendo sus dones para el beneficio de los demás.

Pero ningún hombre ni un grupo de hombres es capaz de supervisar todo esto. Solo alguien infinito podría coordinarlo y dirigirlo. Entonces, cuando el hombre está a cargo, una gran parte de este ministerio desaparece. El embudo en la parte superior de la pirámide de la autoridad lo restringe. Nadie es simplemente libre de seguir al Señor y hacer lo que

Él dice. De esta manera, la autoridad humana, en lugar de ayudar a la obra de Dios, la obstaculiza enormemente.

¿Cuántos hombres y mujeres de Dios están descarriados o persiguiendo las cosas del mundo porque no había lugar para sus dones y su ministerio en la iglesia? No encajaban en el programa. Las actividades del grupo simplemente no les permitían tiempo ni espacio. No se reconocieron sus dones y llamamientos. Tal vez la estructura organizativa solo dejaba espacio para unos pocos miembros llenos de dones, mientras que el resto solo podía sentarse pasivamente en los bancos y escuchar. Tal vez el líder se sintió amenazado por la unción o los dones de otros, por lo que lentamente los obligó a irse. Estos y muchos otros males similares son el resultado de la autoridad humana y la estructura terrenal en la iglesia.

¡Pero qué diferencia hay cuando Jesús está en el liderazgo! Entonces, todos los miembros son libres de funcionar cuando Él los guía. Sus dones y talentos son necesarios. Es precisamente estar “unidos entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente” (Ef 4:16) lo que le falta a algún miembro para vencer algún pecado, para ser sanado de alguna enfermedad o liberado de alguna fuerza demoníaca.

Cuando Jesús dirige todos los movimientos de Su cuerpo, se satisface cada necesidad. El poder del Espíritu Santo es más evidente, ya que cada uno está respondiendo y obedeciéndolo. El cuerpo se construye mucho más rápida y eficientemente porque cada uno está haciendo su trabajo sin restricciones. Todo está coordinado, porque una única Cabeza está al mando.

Tal vez el hermano Felipe, evangelista, podría ser un buen ejemplo aquí. Sintió que el Espíritu Santo le estaba diciendo que saliera al medio del desierto y se quedara allí (Hch 8:26). Esto parece un tipo extraño de liderazgo.

Entonces, ¿qué hizo? ¿Fue y le pidió permiso a Pedro? ¿Recibió consejo de Juan? ¿Le aconsejó Santiago algo como esto? "Mira hermano, esto parece un poco extraño. ¿Para qué podría Dios quererte en medio del desierto? Probablemente esto fue solo tu imaginación o un espíritu maligno. Necesitamos tus dones aquí donde están los cristianos, no en el desierto. No, no creo que debas irte".

En cambio, Felipe obedeció a Dios. En consecuencia, Él llevó a un siervo de la reina de Etiopía a Cristo y, muy posiblemente, toda esta nación fue impactada con el evangelio en ese momento. El resultado de su obediencia fue fruto espiritual. Así es precisamente como podría funcionar hoy, si le diéramos a Dios la oportunidad de guiarnos Él mismo.

¡QUÉ! ¿SOLTAR A TODO EL MUNDO?

Entonces, si simplemente los soltamos a todos, enseñándoles a someterse y seguir a Jesús, ¿qué pasaría? Creo que el lado positivo sería que estallaría el avivamiento. Se liberarían muchos dones y ministerios. Muchos cristianos se verían desafiados en cuanto a si realmente tenían o no un compromiso con el Señor. El cuerpo de Cristo sería edificado mucho

más rápida y eficientemente. El poder de Dios se vería en Su Iglesia. Aún más que esto, Él vendría y haría Su hogar entre nosotros.

El lado negativo sería que se cometerían errores. Algunos pecarían. Otros serían engañados. Otros recaerían o se apartarían. Sin duda, habría errores y/o herejía. Ciertamente, en los tiempos del Nuevo Testamento, tales cosas también ocurrieron. Pero tales pecados y errores no son diferentes de los que tenemos hoy. Las cosas negativas que podrían suceder ya están sucediendo en gran plenitud en la iglesia de nuestro tiempo. Así que, realmente, no hay riesgo. El único riesgo es no hacer lo que Dios nos está guiando a hacer. El único peligro está en la desobediencia. Dos mil años de control humano en la Iglesia no nos han llevado a la meta. Soltemos el timón entonces y dejemos que Jesucristo reine supremamente sobre nosotros.

Si de repente todos los cristianos estuvieran libres de la autoridad humana, entonces tendrían que hundirse o nadar. Se enfrentarían a la necesidad de buscar a Dios por sí mismos. Tendrían que aprender a escucharlo y seguirlo. Se tendrían que esforzar para conocer Su palabra y poder sentir Su presencia.

Muchos podrían suponer que la mayoría se hundiría. Sin embargo, creo que nos sorprendería saber cuántos aprenderían a nadar. No es como si nadie fuera a ayudar a los débiles. Dios nunca permitiría que nadie cuyo corazón estuviera abierto a Él pereciera. Además, existen en el Cuerpo de Cristo muchos miembros dotados que les ministrarían a aquellos que estuvieran en problemas.

Sin embargo, esta ministración no debe ser para traer a nadie de vuelta a la esclavitud del liderazgo humano, sino una ayuda a los más débiles para llegar a conocer a Jesús por sí mismos. A través del poder del Espíritu Santo y Su ministerio, a través de Su Cuerpo, creo que cualquiera que realmente tenga un corazón puro para seguir a Jesús ciertamente aprendería a nadar.

EL PELIGRO DE LA ORGANIZACIÓN

En el Nuevo Testamento, casi nada estaba organizado. Ahí tenemos muy pocos ejemplos de "planificación central". De hecho, es impresionante la poca organización que tenían. Sin embargo, este autor no insiste en que no es bíblico organizar nada, nunca. A decir verdad, es imposible vivir sin ninguna forma de planificación previa. Por ejemplo, si llamo a un amigo y lo invito a cenar, hemos organizado algo. Si acepto reunirme con alguien en un momento y lugar determinados, nuestra reunión se ha organizado hasta cierto punto. Mientras vivimos, siempre necesitaremos tener alguna forma de organización.

El peligro de la organización es este: una vez que se pone en marcha, puede permanecer en marcha muy fácilmente. Puede tomar vida propia. Una vez que los elementos esenciales de cualquier trabajo o esfuerzo se establecen en su lugar, es fácil que las cosas sigan adelante de esta forma. Ford Motor Company es un buen ejemplo de esto. Henry Ford falleció hace bastante tiempo. Sin embargo, la compañía que organizó continúa hasta el día de hoy.

Muchas obras para el Señor también están en esta categoría. Podemos admitir, en beneficio del argumento, que alguna obra u otra fue iniciada por Jesús. Tal vez Él guió a algún hijo Suyo a trabajar para Él de alguna manera específica. Pero ¿qué tal hoy? ¿Sigue siendo esta Su voluntad? ¿Está Él todavía a cargo de todo? ¿O ha seguido adelante el Espíritu Santo y alguien todavía está tratando de hacer que algo funcione, pero que ahora solo es una acción vacía?

Parte de este peligro es que a las personas les gusta que las cosas estén bien organizadas. Les gusta que las cosas sean predecibles. Se sienten cómodos con algo bien estructurado y bien dirigido. De esa manera tienen poca necesidad de buscar al Señor por sí mismos. Su carne puede relajarse y confiar en que alguien se hará cargo de todo. Las cosas familiares hacen con que se sientan bien y seguras, y a muchas personas les gusta mucho esa sensación.

Cuando las cosas están organizadas, los cristianos no tienen que estar en contacto vivo y constante con Jesús. No tienen que ejercitarse para buscarlo momento a momento. No tienen que estar listos para obedecer. No tienen que estar dispuestos a decir algo o hacer algo por Él. Con una organización, no tienen que estar listos para cambiar sus actividades, su empleo o incluso el lugar donde viven. Simplemente pueden sentarse y dejar que la organización dirija sus reuniones y sus vidas.

Pero las cosas de nuestro Señor "nuevas son cada mañana" (Lam 3:23). Mientras estuvo en la Tierra, constantemente estaba haciendo algo diferente. Su vida estaba lejos de ser rutinaria. Todos los días, los discípulos podían sorprenderse por lo que Él haría, a dónde podría ir o lo que podría decir. Por lo tanto, podemos estar seguros de que Su dirección en la Iglesia y en nuestras vidas individuales también será así. Debemos tener la flexibilidad de movernos y cambiar el rumbo con Él en cualquier momento.

La experiencia de los hijos de Israel en el desierto es un excelente ejemplo de esto. Estaban siguiendo al Dios vivo que Se manifestó en la columna de fuego y en la nube. Cuando Él se movía, se suponía que ellos también debían estar listos para moverse. Esta nube o columna de fuego se podía mover en cualquier momento, de día o de noche. Tenían que estar siempre listos (Éx 13:21, 22; 40:36, 37).

Tal vez se quedarían en un lugar una hora, una semana, meses o incluso un año. Pero en cualquier momento, Dios podría moverse y ellos tenían que moverse con Él. Tenían que estar listos y dispuestos a empacar todo en un instante y partir.

Incluso el Tabernáculo, que Dios le instruyó a Moisés que construyera, se creó con esto en mente. Era portátil. Se desmontaba fácilmente y estaba listo para transportarse. Nuestra actitud también se debe caracterizar por esta disposición a abandonar nuestras prácticas y comportamientos establecidos, horarios y lugares de reunión, y todos y cada uno de los hábitos religiosos arraigados.

Por lo tanto, la clave para cualquier organización de reuniones, ministerios u obras para Dios que hagamos es que debemos ser guiados por el Espíritu Santo. Es Su dirección la que debe iniciar cualquier cosa. Es Él quien debe guiarnos en la realización de todo lo que se hace. Además, debemos ser muy sensibles a Él para desmantelar cualquier cosa que

hayamos organizado previamente sin Su dirección. Debemos estar constantemente en sintonía con Él para detener cualquier cosa que se haya puesto en marcha sin Su liderazgo.

Es esencial que preservemos Su gobierno sobre todas las cosas, especialmente sobre cualquier cosa que tienda a organizarse y, por lo tanto, sea rutinaria y predecible. De lo contrario, pronto nos quedaremos con una cáscara vacía. Solo tendremos algo que Dios usó y bendijo una vez en algún momento en el pasado, pero hoy es un mero modelo o fórmula sin el contenido divino.

Uno de los pocos ejemplos de algo organizado que encontramos en el Nuevo Testamento fue el nombramiento de diáconos en Jerusalén (Hch 6:1-7). Allí surgió un problema. Se descuidó a algunas viudas cuando se distribuían alimentos. Evidentemente, esto era algo que se estaba haciendo de manera esporádica y aleatoria, y se descuidó a algunas viudas que habían venido de Grecia. Así que seleccionaron a algunos hombres para que se encargaran de este trabajo.

Pero tenga en cuenta qué tipo de hombres eligieron. Casi cualquier persona puede distribuir alimentos. Hasta un incrédulo podría hacerse cargo de este tipo de trabajo e incluso ejecutarlo de manera justa. Sin embargo, tuvieron cuidado de seleccionar hombres con cierta virtud. Estaban especialmente "llenos del Espíritu Santo" (v. 3). Los apóstoles y otros estaban preocupados de que esta obra fuera algo dirigido por Dios. No bastaba con satisfacer simplemente la necesidad. Querían estar seguros de que lo que se hacía lo hubiera iniciado, ejecutado y, de ser necesario, también terminado el Señor. Así que seleccionaron hombres que sabían cómo seguirlo. De esta manera, esta necesidad práctica podría permanecer bajo el control de la Cabeza.

LIBERTAD GLORIOSA PARA LOS HIJOS DE DIOS

Hemos sido llamados a "la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Rom 8:21). Fuimos liberados del pecado. Fuimos librados de la ley. A medida que entendamos los caminos de Dios más perfectamente, incluso nos liberaremos de la esclavitud de estar "bajo" las autoridades religiosas también. Se supone que los hijos de Dios no deben estar sujetos a ninguna variedad de servidumbre terrenal. Pablo va tan lejos como para decir que debido a esta tremenda libertad, "todas las cosas son lícitas" (1 Co 6:12; 10:23) para un cristiano. Un cristiano es completamente libre de hacer lo que elija.

En el principio, Dios les dio a Adán y Eva libre albedrío. Podían hacer lo que quisieran. Solo una cosa estaba prohibida. Pero incluso esto estaba disponible gratuitamente para ellos. El árbol del conocimiento del bien y del mal estaba justo delante de sus ojos. Su Señor incluso les dio la libertad de tomar la decisión equivocada. Nunca interfirió, sino que les dejó tomar su propia decisión.

Exactamente de la misma manera hoy, cada cristiano tiene total libertad para elegir su propio camino, sin obstáculos de ninguna autoridad religiosa. ¿Debemos darnos menos libertad unos a otros de la que Dios nos da a nosotros? ¿Estamos en condiciones de restringir la completa libertad de

los demás, de una manera que el Señor nunca hace? Claramente la respuesta es "no". Así como a nuestros antepasados se les permitió en el jardín elegir libremente, así hoy a cada cristiano verdadero se le debe permitir el libre albedrío completo.

Sin embargo, esta gran libertad se convierte en una prueba para nosotros. Nuestras elecciones nos expondrán. ¿Qué hay exactamente en nuestros corazones? ¿Dónde están nuestros afectos? ¿Estamos realmente buscando a Jesús y Su Reino con todo nuestro corazón o hay algunas otras cosas ocultas en nuestras almas? ¿Realmente deseamos agradarle en todas las cosas, o estamos jugando con Su perdón y Su gracia? ¿Cómo estamos usando nuestra libertad?

La libertad completa expondrá exactamente dónde está realmente su corazón en su relación con Jesucristo. Lo que hace, dice o piensa cuando no hay una figura de autoridad humana vigilándolo revela lo que realmente hay dentro de usted.

Si deja de orar mucho cuando se da cuenta de su verdadera posición de libertad, esto dice algo. Si ya no medita en la palabra de Dios diariamente, buscando Su voluntad y revelación, esto también dice algo. Si abandona el hábito de buscar diariamente a otros hermanos y hermanas para la comunión y la oración, esto también revela algo.

Si reunirse con otros cristianos para adorar a nuestro Señor y compartir unos con otros no atrae su corazón, esto expone dónde está realmente su corazón. Si caminar de la mano con Jesús y "agradándolo en todo" (Col 1:10) en cada aspecto y detalle de su vida no es su enfoque y deleite, esto ciertamente dice mucho. Si hay alguien que no está realmente comprometido con el Señor, si por casualidad hay algunos cuya participación en la comunidad cristiana no se basa en la sumisión y el amor a Jesús, la verdadera libertad lo mostrará por lo que es.

Estas faltas no pueden curarse por la sumisión al hombre y no se pueden arreglar insistiendo en la obediencia a la autoridad posicional. De hecho, a menudo es solo cuando se elimina tal autoridad que se exponen las actitudes reales del corazón. Muchas veces, la sumisión a la autoridad humana solo sirve para encubrir estos y muchos otros problemas. Fácilmente comenzamos a "servirle al ojo" y a "agradar a los hombres", en lugar de hacer la voluntad de Dios de corazón (Ef 6:6).

Los objetivos de los cristianos pueden fácilmente llegar a ser tratar de satisfacer las demandas de nuestro líder humano o de algún grupo religioso en particular, mientras que en realidad descuidan las de nuestro Señor. Si nuestra figura de autoridad está satisfecha con nuestra conducta, naturalmente asumimos que Jesús también lo está. Cuando se cumplen los estándares de nuestro grupo religioso particular, entonces es fácil suponer que estamos bien con Dios. De esta manera, tal sumisión funciona para ocultar el pecado en lugar de exponerlo.

Pero Dios ve profundamente en los recovecos de nuestro corazón. Él sabe lo que hay allí, incluso si está latente. Ningún discipulador o pastor puede hacer tal cosa. Sin embargo, "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Heb 4:13). Dios lo sabe todo. Puede ocultarle cosas a otros. Incluso puede tratar de esconder cosas de usted mismo, Pero Jesús "escudriña la mentes y el corazón" (Ap 2:23).

EXPONER EL PECADO

Una gran parte de la obra de Dios en nuestras vidas es exponer tal pecado. Su propósito es que veamos cómo somos realmente, nos arrepintamos de nuestro pecado y seamos transformados por la obra de Su Espíritu. El trabajo del Consolador que Jesús envió era precisamente esto, convencer al mundo de pecado (Jn 16:8). Tal vez esta es una de las razones por las que se nos da tanta libertad. Expone quiénes y qué somos realmente.

La forma en que usa su libertad muestra lo que hay en su corazón. Revela si está realmente bien con Dios y camina en intimidad con Él. Por lo tanto, la libertad total es una experiencia absolutamente esencial para cada cristiano verdadero. Si nunca lo ha experimentado, debería intentarlo. Al caminar en ella, comenzará a verse a sí mismo en la luz de Dios. Sus elecciones, acciones y palabras revelarán quién y qué es realmente.

Si su corazón realmente está buscando la justicia de Dios y Su reino, esto se mostrará. Si tiene otras prioridades, esto también quedará expuesto. Es el Señor Jesucristo quien le ha dado esta libertad. Es Su voluntad que lo experimente. Solo de esta manera, puede verse a sí mismo en Su luz y ser transformado en todo lo que Él es. Sin esa libertad, la obra de Dios no puede completarse realmente en su vida.

Sí, en cualquier lugar donde haya libertad, hay un peligro. Existe el peligro de que la gente lo use mal. La libertad nos da la opción de simplemente complacernos a nosotros mismos. Es muy posible que un cristiano abuse de la bondad de Dios y la use como un medio para satisfacer la carne y pecar. Pablo nos exhorta a tener cuidado de no usar nuestra libertad "como ocasión para la carne", es decir, para cumplir sus deseos pecaminosos (Gál 5:13).

Él enseña que, en cambio, debemos usar nuestra libertad para convertirnos en siervos de los otros hermanos y hermanas. Debemos entregarnos libremente en Su amor para ayudarlos a crecer en la plenitud de Dios. Además, Él nos advierte que, por causa de nuestra libertad, existe el peligro de enredarnos de nuevo en el yugo de la esclavitud del pecado o de la ley (Gál 5:1). La instrucción de Pablo nos dice que somos libres de la ley, pero no simplemente para estar sin ningún gobierno. Él dice que fuimos liberados de la ley para que seamos de otro, del que resucitó de entre los muertos (Rom 7:4).

Así que vemos que el objetivo no es estar sin ninguna restricción o autoridad, sino someternos voluntariamente por completo a Jesús. El objetivo de nuestra libertad no es convertirnos en una especie de "espíritus libres", vagando y haciendo lo que deseemos, sino elegir someter voluntariamente nuestro cuerpo, alma y espíritu a Él.

Al darnos completa libertad, Dios nos está probando. Nuestra libertad total se convierte entonces en una especie de instrumento de prueba para ver lo que realmente hay en nuestros corazones. En esta era de gracia, nuestro Señor no está imponiendo Su autoridad sobre nadie. Él nunca nos presiona más allá de nuestra voluntad de someternos. Cualquier pequeña cantidad de resistencia de nuestra parte detiene Su obra en nuestras vidas.

Con la libertad viene la responsabilidad. Nos volvemos responsables ante Dios de nuestras decisiones. Cuando alguien más está dirigiendo nuestra vida, entonces es fácil para nosotros imaginar que esta persona es responsable de los resultados. Pero cuando tenemos libertad de elegir, entonces somos nosotros los que soportaremos la carga de las consecuencias. Algún día, cuando Jesús regrese, nos juzgará por lo que hicimos con la libertad que nos dio libremente. Todos y cada uno de nosotros debemos vivir con este día del juicio venidero en mente.

7.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

EL PUNTO DE VISTA DE DIOS

Para vivir y trabajar en armonía con los pensamientos de Dios, primero debemos ver las cosas desde Su punto de vista. Pero ¿cuál es este punto de vista? Es este: cuando Dios mira hacia abajo desde el cielo, Él no ve miles de diferentes "cuerpos de Cristo". Él solo ve Su único cuerpo. La Biblia dice específicamente que hay: "un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos" (Ef 4:4-6). Realmente hay una sola Iglesia. Este es el punto de vista de Dios.

Mientras que nosotros, desde nuestro punto de vista terrenal, podemos ver las muchas divisiones, "iglesias", denominaciones, sectas, etc., que dividen este cuerpo, en realidad es realmente uno solo. Sin duda, Dios se da cuenta de que estos diferentes segmentos existen. Él debe estar consciente de ellos. Sin embargo, cuando Él mira sobre la Tierra, Él ve solo una Iglesia, una Novia. Por lo tanto, para trabajar en armonía con Él, debemos adoptar Su punto de vista. Debemos comenzar a ver a la Iglesia como una sola.

Usted puede notar mientras camina con Dios que, aunque Él es consciente de las divisiones dentro de Su cuerpo, Él visita cada una de sus partes. Él ama a todos y a cada uno de los miembros. Él le ministra a cada grupo, iglesia, denominación y secta. Su cuidado amoroso, Su gracia abundante, Su poder para libertar y sanar, y Su obra de santificación están disponibles para todos sin excepción.

Prácticamente cada grupo de cristianos verdaderos, sin importar cuál sea su postura doctrinal, tradición, costumbre, práctica o énfasis, experimenta la presencia de Dios en un grado u otro. Por lo tanto, podemos percibir que nuestro Señor visita cualquier reunión de cristianos dispuestos a recibirlo y se ministra a Sí mismo allí. Él no está limitado por sus divisiones. No se detiene por sus muros doctrinales. No se ve obstaculizado por sus prácticas peculiares. En cambio, Su amor lo obliga a ministrarles usando cualquier apertura que esté disponible para Él.

Sin duda, estas divisiones lo entristecen. Es muy probable que Él quiera que las cosas sean diferentes. Es cierto que tales facciones son contrarias a Su voluntad expresada. Sin embargo, a Su manera humilde, Jesús visita cada parte del cuerpo de Cristo y se ministra a Sí mismo.

Ahora contemplemos esto con mucho cuidado. Ya que nuestro Señor se comporta de esta manera, ¿cómo debemos comportarnos nosotros? ¿Somos mejores que Él? ¿Somos más santos que el Espíritu Santo? ¿Podemos separarnos de los demás porque ellos son causadores de divisiones? ¿Se nos permite ser más discriminatorios al decidir a quién le ministraremos o no, o con quién tendremos comunión o no? Ciertamente, la respuesta a esto debe ser "No".

Por lo tanto, debemos adoptar la perspectiva celestial de Dios cuando avanzamos para trabajar junto con Él en la edificación de Su Novia, Su Iglesia. Otros pueden tener sus divisiones, pero nosotros no necesitamos tener ninguna. Algunos pueden tener sus muros y barreras, pero para nosotros no tienen por qué existir. Muchos pueden aislarse del resto del cuerpo, criticar a los demás y sentirse superiores debido a sus enseñanzas, su liderazgo o sus prácticas. Sin embargo, para aquellos que tienen intimidad con Cristo, estas cosas no tienen por qué impedirnos amarlos y servirles.

En estos días, es imposible para nosotros derribar todos los diferentes muros de separación que existen en el cuerpo de Cristo. No podemos eliminar todas las divisiones. El problema es demasiado grande y generalizado.

Sin embargo, hay un lugar donde podemos eliminar todas esas barreras. Hay un lugar donde toda división puede dejar de existir: en nuestros propios corazones. Al estar llenos y motivados por el amor de Dios, podemos adoptar Su propio punto de vista. Podemos pasar por alto estos impedimentos creados por el hombre y, luego, cuando y donde podamos, ministrarle a Jesucristo a todos y a cada uno de Su pueblo.

Nosotros, el pueblo de Dios, somos libres. Somos libres para amarlos a todos. Somos libres para recibirlos a todos, abrazarlos a todos, servirles a todos, e incluso reunirnos con todos y cada uno. Nuestra actitud hacia cada miembro del cuerpo de Cristo e incluso todas las diferentes reuniones de Su pueblo puede ser la misma que la de Dios. Podemos amarlos y ministrarles a Cristo.

SOLO UNA LIMITACIÓN

La única limitación a esta manifestación de unidad viene cuando comenzamos a colaborar con otros en la edificación de Su casa. Se nos ha exhortado claramente a edificar solo de acuerdo con la visión celestial. Por lo tanto, no somos libres de lanzarnos a todos y cada uno de los esquemas de edificación que encontremos. No es sabio involucrarnos en obras y esfuerzos humanos. No podemos ayudar a otros a edificar algo que no satisfaga los deseos de Dios.

Sin embargo, aunque es posible que no podamos unirnos a muchos grupos cristianos en aquello que ellos están edificando, aún podemos amarlos y servirles de varias maneras. Si bien podemos discernir que su edificación no es eterna y, por lo tanto, no podemos invertir nuestro tiempo en colaborar con ellos en este esfuerzo, todavía es posible pasar por alto este impedimento y ministrar el Espíritu de Jesucristo cuando y donde sea posible. En muchos casos, es posible encontrar maneras, tal como lo hace Dios, de compartir Su vida eterna con ellos.

Tal vez por trabajar de esta manera, cuando la cáscara externa del esfuerzo humano se quema por la presencia de Jesús en Su venida, algo precioso y eterno permanecerá. Podemos ser capaces, a través de la sabiduría y el poder de Dios, de haber edificado algo sólido y duradero, a pesar de sus edificaciones terrenales.

Es cierto que debemos tener mucho cuidado de no involucrarnos ni enredarnos en organizaciones humanas, pero también es cierto que por la sabiduría de Dios podemos ministrar a Cristo en casi cualquier situación. Nunca debemos perder nuestra visión de la casa de Dios ni dejar que nos estorben las obras religiosas mundanas. Es esencial que siempre discernamos cada situación y tengamos cuidado de edificar solo con los materiales de Dios a Su manera. Sin embargo, así como Jesús encuentra maneras de ministrarse a sí mismo a otros, en medio de varias edificaciones defectuosas, así también nosotros podemos trabajar juntos con Él para amar y servirle a Su cuerpo.

Cuando vemos el pecado de otros, cuando percibimos que las divisiones que existen son contrarias a la voluntad de Dios, no necesitamos correr y escondernos. Tampoco tenemos la obligación de excluir a estos "pecadores" de nuestra esfera de amor y servicio. No hay necesidad de que evitemos todo contacto con ellos por miedo de contaminarnos con estas divisiones. Esta es una reacción meramente natural y carnal.

El ministerio de Jesús nos da un ejemplo a seguir. Leemos que ministraba con frecuencia en las sinagogas de Su época (Mt 4:23; 9:35). Sin embargo, estas reuniones no eran bíblicas. En ninguna parte de la Biblia Dios les instruyó a los judíos edificar sinagogas y reunirse en ellas. Estas fueron una invención meramente humana y religiosa. Entonces, ¿las evitó Jesús? ¿Miró con desprecio y pensó: "No me involucraré en esta obra humana impía y sin base en la Escritura"? ¡No! En cambio, fue allí para ministrarse a Sí mismo a la gente de manera regular (Lc 4:16).

Es cierto que este sistema de sinagogas no cambió debido a Su ministerio. Es cierto que la mayoría no fueron transformados por Sus palabras. Sin duda, hubo muchas ocasiones en que Jesús no fue bien recibido. Ocasionalmente, incluso trataron de matarlo. Sin embargo, Él fue persistentemente a las sinagogas, porque sabía que había algunos presentes que tenían hambre de Él. Jesús amaba a estas personas y aprovechaba cada oportunidad para ministrarse a Sí mismo a ellos.

Jesús no se convirtió en el líder de alguna sinagoga. No trató de "trabajar dentro del sistema", para conseguir un cambio. Él no se complicó con obras y prácticas religiosas humanas. Pero sí aprovechó cada momento para presentarse a Sí mismo (Lc 4:16-21) para servirles el pan de Vida. Nosotros, Su pueblo, también somos libres de vivir y trabajar de la misma manera que Él lo hizo.

CÓMO SE DIVIDE EL CUERPO

La Iglesia de Dios es una sola. Hay una unidad espiritual inherente en toda la Iglesia que incluye a cada cristiano desde el momento en que Jesucristo murió en la cruz por nuestros pecados hasta hoy. Aunque esto es así, la Iglesia en realidad está dividida de varias maneras.

En primer lugar, la Iglesia se divide en dos categorías: aquellos en la Iglesia que han muerto y partieron para estar con el Señor, y aquellos en la Iglesia que aún permanecen en la Tierra. La realidad física de la muerte divide a la Iglesia en estas dos categorías. Pero incluso la parte de la Iglesia que "permanece" aquí en la Tierra, está dividida en partes separadas. De

lo que estamos hablando aquí no es del problema de la división, sino de los hechos de las limitaciones físicas. Una de estas limitaciones es la ubicación geográfica.

Entonces, en segundo lugar, el cuerpo de Cristo está dividido geográficamente. La gente vive en diferentes países, en diferentes ciudades y en diversos barrios. Dado que es la naturaleza de los hombres reunirse en comunidades, la Iglesia también está dividida físicamente de la misma manera. Por lo tanto, la única Iglesia verdadera está separada en iglesias en cada comunidad. Obviamente, entonces es imposible que estos cristianos en estos lugares dispares se asocien, se reúnan y se sirvan unos a otros diariamente.

Por lo tanto, vemos que la única Iglesia de Dios está dividida en unidades locales. Por ejemplo, la Biblia habla de la iglesia en esta ciudad o en aquella ciudad. Estas no son realmente iglesias separadas, sino simplemente la parte de la única Iglesia verdadera que vive en un lugar particular u otro.

Tal separación geográfica de ninguna manera implica que los cristianos que viven en estas diferentes ciudades deban separarse espiritualmente de otros en otros lugares. La división terrenal de la Iglesia es debido solamente a la tendencia de hombres a separarse en ciudades. Todo esto indica que hay una división terrenal y práctica de la Iglesia por comunidades.

El hecho de que esta separación física no debe implicar ninguna separación espiritual se muestra claramente por la enseñanza de la Biblia acerca de la hospitalidad. Las Escrituras nos enseñan que debemos acoger bien a los extraños. Debemos abrir nuestros hogares y nuestros corazones a los hermanos que están pasando por nuestra ciudad (Rom 12:13; 1 Tim 3:2; Tit 1:8; 1 Pe 4:9).

Estos versículos nos muestran que debemos tener el mismo amor; la misma disposición y la misma unidad espiritual con cada cristiano, independientemente de dónde vivan. Por lo tanto, es fácil ver que la unidad real se extiende más allá de la división física de la Iglesia por localidades. Aunque la Iglesia está dividida geográficamente, la unidad del Espíritu todavía prevalece.

LIMITACIONES DE NATURALEZA PRÁCTICA

En tercer lugar, dentro de cualquier ciudad, puede haber muchos miles de cristianos. Dependiendo del tamaño de la ciudad y del número de cristianos, probablemente sería imposible para ellos conocerse. Es más imposible aún que se reúnan y tengan comunión a diario. Por esta razón, en la práctica, la Iglesia de Dios está aún más dividida. Los miembros de una Iglesia pueden reunirse con frecuencia con un grupo o grupos menores cuando se reúnen para alabar y orar, etc. Sin embargo, estos cristianos siguen siendo miembros de la única Iglesia en su ciudad, que es solo una parte más pequeña de la única Iglesia verdadera. Una vez más debemos darnos cuenta de que esta división de la Iglesia, con respecto a las reuniones de iglesia, solo es física y nunca debe conducir a la desunión espiritual.

Esta es entonces la limitación de la practicidad. Aunque en la misma ciudad podría ser imposible que todos los cristianos se reúnan en una sala o un auditorio, el principio de unidad sigue siendo el mismo. Aunque ciertamente estos cristianos pueden reunirse en hogares u otros lugares separados, su compromiso de servicio y amor debe ser para todos y no simplemente para un grupo distinto con el que tienen una asociación más frecuente.

LIBERTAD PARA REUNIRSE CON TODOS

Aquí también debemos considerar otro error común. A menudo se enseña y practica que donde nos reunimos con otros cristianos es una especie de grupo “absoluto”. Es una especie de lugar santo con el cual debemos estar comprometidos. Si nos reunimos con el grupo "X", por ejemplo, entonces no debemos reunirnos con el grupo "Y".

Pero tal pensamiento nunca estuvo y no está en el corazón de Dios nuestro Padre. En el libro de los Hechos, leemos que los cristianos se reunían cada día en las casas (Hch 2:46). Esto significa que un día algunos se reunían en una casa y al día siguiente en otra. Pero seguramente existía algo de superposición aquí. Ciertamente, todas y cada una de las reuniones no eran una entidad distinta y separada. Sin duda, algunos de los que se reunían en un hogar también se reunían en otros hogares con diferentes cristianos dependiendo de la guía del Espíritu Santo.

Consideremos este hecho: Tal vez el hermano José se reúne el martes por la noche con un grupo en la casa de alguien. ¿Significa esto que no puede reunirse el miércoles con otro grupo en otra casa? ¡Por supuesto que no! El hermano José es miembro del cuerpo de Cristo. Él es libre de reunirse con todos y cada uno de los cristianos en el mundo entero. Él tiene la libertad de congregarse con diferentes cristianos cada noche, si así lo desea. Ningún hermano o hermana está bajo ninguna restricción bíblica para limitarse a reunirse solo con un grupo en particular. Si lo hacen, esto constituye división de su parte.

NUESTRA ACTITUD DE CORAZÓN

Aunque el cuerpo de Cristo está "dividido" por limitaciones geográficas y prácticas, queda la cuestión de la actitud de nuestro corazón. Para mantener una postura bíblica, también debemos mantener un corazón de amor por todos los hijos de Dios. Nunca podemos volvernos exclusivos en nuestras actitudes o acciones. Nuestro amor debe ser el mismo para todos, ya sea que nos encontremos con ellos con frecuencia o no.

Esta debe ser nuestra postura. Debemos amarlos a todos, recibirlos a todos, servirles a todos, abrazarlos a todos y ministrarles a todos. Para agradar a Dios, nuestros corazones deben llegar a tener esta disposición y mantenerla. Necesitamos recibir y preservar el punto de vista celestial de nuestro Padre. A Sus ojos, todo es un solo cuerpo (Ef 4:4). Nuestra obligación es vivir, actuar y movernos en esta realidad.

En realidad, no importa si otros están de acuerdo con nosotros. Puede que ni siquiera les agrademos. Las cosas pueden llegar a un punto en el que otros cristianos verdaderamente luchen contra nosotros o incluso deseen matarnos (Mt 10:16-22). Pero la actitud de nuestro corazón debe seguir siendo de amor y perdón. Nuestro Señor nos instruyó amar a nuestros enemigos. Esto también debe aplicarse a los hermanos o hermanas que se convierten en nuestros enemigos.

Tener unidad espiritual significa que el vínculo del amor fraternal nunca se rompe. Permítame aclarar esto con una ilustración. Tal vez dos cristianos viven en la misma ciudad, pero no se conocen. Cada uno podría estar reuniéndose con los cristianos con los que está familiarizado.

Sin embargo, si alguna vez se encuentran uno al otro, debería haber amor, armonía y unidad entre ellos. Deben aceptarse y amarse uno al otro tanto como a aquellos que ya conocen. Esto solo es posible si no tienen ninguna actitud de corazón que produzca divisiones o cualquier otra cosa que pueda interrumpir la unidad genuina del Cuerpo de Cristo. Esta es la unidad espiritual genuina. Es algo que es inherente de cada cristiano y que cada uno de nosotros puede experimentar. Aunque la unidad es en primer lugar espiritual, tiene una expresión muy real y tangible: el amor fraternal.

LA IGLESIA EN CORINTO

En el primer libro de Corintios, leemos acerca de un grupo de personas, la iglesia en Corinto, que evidentemente no tuvo esta experiencia de unidad. La iglesia en esa ciudad estaba dividida en varias facciones o partidos. Pablo escribió una porción de su epístola a los corintios con el propósito de reprenderlos y exhortarlos a ser uno en el Señor. ¡Cómo este pasaje nos recuerda la situación entre muchos cristianos hoy!

Leemos en 1 Corintios, capítulo 1, comenzando por el versículo 10: "Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer, porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: «Yo soy de Pablo», «Yo, de Apolos», «Yo, de Cefas» o «Yo, de Cristo». ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?" (1 Co 1:10-13).

¡Con qué facilidad estos versículos podrían haber sido escritos para la iglesia en casi cualquier ciudad hoy en día! Tal división es la situación común entre los cristianos de nuestro tiempo. De hecho, a muchos cristianos se les enseña que es apropiado que se dividan de esta manera. Cuán lamentable es que se alejen tanto del cristianismo bíblico.

Cada grupo dice cosas como: "Somos de esta creencia", "Somos de aquella opinión", "Soy carismático", "Soy pentecostal", "Estoy a favor del bautismo por cierto método" o "Sigo a cierto líder". Y así es como encontramos a gran parte de la Iglesia de Dios hoy en día: divididos, discutiendo y en desacuerdo unos con otros.

Un grupo de cristianos tal vez sospecha de las intenciones, las enseñanzas o los métodos del otro. Un determinado grupo puede tenerle envidia a otro porque tiene más miembros o un edificio más elegante. Todas estas cosas solo dividen a la Iglesia de Dios.

Discusiones, contiendas y desacuerdos de esta naturaleza entre los miembros del cuerpo de Cristo son evidencias de una actitud carnal e inmadurez espiritual. Leamos de nuevo en 1 Corintios, esta vez en el capítulo 3, comenzando por el versículo 1: "De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque aún no erais capaces; ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales. En efecto, habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales y andáis como hombres? Pues cuando uno dice: «Yo ciertamente soy de Pablo», y el otro: «Yo soy de Apolos», ¿no sois carnales?" (1 Co 3:1-4).

El problema entre los cristianos de hoy, en cada ciudad, no es que haya muchas reuniones diferentes. Esa es una cuestión de necesidad. El problema es que cada una de estas reuniones adquiere una identidad separada. Cada uno de estos grupos comienza a adherirse a cierta doctrina, líder, práctica o camino que lo diferencia de otras reuniones de cristianos genuinos en esa ciudad.

Cada grupo construye algún tipo de muro o barrera para mantener a "sus ovejas" separadas de todas las demás. Para cada grupo, el punto de separación puede ser una cosa diferente. Sin embargo, el resultado es el mismo: la división de la Iglesia en cada ciudad en sectas o facciones menores que tienen poco o nada que ver entre sí. Esta situación no es de Dios. Es lo que Pablo designa como carnal e infantil. Tal división destruye el buen funcionamiento del cuerpo de Cristo y obstaculiza la obra de Dios en la Tierra.

Permítanme ser tan audaz como para hacer una pregunta. ¿Hay alguna diferencia real entre decir "Yo soy de Pablo", "Yo soy de Apolos" o "Yo soy de Cristo", y decir "Soy luterano", "Soy bautista", "Estoy a favor de cierta organización del presbiterio" o "Soy de la Iglesia de Cristo"? Cuánto se asemeja la situación actual con la de la ciudad de Corinto. Sin embargo, cuán fuertemente nosotros, como hombres, justificamos lo que estamos haciendo, a pesar de la clara enseñanza que se encuentra en las Escrituras.

Por supuesto, todo esto se hace por buenas razones, humanamente hablando. Algunos están tratando de proteger lo que consideran "la fe". Otros pueden estar tratando de salvar de la impureza cierta verdad que han descubierto. Otros más podrían estar esforzándose para proteger a sus miembros de enseñanzas erradas. Sin embargo, el resultado de todas estas razones bien intencionadas es desobedecer las Escrituras y dividir a la Iglesia de Dios.

Puede ser instructivo para nosotros recordar aquí que Pablo escribió esa epístola a "la Iglesia de Dios que está en Corinto". Esta ciudad estaba llena de divisiones religiosas. Había varias facciones diferentes y en desacuerdo. Sin embargo, a pesar de las divisiones, Pablo reconoció que aquella era solamente una pequeña parte de la única Iglesia verdadera que existe hoy.

Como hemos estado viendo, la Iglesia en cada ciudad está compuesta por cada cristiano verdaderamente nacido de nuevo que habita en aquella ciudad. Además, todas las reuniones cristianas son realmente solo reuniones de una única Iglesia. Por lo tanto, debemos esforzarnos por vivir esta realidad. Nuestros encuentros con otros cristianos no deberían ser cerrados y diferentes de los encuentros con el resto de los cristianos de la ciudad en que vivimos.

Con esto quiero decir que nunca deberíamos tener algún tipo de membresía cerrada y separada. Nunca debemos insistir en que alguien se reúna solo con nosotros, prohibiéndoles participar en otras reuniones cristianas con otros creyentes. Nuestras paredes deben estar abajo y nuestras puertas deben estar abiertas. Nuestros corazones deben estar abiertos igualmente para con todos y cada uno de los cristianos con los que entremos en contacto. Esta es la unidad genuina.

LA BASE DE LA UNIDAD

La unidad cristiana no se basa en el acuerdo mutuo sobre doctrinas. Por ejemplo, sin duda habrá muchos que no estén de acuerdo con lo que estoy enseñando en este libro. Pero nuestra obligación de amarnos unos a otros trasciende ese desacuerdo. Nuestro amor por los demás se basa en el hecho de que tenemos un compromiso con Jesucristo y con todos aquellos que le pertenecen.

La verdadera unidad no es lo mismo que la unanimidad. La verdad honesta es que nunca estaremos todos de acuerdo unos con otros doctrinalmente. Siempre habrá diferencias de opinión. No todos tienen la misma revelación. Algunos carecen de comprensión espiritual. Otros no han crecido espiritualmente lo suficiente como para recibir ciertas verdades.

El escritor de Hebreos, por ejemplo, tenía muchas cosas que deseaba enseñarles a los cristianos, pero eran demasiado infantiles para recibirlas (Heb 5:11-13). Otros más, son tercos, obstinados o simplemente están equivocados sobre muchas cosas. Por lo tanto, el acuerdo doctrinal nunca puede ser la base de nuestra unidad.

La verdadera unidad tampoco es uniformidad. Es verdad que se nos exhorta a estar unidos en una misma mente y un mismo parecer (1 Co 1:10). Sin embargo, este objetivo no se puede conseguir insistiendo en que todos estén de acuerdo con nosotros. Este ideal solo se puede alcanzar a través de la obra del Espíritu Santo en cada individuo. Si insistimos en que aquellos con quienes tenemos relaciones espirituales hablen, actúen y piensen solo de formas predeterminadas, podemos conseguir una apariencia de uniformidad, pero nunca tendremos la verdadera unidad que Jesús desea.

Dios nos instruye a mantener la "unidad del Espíritu" hasta que todos lleguemos a la "unidad de la fe" (Ef 4:3,13). Así que vemos que la unidad del entendimiento común solo vendrá con el crecimiento, la madurez y, tal vez, incluso la segunda venida de Cristo. Pero mientras tanto, se nos exhorta a mantener una unidad espiritual (la unidad del Espíritu) con cada miembro del cuerpo de Cristo.

La verdadera unidad tampoco es conformidad. Muchos grupos de cristianos presionan a sus miembros, ya sea sutil o abiertamente, para que se ajusten a un cierto conjunto de prácticas y reglas. Estos pueden incluir códigos de vestimenta, un conjunto de actividades, una disposición de figuras de autoridad o incluso una forma peculiar y distintiva de hablar, tener interacciones sociales o hasta predicar.

Sin embargo, esto tampoco es una unidad real. Al hombre natural se le puede enseñar y condicionar para que se ajuste a muchos estándares diferentes. El ejército es un buen ejemplo de ello. Allí, todos se visten, hablan y actúan igual, además de mostrar obediencia. En algunos grupos cristianos, estas cosas también están en evidencia. Pero esto no constituye verdadera unidad, ni logra mejorar nuestro crecimiento espiritual o cambiarnos a la imagen de Cristo. La unidad que Dios está buscando es que todos sean transformados para ser semejantes a la misma Persona, Jesucristo.

LA ORACIÓN DE JESÚS

En Juan, capítulo 17, se registra una oración especial. Aquí, Jesús está intercediendo por aquellos que lo habían recibido y los que lo recibirían más adelante. Parte de su oración es que aquellos a quienes el Padre le ha dado sean uno (Jn 17:20, 21).

Cuando era un cristiano más joven, yo creía y enseñaba que Jesús le estaba suplicando a Su Padre que todos los cristianos se llevaran bien. Me imaginaba que Él estaba pidiendo que Su Iglesia no tuviera sectas ni divisiones. Suponía que Jesús estaba pidiendo el tipo de unidad "horizontal", que produciría una expresión visible del único cuerpo que Dios ciertamente ve.

No obstante, después de algunos años de caminar con el Señor, vi que mi comprensión de la oración de Jesús había cambiado. Si realmente Jesús estaba pidiendo una unidad mundial de todos los cristianos, entonces, hasta hoy, el Padre no lo ha escuchado. Si Su petición era que todos los cristianos se llevaran bien entre sí y se reunieran, entonces la oración de Jesús ha quedado sin respuesta durante casi 2000 años.

Tal vez algunos imaginen que, por fin, ahora al final de esta era, de repente algo va a suceder para hacer que ocurra esta gran unificación de los cristianos. Pero el hecho es que la situación solo empeorará a medida que se acerque el final. Al final de esta era, los cristianos incluso comenzarán a odiarse unos a otros en la medida en que se entreguen unos a otros a las autoridades para ser asesinados (Mt 24:10). En esta era, no veremos nunca una respuesta a la oración de Cristo a través de una muestra externa de unidad.

Entonces, ¿cómo debemos interpretar la oración de Jesús? ¿Qué era lo que Él le estaba pidiendo al Padre? Para comenzar, debemos ver que Jesús es uno con Su Padre. Él dijo: "El Padre y yo uno somos" (Jn 10:30). El Hijo siempre ha tenido (excepto un breve momento en la cruz), y siempre tendrá la comunión más íntima con el Padre. Están en constante comunión. La unidad que tienen es tan completa e íntima que las mentes de los hombres se agotan y sus palabras no pueden lograr describirla.

Simplemente, para los hombres no es posible comprender la íntima comunión entre el Padre e el Hijo. La suya es una unidad completa, íntima y eterna. Tan absoluta es esta intimidad que Jesús insiste en que "El que me ha visto a mí ha visto al Padre" (Jn 14:9). Esta unidad es tan completa que, cuando Jesús estuvo en la Tierra, Sus palabras y obras eran simplemente una expresión de Su Padre (Jn 14:10). Increíblemente, Jesús ni siquiera estaba motivado por Su vida humana que recibió de María, sino que siempre estaba viviendo por la Vida del Padre (Jn 6:57). Jesús y el Padre tienen completa unidad de Espíritu, corazón y mente. Todos Sus pensamientos, sentimientos y acciones están en armonía. En esta relación no hay independencia en Su mente, Sus emociones o Sus acciones.

Esta es una relación de amor eterno. El Padre ama al Hijo y le ha entregado todas las cosas (Jn 3:35; 5:20). Todo lo que el Padre es y todo lo que Él tiene le pertenece al Hijo (Jn 13:3).

Esta intimidad entre el Padre y el Hijo es tan extrema que se nos enseña que Jesús es "la imagen del Dios invisible" (Col 1:15). La manifestación del Padre a través del Hijo es tan exacta que se nos enseña que es "la imagen misma de su sustancia" (Heb 1:3). Las Escrituras incluso llegan a enseñar que el Hijo es una expresión plena y completa de todo lo que el Padre es. Leemos: "Porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Col 2:9). Y también: "Porque al Padre agradó que en Él habitara toda la plenitud" (Col 1:19).

Esa pequeña meditación es un intento de ayudar el lector a comprender el sentido de la oración de Jesús. Él no estaba orando para que estuviéramos de acuerdo o nos soportáramos mejor unos a otros, por más importante que eso pueda ser. Él no estaba pidiéndole al Padre que todos los cristianos se juntaran debajo de una única bandera o debajo de un solo techo.

Estaba intercediendo por algo muy superior. Su oración al Padre era por algo tan grande que es casi inimaginable. Jesús estaba pidiendo que nosotros alcanzáramos la misma unidad y comunión que Él tiene con Su Padre.

Sí, entendió bien. El deseo de Jesús es que sus seguidores puedan ser traídos por Dios para participar en esta santa unidad y comunión. Él estaba pidiendo que nosotros también pudiéramos disfrutar de la intimidad que Él tiene con Su Padre. Su petición fue que esta santa unidad que Él y el Padre tienen se ampliara para incluir también a Sus discípulos.

Con este pensamiento sublime en mente, leamos juntos: "Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Jn 17:20, 21). Estos versículos no están hablando de cristianos tratando de llevarse bien unos con otros, sino de algo mucho más elevado y santo. Esta no es una unidad "horizontal", sino "vertical".

Entonces Jesús continúa: "Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. ¿Y cómo se consigue esta unidad? Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (Jn 17:22, 23). Jesús es verdaderamente uno con Su Padre. Y Él ha amado tanto a Su pueblo que

anhela que ellos también entren y participen en esta santa unidad consigo mismo y con Su Padre.

¡Esta es una muy buena noticia! Es una parte importante, aunque poco entendida, del mensaje del evangelio. Jesús ha invitado a aquellos que creen en Él a nacer de nuevo y luego ser transformados hasta tal punto que puedan participar en Su unión con Su Padre. Este es el lugar de Su Novia en la familia de Dios.

¿Cuál es el resultado de llegar a ser uno con Jesús y Su Padre? Es que nuestras vidas se transformen. Nuestra naturaleza y carácter cambian. Tal como Jesús es la "imagen" o expresión plena del Padre, nosotros podemos convertirnos, a través de esta unidad con Él, en una expresión verdadera de Él mismo. A medida que crecemos en Cristo, nos volvemos más y más uno con Él. Sus pensamientos se convierten en nuestros pensamientos. Sus sentimientos, opiniones, deseos y propósitos también se convierten en los nuestros. Cuando este proceso se completa, nos convertimos en una pequeña expresión de Jesús. Entonces, podemos afirmar con Pablo, que "... ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál 2:20).

Esta modificación de nuestro carácter y naturaleza se convierte entonces en un testimonio para el mundo. Cuando ya no somos nosotros los que vivimos, sino que Jesús realmente vive, Se mueve y Se expresa a través de nosotros, esta es la prueba de que Jesús es real. Cuando ocurre esta unidad con Dios, esto ocurre "... para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado" (Jn 17:23). Esto es necesario "... para que el mundo crea que Tú me enviaste" (Jn 17:21).

Los cristianos que simplemente logran llevarse bien unos con otros nunca convencerán al mundo de que Cristo es real. Cada grupo o club tiene algún tipo de cohesión. Pero lo que será la evidencia real de que Jesús es el Hijo de Dios y que Él tiene todo el poder en el cielo y en la Tierra es cuando Sus seguidores tengan el tipo de unidad y comunión con Él que Él tiene con Su Padre.

EL RESULTADO

Un resultado de que cada cristiano se vuelva más uno con Cristo y el Padre será que crecerán en una unidad con los otros. Nuestra unidad con Jesús producirá una unidad con otros hermanos y hermanas. Tal vez una rueda de bicicleta podría ser una buena analogía para ayudarnos a entender esto. A medida que los radios de esta rueda se acercan al eje, también se acercan entre sí. De la misma manera, a medida que cada uno de nosotros tiene una relación más íntima con Jesús, automáticamente tendremos más unidad entre nosotros también.

Sin embargo, como ya hemos visto, esta unidad entre nosotros no es algún tipo de unanimidad, uniformidad o conformidad. Es una consecuencia de que la obra de Dios nos lleve a cada uno de nosotros a tener unidad con Él. No es el resultado de insistir en que los cristianos traten de llevarse bien unos con otros, siendo supervisados por algún tipo de liderazgo o sistema, sino un producto de la obra del Espíritu Santo.

Es cierto que la unidad es parte del deseo de Dios para Sus hijos. También es igualmente evidente que esta unidad no se puede conseguir con cristianos inmaduros e infantiles. Nuestra lectura previa en 1 Corintios nos da amplia evidencia de este hecho. Los cristianos infantiles nunca experimentarán la verdadera unidad. Su tendencia hacia el egocentrismo siempre actuará en contra de la unidad genuina. Estarán en desacuerdo respecto de cosas insignificantes, lucharán por una posición de autoridad u otra, se envidiarán unos a otros, hablarán mal unos de otros, se herirán fácilmente unos a otros, y muchas otras cosas similares. Los cristianos bebés nunca tendrán éxito en alcanzar la unidad. Sus tendencias naturales y carnales siempre prevalecerán porque todavía son más fuertes que el hombre interior, espiritual.

La única solución que nos unirá es la madurez espiritual. Todos debemos buscar crecer en Cristo para que Su amor por Sus hijos se convierta en nuestro amor. Debemos madurar espiritualmente para que nuestra unidad con Jesús y el Padre se traduzca también en una unidad entre nosotros. Este camino es quizás prolongado y difícil, pero es la única manera de conseguir la verdadera unidad con nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

La verdadera unidad viene de la intimidad con el Padre. Al caminar en comunión con la Deidad, sentimos Su corazón. Comenzamos a entender Sus sentimientos y deseos. Llegamos a conocer Su amor por todos y cada uno de Sus hijos. El resultado de tal comunión íntima será que seremos capaces de tener unidad con los demás.

Es responsabilidad de los cristianos maduros demostrar y mantener esta unidad. De ellos se dice "porque conocéis al que es desde el principio" (1 Jn 2:13). Entonces, deben ser ellos los que lideren el camino para mostrarles a otros cómo amar, perdonar, apoyar, creer y tener unidad con el resto de la Iglesia. Es cuando siguen el ejemplo de los cristianos maduros que los más jóvenes logran vivir en amor y unidad. Tal liderazgo en el área del amor y la unidad es una parte esencial de la verdadera experiencia de la Iglesia.

La verdadera unidad es una prueba real de nuestra madurez espiritual, si somos capaces de amar a los hermanos. Este amor no será solo para aquellos que están de acuerdo con nosotros y se reúnen con nosotros, sino para todos. Este amor incluso se manifestará hacia aquellos que no están de acuerdo con nosotros, o incluso nos odian. La intimidad con Dios, que se manifiesta en la madurez cristiana, es el único factor que puede producir la verdadera unidad.

8.

COMPROMISO

El adhesivo más común que los hombres usan hoy en día para tratar de mantener unido el cuerpo de Cristo es el compromiso. Prácticamente todo grupo o iglesia quiere que los cristianos que se reúnen con ellos hagan algún tipo de compromiso con ese grupo en particular. Esto puede incluir un compromiso con una posición doctrinal, compromiso con el líder o la figura de autoridad, compromiso con alguna práctica religiosa, compromiso con un propósito o "visión" o con gran número de otras cosas.

La variedad de elementos a los que se insta a los cristianos a comprometerse es infinita; sin embargo, la forma en que funciona varía poco. Los cristianos son exhortados a menudo y enfáticamente a comprometerse con alguna "iglesia", un grupo o un segmento del cuerpo de Cristo de una manera que los separe del resto.

Este compromiso de estos individuos con el grupo es el adhesivo utilizado para mantener unidos a los miembros. Es la insistencia en este compromiso la que los líderes utilizan para capturar y mantener a los miembros de su grupo. Una vez que alguien está convencido de lo correcto que es su camino, doctrina o práctica y, luego, se compromete con estos, se le considera "miembro" de ese grupo en particular.

Para ser libres de abandonar el grupo, se requiere que los miembros de alguna manera deshagan este compromiso. En algunas instituciones, esto es bastante fácil. En otras, el compromiso exigido es muy fuerte y a algunas personas les resulta extremadamente difícil liberarse cuando lo desean. En lugar de que cada uno sea libre de seguir el ejemplo de la única Cabeza verdadera, estos cristianos han caído en esclavitud bajo el mandato de una organización humana.

A menudo, se disuade a los seguidores de un grupo, a través de diversos medios, de tener cualquier contacto estrecho con otros grupos. Se les exhorta a permanecer fieles a la "iglesia" donde tienen un compromiso. Se les dice que no estén saltando de una iglesia a otra. Se espera que dichos miembros participen en las actividades de su grupo y eviten otras que puedan competir con ellos. Por lo tanto, la libertad para que estos cristianos vivan y experimenten la única Iglesia verdadera es muy limitada para esos cristianos.

Dado que algún tipo de compromiso es la base de la unidad de tantos grupos cristianos, dediquemos un poco de tiempo a este tema e investiguémoslo juntos.

EL PRIMER COMPROMISO

La Biblia nos enseña dos tipos de compromiso. El primero es que debemos estar totalmente comprometidos con Dios. Él nos pide nuestra plena lealtad y es digno de ella. Leemos: "Amarás al Señor tu Dios con todo

tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente" (Lc 10:27). Ciertamente, esto habla de un compromiso completo de nuestro ser con nuestro Creador.

No puedes amar a una persona con todo tu ser de esta manera sin comprometerte totalmente con ella al mismo tiempo.

Además, se nos insta a ofrecernos como "sacrificio vivo" (Rom 12:1) en Su altar. Esto también habla de una especie de compromiso que es completo, sin reservas. Seguramente, cada lector puede estar de acuerdo en que nuestro Dios nos está pidiendo todo el compromiso de nuestro corazón, y es digno de recibirlo.

Estamos hablando aquí sobre el amor y el compromiso al mismo tiempo porque están íntimamente relacionados. No puedes tener uno sin el otro. Un ejemplo de esto es la unión matrimonial. Dos personas pueden tener relaciones sexuales fuera del pacto matrimonial, pero eso va en contra del diseño de Dios; el amor verdadero implica un compromiso profundo y de por vida.

Si decimos que amamos a alguien y, sin embargo, no estamos dispuestos a hacer ningún tipo de compromiso con esa persona, esto demuestra que nuestras palabras son mentiras. Esto demuestra que realmente nos amamos a nosotros mismos más que a la otra persona y que solo la estamos usando para nuestro entretenimiento o gratificación.

Sin tal compromiso, cada vez que la otra persona deja de complacernos y darnos el tipo de sentimientos y servicio que queremos, somos libres de irnos. Entonces, le hemos quitado todo lo que tenía para dar y, luego, la hemos dejado porque nos dejó de satisfacer. La idea del amor sin compromiso es una farsa.

Esto también es cierto en nuestro análisis actual. Si decimos que amamos a Dios, pero no tenemos un compromiso completo con Él, entonces nuestro amor está defectuoso. En la medida en que realmente Lo amemos, nos entregaremos a Él. Si nos contenemos y no le entregamos todo nuestro corazón a Él incondicionalmente, esto revela que nuestro amor por Él también está incompleto.

Nuestro amor por Jesús es lo que realmente nos une a Él en la entrega absoluta de todo lo que somos, todo lo que tenemos y todo lo que esperamos. Es nuestro amor por Él lo que nos hace entregarnos sin reservas a Él, para que Él pueda controlar todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras decisiones. Es esta profunda pasión que tenemos hacia nuestro Señor lo que nos lleva a vivir en completa transparencia y sinceridad con Él. Este es un verdadero compromiso de amor. Es este compromiso el que es la base de nuestra unión o unidad con Dios.

LA EXPERIENCIA DE LA IGLESIA

Este es entonces el fundamento para cualquier experiencia genuina de la Iglesia. Sin fuerzas externas, como figuras de autoridad o estructuras organizativas que nos exijan, nuestro amor por Dios es lo único que nos hace caminar en Sus caminos. Si Lo amamos, Le serviremos, si Lo amamos, Lo seguiremos y Lo buscaremos.

Los resultados de nuestro amor por Dios son la meditación en Su Palabra, momentos de oración y de buscar Su rostro, buscar cada oportunidad para servirles a los demás en Su nombre e incluso manifestar Su vida y naturaleza. Nuestro estilo de vida y nuestra vida diaria revelan nuestro relación con Él.

Solo aquellos que aman a Dios sobre todas las cosas pueden conocer la experiencia de la verdadera Iglesia. Esta es una verdad inmensamente importante. Cualquier cosa menos que un compromiso completo con Él no funcionará.

Todo lo que la Iglesia es está fluyendo de Él. Él es la fuente tanto de la Vida como del liderazgo de la Iglesia. Por lo tanto, si no estamos constantemente caminando en intimidad con Él, este flujo de Vida y dirección se interrumpirá. A menos que permanezcamos firmemente unidos a la Vid, el flujo de esta fuente será esporádico o insuficiente. Esto hará que nuestra experiencia de Su cuerpo también sea parcial y defectuosa.

Si otras cosas capturan nuestro corazón, las buscaremos en paralelo a nuestro relación con Jesús, o peor aún, la sustituirán. Con el paso del tiempo, estas otras cosas que amamos nos alejarán de Él. Para continuar con un caminar espiritual, debemos arrepentirnos continuamente y abandonar cualquier cosa que compita con nuestro amor por Jesús. Es solo caminando en amor y compromiso completos con Cristo que podemos experimentar la plenitud de la realidad de Su cuerpo, Su Iglesia.

Demas era un hombre con el corazón dividido. Fue uno de los colaboradores de Pablo (Col 4:14; Flm 24). Demas había trabajado durante algunos años con Pablo para promover el reino de Dios. Pero en lo profundo de él había un deseo secreto. Escondido dentro de su corazón estaba el amor por el mundo. Y cuando este anhelo floreció un día, abandonó la obra del Señor y fue a tratar de satisfacer su anhelo de bienes, riqueza y, tal vez, incluso fama. Leemos: "Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo" (2 Tim 4:10).

Si nuestro corazón está totalmente dedicado a Jesús, (Lc 11:34), sentiremos el impulso de buscar a nuestro Señor todos los días, buscaremos cómo satisfacerlo sirviéndole a Su cuerpo, y dedicaremos nuestro tiempo, dinero y energía para la construcción de Su morada eterna. En vez de serviremos a nosotros mismos.

Al contrario, si nuestro corazón está dividido, la única Iglesia verdadera que es dirigida por Jesús y está llena de Su presencia no será nuestra experiencia. Muchas otras motivaciones y deseos dominarán nuestro tiempo, energía, dinero y atención.

Cuando somos liberados de la esclavitud de otros capataces que nos exigen cosas, ¿qué hacemos? ¿Dónde está nuestro corazón? Si nuestro compromiso con Jesús es insuficiente, entonces esto afectará nuestra capacidad de experimentar la realidad espiritual de la verdadera Iglesia.

FALTA DE COMPROMISO

La ausencia de un compromiso completo con el Señor es una dolencia común en la Iglesia de hoy. Cuando cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo no está buscando y siguiendo Su dirección todos los días, la Iglesia viviente no funciona ni puede funcionar. Cuando se rompe la conexión íntima con la Cabeza, el flujo de la Vida y la dirección también se interrumpe.

Un cuerpo humano no puede funcionar correctamente cuando los miembros no están conectados a la cabeza, y lo mismo ocurre con el cuerpo de Cristo. A menos que cada uno mantenga una relación íntima y constante con Jesús, Él no puede guiarlos y expresarse a través de ellos. Por lo tanto, la manifestación de Su cuerpo, que es la única Iglesia verdadera, no se ve o se ve de una manera muy limitada.

Esta falta de compromiso se manifiesta cuando no ocurre nada de importancia espiritual. Donde esta carencia es evidente, se hace muy poco evangelismo. El ministerio de la vida de Dios de unos con otros está ausente. Acciones como ayudar, dar y el uso de los dones, y todas las demás evidencias de la obra del Espíritu Santo son escasas. Cuando los miembros se resisten a su verdadera Cabeza o no están en sintonía con esta, la consecuencia es que la vida del cuerpo no fluye a través de ellos. Por lo tanto, la expresión de la verdadera Iglesia es limitada.

El resultado de esta deficiencia es que los hombres, a menudo, tratan de emplear la organización y las estructuras humanas para compensar esta carencia. Algunos perciben la necesidad de más acción. Se dan cuenta de que la Iglesia está en un estado de estancamiento. Pero al carecer de una visión celestial, comienzan a usar medios y métodos terrenales para tratar de corregir el problema. Comienzan a tratar de reunir a los cristianos en torno a alguna doctrina, dirección o líder. Comienzan a organizar actividades y reuniones para tratar de estimular a los cristianos a hacer lo que creen que deberían hacer.

Se utiliza una variedad infinita de medios naturales para tratar de hacer que el cuerpo parezca hacer lo que debería estar haciendo de forma natural y automática. Los líderes y las organizaciones comienzan a manipular las actividades de los miembros para tratar de lograr lo que falta. Los resultados de tales esfuerzos son una imitación mecánica de la Iglesia viviente.

En lugar de curar el problema, tales medios humanos, a menudo, solo sirven para ocultar el problema central. Innumerables cristianos hoy en día se están dejando llevar por organizaciones religiosas, mientras que tienen muy poco compromiso con Jesús, si es que tienen alguno. La estructura del grupo les proporciona reuniones y actividades que les dan una apariencia de servirle a Jesús. Sus conciencias, que deberían preocuparlos debido a su resistencia al verdadero liderazgo de Dios, son mitigadas por el grupo, que los considera "buenos miembros".

Su participación en el grupo se convierte en un sustituto de un verdadero caminar con el Dios invisible. Esto se convierte en una especie de muleta para su cristianismo. A los seguidores se les proporciona un vehículo que los lleva día a día, pero que realmente no resuelve el problema más profundo del corazón. Tal estructura religiosa no logra exponer ninguna resistencia oculta al gobierno completo de Dios en la vida de las personas.

Con frecuencia, tales organizaciones se convierten en una especie de dios para que los miembros las amen y sigan. Se convierten en un sustituto de la verdadera jefatura de Jesús. Algunos comienzan a amar tanto a "su iglesia" que les resulta imposible escuchar la verdad de Dios con respecto a *Su* iglesia. No es raro que tales participantes religiosos se resistan a cualquiera que pueda sugerir que Dios tiene algo mejor para ellos, peleen con estos o incluso los odien.

Su organización religiosa les ha proporcionado otra manera de asegurarles que están bien con Dios en lugar de que realmente *estén* bien con Dios. En consecuencia, se aferran a ella con todas sus fuerzas. Experimentan lo que puede llamarse "justificación por la iglesia". En lugar de ser justificados por un relación correcta con Jesús, sienten que deben estar bien con Dios porque tienen una buena posición en su grupo o iglesia.

LA VERDADERA CURA

La cura para aquellos que no tienen una consagración completa a Jesús no es darles un sustituto, ni llenar sus vidas con actividades religiosas, ni aplicar presión natural y humana para tratar de hacer que se ajusten o participen; es ayudarlos a venir a Él, arrepentirse de lo que se interponga en el camino y, luego, entregarse completamente a Él.

Es absolutamente necesario que cada cristiano llegue a entregarle por completo el control de su vida a Jesucristo y mantenga esto. A menos que y hasta que los cristianos lleguen a este punto de compromiso con su Señor, no pueden experimentar realmente la verdadera Iglesia en su plenitud.

Dado que la verdadera experiencia de la iglesia es algo que fluye del costado de Jesús, solo aquellos que beben constantemente de Él podrán disfrutar de todos los beneficios. A menos que estemos conectados a esta fuente divina de Vida, no podremos conocer los resultados sobrenaturales. Cuando otras cosas distraen o cautivan nuestros corazones y mentes, el flujo de Su Vida se restringe. En consecuencia, nuestra experiencia de la única Iglesia verdadera también será limitada.

La verdadera Iglesia es una entidad espiritual. Por lo tanto, para participar en ella, también nosotros debemos estar constantemente en el Espíritu. Debemos llenarnos del Espíritu de Dios y dejarnos guiar por Él continuamente. Esto requiere un compromiso completo con Él de nuestro corazón, nuestra vida y nuestra alma. Si solo estamos caminando en la carne, es decir, nos dejamos guiar por nuestros pensamientos y sentimientos, entonces nos resultará difícil disfrutar de verdaderas experiencias espirituales.

Al estar atados a la tierra por los deseos de nuestro corazón, se nos impedirá conocer las realidades espirituales y disfrutarlas. Solo si le ofrecemos todo nuestro ser a Dios continuamente podemos caminar en Su plenitud y, por lo tanto, disfrutar de todo lo que Él está haciendo en Su cuerpo. La experiencia sin diluir de la Iglesia solo la conocen aquellos que están completamente enamorados de Jesús.

En consecuencia, es de suma importancia que trabajemos para llevar a todos los cristianos a este compromiso. Es esencial que nuestro ministerio

a los demás incluya este ingrediente tan importante. Si deseamos trabajar junto con Dios para edificar Su casa eterna, debemos buscarlo para saber cómo podemos atraer a otros a una entrega completa de todo su ser a Jesús.

CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Este mismo compromiso completo de nuestro corazón y alma con Jesús es necesario para experimentar un verdadero crecimiento espiritual. A menos que y hasta que estemos realmente listos para que Él obre en todas las áreas de nuestra vida, nuestro progreso será limitado. Esto se debe a que, cuando el Espíritu Santo comienza Su obra transformadora en nosotros, Él desea hacer una obra completa. Él quiere cambiar todo nuestro ser. Cada vez que encuentra alguna resistencia, Su obra dentro de nosotros se detiene. Dios nunca irá ni un milímetro más allá de nuestra voluntad. Cuando tenemos áreas de nuestro corazón que no estamos listos para abrirle, Él no puede moverse.

Dios nunca se le impone a nadie. Él nunca nos hará algo ni hará nada en nosotros si no estamos cien por ciento dispuestos. Por lo tanto, nuestro crecimiento espiritual se detiene por nuestra falta de consagración. Cuando y si Él encuentra alguna resistencia de nuestra parte, entonces Él simplemente espera que nuestros corazones cambien. Aunque ciertamente trabajará para atraernos al tipo de compromiso total que es necesario para que Su obra continúe, Él no violará nuestra voluntad de ninguna manera.

Una vez conocí a una persona (no era yo) cuya vida fue un testimonio de tal experiencia. Recibió la nueva Vida de Dios y nació de nuevo. Sin embargo, estaba llena de diferentes resistencias a la obra de Dios. La terquedad, los temores, el orgullo y muchos otros problemas similares estaban ocultos dentro de esta persona que estaba en la niñez espiritual. La idea de una entrega total y sin obstáculos de su corazón a Dios le causaba pánico a su mente. Esto le trajo muchos conflictos emocionales y estrés, pero casi ningún crecimiento espiritual. El Espíritu de Dios siempre estaba tratando de atraerla a la sumisión completa; sin embargo, esta persona luchó contra este tipo de transparencia con Él con uñas y dientes. Esta condición duró unos 20 años.

Sin embargo, a través de Su misericordia, un día el amor de Dios comenzó a conquistar a esta persona. La gracia de Dios estaba derritiendo lentamente su corazón. Así que, un día, esta persona decidió dar un paso importante: abrirle su corazón completamente a Dios. En ese momento, la salvación sobrenatural comenzó a tener más efecto.

El proceso de transformación, que se había interrumpido tanto, comenzó a avanzar. A medida que se hacía más consagración, comenzaron a manifestarse cambios reales y tangibles en esta vida. Todos los beneficios de la verdadera sumisión a Jesús comenzaron a volverse reales para esta persona. Su genuino caminar con Jesús y la experiencia de su salvación completa solo comenzaron con un compromiso completo con el Señor.

Su experiencia no es única. A lo largo de los años he visto una serie de casos similares. El progreso real y espiritual solo puede tener lugar en aquellos que le han entregado sus vidas completamente a Él. Este compromiso es entonces la base para un caminar genuino con el Señor y también el fundamento para la experiencia de la Iglesia verdadera. Sin ella, solo nos estamos engañando a nosotros mismos, a menudo dejándonos llevar en nuestra vida cristiana por muchos accesorios y dispositivos artificiales y religiosos que no logran cambiar realmente nuestras vidas de una manera eterna.

EL SEGUNDO COMPROMISO: AMOR FRATERNAL

El segundo tipo de compromiso que la Biblia nos enseña es el compromiso mutuo. Se nos enseña a amar a nuestro prójimo como nos amamos a nosotros mismos (Lc 10:27). Este amor también habla de compromiso. Debemos tener el mismo tipo de obligación de cuidar a nuestro prójimo que de cuidarnos a nosotros mismos. Esta responsabilidad es especialmente cierta en la Iglesia, entre los cristianos.

Dios nos exige que "todos los miembros se preocupen los unos por los otros" (1 Co 12:25). Se nos exhorta a amarnos unos a otros entrañablemente, de corazón puro (1 Pe 1:22). En todas partes en el Nuevo Testamento se nos insta a ejercer el amor fraternal. Esto, como hemos estado viendo, es una especie de compromiso profundo con los demás. El Nuevo Testamento está tan lleno de exhortaciones con respecto a este tipo de compromiso de amor con los otros miembros del cuerpo de Cristo que es casi imposible enumerarlos y estudiarlos todos.

Pero, ¿cómo es posible amar a todas las diferentes personas que Jesús ha elegido poner en Su cuerpo? A veces parece que Él ha elegido a personas que son algunas de las más difíciles de amar. Sin embargo, Él requiere que los amemos tanto como Él nos ha amado a nosotros. Leemos: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también vosotros os améis unos a otros" (Jn 13:34). Esto parece ser una tarea imposible, pero es un elemento esencial en la experiencia de la única Iglesia verdadera.

La fuente de tal amor sobrenatural es Dios mismo. Dios tiene un amor profundo y apasionado por Su pueblo, Su Iglesia. Antes de que el mundo comenzara, Dios debe haber mirado hacia el futuro y haber contemplado a Su Novia. Mientras la miraba, un amor profundo y apasionado debe haber nacido dentro de Él. El intenso amor que Él tiene por ella ha sido Su motivación para toda la obra que Él ha estado haciendo por y en la humanidad a lo largo de los siglos. Cuando vino a la Tierra a morir por la humanidad, este fue el "... amor de Dios, que es en Cristo Jesús" (Rom 8:39).

Por lo tanto, cuando caminamos todos los días en íntima comunión con Él, sentiremos Su amor por cada uno de Sus hijos. Nuestra comunión con Él dará como resultado que absorbamos y, luego, expresemos Sus tiernos sentimientos.

A medida que lo conocemos más cada día, este amor inmedible que Él tiene por Su pueblo comenzará a llenar nuestros corazones. Es el propio

Dios quien nos enseña a amarnos unos a otros (1 Tes 4:9). Con el paso del tiempo, este amor divino comenzará a convertirse en la fuente de nuestra motivación en nuestro trabajo junto con Jesús.

Así que nos encontramos con que hay un segundo compromiso que debemos tener, que es bíblico y esencial: Es un compromiso firme y completo de amar a todos los demás miembros del cuerpo de Cristo. Es necesario que cada uno de nosotros haga un compromiso consciente y claro ante Dios de amar a todos Sus hijos. Cuando hacemos este compromiso, esto nos pone en una posición para recibir el amor de Dios por los demás. Cuando estamos de acuerdo con Dios con respecto a Su actitud para con Su cuerpo, esto abre el camino para que Su amor fluya a través de nosotros.

Sin tal compromiso, es muy posible que prevalezcan nuestras reacciones humanas hacia los demás. Es probable que nuestro hombre natural comience a expresarse. Para que podamos vivir y experimentar la verdadera Iglesia, es necesario hacer este profundo compromiso. Si no lo hacemos, tarde o temprano, algo sucederá, alguien hará o dirá algo para herirnos u ofendernos, lo que hará que dejemos de amarlo, nos cerremos a dicha persona y nos alejemos. Entonces, les daremos la espalda y ocurrirá una división en el cuerpo de Cristo.

El amor natural humano nunca pasará la prueba. Cuando andemos junto con otros cristianos, ocurrirán muchos problemas y ofensas (Mt 18:7). Innumerables cosas suceden para desafiar nuestro amor por los otros. Muchos cristianos siguen siendo pecadores, orgullosos, egoístas, engañadores, tercos, tendenciosos y, por tanto, son un desafío para el amor.

A medida que vivimos en el cuerpo de Cristo, sin duda, sufriremos muchas cosas de parte de otros cristianos. Podrían aprovecharse de nosotros, usándonos para sus propósitos. Podrían mentirnos, engañarnos, abusar de nuestro amor, malentendernos y muchas otras cosas. Solamente el amor de Dios resistirá tales pruebas.

Si queremos tener amor divino fluyendo a través de nosotros en todas y cada una de las circunstancias, necesitamos hacer un compromiso con Dios. Este es un compromiso de amar a todos Sus hijos. Entonces, cuando nuestros recursos se agoten, como sin duda sucederá, cuando ya no podamos amar, cuando no podamos soportar la carga, sentiremos Su suministro de amor sobrenatural. Cuando estamos comprometidos con los demás, Él siempre nos proveerá Su amor. Dado que Su amor nunca falla, siempre está disponible para que lo experimentemos.

Cuando nuestro compromiso con Dios y con Su pueblo es insuficiente, si no hemos llegado a un entendimiento profundo de lo que implica vivir el evangelio de Jesús, no podremos acceder a la plenitud de todo lo que Él tiene para nosotros. No podremos experimentar muchos de los beneficios y placeres espirituales de Su casa. Nuestro fracaso en esta área nos robará muchos placeres espirituales y madurez.

Aquellos que se pierdan estas cosas importantes están en un verdadero peligro. Es muy probable que busquen un sustituto. Si no consiguen hacer los dos compromisos de los que hemos hablado, también se frustrarán en sus vidas espirituales. Su experiencia de la casa viviente de Dios será defectuosa.

Al carecer de esta experiencia, es posible que busquen llenar el vacío con algún tipo de organización, liderazgo o estructura religiosa. Si la realidad espiritual no es nuestra experiencia, la tendencia natural es buscar algo más fácil.

Así que entendemos que, para experimentar la realidad de la única Iglesia verdadera, hay un segundo compromiso involucrado: Este es un compromiso con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. No es un compromiso con una institución, grupo, método, líder o camino, sino un compromiso con otros individuos.

Debemos comprometernos a amarlos plena, absoluta y completamente. Esto incluye individuos de todo tipo, tanto aquellos que son más agradables, como aquellos que resultan ser muy difíciles de amar.

¿A QUIÉN DEBEMOS AMAR?

La Iglesia de Jesús hoy es muy grande. Hay muchos millones de cristianos que son parte de ella. Hemos estado viendo que Dios requiere que los amemos a todos. Sin embargo, amar a millones de personas al mismo tiempo es solo teórico y no práctico. Aunque la actitud de nuestro corazón puede ser correcta ante Dios, por estar dispuestos a amarlos a todos, simplemente no hay manera de expresar este amor de una manera real.

En la ciudad donde vivimos, puede haber miles o incluso millones de cristianos más. No hay manera posible de reunirnos con todos ellos, ministrarles a todos, servirles a todos o cuidar de todos ellos. Obviamente, nuestra capacidad como seres humanos finitos es limitada. Entonces, ¿cómo vamos a ejercer este amor?

Jesús nos enseñó a amar a nuestro prójimo (Mt 22:39), pero ¿quién es este prójimo? Son esos otros cristianos que Dios trae a nuestras vidas. Al caminar con el Señor, Él nos pone en contacto con otros cristianos. Si y cuando seamos sensibles a Él, sabremos cuándo es Él quien está orquestando estos contactos. Seremos capaces de sentir que es Dios quien está trayendo a estas personas a nuestras vidas. Leemos que "Dios ha colocado cada uno de los miembros en el cuerpo como él quiso" (1 Co 12:18).

Como hemos visto en capítulos anteriores, Jesús es el único que está construyendo Su cuerpo. Él es el que pone una piedra junto a otra piedra en Su edificio. Él es quien sabe cómo hacer esta edificación. Nuestra parte es estar atentos a Él y responder a lo que Él está haciendo.

Estas no siempre son personas a las que podríamos elegir. Estas no son necesariamente personas que nos caigan bien, nos agraden o con quienes creamos que nos podríamos hacernos amigos fácilmente. Lo importante es que Dios está trayendo a alguien a nuestras vidas, puede ser para su beneficio y crecimiento. Es posible que necesiten algún tipo de ministración que podamos darles. O tal vez, aprenderemos con estas personas, ya sea de su porción de Cristo, o que crezca nuestra paciencia y longanimidad por la ausencia de Cristo en sus vidas. Ciertamente,

creceremos a través de la experiencia, ya sea a través de bendiciones o dificultades, conviviendo con esas personas.

Cuando Dios nos trae a alguien a nosotros, estamos obligados a amar a esta persona. Es nuestra obligación comprometernos a servirle. No somos libres de elegir a quién amaremos y serviremos. Como siervos de Dios, debemos obedecerlo en nuestro compromiso con aquellos a quienes Él pone delante de nosotros. Nuestro papel es expresarle el amor de Dios a quienquiera que Él traiga a nuestras vidas.

Debemos confiar en que Dios sabe lo que está haciendo. Él es el arquitecto y el constructor de Su casa y sabe qué relaciones son estratégicas para Sus propósitos. Él entiende qué partes son importantes para cada uno de Sus objetivos. Él sabe cómo tales relaciones espirituales trabajarán juntas para edificar todo el cuerpo.

Dios nos traerá colaboradores. Él nos traerá personas con muchos problemas y necesidades. Él nos traerá a algunos que necesitan nuestra porción de Cristo, algunos que nos decepcionarán, algunos que nos desafiarán, algunos que nos bendecirán y algunos que nos ayudarán. Nuestra responsabilidad es simplemente comprometernos a amarlos con el amor de Dios.

Nuestra responsabilidad de amar a los demás no abarca únicamente a aquellos que están de acuerdo con nosotros. No se limita a aquellos con quienes nos reunimos regularmente, aquellos a quienes les caemos bien, aquellos cuya compañía disfrutamos o aquellos a quienes imaginamos que podemos convencer de nuestra postura, doctrina o práctica. Tenemos que amar y servirle de una manera humilde a cualquier persona que Dios traiga a nuestras vidas, y dejarle los resultados a Dios. Al hacer esto, Jesús edificará Su Iglesia de una manera invisible y oculta que un día se revelará en todo su glorioso esplendor.

Este compromiso de amor no es algo temporal. Estas relaciones no deben depender de nuestras emociones o caprichos. Puesto que tiene su fuente en el Dios eterno, nuestro compromiso con los demás también debe ser algo eterno. Estas personas que Dios trae a nuestras vidas no son desechables. No deben desecharse como servilletas usadas cuando dejan de complacernos o cuando hagan algo que nos hiera u ofenda.

Tal como Dios no descarta a Sus hijos cada vez que pecan o desobedecen, nosotros debemos comprometernos firmemente a amar y servirles a los demás. Tal vez elijan darnos la espalda, pero no somos libres ante Dios de alejarnos de ellos. Nuestro compromiso con otros hermanos y hermanas debe ser como el de Jesucristo.

En el mundo de hoy, los hombres y las mujeres se han acostumbrado e incluso hecho adictos a la autogratificación instantánea. Muchos de nosotros nos hemos acostumbrado a tener lo que queremos de la manera que queremos y cuando lo queremos. Pero si queremos experimentar la única Iglesia verdadera, debemos negar este amor propio. Nuestros sentimientos y reacciones naturales a tantas cosas que otros hacen y dicen deben ser reemplazados por la reacción divina de amor de Jesús.

El compromiso que asumimos con los demás debe ser profundo y duradero. Debe tomarse como una decisión consciente y sobria de estar dispuestos a dar nuestras propias vidas por los demás. Es un compromiso que pone a los demás antes que a nosotros mismos. Es una decisión que

refleja el corazón de nuestro Salvador cuando vino a dar Su vida por nosotros.

EL VERDADERO PEGAMENTO DE LA IGLESIA

El amor fraternal es entonces el pegamento que mantendrá unida a la única Iglesia verdadera. Es este amor mutuo lo que hará que mantengamos nuestra comunión. Es este amor eterno e infalible el que nos impulsará a servirle al cuerpo de Cristo. Es este amor infalible el que nos inducirá a dar nuestras vidas para que otros puedan crecer en todo lo que Jesús es. Es el amor por Dios y por los demás lo que nos hará mantener relaciones, desear reunirnos para adorar, edificarnos y orar, y usar nuestros dones y ministerios para edificar el cuerpo.

Aquí no hay necesidad de autoridad posicional o institucional. No hay lugar para algún tipo de "compromiso" o esquema sustituto humano para tratar de mantener a las personas unidas. El amor de Dios no es algo artificial. No es nada que el hombre pueda producir o incluso imitar, ni algo que se haya hecho con manos humanas. La Iglesia llena de amor es el lugar donde Dios habita y habitará por la eternidad.

La evidencia de la realidad de la única Iglesia verdadera es el amor fraternal. El derramamiento de este amor eterno de Dios a través de Su cuerpo y sobre este es la prueba de que Dios mismo está trabajando. Es la señal segura de que Él es el que tiene el control y Él es el que ha hecho esta obra. El hombre no puede imitarlo.

Tal amor produce el tipo más agradable de "iglesia". La Escritura dice: "¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras; como el rocío del Hermón, que desciende sobre los montes de Sión, porque allí envía Jehová bendición y vida eterna" (Sal 133).

La intimidad de vivir juntos y relacionarse con los demás en el amor de Dios es una de las mayores experiencias humanas. Es una de las cosas más verdaderamente agradables que podemos conocer. La intimidad con los demás que esto produce, la transparencia de vidas y relaciones que surgen, son simplemente maravillosas.

No hay nada que pueda compararse con vivir con otros en el amor de Dios. Este es el objetivo. Esta es la experiencia de la única Iglesia verdadera, es el tipo de vida a la que Jesús nos está llamando. Está destinada a ser parte de nuestra recompensa por nuestra fiel obediencia a Jesús. Todo cristiano debe poder participar y disfrutar plenamente de esta comunión espiritual unos con otros.

Si no logramos el tipo de relación con Jesús que produce este amor, tampoco podremos experimentar la única Iglesia verdadera. Si no caminamos en comunión íntima con el Padre, nunca lograremos conocer la realidad de Su cuerpo. El amor de Dios es el único adhesivo que funcionará cuando estemos edificando la casa verdadera de Dios.

Cualquier otro método para intentar mantener el pueblo de Dios unido es falso. Es una imitación. Es un esfuerzo humano para intentar producir algo que deberá ser un fruto automático de una vida espiritual. Si realmente

conocemos a Dios íntimamente, amaremos a los hermanos. Este amor es la única sustancia que puede usarse para mantener el pueblo de Dios unido de una manera real y eterna.

Por lo tanto, una gran parte de nuestro trabajo es estimularnos unos a otros para amar como Cristo ama (Heb 10:24). Es nuestro privilegio demostrar en nuestras vidas el amor divino, de manera que otros tengan un ejemplo a seguir. Es parte de nuestro trabajo en el cuerpo de Cristo exhortar y alentar a cada hermano y hermana a conocer ese amor y a expresarlo. Este es el mayor y más santo llamado.

LOS DONES ESPIRITUALES POR SÍ SOLOS NO BASTAN

Muchas personas hoy en día están tratando de edificar la Iglesia y mantenerla unida con sus dones espirituales. Están haciendo todo lo posible para edificar a otros cristianos con su ministración. Pero algunos cometen el error de pensar que eso será suficiente. Tratan de construir una iglesia atrayendo a otros a través del uso de sus dones y, luego, tratan de hacer que estos otros se comprometan con ellos y su ministerio, como un medio para mantener a los creyentes unidos.

Queridos hermanos, no basta simplemente con tener algún tipo de don espiritual. No es suficiente tener un ministerio "ungido". El solo hecho de ser capaz de predicar o enseñar, curar a los enfermos, predecir el futuro o expulsar demonios no es suficiente para edificar la verdadera Iglesia.

Todas esas cosas las pueden hacer aquellos que no saben cómo vivir en el amor de Dios. Increíblemente, todas las pueden hacer algunos que no están viviendo realmente en intimidad con Jesús. Aquí la Escritura es bastante clara: si nuestro "ministerio" es simplemente un ejercicio de nuestro don y no el resultado del flujo del amor eterno en nosotros y a través de nosotros, es algo vacío y vano. De hecho, "nada" es (1 Co 13:2).

No es raro en la Iglesia de hoy encontrar hombres y mujeres que están usando los dones que Dios les ha dado para promoverse a sí mismos. Están ejerciendo las habilidades espirituales que han recibido para impresionar a otros y, de esta forma, exaltarse a sí mismos. Quieren ser vistos y oídos. Quieren que los otros piensen que son verdaderamente espirituales.

Sin embargo, todo esto es simplemente evidencia de su inmadurez. Están fallando en el amor de Dios. El verdadero amor no se comporta de esta manera. No es jactancioso ni se envanece (1 Co 13:4). Aquellos que se motivan por el amor de Dios no son egoístas. Sus intenciones son solo ministrarles la Vida y la naturaleza de Dios a otros cristianos y a un mundo decadente.

El ejercicio de los dones espirituales sin amor es un ejercicio religioso vacío. Es como el sonido de una campana o trompeta que se desvanece rápidamente (1 Co 13:1). El tipo de ministerio que producirá resultados eternos es el ministerio hecho en amor. Es el amor de Dios que fluye en nosotros y a través de nosotros lo que edificará la morada eterna del Altísimo.

COMPROMISO CON EL GRUPO

Como hemos mencionado al principio de este capítulo, hay un tercer tipo de compromiso en el que muchos insisten hoy. Es el compromiso de un cristiano con cierta "iglesia", grupo o ministerio. ¿Qué hay de esta idea de la dedicación de nuestras vidas a un grupo específico? ¿Nos enseñan las Escrituras que debemos comprometernos con cierta iglesia, ministerio o camino? ¡Para nada! Por el contrario, tal compromiso está prohibido.

Alinearnos con cualquier grupo que no sea el cuerpo de Cristo, como un todo, está estrictamente prohibido. Eso es lo que la Biblia llama "división". Es la causa de que existan "facciones" dentro del cuerpo. Es un tipo de actividad que es destructiva para la causa de Cristo. Pablo reprende a los cristianos en Corinto por hacer esto mismo. Allí se estaban alineando con ciertos líderes diferentes. Decían: "Yo soy de Pablo", "Yo soy de Apolos", "Yo soy de Cefas", "Yo soy de Cristo" (1 Co 1:12).

Pablo nos enseña que tal compromiso con un subgrupo de cristianos es carnal e infantil. Demostró que estos cristianos todavía eran infantiles y carnales. Eso demuestra que aquellos cristianos todavía estaban lejos del objetivo. Todavía no tenían la madurez para ver las cosas de acuerdo con el punto de vista de Dios, ni una visión celestial de Su única Iglesia verdadera.

En ninguna parte de la Palabra de Dios se nos insta a ser leales a ningún grupo, iglesia o ministerio, más allá de la simple exhortación a amarnos unos a otros.

La alineación o el compromiso de nosotros mismos con una iglesia o grupo específico va en contra de las claras enseñanzas del Nuevo Testamento. Cuando hacemos esto, automáticamente establecemos una especie de barrera entre nosotros y otros cristianos. Nuestra lealtad a cualquier otra cosa que no sea Jesucristo y todo Su cuerpo crea una especie de delineación o "denominación".

Literalmente, una denominación es una distinción y separación de algo por el uso de un nombre. Por ejemplo, nosotros damos a las personas un nombre o incluso un apodo para diferenciarlas de los demás. Cuando formamos grupos separados dentro de la iglesia y les damos nombres para distinguirlos del resto, creamos "denominaciones".

En mayor o menor grado, tal práctica nos separa del ministerio que el resto del cuerpo tiene para ofrecernos. De la misma manera, también limitamos nuestra disponibilidad para con los demás para contribuir con nuestra porción. Tales divisiones en el cuerpo de Cristo limitan el flujo de Su amor. Inhiben la ministración de la Vida que los miembros se dan unos a otros. Cuando los cristianos se unen en grupos que están separados del resto del cuerpo, limitan en gran medida la obra de Dios. Por esta razón, tales compromisos son contrarios a Su voluntad.

Nosotros no tenemos necesidad de confiar en tales compromisos para tratar de mantener unido a un grupo. No debemos recurrir a tales métodos y medios humanos para tratar de asegurar miembros o mantener a los cristianos en nuestro grupo. El amor de Dios hará eso. Recuerde que es Él quien coloca a los miembros en el cuerpo como le plazca (1 Co 12:18). Podemos confiar en Su habilidad para hacer esto de una manera que será

de beneficio para todos. Si vivimos en amor, Jesús mismo hará que Su cuerpo crezca y prospere.

El compromiso de los cristianos con un grupo o una organización, frecuentemente, sustituye los dos compromisos esenciales de los que hemos estado hablando. Al comprometerse con un grupo, los cristianos a menudo descuidan su compromiso con Cristo y entre ellos. Como hemos visto en capítulos anteriores, tales compromisos carnales suelen ser más fáciles de hacer y mantener que los compromisos espirituales que mencionamos aquí.

Se puede asumir y mantener un compromiso carnal con un grupo sin ningún compromiso de amar a Dios completamente y de amar a nuestros hermanos y hermanas como nos amamos a nosotros mismos. Cualquier cosa que sea o que se convierta en un sustituto para el mejor camino de Dios debe evitarse.

9.

REUNIONES DE LA VERDADERA IGLESIA

Dios es Espíritu (Jn 4:24). Él existe en una realidad que no es física. Es un "lugar" que está fuera del espacio y del tiempo. Es una dimensión espiritual. Desde Su resurrección de los sepulcros y Su venida en el Espíritu Santo (Jn 14:28), también Jesús vive en este ámbito espiritual. Aunque Él ciertamente está presente en este mundo ahora mismo, Su presencia entre nosotros y dentro de nosotros no es física, sino espiritual.

Además, también nosotros, después de nacer de nuevo, nos convertimos en criaturas espirituales (Jn 3:6). Habiendo "nacido del Espíritu", hemos entrado en esta nueva realidad que no es terrenal ni física, sino espiritual. Este "lugar" espiritual es un lugar donde un cristiano puede “i”r y en el que puede vivir. Ya que tenemos esta nueva capacidad espiritual, podemos entrar en la esfera donde está Dios y tener contacto y comunión con Él.

Si deseamos experimentar la presencia de Dios, debemos entrar en este reino espiritual donde Él está. Aunque se puede observar a Dios en Su creación y en Sus actos visibles, incluidos los milagros, las curaciones, etc., en realidad no se le puede conocer personalmente, salvo en esta dimensión espiritual. Por ejemplo, los hijos de Israel vieron los "actos" de Dios, ya que los presenciaron durante su salida de Egipto y sus viajes por el desierto. A través de estas señales, aprendieron un poco acerca de Dios. Pero Moisés tuvo el privilegio de conocerlo íntimamente. Conocía "Sus caminos", ya que pasaba tiempo en la presencia de Dios (Sal 103:7). Leemos que "Jehová hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su compañero" (Éx 33:11).

El reino del "Espíritu" es el único lugar donde se puede conocer a Dios. Hay una gran tendencia entre los seres humanos a pensar que se le puede encontrar a través de alguna serie de fórmulas, enseñanzas o prácticas. Otros imaginan que se le puede encontrar en algún tipo de catedral, templo o edificio religioso. Sin embargo, esto no es cierto.

Jesús mismo se lo explicó a la mujer que encontró junto al pozo de Jacob (Jn 4:21-24). Ella conjeturaba sobre cuál era el lugar correcto para adorar. En su mente, estaba confundida sobre qué lugar físico o posición doctrinal era ideal para agradar al Altísimo.

Pero Jesús le dijo que había ocurrido un cambio. Una nueva era había surgido. A través de la obra de Cristo, los seres humanos ya no estaban confinados al plano físico, sino que deberían contactar a Dios de una nueva manera y en una nueva posición. De ahora en adelante, los verdaderos adoradores debían adorar a Dios "en Espíritu y en verdad".

Jesús explicó que la presencia de Dios ya no se puede encontrar en "Jerusalén" ni en "este monte". Esto significa que hoy entrar en el Espíritu

no es cuestión de lugar, práctica, doctrina, credo o artificio. Estar en el Espíritu no depende de estar en un lugar determinado (un edificio religioso, por ejemplo) o de nuestra posición religiosa con respecto a una serie de doctrinas bíblicas. Estar en el Espíritu es una cuestión de entrar realmente en la presencia de Dios, en el Espíritu.

Estar "en el espíritu" no significa que tengamos algún tipo especial de experiencia emocional. No significa que seamos vencidos por el éxtasis, la alegría o una sensación física. No es el resultado de generar algún tipo de sentimiento al alabar, danzar, aplaudir, gritar, etc. En cambio, significa que estamos entrando en la presencia de Dios en nuestro espíritu. Significa que estamos en comunión espiritual con Jesús. Aunque Dios puede darnos y a veces nos da emociones agradables cuando estamos en Su presencia, las cuales podríamos comenzar a asociar con esta experiencia, tales sentimientos no son una señal confiable de que hemos llegado. No son lo que deberíamos estar buscando.

Estar "en el espíritu" no significa que tengamos cierto estado de ánimo o que nos dejemos llevar por la emoción de una situación o evento en particular. No significa que nuestros sentimientos se despierten o que de alguna manera nos sintamos estimulados por nuestros hermanos o por estar juntos en un grupo, ni implica que estemos simplemente en armonía con los que nos rodean o con nuestro entorno. Estar en el espíritu simplemente significa que, debido a nuestra apertura a Jesús, hemos entrado en la realidad espiritual donde Él está y estamos en comunión con Él. Esta experiencia puede o no incluir sensaciones o sentimientos específicos.

Estar "en el Espíritu" tampoco es un fenómeno racional, lógico e intelectual. No depende de que estemos en lo correcto sobre muchas cosas. Para llegar a esta experiencia, no se requiere que estudiemos, memoricemos y analicemos varias doctrinas y pasajes bíblicos. No depende de nuestra comprensión mental. Aunque, cuando estamos en el espíritu, Dios nos habla y podemos recibir mucha iluminación en nuestra mente, entrar en Su presencia no es un ejercicio mental.

La clave para poder entrar en la presencia de Dios y permanecer en Su presencia es que nuestro corazón y nuestra vida se rindan completamente a Él. En lugar de nuestra mente y nuestras emociones, nuestra voluntad es el ingrediente importante aquí. Cuando todo nuestro ser está sometido al control del Espíritu Santo, cuando nuestra alma y cuerpo son Suyos, cuando no tenemos barreras secretas, resistencias, miedos y pecados, entonces podemos entrar fácil y frecuentemente en el Espíritu. Podremos vivir en la presencia de Dios.

A medida que llegamos a un punto en nuestra experiencia cristiana en el que le hemos entregado toda nuestra vida a Jesús, caminar en el espíritu se vuelve más fácil. Cuando confiamos en el amor de Dios por nosotros y nos encomendamos totalmente a Su liderazgo y cuidado, cuando nuestra fe es tal que estamos listos para que Él haga todo lo que Él quiera dentro de nosotros y a través de nosotros, entonces entrar y vivir en el Espíritu es fácil y natural. A menos y hasta que cada cristiano llegue a un punto de completa sumisión de su voluntad a Jesús, tendrán problemas para entrar y permanecer en la presencia de Dios.

Entonces entendemos que hay un "reino" o una esfera específica en la que Dios habita y en la que podemos entrar e incluso vivir. Esto es como una especie de "cuarta dimensión". Es el lugar que la Biblia llama estar "en el Espíritu" (Ro 8:9). Aquí es donde está el reino de Dios y donde Dios se vuelve real para nosotros.

No tendremos espacio para examinar con gran detalle lo que significa estar "en el Espíritu" en este volumen. Por lo tanto, me gustaría alentar nuevamente a los lectores que no estén seguros de lo que esto significa a leer mi libro anterior titulado: *"De gloria en gloria"*, especialmente la parte sobre la división del alma y el espíritu. Allí encontrará dos capítulos completos dedicados a este importante tema.

LA EXPERIENCIA DE LA IGLESIA

Todo esto tiene una aplicación muy real a nuestro tema actual: la experiencia de la Iglesia. La Iglesia también es un ser espiritual. Ella también existe en el plano o reino espiritual. Aunque hay una manifestación de la Iglesia en el mundo tangible en el que vivimos, la realidad o la experiencia de la Iglesia está solo en el Espíritu Santo. Permítame repetir eso. La realidad y la experiencia genuina de la Iglesia acontecen solamente en el Espíritu.

Sí, dado que los cristianos tienen cuerpos físicos, la Iglesia aparece en el mundo natural. Lo que dicen y hacen sus miembros tiene un efecto aquí en la Tierra. Pero la fuente de su vida e inspiración es espiritual. En esencia, ella realmente pertenece a otro reino. La parte natural de ella que aparece físicamente hoy, es decir, los cuerpos naturales de los miembros, pronto perecerá y será reemplazada por una parte espiritual que corresponde a su verdadera naturaleza.

Por lo tanto, para ser de valor en el reino de Dios, todas las palabras y acciones de este ser espiritual deben originarse en el Espíritu. La fuente de su hablar y hacer debe emanar de la presencia de su Cabeza invisible. Ninguna cosa que tenga su origen en el ámbito natural y terrenal tiene valor para promover los propósitos eternos de Dios. Solo lo que provenga de Su comunión con Jesús, en el Espíritu, resistirá la prueba del Día del Juicio.

LA EXPERIENCIA CORPORATIVA

Como hemos estado analizando, es posible e incluso necesario que cada cristiano conozca, entre e incluso viva en el Espíritu. Pero aún más que eso, es posible que los cristianos entren juntos en el Espíritu. Cuando dos o más cristianos entran colectivamente en la presencia de Dios, tiene lugar la experiencia de la Iglesia genuina (Mt 18:20).

Esta es la sustancia de lo que es la verdadera Iglesia. Cuando los cristianos consiguen abrirle sus corazones a Dios, cuando están juntos, pueden entrar en Su presencia corporativamente. Pueden ser resucitados

juntamente con Él, y Él los puede hacer sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Ef 2:6).

Este hecho es crucial. El único lugar donde está la realidad de Cristo es "en el Espíritu". Así también, el único lugar donde podemos conocer la realidad de Su Novia, la Iglesia, es también "en el Espíritu". Esta realidad no se encuentra en ningún otro lugar. El Espíritu Santo está guiando y llenando a los que están en el Espíritu. Es este liderazgo y sustento lo que produce la Iglesia. Esta es la esencia de la única Iglesia verdadera.

Puede que algunos cristianos se estén reuniendo, que alaben y canten himnos. Tal vez oren y prediquen. Es posible que tengan algunos tipos de "ministerios", como ayuda a los pobres, grupos de jóvenes, un coro o cualquier número de otras actividades que se asocian con frecuencia con "una iglesia". Pero si estas cosas no son el resultado de la guía del Espíritu Santo, si no se están sosteniendo por la presencia real de Dios, si no son verdaderamente una expresión de la Vida divina, entonces no son realmente la Iglesia. Son solo una imitación humana.

No pretendo ofender a nadie con esto. Solo anhelo que todos los hijos de Dios experimenten Su plenitud. Es muy importante que cada cristiano conozca tanto la realidad de la presencia de Dios como la maravillosa experiencia de la verdadera Iglesia. Para conocer esto, debemos saber dónde buscar. Debemos saber llegar al destino que buscamos. Debemos entrar juntos en el Espíritu Santo, en la verdadera presencia de Dios.

Hoy en día, hay muchos, muchos sustitutos meramente humanos para estas realidades. Hay tantas cosas que se están haciendo en el nombre de Jesús que parecen buenas. Hay una gran abundancia de actividades cristianas que se están aclamando como "obras de Dios". Muchas de estas cosas pueden parecer bíblicas desde un punto de vista terrenal. Pueden parecer correctas y buenas.

Sin embargo, millones de cristianos en todo el mundo se están alejando insatisfechos de sus servicios dominicales por la mañana. Sus espíritus no se han nutrido verdaderamente. Si bien el liderazgo e incluso quienes los rodean pueden proclamar que esta es la voluntad de Dios, un número incontable de cristianos todavía tienen hambre y sed de experimentar más de la realidad de Cristo.

Esto es simplemente porque están buscando en el lugar equivocado. Están buscando la solución en el reino equivocado. Van de iglesia en iglesia, de ministerio en ministerio, en busca de una "iglesia hogar", un lugar que los haga sentirse bien y satisfechos. Pero la solución a esto no está en un nuevo lugar, un nuevo predicador o una nueva práctica o credo. La respuesta está en el Espíritu. La realización de sus deseos está en esta otra dimensión: la presencia de Dios mismo.

¡Cuánto necesitan los cristianos aprender a vivir y caminar en el Espíritu! ¡Qué gran necesidad tienen hoy los cristianos de comprender cómo entrar juntos en la presencia de Dios! ¡Qué enorme es la urgencia de que los cristianos sepan reunirse, mientras el Espíritu Santo los llena y los guía!

Debemos entrar en el Espíritu cuando estamos juntos para que podamos experimentar la realidad de la Iglesia. Cuando estemos en Él, y solo cuando estemos en Él, estaremos satisfechos. Esto se debe a que

todo lo que Él es solo está disponible para nosotros, individual y colectivamente, cuando estamos en esta dimensión espiritual e invisible.

Dos o tres cristianos pueden lograr tal entrada corporativa o conjunta en el Espíritu Santo. Por ejemplo, siempre que estemos con otros cristianos y todos caminemos en el Espíritu, se experimentará la dulzura de la comunión espiritual. Espontáneamente, estaremos compartiendo con los demás lo que hemos ido viendo, escuchando y conociendo de nuestro Dios. Esto es casi automático. Cuando los demás están abiertos al Señor y nosotros también, este flujo de Vida de unos a otros es natural e instintivo. Nadie tiene que organizar nada. Tales cosas no necesitan ser planificadas previamente. Cuando caminamos en el fluir de la Vida Divina, cuando los que nos rodean también están abiertos a este mismo fluir, la comunión espiritual con ellos es espontánea. Cuando dos o tres están juntos, pueden orar, pueden alabar, pueden compartir las cosas maravillosas que Dios ha hecho por ellos, pueden ministrarles su porción de Jesús a los demás. Eso es la experiencia normal de la Iglesia. Tales encuentros espirituales pueden ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento. El único requisito es que los participantes estén en el Espíritu Santo.

Por otro lado, es posible e incluso común que los cristianos se reúnan y nunca entren en esta dimensión. Pueden comer juntos, practicar algunos deportes e incluso entablar una conversación interesante. Incluso pueden alabar, orar y oír algún sermón sobre un tema bíblico. Pero si no consiguen entrar juntos en la presencia de Dios, nada de esto tiene valor eterno. No han experimentado la única Iglesia verdadera. Este fracaso se debe a que permanecieron en la dimensión natural, física, del alma y del cuerpo. No lograron entrar en el Espíritu Santo.

JESÚS PUEDE DIRIGIR NUESTRAS REUNIONES

Una clave importante para disfrutar de las reuniones espirituales, cuando nos reunimos con un grupo de cristianos, es que Jesús puede dirigirlas. De hecho, puede dirigir nuestras actividades corporativas tal como un director de orquesta podría dirigir una orquesta sinfónica. No se supone que esta experiencia sea algo que suceda de vez en cuando, sino que debe ser una parte normal y constante de nuestra experiencia de Iglesia.

Cuando nosotros y otras personas con las que nos reunimos estamos en la presencia de Dios, podemos sentir Sus instrucciones. En el Espíritu, discernimos cuando Él desea que hablemos, alabemos, oremos o incluso que estemos en silencio. En nuestro espíritu, nos damos cuenta de lo que Jesús está haciendo y diciendo en un momento determinado. De esta manera, podemos fluir con lo que Él quiere, armonizando con la voluntad de Dios momento a momento.

Tal dirección de Jesús en nuestras reuniones cristianas es esencial. Sin ella, solo nos queda la guía humana. Cuando no logramos entrar en la dimensión espiritual ni discernir la autoridad y el liderazgo del Espíritu Santo, solo podemos emplear técnicas naturales para conducir nuestras reuniones. Aunque parezca que nos aproximamos a la realidad espiritual,

tales experiencias de la Iglesia son, finalmente, insatisfactorias e inútiles. En verdad, "la carne para nada aprovecha" (Jn 6:63).

Hoy, Jesús es invisible, pero es muy real. Aunque Él es intangible en la dimensión natural y física, Él es abundantemente perceptible cuando entramos en el Espíritu. Cuando Él viene a nuestras reuniones cristianas, no viene a mirar ni a entretenerse. Tampoco tiene la intención de sentarse en el "banco de atrás" para asegurarse de que estemos haciendo las cosas correctamente. En cambio, Él viene en medio de nosotros como nuestro Líder y Rey. Él no viene a mirar, sino a liderar. Su papel no es el de observar, sino el de guiar y dirigir todo.

Cuando consigamos entrar en Su presencia y así permitirle cumplir Su papel en medio de nosotros, estos encuentros serán sumamente gratificantes. Él conoce la necesidad de cada miembro, Él entiende cómo ministrarle a cada corazón. Entonces, cuando Él es el Líder, puede inspirar a alguien a hablar, orar, profetizar o incluso alabar para atender estas necesidades de cada uno. Probablemente, Él ha preparado a estas personas de antemano para cumplir esta misma tarea espiritual. Solo Dios sabe lo que hay en cada alma. Solo Él entiende los dolores, las necesidades o incluso las alegrías que hay. Por lo tanto, cuando Él está orquestando todo lo que se dice y se hace, se lleva a cabo un verdadero ministerio espiritual. Las necesidades humanas de toda variedad están siendo realmente satisfechas.

Esta verdad se aplica a nuestra adoración y/o alabanza, así como a cualquier predicación, enseñanza u otro ministerio que ocurra. Por ejemplo, cada uno puede tener un salmo, un himno o una alabanza. Cuando una persona es inspirada por el Espíritu para sugerir una alabanza o para comenzar a alabar, entonces alabar será una experiencia espiritual ungida. Será de bendición para todos. Será algo que Jesús ha elegido, con palabras que satisfarán algunas necesidades y una unción que animará todo espíritu.

Leemos: "Entonces, hermanos, ¿qué podemos decir? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación" (1 Co 14:26).

Si, por otro lado, las personas simplemente escogen su himno favorito o alguien selecciona todo de antemano, la oportunidad de que Jesús dirija se reduce. En consecuencia, la bendición también se reduce o incluso se vuelve inexistente. El silencio es mejor que cualquier alabanza escogida por el hombre natural. Cuanto más permitamos que Jesús nos guíe cuando nos reunamos, más bendecida y edificante será nuestra experiencia.

Lo mismo es cierto con respecto a cualquier predicación o enseñanza. Nadie debe estar dominando cada reunión con su elocuencia y don. Debe haber lugar para que todos tengan la oportunidad de contribuir. Leemos: "Podéis profetizar todos, uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados" (1 Co 14:31). La palabra "profetizar" aquí significa "hablar por Dios", lo que puede incluir predicar y enseñar, así como ministrar "proféticamente".

Ningún hombre tiene toda la revelación. Nadie, además de Jesucristo, tiene todos los dones y ministerios. Dios formó Su cuerpo para que los miembros dependan unos de otros. Se requiere la porción de cada

miembro para que el todo pueda ser edificado. Por lo tanto, cuando dos o tres o incluso más están juntos en la presencia del Señor, debe haber oportunidad para que cada uno, guiado por el Espíritu Santo, le ministre su porción de Jesús a los demás.

A medida que el Espíritu de Jesús se mueve entre los miembros de Su cuerpo, guiará a uno u otro a ministrar de acuerdo con su don, ministerio o revelación. Siguiendo la dirección del Espíritu Santo, cada "coyuntura" que se ayuda mutuamente (Ef 4:16) puede usarse para edificar a los demás.

Aquí no debe haber confusión. Todo debe ocurrir "decentemente y con orden" (1 Co 14:40). Puesto que hay una Cabeza que dirige las actividades de los diversos miembros, se ve una armonía divina. Cuando Jesús es el autor, entonces hay una sincronización sobrenatural de todo lo que ocurre. Aunque el Director es invisible, cuando todos los miembros entran en el reino espiritual donde Él está, entonces todo se hace en forma ordenada.

LAS LANGOSTAS NO TIENEN REY

Hay un versículo interesante en Proverbios que habla de este tema. Leemos: "las langostas, que no tienen rey, pero salen todas por cuadrillas" (Pr 30:27). Estos enjambres de insectos no tienen un líder visible, pero se mueven juntos en armonía como si lo tuvieran. Hay algún impulso invisible que los está guiando.

De la misma manera, el Líder del cuerpo de Cristo no es visto hoy por los ojos humanos. Pero, cuando los miembros de Su cuerpo se mueven y ministran siguiendo la dirección de Su Espíritu y están "sintonizados" con Su autoridad, entonces se ve una maravillosa armonía. No hay nada contradictorio o discordante. No hay necesidad de que los cristianos compitan para ser vistos u oídos.

Se nos enseña que cada uno puede "profetizar" o aportar su parte. "Y si algo le es revelado a otro que está sentado, calle el primero" (1 Co 14:30). Cuando el Espíritu de Dios está dirigiendo una reunión, todos deben estar atentos a todas Sus instrucciones. Nadie puede dominar a los demás, empleando el tiempo solo para su revelación y ministerio, sino que siempre debe estar dispuesto a ceder ante otro que retoma el hilo de la revelación que Dios está dando y aporta también su parte.

No hay necesidad de organización humana. No hay ningún requisito de planificar y programar todo por adelantado. No hay necesidad de que alguien o algún grupo intente controlar al resto. De hecho, tales esfuerzos se mostrarán en el día del Juicio como un gran obstáculo para la obra de Dios.

Jesús es infinitamente capaz de guiar a Su Iglesia en sus reuniones. Solo es esencial que cada miembro aprenda a estar en el Espíritu Santo y a dejarse guiar por Él. Es necesario que la Vida eterna de Dios nos mueva a todos. Cuando los miembros son dirigidos por la única Cabeza, entonces todos sus movimientos y ministerios están en armonía entre sí.

Una persona que el Espíritu mueve en una reunión de cristianos debe ministrar o hablar "conforme a las palabras de Dios" (1 Pe 4:11). Debe tener cuidado, de acuerdo con su madurez espiritual, de no incluir ninguna opinión, idea o dirección carnal. Solo debe ministrar conforme a la medida

de la fe (Ro 12:6). Además, debe estar atenta para no continuar hablando o alabando cuando el Espíritu Santo ya pasó a hacer otra cosa.

Es muy común que alguien, cuando siente la atención del grupo, se enamore de un sentimiento de importancia. Es fácil que la carne se estimule cuando Dios nos usa. En consecuencia, no es raro que diferentes miembros del cuerpo vayan más allá de lo que Dios quiere decir y sigan divagando, disfrutando del protagonismo. Esto es perjudicial para todos.

Por otro lado, a veces es difícil para un miembro más tímido decir algo. Tal vez esta persona tenga una tendencia natural a ser tímida o ser reticente a hablar. Tales miembros necesitan ser animados a contribuir con lo que sienten que el Señor les está dando. Necesitan que se les enseñe que su parte, por pequeña que sea, es algo de valor para todos.

Si los miembros más fuertes del cuerpo dominan todas y cada una de las reuniones con sus dones y ministerios, es casi imposible que los más débiles crezcan compartiendo sus porciones. Por lo tanto, los más fuertes deben ser muy sensibles para dar a los miembros más débiles la oportunidad de ministrar en las reuniones también.

PERO ALGUNOS SON BENDECIDOS EN OTROS LUGARES

Algunos cristianos, sin duda, cuestionarán la necesidad de reunirse de la manera que hemos estado describiendo. Pueden argumentar que ellos y otros ciertamente han sido bendecidos y recibido ministraciones en reuniones que fueron estructuradas y organizadas. Tal vez una situación de "ministerio de un solo hombre" les ha traído algún beneficio espiritual. Estas reuniones no coincidían con la experiencia del "cuerpo" que hemos estado describiendo, pero fueron beneficiosas.

De ninguna manera discutiría tal afirmación. Ciertamente, Dios no está confinado a ninguna forma o fórmula en particular. El lugar en el que nos reunimos no es la clave. En muchos lugares donde se reúnen los cristianos hay, de vez en cuando, alguna apertura para que el Espíritu Santo obre y se mueva.

No estamos insistiendo en que, a menos que las cosas se hagan de acuerdo con cierto patrón, Dios no estará presente. Por el contrario, Él obrará en y a través de las organizaciones del hombre tanto como pueda. Puesto que Él ama a todo Su pueblo, utilizará cada apertura y oportunidad que se presente para edificarlo.

Por supuesto, debemos insistir en la verdad de que todo ministerio de cualquier valor eterno se realiza en el Espíritu. Pero es cierto que a veces, en diversas circunstancias, grupos de cristianos "organizados" también logran experimentar estar en el Espíritu. En un grado u otro, se las arreglan para dejar que el Señor los guíe.

Quizás el pastor o predicador haya recibido un mensaje de Dios. Posiblemente, los líderes de la alabanza sepan fluir en el Espíritu Santo. Estas y otras situaciones pueden proporcionar cierta dosis de ministerio espiritual.

La siguiente verdad es extremadamente importante: *En la medida en que cualquier grupo de cristianos consiga entrar juntos en la presencia de Dios, experimentarán la única Iglesia verdadera.* En la misma extensión en que consigan someterse juntos al liderazgo de Jesús, conocerán la realidad espiritual de Su presencia. Si alguien está ministrando algo que recibió de Dios y siguiendo Su liderazgo, los demás se beneficiarán. Cualquier grupo de cristianos, en cualquier lugar, puede conocer y disfrutar de estas bendiciones.

Lo que estamos buscando aquí, sin embargo, es cómo maximizar esta experiencia. En lugar de que estas bendiciones sean esporádicas e impredecibles, queremos conocerlas todo el tiempo. En lugar de simplemente tropezarnos en ocasiones con la presencia de Dios, tal vez sin saber cómo entramos o por qué, necesitamos entender cómo disfrutar esto continuamente.

Deseamos maximizar nuestra experiencia del Espíritu Santo. Para conseguir esto, una cosa que debemos hacer es eliminar todos los impedimentos. Cualquier obstáculo meramente humano debe descartarse.

Por ejemplo, la organización humana seguramente limitará la capacidad de Jesús para liderar. La "alabanza" formulada y planeada previamente inhibirá esto también. El dominio de las reuniones por un hombre o un ministerio, no importa cuán ungido pueda ser, en el mejor de los casos será solo una manifestación muy parcial del cuerpo de Cristo. ¡Todos los apoyos religiosos meramente tradicionales que podrían sustituir la verdadera realidad de la presencia de Jesús o interferir en ella deben desaparecer! De esta manera, podemos abrir la oportunidad para que nuestra verdadera Cabeza tome Su lugar entre nosotros.

ELIMINAR OBSTÁCULOS NO ES SUFICIENTE

Sin embargo, no estamos insistiendo en que la mera eliminación de obstáculos sea suficiente. Hace falta mucho más que esto. También debemos conseguir entrar en la presencia de Dios. Realmente debemos estar en el Espíritu. Realmente debemos someternos al liderazgo de Jesús. Si no lo hacemos, simplemente reunirnos de manera informal, sin todo tipo de apoyos y fórmulas religiosas, no nos beneficiará. Jesús no se siente atraído por algún tipo de postura "antirreligiosa" que podamos tomar.

Aquí también nos encontraremos con la pregunta de cuánto entra realmente un grupo en el Espíritu. Esto dependerá de las personas involucradas. Variará según el estado espiritual de los participantes. Si estos cristianos caminan con Jesús, si lo obedecen en su vida diaria, si no tienen barreras ni obstáculos para Su autoridad, entonces su experiencia corporativa se potenciará de una forma maravillosa.

Pero, si los participantes no disfrutan de un caminar genuinamente espiritual, si los miembros son egocéntricos, obstinados, orgullosos y se resisten a Dios, y muestran un comportamiento típico del alma, entonces las reuniones también sufrirán por esta carencia. Simplemente "reunirse en hogares" o "salir de la religión muerta" no compensa esta carencia. Una vez más, me gustaría repetir: en la medida en que cualquier reunión de cristianos logre entrar en la presencia de Jesús y discernir Su liderazgo,

serán bendecidos con la experiencia de la única Iglesia verdadera. Por el contrario, en la medida en que no entren y pierdan el liderazgo de su Cabeza, su experiencia de Iglesia sufrirá.

A lo largo de aproximadamente cuarenta años de presenciar la "Iglesia en casas" y otros tipos de reuniones informales, hemos disfrutado de muchas experiencias maravillosas. Hemos tenido el privilegio de conocer muchas reuniones que el Espíritu Santo dirigió y llenó de Su presencia. Estas reuniones llenas de Dios nos han dado un deseo ardiente de tener aún más y que otros también disfruten de esta bendición. Nos ha dado a probar la casa genuina de Dios.

Sin embargo, a través de los años, también hemos visto muchas reuniones de "hogar" que estaban desprovistas de la presencia de Dios. No eran rígidas, religiosas y formales, pero tampoco bendecidos. Si bien los participantes tal vez consiguieron salir de lo que llamaban "el sistema religioso", parece que esto fue lo más lejos que llegaron. No habían conseguido entrar en nada que fuera más válido y real.

En muchos de estos casos, sospecho que la causa de la deficiencia fue que los miembros individuales no se sometían verdaderamente a Jesús en su vida diaria. No sabían cómo hacerlo, y por eso no andaban en el espíritu día tras día. Tal vez se enorgullecían de haber escapado de algún tipo de religión formal e ineficaz, pero no conseguían entrar en el reino espiritual, el Espíritu, donde está la realidad de la única Iglesia verdadera. Tal vez habían salido de Egipto, pero nunca cruzaron el rio Jordán ni entraron en la tierra prometida.

OTRO ARGUMENTO

Tal vez algunos puedan argumentar que muchos, o la mayoría de los cristianos, no son lo suficientemente maduros para reunirse sin estructura humana. Pueden afirmar que la mayoría de los cristianos no saben cómo entrar y vivir en el Espíritu, y mucho menos reunirse de esta manera. Por lo tanto, concluyen que tales reuniones espirituales no funcionarán. Creen que el hombre debe hacerse cargo de estas cosas y proporcionar alguna estructura y organización.

Lamentablemente, es cierto que muchos cristianos, o incluso la mayoría de ellos, no son personas espirituales. Solo unos pocos consiguen entrar en el Espíritu con frecuencia y aún menos viven en este estado espiritual. Pero hay una buena solución para esto. En lugar de proporcionar una estructura superficial humana para compensar el problema, debemos buscar a Dios para saber cómo resolver la carencia. Debemos ser capaces de llevar a otros a una relación con Jesucristo que sea verdaderamente espiritual.

Aquellos que conocen los secretos de una vida genuinamente espiritual deben escuchar lo que Dios dice acerca de cómo ministrarles esta realidad a los demás. Deben orar, buscando el rostro del Señor, para tener la unción y la sabiduría necesarias para llevar también a otros a la presencia de Dios. Necesitan convertirse en siervos de estos otros, mostrándoles a través de sus palabras y acciones un "camino más excelente".

Una de las mejores maneras de enseñarle algo a alguien es mostrarle un ejemplo. Hay una expresión popular que dice que "una imagen vale más que mil palabras". Si un grupo de cristianos, ya sea grande o pequeño, puede comenzar a disfrutar del tipo de alabanza verdaderamente espiritual que hemos estado describiendo, entonces los demás que visiten la reunión podrán ver por sí mismos cómo podría funcionar tal cosa. Pueden presenciar de primera mano la posibilidad de que la Cabeza dirija Su cuerpo. Un testimonio dramático es mucho más poderoso que un libro lleno de enseñanzas.

Debería causarnos una tremenda impresión que Dios, nuestro Padre, esté buscando tal adoración espiritual. Él en realidad está buscando diligentemente hombres y mujeres que Lo adoren de esta manera que hemos descrito. Leemos: "Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren" (Jn 4:23).

Si eso es algo que es importante para Él, si eso es algo que está en Su corazón, ¿no deberíamos buscarlo nosotros también? ¿No deberíamos también dedicar nuestro tiempo y atención, e incluso nuestras vidas y ministerios a este fin? Si alguna cosa es importante para Dios, ¿no es razonable que también lo sea para nosotros? Sin duda la respuesta debe ser un rotundo "¡Sí!"

LA MADUREZ TRAE RESPONSABILIDAD

Es natural que en cualquier reunión de cristianos haya diferencias en el nivel de crecimiento espiritual entre ellos. Habrá quienes sean más maduros y quienes tengan poca madurez espiritual. Mientras se reúnen, habrá quienes sean más sensibles a la dirección del Espíritu Santo y quienes tengan menos discernimiento. Una consecuencia de esto es que se cometerán errores. De vez en cuando, alguien perderá la guía de Dios. Podrían hablar de acuerdo con su propio corazón o sus experiencias, en lugar de por la guía del Espíritu.

Aquí entonces, es donde los que tienen más madurez tienen un papel que desempeñar. Aquellos que tienen verdadera madurez y un agudo discernimiento espiritual deben saber cómo mantener las reuniones en el camino del Espíritu Santo. Cuando alguien se desvía y comienza a dedicarle mucho tiempo a algo que no fluye del cielo, deben guiar el proceso de regreso al Espíritu amablemente, con mucho amor y bondad. Su responsabilidad ante Dios es ejercer una especie de "supervisión", una especie de "vigilancia" espiritual, para que se mantenga la autoridad de Jesús.

No estoy diciendo que estos cristianos más maduros tengan su propia autoridad. No deben tener el control de las reuniones. Sin embargo, siempre hay algunos que son más sensibles al Espíritu Santo que otros que no tienen el mismo crecimiento en su Vida espiritual.

¡Es esencial que se mantenga la autoridad de la Cabeza! Cuando no sea así, toda la reunión descenderá de los cielos a la Tierra, de lo espiritual a lo natural. Entonces, aquellos que tienen esta madurez se vuelven

responsables de ayudar a guiar a aquellos que podrían no poseer el mismo discernimiento para permanecer en el Espíritu.

Por ejemplo: supongamos que una persona nueva llega a una reunión. Tal vez no tienen ni idea de cómo es seguir solo la dirección del Espíritu Santo. Entonces, en el momento oportuno, esta persona nueva comienza a hablar. Quizás dé su testimonio o diga alguna otra cosa. Es bueno que tenga una oportunidad. No hay que cortar rápidamente a nadie.

Pero si alguien comienza a divagar interminablemente en torno a algún tema que no brota del Espíritu Santo y, por lo tanto, no es edificante para todos, no se debe permitir que esto continúe. La autoridad del Espíritu Santo debe mantenerse si queremos disfrutar de reuniones verdaderamente espirituales.

Así, alguien con discernimiento puede, de manera natural e inofensiva, volver a dirigir la reunión hacia el Espíritu. De vez en cuando, puede hacer falta decir algo como: "Creo que nos hemos alejado de donde el Señor quiere que estemos en este momento. Oremos juntos y tratemos de ver lo que Dios diría o haría ahora". Jesús puede mostrarles, de una manera amable y gentil, cómo hacer que la reunión regrese a Su dirección. A menudo, una simple palabra u oración, no necesariamente dirigida al "divagante", puede ser suficiente.

Por supuesto, nunca tendremos reuniones perfectas. Siempre cometeremos errores. Nadie es perfectamente maduro ni está en perfecta sintonía con el Espíritu Santo. Pero esto no es fatal. Esto no tiene por qué ser un gran problema. No necesitamos preocuparnos en extremo por esto. Nuestro objetivo es permitir que nuestra Cabeza tenga tanto liderazgo como sea posible, dados nuestro particular crecimiento espiritual y situación. Cuando cometemos errores, nuestro Señor lo entiende. Él es consciente de nuestras debilidades. La próxima vez que estemos juntos con otros cristianos, tendremos otra maravillosa oportunidad de buscar Su rostro nuevamente.

Otro hecho del que debemos ser conscientes es que muchas veces las reuniones serán diferentes entre sí. Probablemente no habrá dos iguales. Como nuestro Líder es una persona viva, Su voluntad es siempre nueva. Tal vez en una reunión podríamos pasar nuestro tiempo orando. En otro momento, podríamos usar la mayor parte de nuestro tiempo en la alabanza y adoración. En otra ocasión, tal vez se enfatizaría el ministerio de la palabra de Dios. La próxima vez, podríamos ver estas tres cosas o incluso algo más. Cualquier reunión que caiga constantemente en un mismo patrón debería ser una advertencia para nosotros. Esos cristianos necesitan buscar a Dios para recibir más de Su liderazgo entre ellos.

No se puede limitar o predecir la acción de Dios. Nunca podremos adaptarla a nuestra estructura. Es imposible saber qué hará después. Cuanto más podamos abrirnos a Él y permitir que Él sea nuestra fuente y guía, más abundantes y satisfactorias serán nuestros reuniones y nuestros momentos con otros cristianos. Cada vez que estemos reunidos en Su nombre, Él estará allí en medio de nosotros para guiarnos en lo que tiene para nosotros en ese momento.

Por cierto, reunirnos en el nombre de Jesús no significa tener Su nombre escrito en la puerta. No significa que simplemente agreguemos la frase "en el nombre de Jesús" después de nuestras oraciones, etc. Estar

"en el nombre de Jesús" significa que estamos en Él, y estar en Él significa que estamos en el Espíritu.

Si tomamos Su nombre sin la realidad de Su presencia, esto es vacío y vano. No hay magia especial en algunas palabras como esas. Nunca debemos usar el nombre de Jesús como si fuera una especie de encantamiento o hechizo mágico. El poder del Evangelio es el hecho de que Jesús resucitó de entre los muertos y, por lo tanto, está presente en este mundo hoy. Él es el que es poderoso y real. Estar en el nombre de Jesús es estar en Él. Es en Él que reside el verdadero poder.

REUNIONES DEL TAMAÑO DE UN CORDERO

Hemos hablado de la importancia de que cada miembro del cuerpo pueda compartir su porción durante las reuniones. Obviamente, esto solo es posible cuando el número de personas es limitado. En una gran multitud, es imposible que todos participen. Debido a esta limitación, un hermano sugirió reuniones "del tamaño de un cordero".

El pensamiento detrás de esto es que, en el Antiguo Testamento, a los israelitas se les instruía a sacrificar un cordero pascual. Si su familia era demasiado pequeña para comer un cordero entero, debían unirse con más personas. De esa manera, se reunían suficientes personas para consumir todo el cordero.

Cuando un grupo de cristianos crece hasta llegar a un tamaño en el que la participación de todos ya no es posible, luego puede dividirse. No es necesario que todos los cristianos se reúnan todas las semanas. En el Nuevo Testamento, los cristianos utilizaban casas para muchas de sus reuniones, ya que estos lugares estaban disponibles y eran convenientes. Una casa de buen tamaño puede contener cualquier reunión "del tamaño de un cordero".

Algunos podrían preguntar acerca de cuándo deberían reunirse los cristianos. Esto también debe estar sujeto a la dirección del Espíritu Santo. Cuando los cristianos caminen en intimidad con Jesús, tendrán un deseo constante de reunirse con otros. Tendrán un impulso espontáneo de estar con hermanos y hermanas que también aman a Dios. Estarán deseando compartir lo que Dios ha estado haciendo en sus vidas y lo que les está revelando. Tendrán hambre de saber cómo el Espíritu está obrando en la vida de los demás.

Si tal urgencia no es evidente, esto muestra que la relación de los cristianos con el Señor también necesita atención. La simple organización de fechas y lugares de reunión no resolverá esta deficiencia fundamental.

Cuando varios, o incluso muchos cristianos buscan esto, las reuniones sucederán con frecuencia. Un hermano podría llamar por teléfono a algunos otros, invitándolos a su casa. Otros podrían, simplemente, sentir la urgencia de ir a la casa de otro hermano una noche después del trabajo. Tal vez se sorprendan al encontrar allí a otros que también sintieron la misma dirección. Tales reuniones pueden ocurrir a cualquier hora o en cualquier lugar. Mientras estemos siguiendo a Jesús, Él orquestará todo esto.

En el libro de los Hechos, leemos que los conversos se reunían diariamente y partían el pan en las casas (Hch 2:46). Estas personas estaban entusiasmadas. Habían llegado a conocer al Dios del Universo de manera personal. Esto realmente impactó y cambió sus vidas. Era importante para ellos. Tuvo consecuencias gloriosas y eternas. Por lo tanto, su deseo de estar con los demás, recibir la ministración y compartir con los demás era insaciable. Era algo espontáneo.

Nadie estaba organizando estas reuniones. No estaban siendo programados, monitoreados o controlados por los apóstoles. Estos cristianos no necesitaban que los instaran o persuadieran a reunirse, ni que se los ordenaran. La experiencia con Jesús había cautivado sus corazones y mentes, por lo que se reunían tan a menudo como podían. Ellos estaban constantemente buscando esta oportunidad. Los cristianos de hoy deben tener la misma motivación. Cualquier cosa menos que esto, puede convertirse fácilmente en un ejercicio vacío.

Si los cristianos no tienen este deseo de estar con los demás con frecuencia, esto es una señal de problemas espirituales. Cuando la comunión con los demás no es algo que su corazón anhele, esto es evidencia de que su comunión con Jesús también tiene fallas. Si estar con el cuerpo de Cristo y servirle no es una prioridad en la vida de los cristianos, esto es una prueba de que otras cosas, además de la voluntad de Dios, han cautivado sus corazones. Cuando las preocupaciones de la vida diaria, del trabajo, de la familia, de las diversiones, etc., superan el impulso espiritual de estar junto a otros cristianos, es evidencia de que los "espinos" de los que nos advirtió Jesús han ahogado Su Palabra (Lc 8:7).

REUNIONES DE GRUPOS MÁS GRANDES

Cuando los cristianos sienten la dirección de Dios para reunirse en grupos mayores, esto puede ser una bendición. Pero también trae consigo algunos desafíos. Por necesidad, cuando se reúna un mayor número de cristianos, solo unos pocos podrán ministrar directamente. Esto es simplemente un hecho lógico. Sin embargo, tales reuniones no están prohibidas en ninguna parte de las Escrituras. Pero el principio básico de que todo sea dirigido por Jesús, la Cabeza, sigue siendo el mismo.

Aquellos que son ungidos por Dios para ministrar en alabanza, enseñanza, predicación, etc., en tales situaciones, deben sujetarse a este mismo estándar. Cualquiera que sienta que es guiado por el Espíritu para usar sus dones en tal circunstancia debe tener cuidado de que sea el Señor quien lo dirija, y no su propia ambición y su deseo de que lo vean y escuchen. Su verdadero objetivo debe ser servirles a los demás y no beneficiarse financiera o emocionalmente o psicológicamente.

Un ejemplo de cómo pueden ocurrir tales cosas son las reuniones de un hermano galés llamado Arthur Burt. Periódicamente realiza conferencias cristianas alrededor del mundo. Sin embargo, en sus conferencias no hay conferencistas invitados. Cualquier persona presente que sienta que tiene una Palabra de Dios que compartir, puede hablar. Sin

embargo, impone una restricción. Él dice algo como esto a la gente reunida: "Cuando da un paso al frente, tiene cinco minutos para bombear. Si no sale «agua» dentro de ese tiempo, siéntese."

Las reuniones más grandes de cristianos, en las que solo unos pocos ministran, plantean desafíos tremendos y extremadamente graves. Uno de ellos es que hay una tendencia muy fuerte entre muchos cristianos a ser pasivos y dejar que otros hagan el trabajo. Tales reuniones pueden fácilmente reforzar esta tendencia. Muchos cristianos rápidamente llegan a depender de otros para que se encarguen de todo.

Otro desafío es que algunos miembros más dotados pronto se convierten en una especie de jerarquía o clero. Dado que les resulta fácil liderar y disfrutan la oportunidad de hacerlo, naturalmente comienzan a dominar la asamblea. Esto produce muy fácilmente una situación que se asemeja a la organización de "clero/laicos" que está tan desenfrenada hoy en día y sofoca el funcionamiento del cuerpo.

Otro peligro es que tales reuniones caen fácilmente en rutinas y, con el pasar del tiempo, el liderazgo de Cristo sobre todas las cosas se desvanece. En consecuencia, cualquier persona involucrada en la organización de tales reuniones debe estar constante y agudamente consciente de que debe evitar cualquier cosa que se vuelva repetitiva. Deben huir a toda costa de todo lo que sustituya al liderazgo de la Cabeza.

Tales asambleas mayores de cristianos solo deben ocurrir cuando Jesús las ordena, no simplemente de una manera regular y preprogramada. Los grupos menores, en los que todos pueden participar, deben ser la experiencia normal y frecuente de los cristianos. Las reuniones más grandes, cuando ocurren, deben ser meramente complementarias.

REUNIONES DE MINISTRACIÓN

En las Escrituras también encontramos otro tipo de reunión que podría llamarse "reuniones de ministración". Por ejemplo, mientras los cristianos se reunían diariamente "por las casas", en Hechos, los apóstoles también enseñaban "todos los días, en el templo" (Hch 5:42).

Existían reuniones en las que no todos participaban, sino que los apóstoles ejercían sus ministerios, y les enseñaban y predicaban a audiencias mayores.

En otra parte del libro de los Hechos, se nos habla de que Pablo le predicó toda la noche a un grupo de cristianos. Además, aprendemos que, en un momento, Pablo usó la escuela de Tiranno como lugar para ejercer su don de enseñanza (Hch 19:9). En otra situación, leemos que alquiló una casa para este propósito (Hch 28:30).

Estas reuniones de cristianos no eran reuniones del "cuerpo". No eran situaciones en las que cada miembro funcionaba y aportaba su parte. En cambio, eran circunstancias en las que un hombre u hombres con ministerios ungidos y especiales estaban sirviéndoles a los demás de una manera única. Quizás esto es lo que imita la mayoría de las reuniones de la "iglesia" de nuestro tiempo.

Pero, en lugar de ser una exhibición del cuerpo, esto es simplemente el ministerio de uno o más hombres dotados. Podríamos referirnos a estas como "reuniones de ministración". Este tipo de reunión es bíblica e importante. Si alguien tiene una ministración que es tan ungida y, por lo tanto, necesaria para el cuerpo, es libre de hacer esto para compartirla. Una vez más, esto debe hacerse de acuerdo con la dirección del Espíritu Santo.

Tales reuniones nunca deben convertirse en un sustituto de las reuniones del cuerpo. Las reuniones más pequeñas de cristianos "casa por casa", en las que todos tienen la oportunidad de participar, son una parte esencial e integral de la experiencia de la única Iglesia verdadera. Estas reuniones deberían ser la parte principal de nuestra práctica en la vida diaria de la Iglesia. Los miembros más fuertes y talentosos nunca deben volverse dominantes de una manera que suplante el funcionamiento del resto en estas reuniones.

APOYO FINANCIERO

Cuando se ejerce el ministerio de un miembro ungido, debe hacerse a expensas de esa persona. Ya que es su ministerio, esta persona es responsable ante Dios de sostenerlo financieramente. No quiero decir que otros no puedan contribuir. Lo que quiero decir es que la iglesia o el cuerpo como un todo no es responsable de estos gastos. Esta es la responsabilidad de la persona que lleva a cabo el ministerio. Esta persona debe tener un llamado genuino de Dios para hacer ese trabajo en particular y, por lo tanto, tener fe en que Dios lo sostendrá. De lo contrario, entonces no debería estar llevando a cabo esta obra.

En ninguna circunstancia, esta persona debe ejercer presión de ningún tipo sobre otros cristianos para que la ayuden económicamente. No se permiten insinuaciones, indirectas sutiles o súplicas directas de que se les aporte dinero. Nunca deben tomar "ofrendas" antes ni después de ministrar. Si un individuo no tiene la fe para realizar una obra particular para Dios, entonces debe dejar de hacerla. El cuerpo de Cristo ciertamente puede contribuir a la obra de Dios, pero solo en la medida en que Él los mueva a hacerlo, no por coacción del hombre.

De hecho, es bíblico que las personas que reciben la ministración ayuden financieramente a aquellos de quienes reciben una bendición. Leemos: "El que es enseñado en la palabra haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye" (Gál 6:6). Este "hacer partícipe" ciertamente podría incluir ayuda financiera.

Pero bíblicamente, esta ayuda nunca debe ser en forma de salario. Si bien se permiten donaciones ocasionales, la idea de los salarios va más allá de lo que es saludable y bíblico. Si alguien recibe un "salario", es decir, una suma de dinero fija, regular y confiable, entonces ya no necesita depender de Dios. Poco a poco, comienza a confiar en el hombre. Su visión inevitablemente se desvía del Señor hacia aquellos que están pagando su salario.

Es prácticamente imposible que esto no ocurra. La persona o las personas que suplen nuestras necesidades diarias son las que nos controlan. Cuando Dios está en esta posición, todo está bien. Pero cuando los hombres son los que manejan los hilos del dinero, entonces ellos son los que están en una posición de poder sobre nosotros.

En tales situaciones, los motivos de la persona que ministra se ven comprometidos. Se convierten en "asalariados" (Jn 10:13) que deben mantener la buena voluntad de aquellos de cuyo dinero dependen. En lugar de tener la necesidad de mantener una relación buena, íntima y obediente con Jesús, simplemente necesitan mantenerse bien con aquellos que pagan su salario.

Por lo tanto, ya no son libres de decir solo lo que Jesús les da para decir. Se vuelven reticentes a decir cualquier cosa que pueda ofender a alguien, ya que luego podría dejar de apoyarlos. Se transforman gradualmente en personas "que quieren agradar a los hombres" (Ef 6:6). Si alguien está genuinamente "viviendo por fe", debe ser fe en Dios y no fe en la capacidad y la buena voluntad de los demás para continuar sustentándolos.

MIEMBROS DOMINANTES

Es un gran error que alguien que tiene un don o ministerio poderoso organice "una iglesia" a su alrededor. Aunque es una práctica muy común que una persona así se convierta en líder de un grupo, en el que la mayoría de las actividades giren en torno a su ministerio, esto no es bíblico. Si bien el llamado y los dones de esta persona puedan ser genuinos y válidos, no fueron dados para que esta persona pudiera convertirse en la única fuente de ministración para un grupo especial.

Esta práctica hiere el estándar bíblico en varios puntos. Número uno: limita a los "miembros" a un ministerio en particular. Para estar saludables, estas personas necesitan la porción de todo el cuerpo. Número dos: exalta a una persona a una posición no bíblica, tomando un lugar en la asamblea para el cual solo Cristo es digno. Entonces, inconscientemente, muchos comenzarán a recurrir a este líder y depender de este, en lugar de recurrir a Jesús.

Número tres: sofoca el ministerio de cualquier otra persona en el grupo cuyos dones también son válidos, pero no lo suficientemente excepcionales como para competir con el líder por la atención que recibe. Comúnmente, tales personas se frustran y buscan realización en otras áreas, o se disponen a establecer su propia "iglesia" donde puedan usar su don, lo que a veces divide al primer grupo.

LOS NICOLAÍTAS

Hasta donde yo sé, en el Nuevo Testamento hay una sola cosa que Jesucristo dice que odia. Esta cosa se menciona en Apocalipsis en las cartas a las siete iglesias. Son las obras y la doctrina de los nicolaítas,

mencionadas en Apocalipsis 2:6,15. Dado que la historia de la Iglesia no registra ningún grupo de personas llamados "nicolaítas" específicamente, ha habido mucha especulación acerca de ellos. Creo que la respuesta a su identidad radica en el significado de la palabra "nicolaíta". Tenga paciencia conmigo mientras investigamos esta posibilidad.

Tengo entendido que la palabra NIKAO, en el idioma griego original, significa "conquistar, someter o elevarse por encima", mientras que la palabra LAOS (de la que derivamos la palabra "laicos"), significa "público en general" o "asamblea de personas". Por lo tanto, la palabra "nicolaítas", que se compone de estas dos palabras, se referiría a aquellos que se elevan sobre los laicos o la gente común, y los someten. Esto parece describir exactamente la situación que hemos estado examinando.

De nuestras discusiones anteriores, es fácil entender por qué Jesucristo odiaría este tipo de organización. Tal situación sofoca el funcionamiento de Su cuerpo, que es Su expresión en la Tierra. El efecto inmediato de esto es que la mayoría de los miembros de la Iglesia se mantienen en gran parte inactivos, y una persona o un grupo selecto de personas se eleva a una posición de hacer casi todo. Así que tenemos unas pocas personas tratando de vivir la vida de Iglesia por muchos. Obviamente, esto no se ha aprobado y entorpece mucho la obra de Dios.

EL SUEÑO DE JACOB

Mientras Jacob huía de su hermano Esaú, pasó una noche en el desierto. Allí usó una piedra como almohada. Mientras dormía, soñó un sueño maravilloso. En el sueño, "Vio una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella" (Gén 28:12). Cuando despertó, se dio cuenta de que este era un lugar especial. Él lo llamó "Betel", que significa "la casa de Dios".

Cuando verdaderamente estemos siendo la casa de Dios, cuando estemos cumpliendo los requisitos de estar en el Espíritu y guiados por nuestra Cabeza, en ese lugar y en ese tiempo, se abrirán los cielos. La presencia de Dios se volverá real para nosotros. De hecho, experimentaremos ser la "casa" o morada de Dios de una manera corporativa; la "Betel" de hoy.

En esos momentos, hay verdaderamente un cielo abierto. La presencia de Dios es muy real. Se nos da a conocer Su autoridad o "trono". La revelación, la iluminación y la comprensión espiritual están ocurriendo. Además, los espíritus ministradores, los ángeles, van y vienen ("ascienden y descienden") trayendo mensajes del trono y tal vez "llevando" las alabanzas y peticiones de los cristianos de vuelta a Dios. Por supuesto que aquí estamos describiendo algo espiritual con palabras terrenales. Quizás los detalles exactos de este tránsito angélico no se puedan conocer con exactitud. Sin embargo, en tales situaciones celestiales, la proximidad de los ángeles ministradores es muy real. Quizás no seamos muy conscientes de ello, pero está ocurriendo.

Nosotros, el pueblo de Dios, tenemos el maravilloso privilegio de entrar juntos en Su presencia. Cuando nos reunimos, podemos disfrutar de un

"cielo abierto", en el que las cosas invisibles de Su reino se vuelven reales para nosotros. A medida que entramos juntos en el Espíritu, las maravillas inimaginables de Jesús y Su voluntad para nosotros están disponibles para que las poseamos. Nosotros, seres humanos insignificantes, podemos disfrutar de la realidad de ser la morada del Dios Altísimo. ¡Que nunca estemos satisfechos con nada menos que eso!

LA PLANTA PILOTO DE DIOS

Aquí incluyo el testimonio de un hombre, Nick Jensen, que se comunicó con nosotros. Aunque lo siguiente no se puede considerar como un ejemplo exacto de lo que Dios haría en todas partes en cada situación, ciertamente es un poderoso testimonio de lo que Él realmente hizo en un lugar. Ya que nuestro Señor puede hacer esto por estas personas y lo hizo, puede hacerlo en toda la Tierra en muchas situaciones diferentes. Incluyo su carta, tal como la escribió, con muy pocas alteraciones.

2 de marzo de 1987
Queridos hermanos:
Saludos en el nombre de Jesús.

Hace varias décadas, un pequeño grupo de "cristianos renovados" se congregaba en un lugar en el que, si nos basamos en cualquier mapa turístico, no había absolutamente nada. Sin embargo, estaban en medio de los exuberantes campos de Somerset, en Inglaterra, no muy lejos de la conocida propiedad rural de Horlicks. El lugar era llamado South Chard.

Su pastor recibió un llamado del Señor a ayunar para que Él pudiera llegar a sus oídos espirituales. Al final de varias semanas de abstención total de cualquier alimento que no fuera el pan del cielo, el Señor le habló a Su siervo. El resultado de esa comunicación dio a conocer South Chard a los cristianos de todos los rincones de la Tierra. ¿Cuál fue ese mensaje celestial? Como ocurre con la mayoría de las órdenes del Cuartel General, esta fue igualmente buena y breve, y decía algo así: "¡Déjame [el liderazgo de] tus reuniones a mí"!

Así que lo siguiente que vieron los habitantes de South Chard fue que su pastor estaba entrando a zancadas por la entrada principal de su pequeño salón un domingo por la mañana, a las 10 en punto, llevando en sus hombros no una cruz, sino una sierra. Avanzó lentamente hacia el frente, hacia el púlpito, desde donde siempre había dirigido el servicio y, sin mucho preámbulo, procedió a cortarlo hasta que la parte superior cayó al suelo con un gran ruido. Satisfecho con su trabajo, se sentó en uno de los bancos para nunca más volver a dirigir una reunión de la iglesia.

Si dijera que la congregación quedó atónita, probablemente no le haría justicia. En todas las caras había gestos de dudas. Algunos incluso temían que el ayuno prolongado hubiera perturbado algunos de los reflejos naturales de su pobre pastor. Pero allí se sentó.

Y allí se sentaron por un buen rato, según cuentan, y estuvieron meditando, hasta que un alma caritativa comenzó a tararear discretamente un himno que recita: "En silencio ahora te espero". Con eso, unos pocos del pueblo de Dios en la Tierra habían dado sus primeros pasos vacilantes hacia una verdadera reunión de la Iglesia!

El reverendo Sidoby Puree había abdicado en favor del Conductor celestial. ¿Funcionó? Bueno, dejemos que un tercero (Nick Jensen) describa lo que experimentó en una mañana de domingo ordinaria en South Chard.

El salón estaba repleto de personas que se abrazaban, reían, resplandecían y estaban felices. Nunca se habría pensado que este ruidoso lugar era el escenario de una reunión de "iglesia". Algunos estaban de pie, otros estaban sentados y otros parecían estar por todos lados, contando anécdotas o algo así.

Yo esperaba que el pastor o el líder del coro calmara a los juerguistas y anunciara el himno de apertura, pero a nadie parecía molestarle el desorden general, y nadie se puso al frente para anunciar nada. De repente, todos parecían haber asimilado por completo la presencia de los demás, cuando un silencio sagrado siguió a la feliz multitud y se escuchó un notable silencio no provocado después de los sonidos que parecían los de un mercado.

En ese momento, escuchamos la voz débil de una hermana anciana que, por su cuenta, comenzó a alabar con un himno en inglés que dice algo como esto: "Regocíjate alma mía, regocíjate alma mía; en la presencia del Señor hay gozo para siempre; regocíjate, regocíjate alma mía". Y tenga en cuenta que nadie la acompañó en su apertura, ¡ni siquiera el organista! Solo cuando inició su segunda ronda la acompañaron los demás, y apenas entonces escuchamos por primera vez el órgano, como diciendo: "Yo nunca comienzo, siempre sigo". Y esa actitud se mantuvo religiosamente durante todo el servicio.

Ahora, el coro que había comenzado tan débilmente, pronto creció progresivamente, estimulado por aplausos rítmicos y constantes. Nadie allí parecía tener ningún respeto por la costumbre pentecostal, universalmente aceptada, de repetir los coros una o dos veces como máximo.

Simplemente continuaron disfrutando de la presencia del Señor y repitieron "Regocíjate alma mía" tantas veces que perdí totalmente la cuenta. Todos parecían no prestar atención a la presencia de los otros adoradores, porque su alabanza visiblemente seguía la dirección exclusiva del Señor.

Cómo llegaron a poner fin a ese coro de apertura, realmente no lo sé, pero finalmente lo hicieron. Apenas habían terminado esto cuando una palabra profética vino del Cielo, sonora y poderosa, con la invitación del Señor a que Su pueblo disfrutara de Su presencia plenamente y, ¡qué plenitud!

Alabaron tanto himnos como coros de memoria, ya que no había libros de himnos, partituras de coros ni retroproyectores de ningún tipo. Para aprendérselos, simplemente usaban los medios primitivos de repetición. En la opinión de ellos (más tarde lo comprendí), los cancioneros y los proyectores los alejaban de la libertad de alabar y adorar. ¿Por qué? Porque con el uso constante de muletas, nunca se aprende a caminar y,

en este caso, la dependencia de textos representa un obstáculo serio para la completa libertad y entrega al Espíritu.

Estaban sentados en forma de mesa redonda con un espacio abierto bastante grande en el medio, y pronto entendería el motivo, con bastante asombro, porque en ese momento un joven bastante corpulento comenzó a danzar como si apenas pesara cincuenta kilogramos.

Muchos otros se le unieron, pero esta vez el coro debió repetirse unas 37 veces por lo menos, y el Cielo se volvió más real que la Tierra. Repetición no es una palabra correcta para describir eso. Más bien era una acumulación continua de alegría expresada en alabanzas y danzas.

Después de este jubileo, "estalló" un período de silencio, cuya duración no pude determinar, porque fue solo después de un buen tiempo que me di cuenta de que habíamos entrado en algo parecido a la eternidad, con niños y todo.

Con respecto a los niños, estaban sentados solos en los únicos asientos reservados del salón, desde donde tenían una mejor vista de las cosas que estaban ocurriendo. Aparte de eso, hacían lo mismo que los adultos y varias contribuciones vinieron de ellos. Nunca los apartaron a sesiones especiales de niños, probablemente porque los discursos previamente preparados, comúnmente conocidos como sermones, se evitaban a toda costa en las reuniones de la iglesia Chard.

Las profecías abundaban. También se leyeron las Escrituras y se compartieron breves testimonios o exhortaciones, de una manera bastante variada, pero ordenada.

La reunión terminó tan misteriosamente como comenzó, porque cuando cierto hermano había compartido algo de los profetas y se había vuelto a sentar, todos y cada uno se pusieron de pie, como cuando el séquito del canciller sale de una sala, y eso fue todo. La reunión había terminado. Porque el Conductor celestial había entregado Su maná celestial y se había "ido", entonces, ¿por qué quedarse por meros bocados terrestres? Y en ese momento, tampoco nadie fue invitado a decir una oración de cierre.

Mientras la reunión aún estaba en su curso, repetidamente me hice la pregunta: "¿Dónde están los líderes de este grupo de personas?" "¿Dónde están los que están a cargo?" Porque tales hombres estaban visiblemente ausentes, y esa característica era bastante perturbadora para un ex-luterano convertido en bautista, miembro activo de la purísima y carismática Fraternidad Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo.

Tuve conflictos respecto de este fenómeno durante bastante tiempo hasta que finalmente me di cuenta de que todo había sido meticulosamente "teledirigido" desde el Cielo, en todo momento. Yo, un cristiano bautizado en el Espíritu y estudioso de la Biblia por 26 años, tuve que reconocer que hasta un pagano total inmediatamente habría proclamado: "¡No hay cabezas humanas allí, Dios está entre ellos de verdad!"

Salí de la asamblea de South Chard visiblemente conmocionado hasta lo más profundo de mi ser, porque si eso era lo que Dios quería (y no me cabían dudas al respecto) entonces todos nosotros, sin excepción, éramos culpables de manipulación [en la iglesia]. Le dije: "Padre, por favor, dame una palabra de confirmación". Y aquí está lo que recibí, de entre todas las

posibilidades de las Escrituras Sagradas: "Entonces, hermanos, ¿qué podemos decir? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene…" (1 Co 14:26). Yo no pude sino proclamar: "La planta piloto de Dios se estableció y se puede encontrar en al menos un lugar en la Tierra, que no aparece en el mapa siquiera, pero es gloriosamente real de todos modos".

La única pregunta que aún rondaba por mi mente era: "¿Cuándo vamos a encontrar esa nueva planta en plural?" [Con esto él quiso decir: "¿Cuándo vamos a encontrar ese acontecimiento en toda la Tierra?"]

10.

VIVIENDO EN AMOR

Cuando Jesús caminaba físicamente sobre esta Tierra, les dio a Sus seguidores un nuevo mandamiento. Él les instruyó: "Que os améis unos a otros; como yo os he amado" (Jn 13:34). Hemos tocado brevemente en este tema en un capítulo anterior, pero aquí analizaremos extensamente lo que significa esta exhortación. Si bien esto puede parecer un mandamiento directo y bastante simple, en la práctica es algo que es humanamente imposible de hacer.

Puede ser fácil amar a otros que son atractivos, interesantes o agradables para nosotros. Es posible que podamos amar a los demás hasta cierto punto. Pero, amar, a todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo, tanto como Jesús los ama, está mucho, mucho más allá de nuestras capacidades humanas.

Parte del problema es que Dios parece seleccionar a muchos que no encajan bien con nuestras ideas de quién es digno de amor. Como mínimo, todos los que Jesús ama son pecadores. Más allá de esto, muchos de ellos tienen serios problemas y deficiencias. Otros tienen personalidades y disposiciones desagradables u ofensivas. Algunos tienen áreas de sus vidas que aún no han sido transformadas y, por eso, son vulnerables a la obra del enemigo de Dios.

Cuando deseamos caminar en amor, nos encontramos con estos y otros innumerables desafíos para el cumplimiento del simple mandato de Jesús de amarnos unos a otros. Cualquiera que en realidad haya tratado de amar a los demás, sin duda, ha entrado en contacto con algunos cristianos que parecen imposibles de amar.

Sin embargo, hay esperanza. Jesús no solo nos dio un mandamiento. Él también nos dio una nueva variedad de amor. Este nuevo amor se describe en el Nuevo Testamento con una palabra especial: ÁGAPE. Este amor no es algo que tengan los hombres naturales. No es algo que un mero ser humano pueda generar en su interior. Es un tipo especial de amor sobrenatural que solo Dios tiene y que llena Su corazón. De hecho, Él está tan lleno de este amor ÁGAPE, que la Biblia dice que "...Dios *es* amor [ÁGAPE]" (1 Jn 4:8). Esta palabra expresa Su naturaleza esencial.

Entonces, si decidimos obedecer el mandamiento de Jesús y amar a los demás, debemos recibir de Él este tipo de amor. Nuestro amor humano, natural, nunca podrá llegar a la meta. Solo el amor del propio Dios puede posiblemente alcanzar este requisito tan alto y noble.

Para obtener este amor sobrenatural, debemos caminar en continua comunión con nuestro Salvador. Ya que Él es su fuente, necesitamos mantenernos "conectados" a Él para poder recibirlo. Mientras mantenemos nuestra conexión espiritual con Él, hay disponible un suministro

interminable de este amor. Dado que Él es la fuente eterna e interminable de este amor, tenemos acceso a todo lo que podamos desear o necesitar.

Recibir este amor no es cosa de una sola vez. Tampoco es algo que obtenemos a través de una serie de experiencias especialmente "espirituales" y que luego siempre poseemos en nuestro interior. Para que nosotros, meros seres humanos, caminemos en amor, debemos también caminar en la intimidad diaria con la fuente de este amor, que es Dios mismo.

Este hecho es tan esencial que la Palabra de Dios nos dice que, si amamos a nuestros hermanos y hermanas en Cristo, esto es prueba de que realmente conocemos a Dios. Leemos en 1 Juan 4:7,8: "Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios [íntimamente]. El que no ama no ha conocido a Dios [íntimamente], porque Dios es amor".

Agregué la palabra "íntimamente" para ayudar al lector a comprender lo que se comunica aquí. La palabra griega para "conocer" aquí se puede usar para expresar las relaciones más íntimas, incluidas las que se dan entre un hombre y una mujer (Mt 1:25; Lc 1:34). El amor sobrenatural que necesitamos es algo que brota de una comunión íntima, personal y constante con nuestro Salvador.

Es obvio que hay muchos cristianos (personas verdaderamente convertidas) que no aman a los demás. Es dolorosamente evidente que muchos cristianos son egoístas, egocéntricos, inmaduros, groseros, bruscos, irritables y muchas otras cosas que demuestran que les falta el amor divino por sus hermanos. Desafortunadamente, esta es la condición de gran parte de la Iglesia en el mundo de hoy.

Aunque algunos insistan en que estas personas en realidad no pueden ser realmente "salvas", un análisis honesto y reflexivo de la situación nos lleva a creer que esta no es realmente la raíz del problema. Muchos han conocido a Jesús. Realmente han nacido de nuevo. Pero, lamentablemente, no están caminando en intimidad con Él. No caminan diariamente en el Espíritu. No entienden cómo tener comunión con Él continuamente. No disfrutan de la disponibilidad de Su presencia constante.

Debido a esta carencia, no suelen exhibir el amor sobrenatural de Jesús hacia los demás. Estos cristianos son simplemente bebés. No maduran lo suficiente espiritualmente para tener el suministro continuo del amor que necesitan. Los niños pequeños suelen ser egocéntricos. Casi nunca piensan en los demás, sino solo en sí mismos. Es casi imposible que un niño muestre un amor empático por los demás, ya que ellos mismos tienen muchas necesidades. Por la misma razón, estos no expresan el amor de Dios.

La evidencia de la verdadera madurez espiritual (la prueba de que conocemos a Dios íntimamente y que estamos caminando en comunión con Él) es el amor. Esta exhibición de amor es la única señal segura, la única evidencia observable de que tenemos una relación personal con Jesús.

Este amor es tan poderoso, que no solo podemos amar a los cristianos que son amistosos o agradables, sino también a aquellos que son difíciles de querer. Estando llenos del amor de Dios, podemos amar a los que no

son amables con nosotros, a los que se aprovechan de nosotros, a los que abusan de nuestros esfuerzos por ayudarlos y amarlos.

Podemos amar a los que no están de acuerdo con nosotros, a los que se oponen a nosotros y a los que pecan contra nosotros de diversas maneras. Podemos amar a los que nos ofenden; a los que nos piden prestado y nunca devuelven, a los que nos defraudan, a los que nos rechazan y a los que nos maltratan. Podemos amar a las personas más desagradables, si hay en nosotros el amor de Dios. Este amor, que tiene como fuente a Dios, es tan poderoso y sobrehumano que, estando llenos de él, podemos amar incluso a nuestros enemigos (Mt 5:44).

EL AMOR EN LA IGLESIA

Aquí en este libro hemos estado hablando acerca de la experiencia de la única Iglesia verdadera. La clave de esta experiencia es caminar en intimidad con Dios y ser guiados por nuestra verdadera Cabeza, Jesucristo. Dado que esta comunión con Dios es la fuente de la verdadera Iglesia, es lógico suponer que aquellos que están consiguiendo vivir la verdadera experiencia de la Iglesia también estarán llenos de amor.

Aquí encontramos un hecho importante: Aquellos que verdaderamente estén disfrutando de la realidad espiritual de la Iglesia serán hombres y mujeres llenos del amor divino. Lo que podemos concluir entonces es que la manifestación de este amor es la prueba de la autenticidad de nuestra experiencia de Iglesia. Si estamos llenos de amor unos por otros, esto demuestra que estamos logrando disfrutar de la única Iglesia verdadera. La expresión evidente del amor de Dios es el testimonio de que lo que estamos haciendo es obra de Dios.

Los cristianos que logren caminar juntos en comunión con Dios y entre sí, manifestarán este amor. Esta es una señal segura de que están disfrutando de la única Iglesia verdadera. Esta es una indicación confiable de que lo que están viviendo es genuino. Este amor no es algo que el hombre pueda producir. Su origen es únicamente divino. Por lo tanto, cuando está en evidencia, puede estar seguro de que Dios está haciendo Su obra entre aquellos que están manifestando este amor.

VERSÍCULOS DEL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento está lleno de exhortaciones para que caminemos en amor. Puede ser la exhortación más común del Nuevo Pacto. Ya hemos declarado el mandato de Jesús de que nos amemos unos a otros. A medida que leemos, encontramos más consejos, exhortaciones y ejemplos similares.

Leemos: "Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros" (Ro 12:10). "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros, pues el que ama al prójimo ha cumplido la Ley" (Ro 13:8). "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Ro 13:9). "El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor"

(Ro 13:10, 11). "Seguid el amor y procurad los dones espirituales" (1 Co 14:1).

Aprendemos también: "Todas vuestras cosas sean hechas con amor" (1 Co 16:14). "Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros" (Gál 5:13); "… con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor" (Ef 4:2). "... recibe su crecimiento para ir edificándose en amor" (Ef 4:16). "…Y andad en amor, como también Cristo nos amó..." (Ef 5:2).

También, se nos exhorta a lo siguiente: "Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión" (Flp 1:9); "… completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa" (Flp 2:2); "Lucho para que sean consolados sus corazones y para que, unidos en amor…" (Col 2:2); "Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto" (Col 3:14); "Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos..." (1 Tes 3:12).

Además, se nos aconseja lo siguiente: "Acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros" (1 Tes 4:9). "El propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, de buena conciencia y fe no fingida" (1 Tim 1:5). "Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras" (Heb 10:24). "Permanezca el amor fraternal" (Heb 13:1). "Al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu, habéis purificado vuestras almas para el amor fraternal no fingido. Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro" (1 Pe 1:22).

Resumiendo, se nos enseña lo siguiente: "En fin, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables" (1 Pe 3:8). "Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubrirá multitud de pecados" (1 Pe 4:8). "Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios" (1 Jn 4:7).

Los párrafos anteriores no son, de ninguna manera, una lista completa de todos los versículos del Nuevo Testamento que nos alientan hacia el amor ÁGAPE. Sin embargo, seguramente son suficientes para mostrar que la manifestación del amor divino está en el mismo centro del mensaje del Evangelio. Es una expresión del corazón mismo de Dios.

En capítulos anteriores, hemos estudiado muchas de las diferentes formas y métodos que usan los hombres para tratar de mantener unida una "iglesia". Hay innumerables artificios que las personas usan para intentar que los cristianos se sigan unos a otros o sigan a un grupo. Cuando el hombre inicia cualquier trabajo para formar un grupo de cristianos, siempre es necesario que se usen medios humanos para mantener unido a ese grupo.

Pero, como también hemos visto, el verdadero pegamento que debe mantener unido el cuerpo de Cristo es este amor sobrenatural. El verdadero vínculo del cristianismo es el amor (Col 3:14). Es el amor de Dios lo que llena nuestros corazones y nos hace servirles a los hermanos, tener comunión con ellos y encontrarnos con ellos.

Es cuando andamos "en luz", que tenemos una genuina "comunión unos con otros" (1 Jn 1:7). "Estar en luz" implica tener una intimidad constante y transparente con Dios. Esta intimidad, entonces, produce el fruto del amor en nuestras vidas. El resultado de este fruto es la expresión de la Iglesia viva, la morada del Dios Altísimo.

MUCHOS DESAFÍOS

Cuando decidimos caminar en amor, encontramos muchos desafíos. Nuestro compromiso con el amor se pondrá a prueba una y otra vez, de muchas maneras diferentes, durante muchos años. Mientras caminamos con el Señor, experimentaremos una variedad de circunstancias y encontraremos una gran cantidad de cristianos con todo tipo de personalidades, pecados, debilidades, fracasos y problemas.

Estos queridos hermanos y hermanas impactarán nuestras vidas de una manera que tal vez nunca hayamos soñado. Algunos cristianos podrían aprovecharse financieramente de nosotros; podrían engañarnos para sacarnos algo de dinero; algunos podrían robarnos; podrían pedirnos prestado y nunca devolvernos el dinero; incluso podrían pedirnos algo de dinero "para la obra de Dios" y, luego, gastárselo en sí mismos.

Otros podrían aprovecharse emocionalmente de otros, tal vez cautivando románticamente sus corazones, saliendo con ellos y, luego, dejándolos. Algunos podrían casarse con otros y, luego, ser infieles, romper el pacto matrimonial y llegar a un divorcio. Es posible que calumnien a otros cristianos, los maltraten y difundan rumores falsos sobre ellos.

Cuando intente servirle a Dios, otras personas podrían malentenderlo a usted y sus motivos. Podrían criticarlo, ridiculizarlo e incluso odiarlo. Los hermanos y hermanas con los que pensaba que tenía una buena relación podrían volverse en su contra. También podrían trabajar para poner a otros en su contra. Las mismas personas en las que confiaba y a las que les abrió su corazón podrían traicionarlo.

Los líderes cristianos a quienes usted respeta pueden atarlo a sus programas y obras. Incluso pueden engañarlo para que tenga una relación sexual ilícita o instarlo a hacer algo ilegal para ayudarlos. Algunos pueden rechazarlo y hasta expulsarlo de su grupo si, por ejemplo, usted no está de acuerdo con ellos en algunas doctrinas o prácticas.

La cantidad de formas en que los cristianos pueden pecar unos contra otros es infinita. Estos pensamientos solo pretenden dar un pequeño ejemplo de lo que puede ocurrir y ocurre cuando nos relacionamos con otras personas.

Entonces, ¿cómo podemos continuar viviendo en amor? ¿Cómo podemos superar el trauma emocional y el dolor causados por tantos cristianos con quienes nos relacionamos en nuestras vidas? ¿Cuál es la solución de Dios para la angustia, el dolor en el corazón, la aflicción y el sufrimiento que sentimos cuando tratamos de caminar en comunión con los demás? ¿Cómo podemos seguir viviendo en amor? Esta es una pregunta esencial que todo cristiano necesita saber responder.

EL REMEDIO MÁS PODEROSO

En nuestra lucha por superar el dolor y la decepción, que inevitablemente encontraremos en nuestras relaciones con otros cristianos, Dios ha puesto a nuestra disposición una medicina muy poderosa. Es un tipo de remedio que es lo suficientemente poderoso como para tratar el peor tipo de dolor emocional. Es un reconstituyente que puede sanar nuestro hombre interior de maneras que podríamos pensar que son imposibles.

Esta medicina espiritual se llama "perdón". Cuando otros nos hieren, sea cual sea la forma o el medio, esto suele producir diversas reacciones emocionales. Primero, sentimos dolor. Luego, tendemos a enojarnos. Es natural comenzar a querer devolver el golpe a esa persona, física o verbalmente, o tratar de lastimarla de una manera indirecta.

Una técnica común es querer contarles a los demás cómo esa otra persona nos maltrató o lastimó, con la intención de poner a los demás en contra del agresor y, por lo tanto, obtener algún sentido de represalia o ganar algo de simpatía.

Es común que este dolor siga obrando en nuestro corazón por mucho tiempo, incluso muchos años. Esto da lugar al resentimiento, a la amargura y, a menudo, al deseo de venganza. ¿Cuántas veces han orado los cristianos a su Padre Celestial para que juzgue, golpee, hiera o incluso mate a otro cristiano por lo que le han hecho? Obviamente, esto no es lo que se conoce como "andar en amor".

La solución para todas estas reacciones tan humanas es el perdón. Así es, necesitamos perdonar al agresor. Nuestro perdón sanará nuestro hombre interior; calmará nuestras emociones; quitará la amargura, la ira y la contienda. Nuestro perdón liberador por la otra persona que nos ofendió, en realidad, resultará ser la mejor ayuda que podamos obtener. Hará mucho más por nosotros de lo que podríamos imaginar.

Perdonar a alguien puede parecer como hacer algo por ellos, pero, en realidad, hará mucho más por nosotros; nos traerá una curación emocional que no podríamos lograr de ninguna otra manera.

El perdón genuino nos libera de la esclavitud de nosotros mismos a nuestra vieja naturaleza; de nuestros preciosos sentimientos; de nuestros "derechos" otorgados por Dios; y de nuestra disposición natural. Renovará nuestro amor por Dios y por otras personas; traerá un bálsamo sobrenatural que tratará nuestras heridas, para que ya no las notemos tanto; nos liberará de nuestro "yo", que es realmente parte de la vieja creatura y necesita desesperadamente ser negado y morir.

El perdón es uno de los grandes secretos del cristianismo exitoso. Sin él, nunca lograremos caminar en una intimidad continua con Jesús. Dios ama el perdón; es parte de Su naturaleza. Él envió a Su único Hijo para morir en nuestro lugar, para perdonarnos y, luego, salvarnos. Por lo tanto, para permanecer en una buena comunión con Él, debemos convertirnos también en perdonadores.

Jesús nos enseña: "Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los cielos os

perdone a vosotros vuestras ofensas" (Mc 11:25). La expresión "cuando estéis orando" indica que estamos intentando entrar en la presencia de Dios. En ese momento, no debemos guardarle rencor a nuestro hermano. Si lo hacemos, esto obstaculizará nuestra relación con nuestro Salvador que perdona. Nos resultará difícil entrar y permanecer en la presencia de Jesús. Ya que Él murió para perdonar a esta persona, entonces nosotros también debemos perdonarla. Vivir en tal actitud de perdón nos ayudará en nuestra búsqueda de vivir en la única Iglesia verdadera, que está en la presencia del Dios Perdonador.

También aprendemos que perdonar a los demás es un requisito previo para recibir nuestro propio perdón. Jesús dice: "porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas" (Mc 11:26). Si continuamos exigiendo "justicia" y nos negamos a perdonar a los demás, también recibiremos la verdadera justicia.

Sin embargo, nadie que tenga alguna comprensión de su propio pecado realmente querría tal justicia para sí mismo. Si queremos que los demás obtengan lo que se merecen, nosotros también obtendremos lo que verdaderamente merecemos. Por su propio bien, yo lo insto a que no busque esto.

Además, se nos enseña que, si no perdonamos, esto causará un tormento personal y una especie de prisión emocional, o incluso física. Tal vez valga la pena dedicar tiempo a examinar una parábola que Jesús enseñó, en respuesta a una pregunta de Pedro, que nos enseña esta verdad.

*

"Entonces se le acercó Pedro y le dijo: —Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?

Jesús le dijo: —No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete. Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Cuando comenzó a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderlo, junto con su mujer e hijos y todo lo que tenía, para que se le pagara la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba diciendo: «Señor, ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo.» El señor de aquel siervo, movido a misericordia, lo soltó y le perdonó la deuda.

Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios; y agarrándolo, lo ahogaba, diciendo: «Págame lo que me debes.» Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: «Ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo.» Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que pagara la deuda. Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándolo su señor, le dijo: «Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?» Entonces su señor, enojado, lo entregó a los verdugos

hasta que pagara todo lo que le debía. ***Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas."*** *(Mt 18:21-35).*

La falta de perdón nos traerá problemas con Dios. Si no perdonamos, Él promete entregarnos a los "verdugos" para que nos lleven a la prisión. Esto significa que, a medida que pasa el tiempo, nos encontraremos en cautiverio espiritual e incluso en un intenso dolor emocional o corporal.

Perdonar a los demás nos dará alivio, no solo de nuestro sufrimiento emocional, sino también de muchas otras dolencias, posiblemente incluso físicas, que nos esclavizan. Traerá curación emocional y física. También nos liberará de lo que somos y nos transformará a la imagen de Cristo. Restaurará nuestra relación con Dios.

Es interesante notar que no es el agresor el que será disciplinado por Dios. En cambio, es la víctima, quien se negó a perdonar. Tal vez, a nuestro modo de pensar, el que ofende es el más merecedor de castigo, pero en el corazón de nuestro Padre, negarse a perdonar parece ser aún más digno de juicio.

Cuando no perdonamos a nuestros hermanos y hermanas cuando pecan contra nosotros, no solo sufrimos individualmente, sino que causamos una ruptura en la unidad del cuerpo. Es una gran mancha en el vestido de la novia de Cristo. Nuestra falta de perdón destruye la comunión inherente a la experiencia de la Iglesia verdadera. Tal fracaso puede contagiársele rápidamente a los demás si "compartimos" nuestros problemas con ellos, y tratamos de que se pongan de nuestro lado en cualquier dificultad.

CUANDO UN HERMANO PECA CONTRA NOSOTROS

La enseñanza bíblica es bastante clara. Cuando un hermano o una hermana peca contra nosotros, debemos acudir a esa persona y confrontarla en privado acerca de su ofensa (Mt 18:15). Esto significa que no debemos decirles a todos los demás. No debemos compartir nuestros problemas con todos los demás en primer lugar. La ofensa debe permanecer entre nosotros.

Si la persona se niega a escuchar nuestra queja, se nos permite acudir a otra persona para que nos ayude a explicarle el problema al infractor. Si todavía se niega a escuchar, entonces, y solo entonces, se nos permite decírselo a la iglesia (Mt 18:17), para que el cuerpo en su conjunto pueda echar una mano para resolver cualquier conflicto.

Solo si la persona rechaza el testimonio de toda la iglesia colectivamente se nos permite limitar el contacto con esa persona. Sin embargo, esto no significa que no debamos perdonarla. Incluso si no está dispuesta a reconocer su pecado, nunca deberíamos estar atados por la falta de perdón.

Tal falta de perdón envenenará nuestra propia alma y retardará nuestro progreso espiritual. Aunque es posible que no disfrutemos con esa persona de la misma comunión espiritual que teníamos anteriormente, nunca

debemos permitir que la falta de perdón obstaculice nuestra relación con Jesús y nuestro desarrollo espiritual.

Sabrá que ha perdonado genuinamente a alguien cuando pueda hablar de esa persona con los demás sin expresar ira o amargura. Sabrá que es libre cuando pueda conversar amorosamente sobre alguien o alguna situación pasada sin que se ponga de mal humor y se note en su tono y actitud. Puede estar seguro de que es libre cuando pueda amar a esa otra persona con un corazón puro.

El perdón puede no hacérsele fácil. Es posible que no experimente una gran ola de emoción que lo impulse a perdonar. Sin embargo, el perdón se basa en una simple decisión. Debemos decidir obedecer a Dios y perdonar. Una vez que guiamos nuestra voluntad hacia esta dirección, seguirá el suministro sobrenatural de Dios. Su gracia nos ayudará una vez que hayamos elegido Su camino.

Puede ser que necesitemos perdonar a alguien una y otra vez. Puede ser que solo poco a poco nos liberemos de nuestros sentimientos heridos. Puede ser muy difícil para nosotros abrir nuestros corazones y dejar ir nuestro dolor. Pero, a medida que tomamos esta decisión, quizás más y más profunda cada vez, el amor de Dios llenará el vacío que alguna vez fue solo heridas emocionales.

Muy a menudo, las personas se aferran a sus heridas, usándolas para tratar de fortalecer una barrera emocional endeble que han erigido para intentar protegerse de daños futuros. Se aferran a sus sentimientos heridos, con la esperanza de que la otra persona se sienta mal, que de alguna manera puedan castigarla de esta manera; o que, al permanecer cerradas emocionalmente, estarán más seguras. Todo esto es simple estupidez humana. Tal gimnasia emocional de ninguna manera nos protegerá ni resolverá el problema. La única solución está en Jesús. Debemos perdonar a los demás como Él nos ha perdonado a nosotros. Esta es Su única y maravillosa cura para todo dolor emocional, amargura e ira. Será muy feliz cuando Lo obedezca.

En este contexto, algo que muchos parecen pasar por alto es que Dios usa las cosas que nos suceden para nuestro propio bien. Él ha permitido que sucedan ciertas cosas en nuestras vidas. Quizá a nosotros nos parezcan terribles, pero desde Su punto de vista, Él ve áreas de nuestra alma que necesitan ser transformadas.

Tal vez sea nuestro temperamento. Tal vez sea nuestro egoísmo y egocentrismo. Posiblemente tengamos áreas de pecado que pensamos que estamos escondiendo de Él o de nosotros mismos. No puedo imaginar todas las diferentes posibilidades aquí. Pero hay una cosa que es abundantemente verdadera: Dios está usando todas nuestras circunstancias para nuestro propio bien (Ro 8:28).

Cuando aprendamos a obedecerlo al enfrentar situaciones y dolores, ganaremos enormemente. Ya no seremos la misma persona natural que éramos antes. Cuando aprenda a perdonarlo todo en el nombre de Jesús, algún día Lo adorará por la obra que ha hecho en su vida a través de estos eventos que, en un momento, parecían algo del infierno. Le agradecerá por ser lo suficientemente misericordioso para permitirte tener estas experiencias, viendo cuánto de Su naturaleza adquirió a través de ellas.

EL OTRO LADO

También hay otro aspecto de la cuestión del perdón. ¿Qué pasa con aquellos que han cometido un pecado o una ofensa? Si estamos caminando en la luz de Dios, debemos volvernos cada vez más sensibles a cuándo y cómo hemos ofendido a los demás. Si una palabra u obra nuestra no se hace con amor, deberíamos tener la convicción de pecado en nuestra conciencia. Debido a nuestra intimidad con Jesús, Su Espíritu preocupará nuestra conciencia hasta que admitamos nuestra culpa y nos arrepintamos ante Dios y ante aquellos a quienes hemos lastimado.

Esta voluntad de responder a la sensación de nuestra conciencia de haber obrado mal es un elemento esencial para una caminata verdaderamente espiritual. Cuando nos negamos a reconocer nuestro error; cuando nos resistimos al hablar del Espíritu Santo en nuestro espíritu y cuando endurecemos nuestro corazón respecto de la necesidad del arrepentimiento, comenzamos a dañar nuestra relación con nuestro Señor.

Para admitir el pecado, debemos humillarnos. Para arrepentirnos ante nuestros hermanos o hermanas a quienes hemos ofendido, hace falta revelar nuestras debilidades y errores. Cuando somos demasiado orgullosos o tercos para hacer esto y más bien insistimos en que hicimos lo correcto en cualquier situación, comenzamos a perder nuestra intimidad con Dios. Cuando solo nos justificamos y ponemos excusas por nuestras acciones y palabras, esto revela nuestra falta de humildad y mansedumbre.

Estas actitudes de orgullo y autojustificación obran para excluirnos de la presencia de Dios. Él se apartará de las personas que se aferran a tales disposiciones y las expresan. "Dios resiste a los soberbios…" (Sant 4:6). Esto significa que, cuando nos negamos a humillarnos, Él se resistirá a nuestros esfuerzos por entrar en Su presencia. Será difícil encontrarlo y encontrar Sus respuestas a nuestras necesidades. Su gracia para soportar muchas situaciones se volverá escasa y nuestras vidas se volverán cada vez más difíciles de soportar.

Esta pérdida de comunión con Él significa que ya no nos resulta fácil caminar en el Espíritu. Sin ese elemento esencial, comenzamos a perder la experiencia de la Iglesia verdadera, que solo se encuentra en el Espíritu Santo. El resultado inevitable de tal endurecimiento de nuestros corazones es que comenzaremos a caminar más con el alma, dejándonos motivar por el hombre natural. La autojustificación en cualquier situación en la que hayamos lastimado a otra persona solo hará que perdamos la alegría y la comunión.

En muchas situaciones, ambas partes conectadas a cualquier pecado, disputa o malentendido pueden haber cometido un error. Puede ser que ninguno de los involucrados haya actuado completamente en amor. En consecuencia, todos deben arrepentirse y pedirles perdón a los demás. El hecho de que alguien más haya pecado contra usted no lo exime de su culpa de haber pecado contra esa persona también. Quizás también tenga algo por lo que pedir perdón en cualquier situación dada.

Demasiadas veces las personas se excusan de sus pecados señalando los errores de los demás. Tales excusas pueden servir para justificarnos en nuestras propias mentes, pero no sirven para justificarnos ante Dios.

Puede ser que en alguna u otra situación, alguien haya pecado contra usted y usted haya reaccionado pecando contra esa persona. Posiblemente, la otra persona se niegue a admitir su error. Esto no lo libra a usted de culpa. No se le permite esperar hasta que la otra persona vea sus fallas primero. Para mantener su relación espiritual con Cristo, debe humillarse y arrepentirse ante Dios y la otra persona, incluso si la otra insiste en que tiene razón. El pecado de la otra persona contra usted nunca excusará su error contra la otra persona. Además, es posible que la humillación de usted ayude a la otra persona a hacer lo mismo.

Estas dos cosas: el no perdonar, y el no admitir la culpa y pedir perdón, afectarán su disfrute y participación en la única Iglesia verdadera. Si tales pecados no se tratan, interrumpirán su comunión con Dios y con otros cristianos. Con el paso del tiempo, su falta de obediencia lo relegará a una posición fuera de la intimidad de la Iglesia verdadera y a una vida que es mayormente gobernada por el alma, en lugar de por el Espíritu.

SERVIRLES A LOS DEMÁS

Cuando Jesús vino a esta Tierra, vino con un propósito específico. Vino a servirles a los demás. Su objetivo no era servirse a sí mismo, o que otros le sirvieran, sino dedicar Su vida a ministrar a las necesidades de los demás. Su gran amor por la humanidad lo impulsó a este estilo de vida.

Después de que Jesús comenzó Su ministerio, todas Sus horas de vigilia estuvieron involucradas en este servicio. Adónde iba, a quién le hablaba, el tema de Sus oraciones, si comía o dormía, etc., toda Su vida estaba dedicada a satisfacer las necesidades de los demás. Por lo tanto, es evidente que, cuando caminamos en Su amor, toda nuestra vida también estará dedicada a servirles a los demás.

Este es un punto muy importante. Esta es la hora de la verdad en nuestra vida cristiana. Si estamos caminando en amor, entonces habrá alguna evidencia de esto en nuestras actividades. Será obvio para todos los que nos rodean que estamos comprometidos a servirle a Jesús, sirviéndole a Su cuerpo.

El servicio al cuerpo de Cristo puede tomar muchas formas. Por lo general, está relacionado con el ejercicio de nuestros dones espirituales. De hecho, Dios les ha dado a todos los cristianos uno o varios dones con este mismo propósito: que se sirvan unos a otros. Debemos usar las habilidades espirituales que Jesús nos ha dado para beneficiar a otros cristianos e incluso a las personas que aún no Lo conocen.

Puede ser que pasemos mucho tiempo en oración por las necesidades de los demás; o es posible que Dios nos haya llamado a enfocarnos en satisfacer las necesidades físicas de alguien; o quizás estamos ungidos para enseñar, para aconsejar o profetizar; o posiblemente tengamos un don de sanidad o milagros; o es concebible que contribuir financieramente sea nuestro enfoque principal. La variedad de formas en que Dios puede llamarnos a cada uno de nosotros para servir es infinita. Es imposible nombrarlas todas.

Pero, una cosa está muy clara: Nadie está llamado a no hacer nada. Ningún miembro del cuerpo de Cristo es libre de limitarse a servirse a sí

mismo y servirle a su propia familia. Dios requiere que todos y cada uno usen su tiempo y sus talentos para servirles a los demás. De la misma manera en que Jesús hizo del servicio a los demás Su enfoque, Su meta y la ambición de Su vida, nosotros también debemos dedicarnos a ministrarles a los demás. Esta es la verdadera expresión del amor divino, el amor ÁGAPE.

EL AMOR Y LA CRUZ

Tal devoción por los demás no es natural. No es algo en lo que el alma caída se deleite. Entonces, cuando comenzamos a hablar sobre el amor y el servicio, la cruz de Jesús entra en escena. Para vivir una vida de servicio, debemos negarnos a nosotros mismos. Tendrán que morir nuestros propios deseos, placeres y necesidades. Esto requerirá la muerte de nuestra antigua vida y naturaleza, para que la vida y la naturaleza de Cristo puedan predominar.

Cuando Jesús caminó sobre esta Tierra, Él tenía un destino final: la cruz. Él vino a servirnos, y Su dedicación para este servicio fue tan extrema que Él estaba dispuesto a morir por nosotros y preparado para ello. Esta voluntad de morir fue la máxima expresión de Su amor. Entonces, cuando estemos dispuestos a vivir Su Vida y servirle a Su cuerpo, este se convertirá también en nuestro destino.

En 1 Juan 3:16, leemos: "*En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos".* Para amar con el amor de Jesús, también debemos dar nuestras propias vidas. Nuestro ser debe morir. Debemos renunciar a nuestros derechos de vivir y servirnos a nosotros mismos. Debemos abdicar de nuestros derechos de vivir para nosotros y de servirnos solamente a nosotros mismos. En cambio, debemos usar el tiempo, la energía, el dinero, los dones y la atención que tenemos para ministrarles a Jesucristo a los demás.

Este es el verdadero cristianismo. De hecho, es el único cristianismo verdadero. La negación de nuestro ego, la renuncia a nuestros "derechos" y un estilo de vida altruista son el resultado del amor divino. El amor de Dios dentro de nosotros nos impulsará a dejar de lado nuestros propios intereses y placeres, y a usar nuestros recursos y energía para bendecir los demás.

Su amor hará que usemos todo lo que Él nos ha dado gratuitamente no para complacer nuestros deseos carnales, sino como herramientas para servirles a los demás. Una vez más, no debemos usar la libertad que Él nos ha dado para servirnos a nosotros mismos, sino que debemos servirnos "por amor los unos a los otros" (Gál 5:13).

Los que caminan en amor buscarán todas las oportunidades para servirles a los demás. Estarán atentos al Espíritu Santo y a los que les rodean, buscando cómo y cuándo Jesús quiere que les sean útiles a los demás. Puesto que su vida está dedicada a esto, puesto que es su meta y su objetivo, serán cada vez más sensibles a los impulsos del Espíritu Santo para estar al servicio de Su reino (1 Jn 4:16).

Debemos tener claro aquí que este servicio es algo que está dirigido por nuestra Cabeza espiritual. Esto no es simplemente una exigencia legal. Como con todos los demás aspectos del cuerpo de Cristo, esta parte también debe ser espiritual. Esto significa que nuestro servicio debe ser dirigido y realizado a través del Espíritu Santo. Simplemente esforzarse más por ser una especie de sirviente no será suficiente. Debemos aprender a vivir en el Espíritu y por el Espíritu para que Él nos dirija, de manera que nuestra vida y nuestro servicio tengan un valor eterno.

Por supuesto, el servicio no es algo que se espera de los bebés. De hecho, la falta de dedicación al servicio de los demás revela que una persona todavía está en la infancia espiritual. Cuando servirles a los demás no es nuestro enfoque y deleite, esto muestra que no hemos progresado mucho espiritualmente. A medida que maduramos en Cristo, nuestros deseos reflejarán cada vez más los Suyos. Nuestro corazón expresará cada vez más el Suyo. Entonces, cualquier falta de devoción al cuerpo de Cristo, simplemente expone que también necesitamos mucha más madurez espiritual.

Naturalmente, nuestro "ministerio" crecerá junto con nuestro hombre espiritual. Cuanto más crezcamos, más eficaz será nuestro servicio. Cuando maduramos, sentimos más fácilmente cómo y cuándo le gustaría a Jesús que sirviéramos. Además, nuestro servicio se vuelve mucho más eficaz, ya que está cada vez más en sintonía con la voluntad del Padre celestial.

Vale la pena señalar aquí que no recibimos dones espirituales para que impresionemos a otros ni para que nos vean y oigan. No recibimos dones para poder atraer seguidores, ni para parecer más espirituales ni para levantarnos en la Iglesia de una manera que comience a requerir que otros nos sirvan. No recibimos nuestros "ministerios" para que los usemos como un medio para exaltarnos a nosotros mismos.

Un sirviente o un esclavo, en cualquier hogar, ocupa una posición humilde. Su función es hacerles la vida más fácil y mejor a los demás. Cada vez que alguien usa lo que Dios le ha dado para servirse a sí mismo, es una señal segura de inmadurez espiritual. Es una indicación segura de que esa persona no está caminando en intimidad con Jesús, quien vino para ser el servidor de todos.

Una vez, un hermano dijo: "Todo ministerio fue dado para atender una necesidad. Pero no la necesidad del ministro de que lo vean y oigan".

EL AMOR ES...

El amor es la naturaleza de Dios. Por lo tanto, la expresión genuina de este amor tiene ciertas características que reflejan esta naturaleza divina. Hay un cierto "sabor" o "aroma" en alguien que camina en un amor sobrenatural que quizás sea muy difícil de definir, pero es muy real. Hay en ellos algo que es una exhibición de la divinidad de Cristo.

Pablo, en su primera carta a los Corintios, detalla muchas de estas características para que podamos identificarlas. No solo podemos reconocerlas en los demás, sino que podemos usar estos detalles para evaluar nuestras propias vidas. A partir de estos versículos, podemos

examinar nuestras vidas para ver qué tanto o qué tan poco de la naturaleza de Dios estamos exhibiendo. Cada una de estas características define un aspecto de la naturaleza de Cristo que debería estar en evidencia en cada uno de nosotros.

Para empezar, leemos que: "El amor es sufrido, es benigno" (1 Co 13:4). En nuestro caminar con el Señor, encontraremos muchas situaciones que nos harán sufrir, a veces mucho. Muchas de estas ocasiones son causadas por otras personas. Es muy fácil, cuando alguien nos está causando dolor, tener una reacción desagradable. Esto es especialmente cierto cuando este sufrimiento continúa por un tiempo prolongado. Quizás este tiempo sea un año, dos años, diez años o incluso treinta años.

En tales situaciones, el amor de Dios sufre con paciencia y continúa siendo bondadoso con la otra persona que está causando nuestro dolor. El amor humano nunca puede hacer esto. Se agota, y se suele agotar rápidamente. Pero el amor sobrenatural de Dios sigue amando y siendo bondadoso, incluso cuando se enfrenta a un sufrimiento prolongado. Su amor es el único amor que se comporta de esta manera.

Puede que su sufrimiento no sea causado por nadie más. Tal vez esté enfermo o tenga dolor. Pero la expresión de amabilidad aún debe ser suya. Si nos volvemos malhumorados, impacientes y difíciles a causa de nuestro dolor, demostramos que necesitamos mucha más intimidad con la fuente del verdadero amor, que es Jesús.

Se nos dice que: "el amor no tiene envidia" (1 Co 13:4). Ya que Jesús es muy humilde, Su naturaleza en nosotros es no ser envidiosos cuando otros tienen más que nosotros. A los que están llenos de Su Vida no les importa si otra persona tiene más dinero o bienes mundanos. No se sienten frustrados cuando otros tienen éxito y ellos no. No se esfuerzan por tener tanto como otra persona o más.

No se preocupan cuando notan más a otra persona, cuando Dios la usa más, la halagan más o la reconocen más. No se amargan cuando otros se benefician y ellos no. Su alegría es ver que alguien más está siendo bendecido, porque sus corazones están latiendo en armonía con su Creador.

Aprendemos que "el amor no es jactancioso o no se exhibe, no se envanece" (1 Co 13:4). Esto significa que aquellos que caminan en el amor de Dios no buscan reconocimiento. No están orgullosos de lo que tienen en términos de cosas materiales; no se sienten superiores debido a su inteligencia, belleza física u otras ventajas humanas; no son arrogantes debido a sus dones espirituales o las formas en que Dios los está usando. Estas personas no buscan oportunidades para que las vean y escuchen ni quieren impresionar a los demás de ninguna manera. En cambio, el sabor de la verdadera humildad impregna sus vidas y sus ministerios.

Además, el amor "no hace nada indebido, no busca lo suyo" (1 Co 13:5). El amor de Dios no es agresivo. No está exigiendo "sus derechos" en ninguna situación dada. Los que están llenos de tal amor no son ofensivos con los demás, insistiendo en que sus métodos y deseos son los correctos y deben cumplirse; no exigen que sus ideas y opiniones sean las únicas correctas; no usan a otros para su propio beneficio; ni buscan

satisfacerse a sí mismos en ninguna situación, sino que se aseguran de que los demás sean bendecidos.

Los que andan en amor no se irritan fácilmente (1 Co 13:5). No se ofenden fácilmente. Cuando los maltratan, ignoran, malinterpretan o cuando alguien peca contra ellos, no se irritan ni se enojan instantáneamente. Como son humildes, su ego no se siente herido.

Estas personas verdaderamente amorosas no reaccionan humanamente a la provocación. No intentan tomar represalias cuando otros los maltratan o los lastiman. En cambio, con los ojos del Espíritu, estas personas ven más allá de su situación aparente y sienten el corazón amoroso de Dios por estas personas que los tratan mal. Las personas llenas del amor de Dios son muy inocentes y hasta algo ingenuas, sin malicia.

Están viviendo un amor que "… no piensa en el mal…" (1 Co 13:5). No se apresuran a imputarles motivos erróneos a los demás; no pierden el tiempo juzgando los pensamientos o las intenciones ajenas; no pierden el tiempo imaginando que los demás piensan mal de ellos, ni imputándoles diversos pecados a los demás. Verdaderamente tienen una actitud pura, una especie de "santa inocencia" hacia el mal que impregna la vida de quien camina en el amor.

Obviamente, el amor "no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad" (1 Co 13:6). Las personas que realmente aman no son felices cuando alguien cae y peca. Cuando les suceden cosas malas a los que se les oponen y han hecho cosas para dañarlos, esto no los alegra. No les complace ver que esa persona "finalmente" obtuvo lo que se merecía.

En cambio, oran por sus enemigos. Su amor por ellos no les permite disfrutar del dolor, la dificultad y el fracaso de otros que los han maltratado. Se alegran cuando ven a otros crecer espiritualmente y se regocijan cuando otros son iluminados y bendecidos. Se alegran cuando la obra de Dios avanza y las tinieblas son derrotadas. No se alegran cuando a otros les suceden cosas malas, sino cuando otros son llevados a una mayor intimidad con Dios.

El amor "… todo lo soporta" (1 Co 13:7). Los cristianos que están llenos del amor de Dios tendrán una tolerancia sobrenatural. No se dan por vencidos con otras personas fácilmente. Una cosa me ha quedado bastante clara después de muchos años. Es que, a los ojos de Dios, las personas no son desechables. No somos libres de simplemente deshacernos de las personas que no nos gustan o que nos ofenden.

Es inevitable que, en nuestro caminar con el Señor y nuestro contacto con otros en Su cuerpo, ocurran muchos problemas. Las personas pecarán, se equivocarán, podrían hacer o decir cosas que nos hieran, posiblemente, de manera muy profunda. Pero a pesar de todo esto, no somos libres de simplemente descartarlos. El amor "soporta todas las cosas".

Es muy fácil que perdamos la fe en relación a nuestra propia situación y en la condición de los demás. Sin embargo, Pablo nos enseña que el amor "… todo lo cree…" (1 Co 13:7). Podemos estar seguros de que, cuando Dios comienza un proyecto, Él tiene la intención de terminarlo. Cuando Él entra en la vida de una persona, ya sabe lo que hará para cumplir Sus propósitos. Por lo tanto, cuando estemos caminando en

intimidad con Dios, sentiremos Su eterna perseverancia. Recibiremos fe de Él para seguir creyendo que Su voluntad se cumplirá.

Esta fe que Dios da genera en nosotros una esperanza (1 Co 13:7). Esta esperanza es que la gloria de Dios se reproduzca en nosotros a través de todas las dificultades y tribulaciones por las que pasamos (Ro 5:2). Los que caminan en comunión con Dios tienen la esperanza de que están siendo transformados a Su imagen gloriosa. Sabemos que, algún día, esta vasija de barro se romperá y la obra gloriosa que Dios ha estado haciendo en nosotros resplandecerá como el sol (Mt 13:43).

A través de nuestra fe, vemos el futuro. Vislumbramos lo que es la verdadera gloria, y esa visión nos cautiva y somos mantenidos por ella. Es nuestra intimidad con nuestro Creador lo que nos da esta esperanza. La esperanza no solo existe en relación con nosotros mismos, sino también en relación con otros cristianos.

Es nuestra confianza en el amor de Dios lo que nos motiva a perseverar. Su amor nos capacita para tolerar cualquier necesidad y acontecimiento. Solo a través de nuestra comunión con Él podemos desarrollar esa tolerancia.

Sin tal intimidad, la fuerza humana nos decepciona. Sentimos que no podemos aguantar más. Pero cuando logramos entrar en la presencia de Dios, encontramos el suministro para perseverar hasta el final (Mt 10:22). En Dios existe un suministro sin fin de Su amor, simplemente ilimitado. "El amor nunca deja de ser" (1 Co 13:8).

Simplemente no hay manera de que el ser humano viva de las maneras descritas arriba. Solamente la Vida y la Naturaleza de Dios pueden cumplir esta meta tan noble. Entonces, para vivir de esa manera, necesitamos estar continuamente conectados a la fuente eterna. Si queremos transmitir Su naturaleza, emanar el dulce perfume de Su carácter y ser una precisa demostración de Sus sentimientos y pensamientos, necesitamos cultivar y mantener una comunión íntima y amorosa con Jesucristo.

Aquellos que caminan en amor se convierten en exhibiciones vivas de la naturaleza divina de Cristo. Están llenos de bondad, mansedumbre, paciencia y dulzura. Otros sentirán en ellos algo tan atractivo que les hará desear también tener una mayor intimidad con su Salvador. Esta manifestación de Cristo es algo que el Espíritu Santo de Dios hace dentro de nosotros.

Todo este proceso no es el resultado de la dedicación o el esfuerzo humano. Simplemente decidir esforzarse más será insuficiente. No hay forma de que el hombre natural pueda imitar esto adecuadamente. Por lo tanto, para manifestar esta naturaleza maravillosa, debemos caminar en una intimidad cada vez mayor con Dios. Debemos perseverar en Él recibiendo continuamente el flujo de la Vida Divina, que nos transformará a Su imagen.

LA CASA DE DIOS

Si tuviera que vivir en una casa con otras personas, ¿dónde elegiría vivir? ¿Le gustaría estar con aquellos que constantemente discuten y pelean entre sí? ¿Disfrutaría de un ambiente en el que siempre hubiera una

corriente oculta de odio, tensión, animosidad o miedo? ¿Le atraería una atmósfera de orgullo, envidia, contienda y lucha? ¡Por supuesto que no!

Usted, sin duda, elegiría un lugar donde las personas se amen. Buscaría un hogar donde hubiera paz y armonía, y donde se sentiría aceptado y bienvenido.

Lo mismo se aplica para Dios. ¿Dónde Se complacerá en habitar? ¿Entre quiénes estará satisfecho viviendo? ¿Con qué grupo de personas establecería Su morada eterna? Sin duda, será entre los que se aman unos a otros. Este ambiente de amor, que refleja Su propia Naturaleza, sin duda Lo atraerá. Se sentirá atraído por las personas que viven en amor y unidad.

Aquí, ciertamente, es donde Él vivirá. Esta es Su verdadera casa, aquí es donde Él ha planeado vivir eternamente. Nos hará bien a todos ocupar nuestro tiempo en construir una casa así para Él, porque no aceptará menos que eso.

Una vez más leemos: "¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es que habiten los hermanos juntos en armonía! Es como el aceite precioso sobre la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón, que desciende hasta el borde de sus vestiduras. Es como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion. Porque allí, ordena el Señor la bendición, y la vida para siempre" (Sal 133).

Este clima de unidad amorosa es "bueno y agradable" para nosotros y también para Dios. Hemos tratado de definir en este capítulo, de una manera breve, qué es el amor divino. Quizás, para muchos lectores, este estándar parezca muy exigente e inalcanzable. Puede que se den cuenta de que con frecuencia no lo cumplen. Sin embargo, no debemos desanimarnos ni conformarnos con lo poco que tenemos.

De nuevo, debemos recordar que Dios mismo es la fuente de este amor. No es algo que podamos producir nosotros mismos. Nuestro trabajo es simplemente permanecer en Él. Debemos establecer y mantener una intimidad con Jesús. Debemos aprender a entrar en Su presencia. Entonces, encontraremos un suministro ilimitado de amor el uno por el otro.

UNA CONSIDERACIÓN IMPORTANTE

Finalmente, llegamos a una consideración muy importante. Si no andamos en amor, si no se ve en nosotros la manifestación de amor divino, ni amamos al hermano, es un indicio de que nuestro cristianismo está en bancarrota. Cuando no amamos, entonces esto es prueba de que hemos perdido nuestro contacto con Dios. Si no mostramos amor, estamos caminando en tinieblas y hemos perdido nuestro camino espiritual (1 Jn 2:9).

Leemos: "… el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1 Jn. 4:20). Demasiados cristianos hoy en día no están realmente caminando en intimidad con Dios. Su progreso espiritual está estancado o se ve obstaculizado por muchos factores.

Quizás no están perdonando a sus hermanos y hermanas por sus ofensas. Posiblemente, no se han arrepentido de cosas que han hecho en el pasado. Esto incluiría no solo arrepentirse ante Dios, sino también arrepentirse ante todos contra quienes hayan pecado. También incluiría restituir cualquier cosa robada o tomada indebidamente de alguien. Un

arrepentimiento completo para todos y una restitución de todo es un ingrediente esencial para el progreso espiritual.

Es posible que algunos estén estancados espiritualmente, porque todavía aman este mundo. Persiguen el éxito y el dinero. Su corazón está dividido, en vez de fijarse completamente en Jesús. En esta situación, es difícil que reciban algo del Señor (Sant 1:6,7). Su vida espiritual se ve frustrada por la división de sus afectos y atenciones.

El número de posibles causas de una vida espiritual fallida o estancada es innumerable. Pero la evidencia que expone esta condición es la misma: cualquiera que no ama a sus hermanos y hermanas está en serios problemas espirituales. Está lejos de Dios y no está caminando en intimidad con Él. Su cristianismo es realmente una farsa. Cualquier supuesto "caminar con el Señor" que no manifiesta Su amor es solo un espectáculo vacío, una simulación. Cuando no amamos, nos hemos desviado del camino de Dios.

No debemos mirar a los que nos rodean y medirnos por su estándar. El hecho de que muchos otros cristianos no sean amorosos, que no expresen la naturaleza de Dios o que asistan regularmente a la iglesia, pero sigan andando en la carne, no puede ser el modelo de nuestra vida espiritual.

El único parámetro para mostrar si realmente estamos caminando con Dios o no es si amamos o no a nuestros hermanos. La expresión de este amor sobrenatural es la evidencia de una posición correcta ante Dios.

LOS DONES ESPIRITUALES NO SON SUFICIENTES

Nunca debemos juzgar nuestra condición espiritual por el hecho de que manifestemos dones espirituales, tengamos una unción para predicar o enseñar, o que tengamos mucha revelación. Todas estas cosas, aunque son dones de Dios, no están directamente relacionadas con nuestro crecimiento espiritual o nuestra posición correcta ante Él. Solo la evidencia del amor divino es la verdadera prueba de nuestra condición espiritual.

Muchos confunden el hecho de que experimentan una unción, un don o una revelación, como una indicación, o incluso la confirmación, de que Dios está complacido con ellos. En lugar de que el amor verdadero y divino sea el estándar, confían en el hecho de que tienen y usan dones espirituales para demostrar que están bien con Dios. Sin embargo, esta no es la verdadera prueba. Esto no puede considerarse como evidencia de la aprobación de Dios.

En 1 Corintios 13, se nos enseña que, incluso si alguien pudiera tener tremendos dones (por ejemplo, sanar a los enfermos, resucitar a los muertos e incluso mover montañas), sin amor, de nada sirve. Además, leemos que algunos pueden entender cosas gloriosas de la Biblia, lo que les permite predicar de una manera extremadamente impresionante. Posiblemente, muchos estén asombrados por nuestro ministerio. Pero, sin el amor de Dios, todos nuestros dones y ministerios son simplemente como el sonido de un instrumento musical, que se oye por un momento, pero luego se desvanece, como el viento que pasa.

Hay muchos hombres y mujeres de Dios hoy que se han desviado de una intimidad con Jesús y han caído en el pecado, algunos incluso están cometiendo adulterio. Sin embargo, su don o ministerio aún "funciona".

Por lo tanto, se engañan a sí mismos pensando que Dios todavía está complacido con ellos. Dado que todavía hay algo de "unción", quizás no piensen que están demasiado equivocados. Se imaginan que Dios está dejando pasar el pecado sexual debido a su "necesidad especial" o su "posición en la iglesia".

Sin embargo, la única prueba verdadera de estar bien ante Dios es que manifestemos Su amor a todos desinteresadamente. Esta virtud solo puede obtenerse mediante una relación continua e íntima con Jesús.

Por lo tanto, debemos buscar esto con todo nuestro corazón; debemos pedirle a nuestro Salvador que exponga cualquier cosa dentro de nosotros que esté obstaculizando este flujo del amor divino y, si necesario, debemos orar y ayunar para que Dios pueda limpiar nuestra vida de todos los obstáculos que impiden el flujo de Su amor. A medida que comencemos a caminar en creciente transparencia e intimidad con Jesús, Su amor se expresará a través de nosotros a la Iglesia y al mundo.

11.

COSAS QUE DESTRUYEN

DESTRUCTOR N.º 1: LA LENGUA

En este libro, hemos estado hablando de la gloriosa experiencia de la Iglesia verdadera. Hemos estado examinando muchos de los aspectos de la novia de Cristo, que son verdaderamente extraordinarios y disfrutables. Esta intimidad sublime con Dios y con los demás cristianos es algo que brota libremente del corazón del Padre. Es algo que debería ser una experiencia natural para todos los cristianos.

Sin embargo, en la práctica, este no suele ser el caso. Si bien la experiencia de la Iglesia verdadera debería ser fácil, con frecuencia no se encuentra en absoluto, o se pierde rápidamente tras haberla conocido.

Debería ser una experiencia normal y común que los cristianos vivan en amor y se reúnan con piadosa sencillez. Parece que esto debería ser algo natural y fácil, ya que no requiere nada dramático, espectacular ni costoso. Sin embargo, en la práctica, es una de las cosas más difíciles de encontrar en la Tierra.

El problema aquí es que Dios tiene un enemigo. El diablo está constantemente trabajando, tratando de destruir algo que viene del interior del corazón de Dios. Ya que Dios ama a Su novia y que la experiencia de la Iglesia verdadera es un vehículo tan poderoso para efectuar el crecimiento y el perfeccionamiento de Su cuerpo, Satanás siempre hace todo lo posible para destruir cualquier expresión de esa experiencia.

El diablo no solo tiene muchos demonios y ángeles caídos que lo ayudan en su obra destructiva, sino que también encuentra muchos cristianos que están listos y dispuestos a ayudarlo. No estoy diciendo que estos cristianos están cooperando consciente e intencionalmente con el diablo, pero son personas en cuyas vidas encuentra mucho que puede emplear. Cualquier parte pecaminosa y no transformada de nuestra alma es algo que el diablo puede usar y suele usar. Cuando nuestra naturaleza natural y pecaminosa está intacta, cuando no hemos visto nuestros pecados ni nos hemos arrepentido completamente de ellos, entonces somos presa fácil para el enemigo de Dios.

Él usa a muchos cristianos para destruir la obra de Dios. Tal vez la experiencia que usted ha tenido en la iglesia cristiana pueda verificar este desafortunado hecho. Cuando los cristianos son infantiles, carnales, no se han transformado y tienen muy poca comunión íntima con Dios, el diablo los usa fácilmente como herramientas. Ya que están en el centro mismo de

la iglesia y tienen acceso a muchos corazones y vidas de otros cristianos que forman el cuerpo de Cristo, son los instrumentos perfectos para las obras de Satanás.

Uno de los usos comunes que el diablo hace de los cristianos carnales es calumniar a los demás. De hecho, el nombre "diablo" en griego puede significar "calumniador". El diablo ama una lengua no transformada. Nada le gusta más que alguien a quien le gusta chismear, hablar mal de los demás, mencionar las faltas de los demás y contarles a todos las cosas malas que han escuchado sobre otra persona.

Verá, los cristianos naturales que viven en la esfera del alma todavía se parecen mucho a la gente mundana. Les gusta imaginar que son mejores que los demás. Piensan que, al criticar a los demás, se están elevando a sí mismos. Al compartir con usted sus pensamientos degradantes sobre los demás, están tratando de convencerlo de que son superiores a aquellos a quienes están difamando. Sin embargo, lo que realmente están haciendo es revelar su infancia espiritual y su distancia de la verdadera intimidad con Dios.

Muchos cristianos, cuando escuchan algo malo acerca de otro hermano o hermana, no se aguantan para contárselo a alguien más. Es como si algo ardiera en sus labios, esperando a propagarse a otra persona. Proverbios 16:27 dice: "El hombre perverso cava en busca del mal; en sus labios hay como una llama de fuego". Encuentran cierto regocijo en exponer las faltas y fallas de los demás. Se deleitan en tratar de demostrar cuán débiles son los demás y cómo han caído en algún pecado.

La Biblia nos enseña que es "... de la abundancia del corazón habla la boca" (Mt 12:34). Nadie sino Dios ve dentro de nuestros corazones. Nuestra vida interior es invisible para los demás hombres. Pero cuando hablamos, revelamos lo que hay dentro de nosotros. Por lo tanto, lo que decimos es una clara demostración de lo que somos. Lo que sale de nuestra boca es una expresión transparente de lo que hay en nuestro corazón. Entonces, cuando hablamos chismes, críticas y cosas difamatorias sobre los demás, esto muestra que nuestras almas aún no están transformadas.

Es por eso que Santiago habla con tanto énfasis sobre la lengua. Él explica que es un miembro incontrolable. A menudo es "inflamada por el infierno" (Sant 3:5,6), es decir, es una parte de nosotros que el diablo aprovecha con frecuencia, cuyo destino es el inferno.

Además, afirma que, si somos capaces de controlar nuestra lengua, demostramos que somos personas en quienes Dios ha hecho una obra maravillosa. Él nos ha perfeccionado, transformándonos a Su imagen. Si hemos sido transformados por dentro, entonces nada malo puede salir. Pero si permanecemos carnales, nuestro hablar revelará esta falla.

Cuando hablamos mal de otro hermano o hermana, estamos hablando de un miembro del cuerpo de Jesús. Por lo tanto, también estamos hablando de Él. Estamos usando nuestras palabras para cortar y rasgar la estructura de Su Iglesia. Satanás nos está usando como un arma para herir y destruir a otros.

Nuestras palabras son sus herramientas para separar y dividir a los cristianos. Son instrumentos del diablo usados para hacer que otros piensen peor de otra persona. Nos mordemos y comemos unos a otros

(Gál 5:15), siendo estimulados por nuestra naturaleza caída para la gratificación carnal, el entretenimiento y la sensación de ser superiores.

Todo esto, entonces, sirve para destruir el amor, quebrantar la unidad, sembrar la discordia y, en general, derribar la obra de Dios. Cuando calumniamos y chismeamos, en lugar de edificar la Iglesia, la derribamos y la profanamos. En lugar de edificar Su cuerpo, lo lastimamos y aplastamos. Esta es la obra del diablo. Ha venido a "hurtar, matar y destruir" (Jn 10:10). Cuando permitimos que nuestra lengua hable mal o de una forma que menosprecie a otros, somos simplemente instrumentos del rey de las tinieblas. Estamos siendo utilizados como sus peones para derribar la obra de Dios.

Un pecado común que a menudo genera hablar pecaminosamente de otros cristianos es la falta de perdón. Cuando nos negamos a perdonar a otros por las cosas que han hecho contra nosotros, nos amargamos. Esta amargura da lugar a pensamientos y sentimientos de ira que, al final, encuentran su expresión en nuestras palabras. Brotando de la fuente de nuestra carne, estas palabras derriban y dividen. Cuando no obedecemos a nuestro Señor en perdonar a otros, fácilmente nos convertimos en un instrumento del diablo para destruir la obra de Dios.

EL AMOR CUBRE

Como hemos ido viendo, el camino de Dios es el camino del amor. Dios está enamorado de su cuerpo, Su Iglesia. Cuando amas a alguien, no hablas mal de él. Imaginemos que tiene un hijo a quien ama. Tal vez haya pecado de una forma u otra; tropezó en su caminar espiritual y cometió un error. Como lo ama, no anda difundiendo esta noticia. No le cuenta a todos los que conoce sobre su fracaso o falla moral. En cambio, cubre su pecado, y lo mantiene entre usted, él y Dios.

La Biblia nos enseña que "... el amor cubrirá multitud de pecados" (1 Pe 4:8). Cuando estamos llenos del amor de Dios, no anunciamos ni exponemos los pecados de los demás. En cambio, los cubrimos. Motivados por el amor divino hacia ellos, afrontamos la situación y lidiamos con las personas pertinentes, involucrando al mínimo número de personas y manteniendo una actitud de humildad y amor.

Esto no quiere decir que debamos tolerar el pecado. Ciertamente, cualquiera que esté pecando necesita que se le hable. Necesita amonestación, reprensión, consejos u otras formas de ayuda. Sin embargo, debido a que nosotros mismos somos pecadores necesitados de misericordia, debemos tratarlos de la misma manera. Sin aires de superioridad, sino con humildad y amor, debemos acercarnos a cualquiera que esté en pecado y tratar de ayudarlo a llegar al arrepentimiento.

Nuestro trabajo nunca es contarle al mundo sobre el pecado de esta persona. En cambio, porque la amamos, hacemos todo lo posible para rescatarla de la trampa del diablo y restaurarla a una intimidad con Dios. Este tipo de cuidado amoroso por ella es una expresión del corazón de Jesús.

Como hemos estado viendo, la verdadera Iglesia se mantiene unida por el amor. Nuestra comunión amorosa con los demás es la sustancia que

hace que los cristianos se unan unos a otros. Entonces, el diablo, constantemente trata de quebrar esta unión. Pondrá en la mente de los cristianos débiles distintos pensamientos de crítica, juicio y rumores. Luego, dado que estos cristianos son vulnerables a sus pensamientos, los estimula a verbalizar estos pensamientos a otros. Entonces ellos también funcionan como "acusadores" de nuestros hermanos (Ap 12:10).

Cuando escuchamos algo malo sobre otra persona, nuestra reacción inmediata es alejarnos de esa persona. Empezamos a pensar que, si es tan deficiente, ¿quién quiere estar cerca de ella? Si tiene debilidades y problemas tan graves, podríamos resultar lastimados o decepcionarnos si permanecemos en una relación con ella. Entonces nuestra reacción es cerrar nuestro corazón hacia esa persona y pasar menos tiempo con ella.

De esta manera, Satanás usa a los cristianos para atacar a otros verbalmente y derribar la "unidad" de la iglesia. Cuando muchos cristianos son débiles y carnales, el cuerpo de Cristo se llena de tales rumores. Esta es una de las herramientas más poderosas que tiene el diablo. Es algo extremadamente destructivo para una experiencia de Iglesia genuina.

Por lo tanto, aquellos que deseen experimentar la realidad de la Iglesia, deben tomar una decisión importante y firme. Deben elegir nunca hablar mal de otro hermano o hermana. Leemos: "...no habléis mal de nadie" (Tit 3:2). También: "...no hablar mal unos de otros" (Santiago 4:11). Esta decisión es absolutamente esencial. Debemos vigilar constantemente nuestra lengua. Debemos estar atentos a que nuestra boca no exprese palabras de reproche contra otro, aunque nuestra mente esté llena de ellas y nuestra lengua esté ansiosa por decirlas.

Cuando chismeamos sobre otra persona, o lo juzgamos o difamamos, pecamos contra ella y contra Dios. Si dejamos escapar estas palabras, debemos arrepentirnos inmediatamente ante la persona que nos escuchó y ante el Señor. Solo así podremos mantener la unidad amorosa que Dios tiene para nosotros. Solo así podemos edificar el cuerpo de Cristo en lugar de ser utilizados para derribarlo.

SEMBRAR DISCORDIA

Hay algunas cosas que Dios odia. Una de ellas es "...el que siembra discordia entre hermanos" (Pr 6:19). Cuando nos permitimos convertirnos en un instrumento del diablo, nos oponemos a Dios y a todos Sus propósitos. Nos demos cuenta o no, estamos cooperando con el reino de las tinieblas. Cuando tenemos el hábito de hablar mal de los demás y chismear sobre sus fracasos, nos convertimos en parte del equipo de ayudantes habituales del diablo.

Lamentablemente, hay muchos cristianos que hacen mucho más para promover el reino del diablo que el reino de Dios. Dado que no se han convencido de sus pecados, incluidos sus hábitos de hablar pecaminosamente, no se arrepienten ante Dios. Su falta de arrepentimiento inhibe su transformación. El resultado directo de esto es que no son muy eficaces en ninguna obra que hagan para el Señor. Lo peor es que Satanás los usa con frecuencia y poder para derribar lo que Dios está tratando de construir.

Aclaremos algo: el hecho de que lo que digamos sea cierto no justifica que lo digamos. Muchos suponen que, si el chisme o la crítica que comparten con otra persona son ciertos, entonces está bien para Dios. Los que imaginan esto, lamentablemente, están engañados. Cualquier palabra nuestra que denigre a alguien a quien Dios ama y destruya el amor entre hermanos es obra de las tinieblas.

Muchos de los defectos y los fracasos de los demás que notamos son ciertos. Gran parte de los rumores y las malas palabras sobre hermanos y hermanas se basan en algún hecho. Pero el amor no pronuncia estas palabras. De nuevo, "el amor cubre los pecados" (1 Pe 4:8). El amor siempre espera lo mejor para los demás y habla bien de ellos. Dios, nuestro Padre, ama a cada uno de Sus hijos lo suficiente como para morir por ellos. A menos que nosotros también lleguemos a esta posición, nunca conseguiremos vivir en la realidad de la única Iglesia verdadera. En cambio, seguiremos siendo alguien susceptible a la influencia de Satanás.

NO JUZGUÉIS

Ninguno de nosotros está en condiciones de juzgar a otro hermano o hermana. No somos capaces de ver en sus corazones. No conocemos sus deseos internos, problemas, temores o experiencias. Por lo tanto, no podemos saber realmente los motivos de lo que hicieron o dijeron. Solo Dios está en condiciones de juzgar correctamente. Dejémosle este juicio a Él.

Jesús nos enseña esto: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados; y con la medida con que midáis, os será medido" (Mt 7:1, 2). Esto significa que, a menos que nos arrepintamos, Dios usará las mismas normas para juzgarnos que usamos con los demás. La medida exacta con que juzgamos los motivos y las acciones de los demás se utilizará para exponernos ante el universo.

Todos somos pecadores. Todos nosotros tenemos fallas y debilidades. Por lo tanto, no estamos en posición de sentarnos a juzgar a otros que también son débiles. Leemos: "Hermanos, no habléis mal unos de otros. El que habla mal de un hermano y juzga a su hermano, habla mal de [o según] la ley y juzga [usando] la ley. Pero si juzgas [usando] la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez" (Sant 4:11).

No se nos permite juzgar a otros usando los estándares de la ley del Antiguo Testamento ni lo que podríamos creer que son "principios del Nuevo Testamento". Nuestro estándar debe ser el amor de Dios. Es solo cuando vemos a través de Sus ojos y sentimos el amor de Su corazón que podemos actuar y hablar de una manera que Le agrada.

Sin duda, hay momentos en que las palabras y acciones de los demás Le desagradan. Hay ocasiones en las que debemos reprender, exhortar o corregir a alguien. Sin embargo, esto no nos permite la libertad de compartir con otros los pecados de esa persona. Nuestras palabras deben transmitirse a la persona que está errando y no al resto del cuerpo.

Entonces vemos que una de las principales formas en que se destruye la unidad amorosa del cuerpo de Cristo es por nuestra lengua descontrolada. Nuestras palabras son instrumentos poderosos que

Satanás puede usar para promover sus propósitos. Por lo tanto, debemos buscar a Dios para que haga una obra transformadora en nosotros. Debemos orar para que sea Su Espíritu el que se exprese a través de nuestra boca. Debemos estar atentos para que nuestra lengua no exprese los numerosos pensamientos que puedan venir a nuestra mente. Es solo al someter nuestros pensamientos y nuestras palabras al control del Señor Jesús que podemos edificar Su casa en lugar de derribarla.

DESTRUCTOR N.º 2: LA AMBICIÓN

Otra cosa que obra poderosamente para destruir la casa de Dios es la ambición humana. Los seres humanos naturales, a menudo, tienen dentro de sí ciertos deseos: Desean ser admirados. Les gusta que los vean y escuchen. Les encanta cuando los demás piensan y hablan bien de ellos. Disfrutan de elogios, atención e incluso la adoración que proviene de otros simples seres humanos.

A algunos les encanta sobresalir por encima de los demás para controlarlos y dominarlos. Se enorgullecen cuando los demás los miran con envidia debido a su posición y fama. Muchos se empeñan con todas sus fuerzas por conseguir tal estatus en este mundo actual.

Estos deseos son obras de la carne corrompida. Son expresiones feas, pútridas y hediondas de la naturaleza pecaminosa, que vive en personas impías y no transformadas. Es la manifestación de tal ambición en la Iglesia la que con frecuencia sirve para desgarrar y destruir la obra de Dios. El impulso, que muchos tienen para levantarse sobre otros y dominarlos es la causa de mucha división, confusión y falta de vida espiritual en la Iglesia de hoy.

Cuando nacemos de nuevo, recibimos dones y habilidades espirituales de Dios. Recibimos estas cosas que son dadas para usarlas sirviéndonos unos a otros, para que todos podamos crecer en la plenitud de Cristo. Sin embargo, cuando algunos cristianos tienen en su corazón el deseo y la ambición de levantarse sobre otros, ser notados e incluso adorados, pueden comenzar a usar estos dones para tratar de impresionar a otros y así obtener los resultados que buscan. Quieren hacer una obra poderosa "para Dios".

Por ejemplo, supongamos que a alguien se le ha dado un poderoso don de predicación o enseñanza. Cuando esta persona abre la boca en el ejercicio de este ministerio, hay una unción sobrenatural que acompaña su don. Naturalmente, los demás se impresionan. Entonces, cuando este hijo de Dios no es humilde y hay en su corazón una ambición de levantarse sobre otros, comienza a usar su don para conseguir sus propios objetivos.

Estos hombres y mujeres buscan constantemente una audiencia cada vez mayor. Están ansiosos por aceptar todas y cada una de las invitaciones para mostrar su destreza espiritual. Siempre están ansiosos por poder impresionar al máximo número de personas posible, aumentando así su fama y su esfera de influencia. Esta tendencia no se limita a predicadores y maestros, sino también a aquellos con dones de sanidad, profecía, milagros, alabanza y adoración, etc.

La actitud del corazón que los cristianos deben tener es completamente diferente. Leemos: "Nada [literalmente nada] se haga por ambición egoísta o vanidad, sino con humildad de mente que cada uno estime a los demás como mejores que a sí mismo" (Flp 2:3). El orgullo y la ambición de levantarse sobre otros, ser visto y oído, y dominar a los demás no tienen lugar en la vida de un verdadero seguidor de Jesús.

Pensemos en esto juntos. ¿Quién fue la primera persona en usar los talentos y dones que Dios le había dado para asegurar un grupo de seguidores? ¿Quién fue el que tenía la inteligencia, la buena apariencia y las habilidades espirituales para atraer y retener a un gran número de adeptos y seguidores de Jesús?

Este ser dotado era el mismo Satanás. Él fue el primero en tomar las cosas que Dios le había dado gratuitamente y usarlas para conseguir seguidores. Por lo tanto, es lógico concluir que quienes siguen este camino no están siguiendo los pasos de Jesús, sino los de alguien muy maligno.

Cuando la ambición es el motivo detrás de las obras de alguien, ocurren muchos problemas. Uno es que comienzan a dividir el cuerpo de Cristo. Obviamente, no todos los cristianos quedarán impresionados con esa persona, por lo que, naturalmente, deberá tratar de forjar un grupo especial de la Iglesia para sus propios fines. Trabaja para apartar una parte del cuerpo de Cristo que esté encantada con su persona, con su ministerio y con sus obras. Esto entonces se convierte en "su iglesia" o grupo, lo que produce una división dentro del cuerpo.

Aquellos que están tan divididos se limitan en su contacto con los demás. El ministerio que reciben también es limitado, ya que viene de una sola fuente o unas pocas fuentes aprobadas. Por lo tanto, su crecimiento espiritual está restringido, ya que no tienen libre acceso a las múltiples facetas de todo el cuerpo de Cristo. La división de la Iglesia en facciones que abrazan y siguen a ciertos líderes dotados es un mal muy común hoy en día.

Otro problema mucho más grave es que estos líderes que se levantan para atraer seguidores comienzan a sustituir el liderazgo de Cristo en la vida de sus adeptos. Es muy fácil para muchos cristianos, especialmente aquellos que no son espiritualmente maduros, comenzar a buscar el liderazgo humano y confiar en este para encontrar dirección. Cuando estos líderes se levantan sobre otros, exhibiendo dones espirituales y poderes sobrenaturales, esto solo sirve para estimular esta confianza inapropiada.

INVISIBLE Y OMNIPRESENTE

Hoy Jesús es invisible. No lo conocemos físicamente, pero lo conocemos a través del Espíritu Santo. Esta invisibilidad es necesaria para que Él sea omnipresente. Si Él fuera visible como lo fue hace casi 2000 años, solo podría estar en un lugar a la vez. Pero como Él ahora es "el Espíritu" (2 Co 3:17), Él puede estar presente con todo Su pueblo todo el tiempo. Es a través de Su presencia espiritual que Jesús conduce y guía a cada uno de los hijos de Dios. Es este liderazgo invisible el que produce la realidad de la única Iglesia verdadera.

Cada vez que cualquier otra persona comienza a sustituir el liderazgo de Jesús en Su cuerpo surgen problemas graves. La capacidad de la Cabeza para guiar a cada uno se restringe proporcionalmente. Además, el enfoque de cada miembro del cuerpo cambia de recurrir solo a Dios a recurrir a fuentes humanas. Esto entonces sirve para paralizar, confundir y entorpecer el pleno funcionamiento de la Iglesia. Les impide seguir todas las direcciones y matices de la Cabeza.

El ser humano posee ciertas restricciones físicas. Pueden mirar a una sola dirección a la vez. Hay otras criaturas, como los lagartos y los peces, que pueden mirar a dos direcciones a la vez, pero las personas no. Aunque esta es una limitación física, tiene aplicaciones espirituales.

No es posible que los cristianos tengan dos "cabezas", o fuentes de dirección y ministerio. Simplemente no pueden concentrarse simultáneamente en dos direcciones. No es posible tener dos señores (Mt 6:24). Estos competirán continuamente dentro de nosotros por la supremacía hasta que uno gane. Por lo general, domina el que tiene una presencia más tangible, ya que los seres humanos están mucho más sintonizados con el mundo físico que con el mundo invisible del Espíritu.

Ya hemos estudiado en el capítulo cinco sobre el significado de la palabra griega "anticristo". Este sería alguien que está tomando el lugar que le corresponde a Cristo en la asamblea. Tal sustitución es extremadamente perjudicial en la vida de quienes entonces son gobernados por meros seres humanos, pues su crecimiento espiritual se estanca y su habilidad para oír y seguir al Señor se paraliza. Pero también es extremadamente peligroso para la vida espiritual de la persona que se levanta para tomar el lugar de Jesucristo en la asamblea.

Aunque en la "era de la gracia" de hoy no vemos el juicio de Dios caer sobre nosotros por nuestros errores y pecados, cuando regrese a juzgar a su pueblo, esta desobediencia de sus instrucciones claras tendrá consecuencias graves y eternas.

El deseo carnal de los cristianos de levantarse sobre los demás y dominarlos estaba presente incluso en la iglesia primitiva. Ya hemos estudiado acerca de las obras y palabras de Diótrefes, quien tomó el control y comenzó a dominar la iglesia como se describe en la tercera epístola de Juan. Pero hubo muchos otros que, careciendo de comprensión espiritual y humildad, también tenían ambiciones naturales.

EL EJEMPLO DE PABLO

Pablo era un hombre que les ministraba a las iglesias como siervo. Nunca se exaltó a sí mismo. A menudo parecía "débil" y, a veces, fue vilipendiado y despreciado por no mostrar una apariencia humana autoritaria que asombrara a los demás (2 Co 10:10). Su servicio al cuerpo se caracterizaba por ayudar a otros a unirse a Cristo, como la novia a su esposo (2 Co 11:2). No buscó convertirse en un gran líder famoso. Sin embargo, Dios le había revelado que otros, que vendrían después, buscarían exactamente esta posición.

Cuando Pablo visitó a los líderes en Éfeso, en su camino a Jerusalén, les explicó este peligro futuro. Estaban todos juntos en la playa, llorando y

expresándose su amor (Hch 20:37). En esta situación, él dijo: "… porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí discípulos. Por tanto, velad, acordándoos de que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar [sobre este problema futuro] con lágrimas a cada uno." (Hch 20:29-31).

Estos individuos venideros eran personas que torcerían las Escrituras y la verdad de Dios. Usarían estas verdades ligeramente alteradas, para justificar y fortalecer su posición de levantarse sobre otros y atraer seguidores. Estos eran cristianos que tendrían ambiciones de ser "líderes" y que usarían sus dones y las cosas que Dios les había dado para satisfacer su deseo carnal de posición y fama.

Pablo advirtió constantemente sobre este peligro con lágrimas. Sabía que vendrían otros después de él que no tendrían la misma actitud de corazón. No tendrían la misma comprensión de la importancia de mantener el liderazgo de Cristo. Y tenía razón. Más adelante leemos que Pablo le dijo a Timoteo: "Ya sabes que me abandonaron todos los que están en Asia..." (2 Tim 1:15) (recuerde que Éfeso estaba en lo que se llamaba "Asia" en esa época). Tal como lo había profetizado, algunos se habían levantado en estas iglesias para atraer seguidores propios, y así alejarlos de Pablo y de una total dependencia del Señor.

Como en cualquier situación de este tipo, este tipo de líderes tienen que establecer su territorio. Tienen que "proteger" a su rebaño de otros que podrían competir con ellos por el liderazgo. Entonces comienzan a socavar la influencia de cualquier otra persona. Usando palabras, insinuaciones, inferencias sutiles o mentiras descaradas, atacan a cualquiera que pueda ser visto como un competidor. En este caso, debido a que Pablo era influyente debido a su relación con Jesús y su ministerio ungido, estos líderes en Éfeso y Asia tuvieron que alejar a las personas de él.

PRIVARNOS DE NUESTRO PREMIO

En Colosenses 2:18,19, leemos: "Que nadie os prive de vuestro premio haciendo alarde de humildad y de dar culto a los ángeles (metiéndose en lo que no ha visto), hinchado de vanidad por su propia mente carnal, pero no unido a la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios."

En la primera lectura, estos versículos parecen describir un "espécimen", que nunca he visto en más de 30 años de ministerio. Parece hablar de alguien que es falsamente humilde, pero engreído, adora a los ángeles y dice tener visiones. Aunque puede haber algunos que podrían encajar en esta categoría, parece extraño que Pablo use una parte de su breve carta para advertir sobre un "pájaro" tan raro.

Pero quizás, con un poco de ayuda, podamos ver algo mucho, mucho más común aquí. Primero, podemos entender que estas personas no estaban "unidas a la Cabeza", no se sometieron a Jesús. Además, estaban interrumpiendo la relación de los demás con esta verdadera autoridad,

privándolos de los premios espirituales que provienen de tal sumisión. Esto es exactamente lo que hemos estado analizando.

Estas personas estaban enseñando una "falsa humildad", que podría entenderse fácilmente como alentar a otros a someterse a ellas. Además, les enseñaban a adorar a "ángeles". La palabra "ángeles" aquí es literalmente "mensajeros", lo que muchos estudiosos de la Biblia ven como una referencia a "pastores" o líderes de iglesias.

Así que aquí es muy probable que tengamos una descripción exacta del error que hemos estado estudiando: hombres y mujeres que se levantan sobre los demás, animan a los demás a humillarse (someterse a ellos) e, incluso a "adorarlos" o exaltarlos, lo que los hace sustitutos del lugar de la verdadera Cabeza en la vida de los cristianos. Terminan separando a los cristianos de Jesús y llevándolos a perder los premios actuales y futuros.

Desafortunadamente, este "espécimen" no es raro en absoluto. La interrupción del flujo de autoridad de la Cabeza es algo que paraliza y destruye el verdadero funcionamiento del cuerpo de Cristo. Es una práctica extremadamente común, pero peligrosa, que causa confusión, limita el crecimiento espiritual y retarda Su plena expresión aquí en la Tierra. Es una costumbre que genera lucha y contiendas, generada por aquellos que están promoviendo su propio liderazgo y buscando seguidores personales.

Cuando los hombres toman el lugar de Jesús en la Iglesia, se ven muchos resultados malignos. Esto da lugar a la disputa por más miembros y ministerios mayores, envidia, celos, disputa y contienda.

Leemos: " Pero si tenéis celos amargos y rivalidad en vuestro corazón, no os jactéis ni mintáis contra la verdad. No es ésta la sabiduría que desciende de lo alto, sino que es terrenal, animal, diabólica, pues donde hay celos y rivalidad, allí hay perturbación y toda obra perversa." (Sant 3:14-16).

Es muy triste, pero he escuchado historias horribles sobre algunas reuniones de pastores y líderes cristianos que ocupaban puestos de autoridad sobre las congregaciones. En estas "convenciones", había líderes que gritaban y discutían, se peleaban a puñetazos, se insultaban e incluso sacaban cuchillos y pistolas para conseguir o mantener posiciones de poder. Otros compraron, vendieron y cambiaron congregaciones por dinero, para intentar conseguir más influencia e ingresos. Esta clase de "sabiduría" es terrenal, del alma y diabólica.

Los cristianos deben estar alertas y conscientes de este grave problema de hombres ambiciosos que buscan dominar y dirigir la Iglesia. Es una práctica tan común en el mundo actual que muchos no la notan ni ven nada malo en ella. Sin embargo, es una de las cosas que más destruye la casa de Dios y arruina Su obra entre nosotros.

Entonces, los cristianos necesitan que se les enseñe esta verdad. Necesitan urgentemente entender este mensaje. Todo cristiano debe ser diligente para evitar este error y mantenerse alejado de todos los que insisten en cometerlo. Tal iluminación mejorará grandemente nuestra experiencia de la Iglesia verdadera.

El entendimiento bíblico de que los hombres no tienen ni deben tener su propia autoridad servirá como una especie de "cuarentena divina"; funcionará para aislar a aquellos que tienen la ambición y el impulso de dominar a los demás. Cuando los cristianos entienden correctamente la

autoridad espiritual, será difícil que alguien se exalte a sí mismo y domine sobre los otros. De esta forma, los errores que se produzcan deberían limitarse en su alcance.

LA IDEA DE CUBRIR

En la iglesia de hoy hay una enseñanza popular: Esta enseñanza es que todos deberían estar bajo algún tipo de "cobertura". El pensamiento detrás de esto es que todo hombre debe someterse a otro líder o grupo de líderes que supervisen sus vidas. Creen que, a través de esta supervisión, se evitarán muchos errores, excesos y pecados. Imaginan que, mediante la sumisión a otros hombres, recibirán la protección y la orientación adecuadas. Dado que esta enseñanza prevalece tanto en la actualidad, es necesario dedicar algún tiempo a examinarla.

Entonces, ¿qué nos enseña el Nuevo Testamento acerca de la cobertura? Hay, de hecho, un pasaje muy importante que aborda específicamente este tema, pero a menudo no se comprende bien. En 1 Corintios 11:3-7, leemos acerca de la importancia de que las mujeres usen algún tipo de velo para cubrirse la cabeza, cuando oran o profetizan, para demostrar su sumisión a un hombre, ya sea su esposo, padre, etc. La cubierta, entonces, es un símbolo de su sumisión a un hombre.

La razón por la que uso la palabra "símbolo" es que es posible que una mujer se cubra físicamente la cabeza, pero no sea sumisa en lo más mínimo. Una mujer puede ser extremadamente rebelde y, sin embargo, usar algún tipo de velo o sombrero. Entonces, es lógico concluir que cualquier cubierta que pueda usar es solo un símbolo de la actitud de su corazón. La verdadera cobertura significa que ella ha humillado su corazón ante su esposo o padre, y está dispuesta a dejar que él sea su cabeza en todos los sentidos de esta palabra que hemos estado estudiando.

En la primera parte de este mismo pasaje, los hombres tienen estrictamente prohibido usar cualquier tipo de cubierta. Cuando los hombres están ejerciendo sus dones espirituales en la iglesia, orando o profetizando, por ejemplo, no se les permite cubrirse la cabeza (v. 4). ¿Por qué es esto? Es porque su verdadera Cabeza es Cristo (v. 3). Si usan una cubierta, ellos deshonran la Cabeza verdadera (Jesucristo).

Permítame repetir aquí que cualquier "cobertura" física es simplemente un símbolo de la posición de sus corazones. Siguiendo nuestra lógica anterior, esto debe significar que, sí se ponen bajo la cubierta de otro hombre (es decir, se someten a otro), avergüenzan a su verdadera Cabeza. Ellos "deshonran" a Cristo quien es su Cabeza (v. 4).

Cuando un hombre se coloca a sí mismo "debajo" de otro hombre o se somete a otro, declara que su verdadera Cabeza no es suficiente. Está poniendo su confianza en otra persona. Si una mujer que tiene marido se pone en una posición de sumisión a otro hombre (lo que ocurre en caso de adulterio, por ejemplo), avergüenza a su marido. En esencia, declara que su esposo no es lo suficientemente varonil para guiarla y satisfacerla.

De la misma manera, cualquier hombre que sustituye la jefatura de Cristo tomando a otro hombre como su "cobertura", le está haciendo la mayor deshonra a Él. Es una vergüenza, una declaración de que prefiere el

liderazgo de un ser humano y le tienen más confianza que a su verdadera Cabeza. Está testificando con sus acciones que Jesús no es suficiente para él. Sin embargo, nuestro Señor Jesús es totalmente capaz de ser la cabeza y líder de todo hombre (v. 3).

Si bien muchos cristianos, a lo largo de los años, han usado este pasaje para discutir y dividirse respecto del tema de que las mujeres usen o no sombreros o velos, parece que muy pocos realmente han entendido el punto principal de esta enseñanza. Pablo comienza este discurso con el tema de los hombres, no de las mujeres. Su primera instrucción es sobre la posibilidad de que un hombre deshonre a su verdadera Cabeza al aceptar la cobertura de otro. Solo más adelante introduce el tema de las mujeres, utilizándolas como ejemplos para explicar más exactamente su significado. Si pasamos por alto esta advertencia sobre los hombres que se someten a una figura de autoridad que no sea Cristo, pasamos por alto el mensaje por completo. Ciertamente, la principal preocupación de Pablo no era que los hombres usaran sombreros en las reuniones, sino que aceptaran una cabeza que no fuera Cristo.

DISPUTAS Y CONTIENDAS

Una cosa que daña gravemente a la Iglesia verdadera es cuando los hermanos discuten y contienden entre sí acerca de ideas y doctrinas bíblicas. Muchos imaginan que, cuando discuten con otros acerca de lo que creen que es la verdad, están haciendo la obra de Dios. Sin embargo, este no es el caso.

Pablo nos enseña que: "… el siervo del Señor no debe ser amigo de contiendas [peleas, disputas, discusiones], sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido" (2 Tim 2:24). Además, las "discusiones" y las "contiendas" están claramente etiquetadas como obras de la carne (Tit 3:9; 1 Co 3:3; Gál 5:20; 2 Co 12:20; 1 Tim 6:4; 2 Tim 2:23). Jesús, como nuestro ejemplo, nunca perdió el tiempo discutiendo con otros acerca de sus enseñanzas.

No estamos obligados a tratar de convencer a nadie de lo que creemos que entendemos. La obra de Dios no es una cosa mental. Se basa en la revelación. Alguien más solo podrá recibir una revelación dada a nosotros o a través de nosotros cuando esté abierto, listo y dispuesto a recibirla.

Cuando los demás no están abiertos a algo que nos parezca importante e incluso valioso, existe la tentación de tratar de atraer su mente. Tal vez pensamos que podemos convencerlos. Podríamos comenzar tratando de explicar lo que queremos decir o incluso discutir con otros cuando no entiendan o no estén de acuerdo. Pero cuando lo hacemos nos movemos del ámbito espiritual al carnal, del espíritu a la mente. Tales discusiones no logran edificar a nadie.

Una situación aún peor ocurre cuando los hermanos discuten frente a otros cristianos. A veces estos otros son jóvenes o personas recién convertidas. Cuando ven a hermanos discutiendo, esto puede dañar su fe. Ven una actividad profana que deja una impresión desagradable en sus mentes. Esto puede socavar su respeto por aquellos que se esfuerzan. Tal actividad es muy dañina y está prohibida por la palabra de Dios. Leemos:

"Recuérdales esto, exhortándolos delante del Señor a que no discutan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición [destrucción, daño] de los oyentes" (2 Tim 2:14).

Muy a menudo, tales discusiones son el resultado de que alguien quiera parecer más espiritual o estar más avanzado que los demás. A veces, esta disposición a disputar revela un deseo oculto de reconocimiento e influencia entre los demás cristianos. Cuando los hermanos luchan y contienden, a menudo es porque uno o ambos quieren ser vistos como líderes, mostrando cómo los demás están equivocados y ellos tienen razón. Tal actividad solo revela una falta de madurez y un deseo natural de poder e influencia. Esta es la obra de la carne y daña en lugar de edificar a la única Iglesia verdadera.

DESTRUCTOR N.º 3: LA DESOBEDIENCIA

Hemos estado analizando la gloriosa posibilidad de experimentar a Jesús como la Cabeza de todas las cosas en Su cuerpo. Hemos ido viendo cómo es posible y deseable que Él dirija todo y nos dirija a todos. Él nos guiará individualmente y guiará a la Iglesia como un todo. Sin embargo, cuando optemos por el liderazgo divino, comenzaremos a pisar tierra santa. Cuando dejemos la idea mundana de seguir a un hombre y decidamos seguir al Rey, entraremos en una relación muy seria con Él. Cuando declaremos que Él es nuestro líder, debemos obedecer las instrucciones que nos da. Él debe *ser* nuestro líder en realidad.

La necesidad de escuchar y obedecer a Jesús no solo es cierta para cada individuo, sino también para la congregación como un todo. Cada vez que se rechaza la autoridad de Jesús, Él simplemente se aleja y se aproxima a otros que estén listos y deseosos de oír y obedecer. Como hemos dicho anteriormente, Él no está atado a nuestras formas de vivir la iglesia, o incluso a nuestra "revelación" sobre este tema. Simplemente entender Su voluntad no es suficiente. También debemos hacer Su voluntad siguiendo Su guía todos los días.

A lo largo de los años, he visto desaparecer a varios grupos de cristianos que se reunían de manera más o menos informal; algunos de ellos se habían estado reuniendo durante bastantes años y de repente desaparecieron. A menudo, este desmantelamiento de las reuniones y relaciones fue algo que ocurrió de manera bastante inesperada.

¿Por qué pasaba esto? Era porque Jesús les había hablado, claramente y durante un tiempo, acerca de una dirección que deseaba que tomaran. Sin embargo, no oyeron ni obedecieron. Así que Él se alejaba y el grupo se desmoronaba. Como estas reuniones no tenían ninguna estructura humana que las sostuviera, cuando Jesús Se alejaba, se derrumbaban.

La razón de esta desobediencia puede variar. Tal vez estaban tan complacidos con la forma en que estaban las cosas que no querían cambiar. Posiblemente, tenían una resistencia personal a lo que Jesús decía. Pero por alguna razón, obstinadamente se negaban a moverse en la dirección de Dios y Él simplemente Se alejó de ellos. Al faltar la presencia y la guía del Señor, estos grupos se desmoronaron. Algunos de estos miembros, hasta el día de hoy, todavía se preguntan qué pasó.

Jesús le habló a la iglesia en Éfeso: " Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepiéntete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar" (Ap 2:5). Esto significaba que esta iglesia simplemente desaparecería si no se arrepentían. Y a la iglesia de Laodicea le dijo: "… te vomitaré de mi boca" (Ap 3:16), indicando así un rechazo hacia ellos. El Señor estaba dando algunas instrucciones a estos cristianos. Si no las escuchaban, entonces sufrirían las consecuencias que Él prometió.

Queridos hermanos y hermanas, estas cosas son muy graves. No podemos jugar con Dios. Quizás, mientras participamos en construcciones humanas "para" Dios, podamos actuar y hacer conforme nos agrada. Posiblemente podamos juguetear con nuestro cristianismo. Pero cuando entremos en una relación de pacto con Él, estaremos obligados a escucharlo y hacer Su voluntad, moviéndonos en el temor del Señor.

JUICIO DIVINO

En la iglesia primitiva, a veces ocurrían juicios divinos repentinos. La historia de Ananías y Safira, que mintieron acerca de lo que hicieron con algo de dinero, es un ejemplo extremo de esto (Hch 5:1-11). Además, en 1 Corintios 11:29, 30, leemos que Dios juzgó a los cristianos que no discernían correctamente Su cuerpo. No trataban a otros cristianos como si fueran miembros de Cristo, sino simplemente como a otros seres humanos.

Debido a este fracaso, comieron y bebieron "juicio" para sí. Muchos se debilitaron y enfermaron. Algunos incluso habían muerto debido a sus pecados de maltratar a otros. Aunque estos juicios de debilidad, enfermedad y muerte podrían simbolizar, y probablemente simbolizan, los problemas espirituales que algunos podrían sufrir, no hay duda de que Pablo también se estaba refiriendo a enfermedades físicas reales y la muerte. Estos juicios fueron el resultado de la desobediencia de los cristianos a Jesús.

Muchos sienten curiosidad por saber por qué no vemos juicios tan graves en la actualidad. ¿Por qué tantos cristianos están tan lejos de la obediencia, pecando tanto unos contra otros y contra Dios de tantas maneras diferentes, pero, aun así, no vemos que este juicio divino caiga sobre ellos? ¿Qué es diferente en nuestra situación actual?

La respuesta a esto podría ser que muchas de las "iglesias" que vemos hoy en día no son realmente la obra del Señor. Quizás son obras que algún hombre o grupo de hombres está haciendo para Dios, pero no son la obra de Dios; no son algo que Dios mismo esté haciendo.

Por lo tanto, puesto que no es Su obra, Dios no siente necesidad de defenderla. No siente el impulso de juzgar duramente los errores. Ya que no es Su obra, en muchos sentidos de la palabra, Él no siente la necesidad de proteger Su testimonio. No tiene necesidad de defender Su Nombre de ser degradado, ya que la obra no es verdaderamente Suya.

EL TEMOR DEL SEÑOR

Esto significa que cuando decidamos dejar que Dios sea nuestro comandante en jefe, debemos caminar en el temor del Señor. Cuando emprendamos el camino de verdaderamente ponerlo en el trono entre nosotros, deberemos actuar con la conciencia de que Él realmente ESTÁ entre nosotros. En consecuencia, se debe respetar Su presencia, Su liderazgo y Su dirección. Debemos estimar mucho Su posición y Su voluntad.

Vivir en la presencia de Dios y bajo su autoridad es una propuesta muy sobria y solemne. Esto no es un juego. Su iglesia es muy valiosa para Él. No es algo que podamos tratar a la ligera. Aunque es muy amoroso, también es el Juez. Por lo tanto, solo debemos entrar en una relación de pacto con Él con un corazón sincero y una disposición para seguirlo dondequiera que vaya. Sin duda, Jesús está lleno de misericordia, es paciente, amable y bueno. Ciertamente no nos va a dar la espalda solo porque ve que somos un poco tercos, cortoplacistas, temerosos o alguna otra cosa por el estilo. Mientras Él vea alguna pequeña posibilidad de que sigamos Su camino, Él continuará trabajando con nosotros.

Pero si nuestra resistencia a Su voluntad es fuerte y prolongada, entonces podemos esperar experimentar algunas consecuencias. Si comenzamos a resistirnos a Él e incluso a destruir Su obra con nuestras palabras, actitudes y acciones, Su juicio no tardará en llegar.

Cuando ponemos a Jesús en el trono como nuestra Cabeza realmente, podemos verlo comenzar a juzgar algunas situaciones en formas que no habíamos visto antes. Uno de los resultados más tristes es que Jesús simplemente se aleje y pase a trabajar con otros más dispuestos a lo que Él desea hacer.

Una vez más, me gustaría enfatizar que Jesús no está comprometido con nuestra doctrina. Él no está atado por el hecho de que tengamos la visión o práctica "correcta". Él solo se siente atraído por aquellos cuyos corazones son humildes y se han quebrantado ante Él. Él trabajará con cualquiera que sea maleable, y esté dispuesto a moverse y trabajar junto con Él a Su manera.

COMO DIOS HABLA

Jesús, nuestra Cabeza, Se comunica personalmente con nosotros de muchas maneras diferentes. Pero, cuando Le habla a la asamblea, casi siempre lo hace a través de otra persona. Por ejemplo, casi nunca Le habla audiblemente al grupo completo. En cambio, Él usa a hombres y mujeres, los miembros de Su cuerpo, para dirigir a Su cuerpo. Como hemos visto, Él habla con frecuencia a través de los miembros que tienen la mayor intimidad con Él. Él usa a los miembros que están más abiertos y disponibles para Él para expresar Su autoridad.

Todos nosotros necesitamos escuchar la dirección que Dios da a través de tales miembros y responder a ella. Cuando la iglesia no presta atención a la dirección del Señor, Su expresión es limitada. Cuando los participantes en cualquier comunidad de cristianos no obedecen la voz de Dios que fluye a través de un hermano, entonces la experiencia colectiva de Su presencia

se ve disminuida. Estando en sintonía con la voz del Señor, todos debemos ser capaces de recibir Sus instrucciones a través de los demás y obedecer (Ec 5:1).

No es raro que los cristianos tengan dificultades para reconocer la autoridad espiritual genuina y someterse a ella. Esto se debe a que aquellos a través de los cuales fluye son personas humildes. No se exaltan a sí mismos. No adoptan una actitud especial de superioridad o grandeza. No tienen uniformes distintivos, ni títulos. No exudan prepotencia ni tienen esa arrogancia casi imperceptible de quienes son ricos, famosos o tienen posiciones de poder.

Las personas naturales responden fácilmente a estas expresiones externas de importancia o autoridad. Pero como los que simplemente transmiten la autoridad de Jesús no exhiben estas características, es muy fácil para los cristianos inmaduros y no espirituales no reconocer o ignorar sus palabras. Es extremadamente fácil pasar por alto la voz del Señor hablando a través de alguien que parece poco espectacular.

Esto entonces se convierte en un verdadero desafío para la Iglesia. No debemos mirar simplemente la apariencia de nuestros hermanos. Cuando no escuchamos a Dios hablar a través de hombres y mujeres humildes, perdemos nuestra dirección y bendiciones. Si no estamos en completa sintonía con Su Espíritu, es fácil pasar por alto Su voz y, en consecuencia, no disfrutar de Su liderazgo. Es esencial que escapemos de nuestros conceptos mundanos de cómo y a través de quién habla Dios y permanezcamos abiertos a que Su palabra fluya a través de los hermanos. Si no lo hacemos, nuestra experiencia en la Iglesia será muy limitada.

También hay ocasiones, quizás más a menudo de lo que pensamos, en que Dios habla a través de otros miembros que no son percibidos como "líderes". Tal vez los instrumentos (miembros) habituales no estén abiertos a la revelación o dirección particular que Él desea dar. Posiblemente, Él desea probarnos para ver si podemos escucharlo hablar y no solo depender de los más maduros para que nos guíen. Pero, por alguna razón, Dios puede hablar y a veces habla al grupo a través de un miembro que puede no parecernos especial. Esta podría ser una persona a quien no esperamos que el Señor use, tal vez por ser nueva en la fe, o por no ser considerada realmente "espiritual". Quizá tenga algún tipo de impedimento físico, no sea especialmente agradable a la vista o no se tenga una buena opinión de la persona.

El resultado de esto es que debemos ser continuamente sensibles a Su Espíritu. Debemos estar sintonizados para escuchar Su voz. Debemos estar listos y dispuestos a escucharlo y obedecerlo, sin importar cómo elija hablarnos. Debemos seguir su instrucción: "Someteos unos a otros en el temor de Dios" (Ef. 5:21).

Realmente, recibir la dirección de Dios por medio de otra persona exige mucha humildad. Una persona orgullosa siempre tendrá dificultades en recibir una palabra de corrección o dirección de otra. Cualquier soberbia de nuestra parte sirve como un obstáculo que nos impide recibir al Espíritu de Dios cuando habla por medio de otros. Pedro nos amonesta diciendo: "Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad…" (1 Pe 5:5). Nuestra necesidad es tener

humildad, el temor genuino del Señor y una disposición para recibir Su palabra y seguirlo.

La desobediencia destruye la obra de Dios. Corta el flujo de la Vida divina que es la fuente de la Iglesia y todo lo que es genuino en nuestra experiencia cristiana. Cuando nosotros, individualmente, nos volvemos resistentes a Su dirección, nuestra vida espiritual sufrirá las consecuencias. Perderemos nuestra dulce comunión con Él y terminaremos solo caminando en el alma.

Además, cuando cualquier grupo de cristianos comienza a rechazar la dirección del Espíritu Santo, corre un gran peligro. Corre el riesgo de que Jesús simplemente se aleje y los deje sin Su presencia tangible y liderazgo. Esta eliminación de la presencia divina de cualquier grupo es desastrosa. Sin ella, el grupo simplemente se desmoronará o comenzará a depender de los métodos y medios humanos, como el liderazgo natural y la autoridad, para mantenerse unido.

EN LAS REUNIONES

Hemos hablado en capítulos anteriores acerca de cómo debemos seguir la dirección del Espíritu Santo en nuestras reuniones. Tales reuniones, dirigidas por el Señor mismo, están llenas de Su presencia y son beneficiosas para todos. Esta es una experiencia maravillosa y un privilegio divino. En tales reuniones, todos tienen la oportunidad de compartir y ministrar.

Sin embargo, hay algo que se debe respetar. Se debe mantener la autoridad de Jesús. Debemos preservar Su dominio sobre estas reuniones. De lo contrario, esta sublime experiencia será destruida. Los que son más sensibles a Él deben tener la audacia y la fidelidad de no dejar que nadie tome el control de la reunión y la desvíe del camino del Espíritu Santo.

Aquí hay un peligro con el que me he encontrado muchas veces a lo largo de los años: que algunos hombres y mujeres, al llegar a una situación en la que no hay un líder aparente, ven esto como una oportunidad para expresarse. Tal vez imaginen que pueden convertirse en el líder que parece faltarle a este grupo; quizá solo les encante hablar y que los vean y escuchen; puede que sean jóvenes en la fe y no sepan cómo seguir al Espíritu Santo; o comiencen a hablar u orar en el Espíritu, pero continúen por mucho tiempo siguiendo algún estímulo emocional y terminen en la carne.

Por la razón que sea, habrá ocasiones en las que alguien esté hablando, cantando u orando una y otra vez de una manera que no es dirigida por el Señor. Si se permite que esta situación continúe por mucho tiempo, apagará al Espíritu Santo. Destruirá la obra de Dios. Arrastrará a todos a un nivel humano natural y la presencia del Señor se perderá. Si hemos de reunirnos en la presencia de Dios, debemos mantener Su autoridad.

Por lo tanto, cuando se presenta tal situación, quienes tienen discernimiento y madurez espiritual deben actuar. Con mansedumbre, amabilidad y con toda consideración para no lastimar a la otra persona, deben volver a llevar la reunión bajo la dirección del Señor. Esto se puede

hacer con una simple oración o palabra. Puede implicar hablar directamente con el hermano o la hermana que produce esa situación. Cualquier cosa que se haga, debe servir para detener la acción que está sacando al grupo del dominio de Jesús y traerlo de regreso a Su curso.

Como se mencionó anteriormente, hay cierto margen de error. No necesitamos acusar a nadie inmediatamente cuando se desvíe. No necesitamos precipitarnos. Pero si se permite que la participación humana carnal continúe demasiado tiempo, toda la reunión sufrirá.

Cuando esto suceda con frecuencia, la gente perderá su entusiasmo por reunirse, ya que sus espíritus estarán insatisfechos. Pronto la obra de Dios será destruida por la falta de acción de parte de los cristianos con mayor discernimiento para preservar la autoridad del Espíritu Santo.

También hay muchas otras cosas que sirven para destruir la obra de Dios. Estas incluyen permitir que una "raíz de amargura" (Heb 12:15) crezca en nuestros corazones; el no perdonar a los demás; permitir que el pecado continúe sin confrontar al infractor; permitir disputas públicas sobre doctrinas, ideas y muchas otras cosas por el estilo. Es imposible detallar y tratar todas las posibilidades en este escrito.

Sin embargo, Jesús es capaz de guiar a Su pueblo. Mientras caminamos en intimidad con Él, Él nos guiará para enfrentar cada situación y necesidad. Que le confiemos nuestras vidas y corazones cada vez más a Su liderazgo y cuidado.

12.

EDIFICAR SOBRE LA FUNDACIÓN

Cuando abordó el problema de las divisiones y les enseñó a los nuevos cristianos en Corinto acerca de cómo edificar la iglesia, Pablo dijo: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Co 3:11). En cualquier tipo de construcción, la fundación es la parte más importante. Es el punto de partida esencial para todo lo que se hará después.

Es precisamente en este punto que muchas de las denominaciones, grupos e "iglesias" de hoy, sin darse cuenta, se han desviado del propósito de Dios. La gran mayoría de los grupos cristianos de hoy se basan en un conjunto de doctrinas, prácticas, revelaciones, un sistema de liderazgo humano o alguna otra cosa por el estilo. Su base, el pensamiento fundamental que los mantiene unidos, no es simple y puramente una persona, el Señor Jesucristo.

Claramente, todos los grupos cristianos tienen algún fundamento en Cristo, o no podrían ser considerados cristianos. Sin embargo, muchos han puesto erróneamente otros cimientos al lado de la persona de Jesús como base de su comunidad (Ez 43:8). Han establecido otros criterios como base de sus encuentros y relaciones entre ellos. Entonces, han construido su organización particular sobre esta base meramente humana y defectuosa.

Sin una base adecuada, cualquier cosa que se construya sobre ella se pone en peligro. Si la base no está correctamente puesta, toda la estructura estará defectuosa. Lo que sea que se construya encima de ella nunca podrá hacerse correctamente, a menos que primero se derribe todo y se reconstruyan los cimientos de la manera adecuada.

La persona de Jesucristo es nuestro único cimiento (y no la doctrina acerca de Él). El mensaje de este libro se puede resumir en este único pensamiento: debemos volver a Jesucristo en todo nuestro trabajo de edificación. Él es el cimiento, la sustancia, la fuente, la forma, la Cabeza. Él es todo en todos. Para mí, una de las características más importantes de esta comprensión de la Iglesia que hemos estado analizando es que está centrada en Cristo. "… para que en todo (Cristo) tenga la preeminencia" (Col 1:18).

ENTONCES, ¿CÓMO CONSTRUIREMOS?

Entonces, ¿cómo construiremos? Primero les presentamos a hombres y mujeres la persona de Jesucristo. Les explicamos cómo necesitan arrepentirse completamente de sus pecados, delante de Dios, para que puedan ser perdonados y recibir Su propia Vida eterna no creada dentro de ellos. Luego, los llevamos a entregarse completamente a Él, entregándole sus vidas en total sumisión a Su voluntad. Esto abrirá el camino para que Él haga Su obra transformadora dentro de ellos sin obstáculos.

Este paso de consagración total a Dios es indispensable. A menos y hasta que los cristianos estén listos y dispuestos a someterse completamente al gobierno de Cristo, no podrán entrar plenamente en la experiencia de la Iglesia verdadera. Dado que el cuerpo de Jesús depende totalmente de Él para su dirección diaria e incluso para su propia vida, cuando los cristianos se someten a Él de forma parcial o incompleta, su experiencia de Su cuerpo también será incompleta.

Después del paso de la consagración completa, se les debe mostrar a los nuevos cristianos cómo vivir en una relación de amor con Dios y con los demás. Una vida de servicio amoroso de unos a otros, e incluso a los incrédulos, es la única meta de vida genuina que cualquier cristiano puede perseguir. Este es el enfoque y la dirección de cualquier cristianismo verdadero. Cuando permitimos que Cristo viva este tipo de vida enfocada a través de nosotros, otros podrán ver un ejemplo para imitar y seguir. Nuestra mejor enseñanza es el ejemplo de cómo permitimos que Cristo viva en nosotros y a través de nosotros.

Todo esto es realmente muy simple. Sería mucho más simple si tantos otros métodos de construcción no fueran tan comunes, oscureciendo así la visión de las personas. Uno de los mayores obstáculos que enfrentamos hoy es que hay tantas estructuras defectuosas que han confundido y cegado a muchos hijos de Dios.

En consecuencia, gran parte de nuestro trabajo parece estar deshaciendo mucho de lo construido, en lugar de continuar la construcción. Debemos derribar todo lo terrenal y humano y volver a Jesús. Antes de que podamos construir lo nuevo, tenemos que quitar los escombros del pasado. Debemos esforzarnos por llevar a todos de vuelta a "...la fidelidad sincera a Cristo" (2 Co 11:3). Si simplemente vivimos la Vida de Cristo en sumisión a Él y en unidad unos con otros, la única Iglesia verdadera comenzará a verse.

DEBEMOS TENER EL MISMO PLANO

Después de que hayamos puesto el maravilloso cimiento de Jesucristo, podremos comenzar a construir. Pero ¿con quién podemos trabajar? ¿Quién se unirá a nosotros en la construcción de la morada eterna de Dios? Aquí encontramos otro ingrediente importante. Como se mencionó anteriormente en este libro, podemos amar a todos, servirles a todos, recibir a todos e incluso reunirnos con todos, porque son amados por Dios. Pero cuando se trata de construir, hay otro requisito.

Para construir junto con otra persona, debemos tener el mismo plano. Debemos estar construyendo de acuerdo con el mismo patrón. Si no, se perderá mucho tiempo y esfuerzo. Terminaremos desilusionados y frustrados.

Imaginemos que quiere construir un barco. Entonces obtiene un plano y comienza a construir. Pronto su vecino quiere ayudar. Naturalmente, agradece su ayuda. Pero tal vez mucho de lo que hace su vecino se desperdicia. Corta tablas en formas y longitudes diferentes a las especificadas en su plano. Él une las partes de manera que luego tiene que

desmontarlas y rehacerlas. No solo eso, sino que desarma las cosas que ha hecho y las une de una forma incorrecta.

Así que queda rascándose la cabeza y preguntándose por qué. ¿Por qué gran parte de lo que hace este vecino servicial está mal? ¿Por qué en vez de ayudar parece estorbar? Entonces, un día descubre la razón. Él tiene otro conjunto de planos. Él piensa que usted está construyendo un avión en lugar de un barco. En lugar de trabajar juntos, están trabajando con propósitos diferentes. Se ha desperdiciado mucho tiempo, esfuerzo y materiales.

Con este ejemplo podemos ver que, para trabajar junto con otros hermanos para edificar la casa de Dios, debemos tener la misma visión. Debemos haber visto el mismo plano y estar trabajando a partir de este. Si no, experimentaremos mucha frustración y muy poco progreso. Hay innumerables hombres y mujeres de Dios que se han desanimado en su trabajo para el Señor porque encontraron mucha frustración al tratar de trabajar con otros.

Cuando otros tienen un patrón "denominacional", cuando están construyendo algo con materiales terrenales y liderazgo humano, encontrará muchas dificultades trabajando en este ambiente. Si bien algunos han tratado de "trabajar dentro del sistema" o incluso han intentado cambiarlo, es muy raro que alguien tenga mucho éxito construyendo de esta manera.

Ciertamente existe, en casi todos los grupos, la oportunidad de orar por otros. Por lo general, es posible edificar a algunos en su vida individual y ayudarlos en su camino en cualquier situación. Sin embargo, cualquier estructura humana artificial limitará e inhibirá mucho progreso hacia la meta de Dios.

Entonces, lo mejor que puede hacer es encontrar a otros que tengan la misma visión que usted. Las cosas irán mucho mejor si podemos ubicar a otros que tienen el mismo plano y trabajar junto con ellos. En cuanto a aquellos que tienen una visión diferente, puede bendecirlos, orar por ellos y confiar en que su Señor cuidará de ellos y de su trabajo para Él. Su participación es simplemente obedecer a Dios en lo que Él le ha indicado que debe hacer.

Si no conoce a nadie que haya recibido el mismo entendimiento, entonces debe comenzar a orar. Ore para que Dios lo ponga en contacto con otros cristianos que están buscando a Jesús de la manera que hemos estado analizando. Puede que se sorprenda al descubrir que hay muchos más cristianos como usted cuyos corazones anhelan ver la casa viva de Dios edificada y completada.

Si no hay un grupo mayor disponible, entonces necesita orar por otro hermano que pueda trabajar con usted. Uno es suficiente, pero dos o tres es mucho mejor. Entonces pueden caminar juntos en la presencia de Dios y permitir que Él los edifique juntos sobre Su cimiento. Esto llevará tiempo, posiblemente años de vivir e interactuar juntos.

Esta convivencia no será fácil. Pero no hay atajos. Debe permitir que Cristo los establezca juntos en Él de una manera sólida y real que solo Él puede lograr. Por lo tanto, debemos prepararnos mentalmente para esto. Debemos estar dispuestos a pagar el costo emocional y espiritual que esto implicará. También debemos estar dispuestos a aplicar mucho tiempo,

posiblemente muchos años, e incluso nuestra vida sirviéndoles a los demás, mientras Dios hace Su obra en ellos y en nosotros también.

¿DÓNDE ENCONTRAMOS A ESTOS OTROS?

Algunas preguntas que vienen a la mente de muchas personas al pensar en una experiencia de Iglesia sin liderazgo humano son: "¿Con quién nos encontraremos? ¿Con quién tendremos comunión diaria y una relación? ¿A quién se supone que le debemos servir en amor?" La respuesta es bastante simple. Dios mismo traerá a estas personas a nuestras vidas.

Cuando seguimos a Cristo, encontraremos a otros en el curso normal de nuestra vida. Algunos de ellos se destacarán como alguien que Dios nos ha traído. Es posible que tengan algunas necesidades que podamos satisfacer. Podrían tener hambre de lo que Dios nos está mostrando. Es posible que ya tengan una visión similar y estén buscando a otros con quienes ponerla en práctica. Las posibilidades aquí son infinitas, pero el resultado es el mismo.

A medida que caminamos en el espíritu, tendremos una "revelación" espiritual de que Dios está colocando a ciertas personas junto a nosotros, por alguna razón que solo Él conoce. No tenemos el derecho de seleccionar personas que nos agradan. No somos libres de rechazar a aquellos que tienen problemas graves o pueden ser difíciles. Cuando nosotros, caminando en intimidad con Dios, sabemos que Él ha puesto a alguien en nuestra vida, entonces debemos amarlo y servirle en Su nombre.

Está claro que, como seres humanos, solo podemos tener un número limitado de relaciones verdaderamente íntimas con los demás. Nuestras capacidades son finitas. Si tenemos un puñado de hermanos y hermanas realmente íntimos, es bastante. Así, podemos concentrar nuestro ministerio y amor en aquellos que están más cerca de nosotros, edificándonos y ministrando unos a otros bajo el gobierno de Dios.

Naturalmente, también tendremos algunas relaciones con otros que estén más "distantes" espiritualmente. No se implica aquí que debamos organizar un pequeño círculo de amigos íntimos que estén de acuerdo con nosotros y excluir al resto. La idea es solo que siempre tendremos algunos hermanos y hermanas que están más íntimamente relacionados con nosotros y otros con quienes tendremos una conexión algo menos íntima.

Aquellos que conocemos y con los que tenemos una mayor intimidad, también tendrán relaciones con otros a un nivel más distante que la relación con nosotros. Estos a su vez, tendrán otros con los que tengan más comunión, y así sucesivamente. Pronto habrá toda una red de cristianos interrelacionados, que se aman y sirven unos a otros.

Quizás una buena analogía de esto podría ser una pared de ladrillos. Cada ladrillo tiene otro ladrillo a cada lado y un par más en la parte superior e inferior. Estos otros ladrillos también tienen ladrillos tocándolos, que tienen otros ladrillos en contacto con ellos. El conjunto entonces forma una pared. Mientras los cristianos viven en comunión amorosa con aquellos que están cerca de ellos, el todo es lo que forma la Iglesia.

Nadie (aparte de Jesús) necesita tratar de crear o controlar estas relaciones. No hay necesidad de que alguien intente organizar o planificar tal cosa. Es Dios mismo quien coloca a los miembros en el cuerpo como Él quiere (1 Co 12:18). Él es quien debe estar en control de estas relaciones. A medida que Él trae a otros a cada una de nuestras vidas y les permitimos construir una comunión íntima entre nosotros, se está construyendo Su casa eterna.

La casa de Dios es algo vivo, algo "orgánico", por así decirlo. No hay un manual para enseñar cómo hacer las cosas. No hay planes específicos; paso a paso, que podamos implementar para asegurarnos de que las cosas se hagan correctamente. Solamente el Espíritu Santo puede dar frutos, y ciertamente lo hará, si le entregamos nuestros corazones y nuestras mentes, las relaciones y la comunión de las que estamos hablando aquí. Debemos tener fe mientras lo sigamos cada día, Él edificará Su iglesia como Lo ha prometido.

Aunque muchos humanos anhelan algo predefinido, ordenado y programado, la casa de Dios nunca podrá construirse de esta manera. No existe un método sistemático que podamos usar para producir lo que Él desea. Solo manteniendo una relación diaria de fe con nuestra Cabeza podremos concebir esta experiencia gloriosa.

La inteligencia humana y la capacidad organizativa deben descartarse. Todos los maravillosos atributos de la novia de Cristo solo pueden ser conocidos por aquellos que caminan en íntima comunión con Jesús.

MIEMBROS MÁS DOTADOS

Es claro que habrá miembros del cuerpo que tendrán dones y ministerios que llegarán más allá de otros hermanos con quienes tienen una intimidad espiritual. Naturalmente, Dios los guiará en el uso de estos dones para servirle a Su cuerpo de una manera más amplia. La predicación, la enseñanza, la sanidad, etc., son ministerios para el disfrute de toda la Iglesia.

Sin embargo, esto no afecta la necesidad de aquellos con tales ministerios de estar conectados en intimidad espiritual con un pequeño círculo de hermanos. El hecho de que tengan un ministerio para muchos no significa que no tengan necesidad de una comunión estrecha también con unos pocos hermanos especialmente íntimos. Nadie debe descuidar esa comunión espiritual con otros y concentrarse solo en "su ministerio".

Los cristianos que así lo hacen corren un altísimo riesgo de quedar aislados, como un cordero alejado del rebaño, y, por tanto, convertirse en presa fácil para el enemigo. Nuestra comunión con otros que están cerca de nosotros proporcionará una forma viva para que Dios traiga edificación, inspiración e incluso corrección a nuestras vidas. Tal comunión es una experiencia esencial para todos los cristianos.

NUEVA TRANSPARENCIA

Cuando caminamos junto con otros, lo que generalmente esperamos es encontrar una gran bendición. Esperamos que haya una generosa cantidad de gracia y satisfacción en nuestra comunión. Pero también ocurrirá algo más. Empezaremos a ver el pecado del otro. Nos daremos cuenta de la debilidad y los fracasos de los demás. Su vida se volverá cada vez más transparente para nosotros.

Esto ocurrirá por dos razones. Primero, encontraremos que Dios nos acerca a estos otros. Tendremos una comunión frecuente, o hasta diaria. Entonces, el hecho de esta intimidad resultará en que conozcamos a nuestros hermanos y hermanas de una manera más profunda. Es posible que las personas se reúnan durante muchos años, quizás siendo miembros de la misma estructura religiosa, por ejemplo, sin conocer los pecados y las faltas de los demás. Pero cuando entramos en la comunión espiritual del cuerpo de Cristo, es inevitable que empecemos a saber mucho más unos de otros, tanto los aspectos buenos como los malos.

La segunda razón es que esta es la obra del Espíritu Santo. Vino a convencer al mundo del pecado (Jn. 16:8). Entonces, cuando comenzamos a abrirnos a Él y a Su obra de edificación, el pecado comienza a exponerse. Cuando "andamos en luz" (1 Jn. 1:7) con los demás, esta luz revela muchas cosas. Esta pone en evidencia (Ef. 5:13) lo que antes estaba oculto.

Cuando comenzamos a descubrir que nuestros hermanos y hermanas no son perfectos, cuando vemos que son pecadores como nosotros, cuando comienza a expresarse su naturaleza caída y aún no transformada, ¿cuál es nuestra reacción? El hombre natural tiende a retroceder. Nuestra naturaleza humana quisiera mantenerse alejada de tales personas con estos feos y difíciles problemas. Pero esta no es la respuesta de Dios. Esta no es Su solución.

Es aquí donde encontramos una verdadera prueba de nuestro amor a Dios y de nuestro compromiso con los hermanos. Es aquí donde vemos si estamos listos y dispuestos a vivir y edificar la casa de Dios. Aquí tenemos la maravillosa oportunidad de superar nuestras reacciones naturales. Podemos, por la gracia de Dios, perdonar a los demás. Podemos mirarlos a través de los ojos de Dios. Podemos negar nuestras respuestas humanas y buscar la gracia de Dios para tratarlos como Él lo haría. Otra forma de pensar sobre esto es que podemos amarlos como nos amamos a nosotros mismos (Mt 22:39).

Este es un verdadero desafío. Aquí está la verdadera prueba de nuestro cristianismo. Si no podemos amar a nuestro hermano, nunca experimentaremos la plenitud de la única Iglesia verdadera. Si fallamos aquí, nunca seremos edificados juntos sobre el cimiento de Dios.

Cuando simplemente huimos de aquellos que son difíciles o pecadores, nunca conseguiremos ver edificada la casa de Dios. Cuando no hay estructuras artificiales para mantener unidas a las personas, solo podemos depender del amor de Dios. El cuerpo genuino de Cristo está "... edificándose en amor" (Ef. 4:16).

Una vez más, vemos que es aquí donde aparece la cruz de Jesús. Es cuando vivimos con los demás en el amor de Dios que nuestro propio "yo" debe ser crucificado. Para conseguir vivir en amor, debemos morir. Nuestras reacciones naturales, opiniones y deseos deben ir a la tumba. El

alma caída nunca podrá resistir tal prueba. Solo la Vida de Dios en nosotros es capaz de vivir en amor y armonía con todos aquellos a quienes Él ha escogido.

SER EDIFICADOS JUNTOS

Siguiendo este camino de amor y sacrificio, después de un tiempo descubriremos que crece nuestra unión y comunión con estos otros hermanos y hermanas afines. Nos daremos cuenta de que el amor de Dios nos está dando una victoria sobre nuestras reacciones humanas a sus fallas y debilidades. Habremos oído todas las acusaciones del diablo contra ellos. Habremos observado todos sus pecados y debilidades evidentes. Habremos conocido sus defectos humanos. Sin embargo, todavía los amaremos.

Este es entonces el comienzo de la edificación de Dios. Así es como nos edifica sobre Su cimiento, Jesucristo. Esta es una unidad eterna de nosotros mismos con Dios y con otros. Esto es algo que ha pasado las pruebas de este mundo y se ha vuelto eterno.

Cuando hemos visto la verdad sobre los demás y aún los amamos, cuando el diablo ha compartido con nosotros todas sus percepciones sobre sus pecados y fracasos, cuando hemos superado nuestras propias reacciones y sentimientos, lo que queda es algo que perdurará para siempre.

Cuando cooperamos con Jesús y permitimos que Él nos edifique juntos de esta manera, la Iglesia se vuelve mucho menos vulnerable y, finalmente, invencible ante los ataques del enemigo. En el Antiguo Testamento, las piedras del templo se elaboraron y colocaron cuidadosamente. Las cortaron, aserraron y, posiblemente, incluso lijaron hasta que encajaran perfectamente. Cuando se colocaron en el templo, se ha dicho que encajaban tan bien que ni siquiera la hoja de un cuchillo podría insertarse entre ellas.

Los ataques del diablo son como la hoja de un cuchillo. Le encanta insertar sus acusaciones sobre otro hermano en medio de nuestra relación. Cuando sus palabras encuentran un pequeño espacio en nuestros corazones y mentes, comienza a torcer este cuchillo para separarnos más. Esta es su técnica principal para destruir la obra de Dios. Es "revelarnos" las faltas y pecados de los demás. Luego, usa esta información para destruir el amor que debería mantenernos unidos.

Pero cuando conseguimos vivir en el amor, cuando las acusaciones del diablo ya no encuentran lugar en nuestros corazones, cuando ha puesto todos sus esfuerzos y no ha conseguido separarnos, entonces las puertas del infierno comienzan a temblar. Cuando superamos las palabras que usa para acusar a otros, entonces le queda muy poco poder. Es entonces cuando ha agotado todas sus municiones y ha fallado. Cuando ya no estemos de acuerdo con los pensamientos que él pone en nuestra mente, cuando dejemos de reaccionar de manera natural y humana a sus ataques, cuando sigamos amando a nuestros hermanos y hermanas en medio de los ataques al carácter de los hermanos, el reino del diablo está en problemas. Es entonces que los hombres y mujeres cristianos están

alcanzando la victoria. Están venciendo al enemigo de Dios. La casa de Dios se está edificando de una manera sólida y real.

Como hemos visto, el amor es el único pegamento que mantiene unido el verdadero cuerpo de Cristo. Sin alguna doctrina, líder, práctica, método, etc., artificial para mantener unidos a los cristianos, solo el amor de Dios funcionará. Entonces, el diablo hace todo lo posible para atacar esta conexión única y valiosa.

Cuando nosotros, actuando en nuestra carne, cooperamos con él y criticamos a nuestros hermanos, los difamamos, chismeamos sobre ellos y hablamos mal de ellos, desgarramos lo único que nos une. Este tipo de hablar es pecado y debe evitarse a toda costa. Siempre que participemos en esas acciones, un arrepentimiento profundo y completo será la única solución. Solo cuando venzamos en esta esfera, veremos que la casa de Dios se construye en amor.

AGREGAR MÁS PIEDRAS

Cuando dos o tres hermanos comienzan a experimentar la victoria en el área de amarse unos a otros, este es el comienzo de algo muy valioso y real. Cuando cinco o seis, o incluso doce comienzan a disfrutar de una relación de amor divino, entonces el cimiento de Dios está bien establecido. Esto, entonces, se convierte en algo muy sólido a lo que el Señor le puede agregar mucho peso.

Por ejemplo, supongamos que algunos hermanos están en comunión entre sí y con Jesús. De repente, tal vez entusiasmados con una revelación de lo que Dios desea, todo un grupo de otros cristianos decide unírseles. Pongamos este número de nuevos cristianos en alrededor de 100.

Pero si estos pocos hermanos originales no están bien edificados juntos, si al enemigo todavía le quedan algunas municiones que estos no han vencido, entonces este grupo no resistirá la prueba.

Tarde o temprano, el diablo conseguirá abrir una brecha entre estos primeros hermanos. Estarán en desacuerdo sobre alguna doctrina, dirección, liderazgo o situación.

Pronto se producirá una ruptura de la comunión. En cuanto a los 100 más que llegaron recientemente, también estarán confundidos y divididos. Podrían haber pensado que estaban llegando a un lugar de amor y unidad, pero en cambio ven lucha y contienda. Unos elegirán un lado y, otros, otro lado. Esto producirá una división del cuerpo y la destrucción de la obra de Dios.

Antes de que el Señor le pueda agregar más peso a la edificación, los primeros bloques (hermanos) deben estar bien establecidos sobre los cimientos. Deben estar sólidamente unidos en el amor de Dios. Necesitan ser pacientes y dejar que Jesús haga una obra completa en sus vidas individuales y entre ellos. Entonces, y solo entonces, podrán soportar más peso.

Este es un primer paso esencial en la edificación de la obra de Dios. No crea que puede saltárselo. No puede apresurar ni eludir este proceso. Hasta que varios hermanos se hayan edificado completamente juntos en el amor de Dios, todo lo que se edifique encima no permanecerá en pie por

mucho tiempo. Esta es precisamente una de las principales razones por las que muchos grupos se encienden por un corto tiempo, aparentando tener una buena revelación y fluir en el Espíritu Santo y, luego, desaparecen. Los primeros hermanos "de los cimientos" no estaban bien unidos en el amor de Dios.

Jesús pasó cerca de tres años y medio con Sus discípulos. Durante ese tiempo, sin duda, tuvieron dificultades en sus relaciones entre ellos. Entonces Jesús los preparó. Les enseñó a amar, a perdonar, a poner la otra mejilla, a ser mansos y humildes. Les instruyó acerca de cómo debían vivir juntos en comunión espiritual. Usó cada situación como una oportunidad para enseñarles a vivir en armonía.

Por ejemplo, hubo contiendas frecuentes entre los discípulos acerca del poder, la grandeza y la autoridad. Algunos de ellos parecían desear una posición de preeminencia sobre los demás. Como hemos visto, este es un motivo frecuente por el que muchos grupos fracasan hoy. Cuando ciertos hermanos comienzan a tener contiendas y disputas entre ellos sobre quién tiene más influenza, o cuando alguno se levanta y asume el control del grupo, la experiencia de la Iglesia verdadera está condenada al fracaso.

Tratando con esas situaciones, Jesús los reprendió delante de todos. Él afirmó repetidamente y con claridad que, en Su Reino, el mayor debería convertirse en el menor. Él también les dio ejemplos poderosos de servicio y humildad (Jn 13:3-17). Entonces, después de Su muerte y resurrección, aquellos hermanos tenían una edificación sobrenatural. Tenían la experiencia de haber vivido en conjunto en la presencia del Señor.

En el día de Pentecostés, había 120 de estos discípulos en el "aposento alto" (cenáculo). La mayoría, si no todos, de estos hermanos y hermanas habían pasado mucho tiempo juntos entre ellos y con el Señor. Deben haber tenido un cierto nivel de relación o "edificación" sobrenatural. Es evidente que era así, porque en ese mismo día el Señor decidió agregarle como tres mil nuevos cristianos a su número (Hch 2:41).

Sorprendentemente, estos 120 soportaron este "peso". Los apóstoles no comenzaron a competir entre ellos sobre quién tendría la mayor influencia o quién sería el más preeminente. Ninguna doctrina mezquina los dividió.

Los problemas que surgieron no los llevaron a estar en desacuerdo y dividirse en dos o tres iglesias diferentes. Los desafíos que enfrentaron no los hicieron desconfiar unos de otros, pelear entre ellos o expulsar a algunos de la iglesia. Esto se debe a que se amaban unos a otros. Habían pasado tiempo juntos en la presencia de Jesús, y Él había hecho una obra eterna en sus corazones.

Esto es lo que todos necesitamos hoy. Es esencial que aprovechemos a los pocos otros hermanos y hermanas con los que tenemos comunión. Esta es un área de entrenamiento. Es el momento de la verdad. Ellos son con quienes Dios nos ha puesto. Es con estos pocos que necesitamos aprender a vivir en armonía y amor. Cuando esta pequeña parte de la edificación de Dios esté bien establecida, puede ser que el Señor pueda confiar en que esta parte de Su casa tiene un cimiento lo suficientemente fuerte para soportar más peso.

Quizás pensemos que todo esto sería más fácil si pudiéramos encontrar algunos cristianos que fueran más agradables. Si pudiéramos localizar

algunos que fueran menos problemáticos, menos pecaminosos, menos tercos y más cuidadosos con nosotros. Pero "Dios ha colocado cada uno de los miembros en el cuerpo como Él quiso" (1 Co 12:18). Aquellos a quienes Él ha traído a nuestras vidas son con quienes debemos tener comunión. Es con ellos que debemos vencer y superar conflictos. Es con estos pocos que permitimos que Dios trabaje en nuestros corazones hasta que los amemos como Él los ama.

Jesús sabe lo que hay que hacer en nuestros corazones. Conoce las necesidades de los demás también. Entonces, cuando nos une, ve cómo usará nuestros dones y nuestra unción para ministrarle al resto. También prevé cómo los problemas y los pecados de cada individuo ayudarán a crecer a los demás.

Él ve cómo podemos bendecirnos unos a otros. Él también es consciente de cómo sus debilidades y problemas impactarán en nuestras vidas, haciéndonos morir a nosotros mismos para seguir amándolos. Él ha designado estas relaciones para que sean las más eficaces para tratar con nuestros problemas y promover nuestro verdadero crecimiento espiritual.

Entonces vemos que donde estamos es exactamente donde Dios quiere que estemos. A menos que Él nos haya dado una instrucción clara de ir a otro lugar, nuestra situación es perfecta para nosotros. Si hemos encontrado a otros con el mismo plano y la misma visión de la casa de Dios, es aquí donde debemos quedarnos y permitir que Dios haga Su obra en nosotros y a través de nosotros.

Cuando Él nos considere listos, cuando seamos transformados a Su gloriosa imagen y ya no seamos susceptibles a la obra del enemigo, entonces Él podrá usarnos para ser eficaces en las vidas de un mayor número de personas.

RUPTURA DE LA COMUNIÓN

Entonces, ¿cuándo se nos permite cortar la relación con alguien? ¿Cuándo es el momento en que los pecados de otra persona son tan grandes que se supone que no debemos soportarlos más? ¿Cuándo nos damos por vencidos con alguien? La respuesta parece ser "casi nunca". Solo podemos renunciar a nuestro amor por otro hermano o hermana cuando Dios mismo se da por vencido con ellos. Dios no se rinde fácilmente.

Sin embargo, Jesús nos da algunas pautas para continuar nuestra comunión con alguien que nos ofende. Leemos: "Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos; si te oye, has ganado a tu hermano. Pero si no te oye, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oye a ellos, dilo a la iglesia; y si no oye a la iglesia, tenlo por gentil y publicano." (Mt 18:15-17).

Aquí tenemos una fórmula para tratar con un hermano que peca contra nosotros. Primero hablamos con este, sin contarle a ninguna otra persona. Leemos: "… si se arrepiente, perdónalo" (Lc 17:3); "No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mt 18:22). Sin embargo, si no quiere

escuchar, lo llevaremos con dos o tres testigos. Si el hermano o la hermana aún no recibe nuestra queja, se nos permite llevar el asunto ante el grupo mayor, que es la congregación. Finalmente, y solo después de dar estos tres pasos, se nos permite dejar de buscarlo con amor.

En el versículo 17 del capítulo 18 de Mateo, se dice "tenlo", en singular. Eso significa que usted, personalmente, puede dejar de relacionarse con esa persona si ha seguido el procedimiento anterior. Este no parece ser un método para excluir a alguien de la iglesia como un todo. Esta no es una fórmula para la "disciplina de la iglesia"; aunque muchas veces se ha aplicado de esta manera.

UN HERMANO "DESORDENADO"

También parece haber algunas otras situaciones en las que no se exige nuestra comunión con los demás. Hay un pasaje en el que Pablo nos enseña: "que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros" (2 Tes 3:6). Cuando alguien no camina en comunión con Jesús y, por lo tanto, no "anda en luz" (1 Jn 1:7), se hace muy difícil tener comunión con esta persona.

La palabra "desordenadamente" antes mencionada debe significar caminar en pecado constante y sin arrepentimiento. Dado que su corazón no está buscando las cosas de Dios, realmente no hay ningún beneficio en tratar de edificar junto con personas así.

Aunque podamos ser usados por Dios para rescatar a esta persona de su mal comportamiento (Sant 5:19,20), sin su arrepentimiento, cualquier asociación a largo plazo no será constructiva de ninguna manera eterna. Si persistimos, corremos el riesgo de contaminarnos también con sus pecados.

Este principio se aplica en muchas situaciones. Cuando se vuelve obvio que un hermano no está realmente buscando el reino de Dios, no necesitamos gastar nuestro tiempo y energía tratando de mantener la comunión con este. Cuando se resiste a la autoridad de Jesús y es evidente que lo guía la carne, tampoco podemos edificar junto con este hermano. Si reprender y amonestar no produce arrepentimiento, entonces mantener una intimidad con tal persona no edificará la casa de Dios.

Pablo también enseña, refiriéndose a los que se oponían a su enseñanza: "Si alguno enseña otra cosa y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, discusiones necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia. Apártate de los tales." (1 Tim 6:3-5).

Cualquier cristiano que ande en la carne no puede colaborar con usted en la edificación de la casa de Dios. Es mejor no pasar el tiempo con esas personas. Esto no quiere decir que no continúe amándolo y orando por él. Simplemente significa que debemos invertir nuestro tiempo y energía

sirviéndoles a aquellos cuyos corazones están abiertos a Jesús y a Su reino.

Las Escrituras no están defendiendo aquí algún tipo de actitud de rechazo áspero y odioso, común en muchos grupos cristianos hoy en día, hacia alguien que ha dejado de estar de acuerdo con ellos. No existen pensamientos de cortar toda la comunicación, tratar bruscamente o sin amor, romper lazos familiares y evitar al infractor como si tuviera una peste. Tales actitudes no reflejan el corazón de Dios. En cambio, parece que esta debe ser una reacción natural hacia aquellos cuyos corazones no buscan el gobierno de Cristo.

Cuando otros cristianos no están en sumisión y en comunión con la Cabeza del cuerpo, las relaciones espirituales se vuelven casi imposibles. Por lo tanto, se nos insta a que, en lugar de tratar de mantener algún tipo de amistad carnal, simplemente concentremos nuestro tiempo y esfuerzos en aquellos que buscan a Jesús. La respuesta espiritual automática es trabajar junto con aquellos que "andan en luz".

AUTOPODA

En muchos sentidos, la única Iglesia verdadera se poda a sí misma. Por lo general, no necesitaremos perder tiempo preocupándonos por excluir a alguien. Normalmente se excluirán a sí mismos. Si nosotros y aquellos con quienes tenemos comunión íntima vivimos en genuina sumisión a Jesús, esto no deja lugar para la carne. Habrá a nuestro alrededor un ambiente de santidad y compromiso.

Cualquiera que entre en contacto con nosotros debería sentir esto. Si es así y la persona se siente atraída, esto es bueno. Pero, en mi experiencia, muchos no tienen esta actitud de corazón. No están listos ni dispuestos a entregarse completamente a Jesús. Esto no es lo que están buscando ni es algo que anhelan. Aunque pueden sentirse atraídos por las relaciones de amor que ven, a menudo no se sienten cómodos con el compromiso total con el Señor que perciben a su alrededor.

Así que estas personas no se quedan en el grupo. Aunque podríamos verlas de vez en cuando, parecen excluirse de la comunidad por no sentir el deseo de únicamente buscar a Jesús. La verdadera comunión solo la pueden experimentar aquellos que tienen una reciprocidad de compromiso total con Jesús y con los demás.

Es un error sentir que debemos seguir acercándonos a personas que en realidad no buscan a Dios. Nuestro objetivo no es reclutar "miembros". Hay algunos cristianos que están constantemente buscando a personas difíciles, pensando que les están sirviendo. Pero, a menudo, estas personas solo merodean por la congregación porque anhelan atención, no porque estén buscando al Señor. Debemos permitir que Jesús gobierne nuestras relaciones, en lugar de dejarle esto a nuestro propio corazón. No debemos invertir demasiado de nuestro tiempo y energía en llegar a aquellos cuyos corazones están cerrados.

En la Iglesia primitiva tal vez esta situación era un poco diferente. Solo había un grupo de personas llamado "la Iglesia". Pero hoy, los cristianos

tienen muchas opciones. Si no les atrae lo que estamos haciendo, hay miles de otros grupos en los que pueden buscar lo que quieren. Pueden encontrar un grupo que parezca satisfacer su necesidad.

Un ejemplo de esto podría ser alguien que busca un lugar de autoridad y reconocimiento. Al principio, esta persona podría imaginar que cierta comunidad sería una plataforma perfecta para lanzar su "ministerio". Quizás, por confundir el liderazgo del Dios invisible con la ausencia de liderazgo, esta persona piense que puede asumir esta posición.

Después de descubrir que esto no funcionará, probablemente se irá y buscará un lugar más adecuado. 1 Juan 2:18,19, dice: "… así ahora han surgido muchos anticristos [personas que toman el lugar de Jesús]; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestara que no todos son de nosotros."

ENTREGARLOS A SATANÁS

Parece que, en cierta ocasión, Pablo les recomendó a los cristianos dar un paso radical. En este caso, cuando alguien estaba pecando descaradamente y sin arrepentimiento, les instruía esto: "… el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús" (1 Co 5:5).

En otra situación, dos hombres, Himeneo y Alejandro, evidentemente habían caído en un pecado obvio. Se negaron a escuchar la voz de su conciencia y arrepentirse. Su pecado y su justificación del pecado habían ido tan lejos que sus vidas equivalían a una blasfemia contra la persona y la obra de Jesús. Sin duda, Pablo u otros trataron de advertirles y rescatarlos, pero fue en vano. Así que, al final, Pablo llegó al punto de la desesperación y, probablemente en oración, los entregó a Satanás para que aprendieran a no blasfemar (1 Tim 1:20).

El pensamiento detrás de este paso extremo parece ser que Dios les quitaría Su protección física a estos individuos. Entonces Satanás podría atacarlos de varias maneras, posiblemente incluyendo enfermedades, lesiones o la muerte. Del sufrimiento que produciría este castigo, se esperaba que estas personas se apartaran de su pecado y se arrepintieran.

Sin embargo, podemos "entregar a Satanás" todo lo que queramos, pero solo Dios, que entiende nuestros corazones e intenciones, sabe cuándo un castigo es beneficioso para la persona que lo recibe, y solo entonces lo permite. Es Dios quien está protegiendo a todos Sus hijos. El hecho de que unos pocos decidan que uno de ellos necesita castigo, no significa que esto refleja la actitud de Su corazón.

Lo positivo es que este tipo de oración deja toda la disciplina en manos de Dios. No indica alguna acción evidente que el grupo hace para castigar a alguien por sí mismos.

No creo que ninguno de nosotros deba llegar rápidamente a tal oración. Incluso si llegamos a este punto, nunca debe ser con una actitud de odio, ira o contienda, sino con la esperanza de que esta medicina curará y salvará al que está siendo juzgado de esa manera.

Tenga en cuenta la actitud amorosa de Pablo en 2 Corintios hacia el cristiano a quien previamente había entregado a Satanás. Parece que este hombre, que se acostaba con la mujer de su padre, se había arrepentido. Entonces, inmediatamente Pablo estuvo dispuesto a perdonarlo y recibirlo nuevamente en el grupo. Dijo esto: "... vosotros más bien debéis perdonarlo y consolarlo, para que no sea consumido por demasiada tristeza. Por lo cual os ruego que confirméis el amor hacia él" (2 Co 2:7,8).

DISCIPLINA EN LA IGLESIA

A lo largo de los años en los que he estado caminando con el Señor, he escuchado mucho acerca de la "disciplina de la iglesia". Muchos grupos diferentes de cristianos han creído conveniente expulsar a un hermano o hermana de sus reuniones. Las justificaciones de esto son variadas, pero la práctica siempre es bastante similar. Se expulsa del grupo a algún hermano y, luego, los demás no tienen más contacto con este. La intención aquí parece haber sido someter al infractor al mayor dolor emocional posible.

Con frecuencia, tales expulsiones se realizan para proteger al liderazgo establecido. En lugar de reflejar el corazón de Dios, son simplemente una forma de deshacerse de alguien que no está de acuerdo con el programa. A menudo, es solo una forma conveniente de que alguien mantenga su propia autoridad.

Aunque existe el caso ya mencionado en el que Pablo parece indicar que se debe tomar una acción corporativa con respecto a un cristiano pecador, no cabe duda de que esto no se hizo de una manera maliciosa, odiosa o cruel. A juzgar por los otros escritos de Pablo, específicamente el capítulo 13 de 1 Corintios, es el amor de Dios el que debe dominar todas nuestras palabras y acciones. Todos y cada uno de estos pasos deben tomarse con la esperanza de restaurar y rescatar al infractor. Cualquier actividad de este tipo debe reflejar el corazón de Dios.

Ciertamente, hay ocasiones en que el pecado de un hermano impenitente requiere que los cristianos dejen de tener comunión con este. No se puede obtener ningún beneficio espiritual al continuar en comunión con alguien que está negando la autoridad de Cristo sobre sus vidas. Continuar estas relaciones no solo no ayudará al pecador, sino que, con el tiempo, contaminará al resto.

Sin embargo, tal decisión por parte del grupo también debe ser dirigida por la Cabeza. Nunca debemos apresurarnos a excluir a alguien a quien Jesús ama. Tal acción no debe ser el resultado de una disputa de poder, envidia, falta de perdón u otra motivación carnal. Solo somos libres de descontinuar la comunión cuando Jesús mismo nos ha mostrado que el corazón de un individuo está pervertido; es decir, que no está buscándolo genuinamente a Él ni a Su reino y solo está usando la relación con los cristianos para motivos egoístas.

LA DISCIPLINA EN LA IGLESIA PERTENECE A LA CABEZA

Mi conclusión es que la disciplina en la Iglesia pertenece a la Cabeza. Jesús es el único responsable de cualquier medida disciplinaria que se pueda tomar. A pesar del ejemplo de Pablo de hacer algún tipo de oración conjunta con respecto a un hermano pecador, está claro que la respuesta a aquella oración permanece en manos de Dios. No eran los hermanos quienes ejecutaban algún tipo de juicio sobre otros. Eso todavía permanecía en las manos de Dios.

Ya hemos hablado en el capítulo anterior sobre el hecho de que Jesús juzgó a algunos cristianos. Esto fue sobre aquellos que estaban comiendo y bebiendo indignamente en la cena del Señor (1 Co 11:29-30). Estos hombres y mujeres no respetaban ni trataban a los demás como miembros del cuerpo de Cristo. No actuaban con los demás como lo harían con el mismo Jesús. No lograron "discernir" el cuerpo del Señor (1 Co 11:29); por lo tanto, se debilitaron, enfermaron o incluso murieron.

En el libro de Apocalipsis, tenemos otro ejemplo de juicio divino. Jesús le advierte a "Jezabel" y a los que están cometiendo pecados sexuales con ella que, si no se arrepienten, Él la arrojará "en cama; y en gran tribulación a los que adulteran con ella" (Ap 2:22).

Sin duda, estos versículos de Apocalipsis tienen aplicaciones espirituales más profundas más allá de un simple caso de adulterio, pero el mensaje es claro de que es Jesús mismo quien ejercerá este juicio. Él es "el que escudriña la mente y el corazón" (Ap 2:23). Es capaz de discernir los motivos de cada uno. Por tanto, Él y solo Él es digno y capaz de ejecutar el juicio que corresponde cuando se necesita. Es mucho más probable que tales juicios ocurran cuando la obra que se está llevando a cabo sea Su obra.

Hay algunas historias que he escuchado que parecen confirmar este pensamiento. Trataré de relatar una de ellas aquí. Un amigo mío aquí en Brasil, Geraldo, fue a visitar Sudáfrica hace varios años. Fue con un gran grupo de cristianos para presenciar un avivamiento que había estado ocurriendo entre la tribu zulú. En su percepción, esta era una obra genuina de Dios. No tenían liderazgo oficial. Era Dios mismo quien dirigía sus vidas y sus reuniones. Sus vidas y su comunión centradas en Cristo realmente lo impresionaron. Mientras estaba allí le contaron una historia.

Aproximadamente una semana antes de su llegada, un pastor de otra Iglesia había venido a una de sus reuniones. Como estas reuniones estaban abiertas para que cualquiera pudiera dar un mensaje o una exhortación, finalmente, este pastor se levantó a predicar. Poco después de comenzar su mensaje, cayó muerto, justo en frente de todos. Más tarde se supo que vivía en una situación adúltera. Parecía como si Dios hubiera juzgado esta situación sin que nadie tuviera que hacer Su trabajo por Él.

Creo firmemente que debemos mantener nuestras manos alejadas del juicio de Dios. Jesús es el que edifica Su Iglesia. Él es el que está ungido para hacer esta tarea. Sigámoslo, pues, en simple obediencia. Él hará el resto.

No hay necesidad de que tratemos de disciplinarnos unos a otros. La idea de que por cualquier motivo debamos tratar mal a alguien, someterlo al ridículo, evitarlo y convencer a los demás para que hagan lo mismo es realmente infantil y ridícula. Esto no le ministrará vida espiritual a nadie. Si alguien peca, debemos confrontarlo y reprenderlo. Si se arrepiente,

debemos perdonarlo inmediatamente. Si continúa en el pecado, entonces debemos orar para que Dios mismo lidie con el hermano a Su manera. Cuando le entregamos estas situaciones a Él, Él sabe cómo manejarlas con justicia y tiene el poder para hacerlo.

Aunque tenemos un papel que desempeñar, la edificación de la iglesia es realmente la obra de Dios. No es algo que hacemos por Él, sino algo que Él hace a través de nosotros. Recordemos nuevamente que Jesús dijo: "edificaré mi Iglesia" (Mt 16:18). Como hemos visto en los primeros capítulos, Él es la fuerza, Él es el centro, Él es la sustancia, Él es el foco, Él es la vida y Él es la Cabeza de todo.

NUESTRAS OBRAS SERÁN JUZGADAS

Jesús es el cimiento que ha sido puesto. Entonces se nos exhorta a ser muy cuidadosos en cómo edificamos sobre este cimiento. Es solo construyendo con la sustancia del mismo Jesús que podemos erigir algo que resistirá la prueba de la eternidad.

Esta es una advertencia extremadamente importante. Aunque es posible que muchos no hayan pensado en lo que esto significa ni en los resultados de la desobediencia en esta área, es un factor esencial en nuestra obra para Dios. Todos y cada uno de los cristianos deben tener esta verdad firmemente implantada en sus mentes, de tal manera que guíe sus palabras, sus obras y su comportamiento.

Cuando Jesús regrese, juzgará todas nuestras obras por la intensidad ardiente de Su presencia. Cualquier cosa que no haya sido hecha en Dios (Jn 3:21), ciertamente, arderá en llamas. En ese momento, será una vergüenza extrema y un momento de gran agonía si descubrimos que muchos de nuestros esfuerzos fueron simplemente expresiones de nuestra carne.

Si nuestras obras para Dios han sido meramente el resultado de la inteligencia, la educación o las habilidades propias; si solo se lograron con capacidades nuestro hombre natural; si solo fueron el fruto de la sabiduría y el esfuerzo humanos, en ese momento, la fealdad y la ineficacia de nuestras obras rebeldes serán evidentes ante todos.

Por lo tanto, corresponde a cada uno de nosotros humillarnos ante Él. Debemos arrepentirnos completamente de todo lo que hemos estado haciendo que no tenga su fuente en Él. Necesitamos desesperadamente detener cualquier obra que sea meramente madera, heno y hojarasca. Cualquier esfuerzo que sea meramente humano debe ser abandonado.

A continuación, debemos cultivar una intimidad con Jesús mismo, que se convertirá en la fuente y la inspiración de todo nuestro trabajo en Su morada. Debemos aprender a permanecer en la vid, de tal manera que el flujo de Su Vida en nosotros produzca frutos sobrenaturales (Jn 15:5). Necesitamos desarrollar una comunión espiritual con nuestro Señor y Rey que guíe nuestras palabras, obras y pasos.

De esta manera, y solo de esta manera, cuando estemos ante Él en ese Día, recibiremos una recompensa eterna. No seremos avergonzados, ni nuestras obras serán quemadas en Su presencia. Lo oiremos decir, en

presencia de todo el universo que vela y espera: "Bien, buen siervo y fiel [...] Entra en el gozo de tu Señor" (Mt 25:23).

Epílogo

A medida que diferentes hermanos y hermanas, en varias partes del mundo, han leído los primeros borradores de este libro, he tenido el privilegio de recibir algunos comentarios. Quizás, sorprendentemente, la mayoría de las respuestas han sido muy positivas. Parece que hombres y mujeres de todo el mundo anhelan este tipo de experiencia en la Iglesia. Un número incontable está insatisfecho con la condición actual de la Iglesia de Jesús y está buscando algo mucho más eterno y espiritualmente edificante.

Sin embargo, parece haber muchos que todavía tienen problemas con la idea de una completa libertad del liderazgo institucional humano. Parecen sentir que debe haber al menos un poco de autoridad posicional en el cuerpo de Cristo, en caso de que las cosas se salgan de control o para manejar algunas situaciones especiales. La idea de una ausencia total de cualquier figura de autoridad humana les parece impensable.

Estas afirmaciones generalmente están respaldadas por algunos de los versículos de la Biblia que ya hemos examinado anteriormente en este escrito. Tenía la esperanza de que las explicaciones ofrecidas y las mejores traducciones de estos versículos ya presentados hubieran sido adecuadas para apaciguar los corazones y las mentes de todos los que están genuinamente interesados en obedecer al Señor en esta cuestión. Sin embargo, dado que este es un tema tan importante, parece bueno volver a tocar brevemente este tema aquí al final de este libro.

La práctica de la autoridad posicional humana no puede ser bíblica por varias razones esenciales que quizás aún no se hayan aclarado por completo. En primer lugar, viola el principio de que Jesús es la única fuente de Vida de Su cuerpo. Ninguna cosa que pueda originarse de otra fuente, es decir, una figura de autoridad humana, puede producir nada de valor espiritual. De hecho, dejarse guiar por otra fuente es un grave error. Es un acto que, aunque parezca bueno, solo produce madera, heno y hojarasca.

Esta verdad es muy importante. Este es un principio esencial e inalterable. Solo la "fuente de la Vida" da lugar a la nueva creación. Todas las demás fuentes, sin importar cuán buenas, correctas o "calificadas" puedan parecer, son totalmente rechazadas. Son impotentes e incapaces de generar algo verdaderamente espiritual o eterno.

En segundo lugar, cualquier ejercicio de mera autoridad posicional viola el libre albedrío de los cristianos. Tal autoridad obra de una manera en la que Dios nunca, jamás opera.

Pensemos en esto juntos. La autoridad humana o "posicional" solo sería necesaria cuando alguien no está dispuesto a obedecer la autoridad espiritual de Jesús que fluye a través de Su cuerpo. Si alguien no obedece a Dios cuando le habla a través de Su Palabra, Su Espíritu, otros cristianos, etc., entonces podemos imaginar que alguien más tangible podría darle a esta persona un pequeño "empujón" en la dirección correcta. Podrían aplicar alguna pequeña fuerza terrenal para ayudar a esta persona a hacer lo correcto.

Sin embargo, esto es algo que Dios nunca hace. Si alguien no está dispuesto a obedecer, Él nunca lo obliga. Jesús nunca, nunca, empuja a

nadie a ir un centímetro más allá de donde está dispuesto a ir, incluso si es por su propio bien. Incluso si alguien está a punto de cometer un pecado grave, Dios no baja desde el cielo para detenerlo. Piense en esto un momento. Si Dios no hace algo, ¿deberíamos intentar hacerlo en Su lugar?

Ninguna cantidad de presión terrenal para tratar de obligar a alguien a hacer algo, incluso si es la voluntad de Dios, tendrá algún valor eterno. Incluso si podemos persuadir a alguien para que obedezca y haga algo que es obviamente correcto, si pone alguna resistencia a este camino, no obtendrá ningún beneficio espiritual.

Cualquier "obediencia a Dios" que no sea de corazón es inútil. No le servirá de nada para transformarse. En cambio, cuando el corazón está abierto y listo para obedecer, la autoridad posicional es completamente innecesaria.

Dado que el ejercicio de la autoridad posicional viola estos dos principios claros, esenciales e inviolables, no se puede pensar que provenga de Dios. Por lo tanto, debemos reajustar nuestro pensamiento para conformarnos a la voluntad revelada de Dios. No debemos ser prisioneros de la práctica y la enseñanza comunes. En cambio, debemos entender todos y cada uno de los versículos de la Biblia solo de maneras que se ajusten a los principios espirituales absolutos y también a las claras enseñanzas de Jesús que hemos examinado en capítulos anteriores.

Jesús dijo: "*Toda* potestad me es dada en el cielo y en la Tierra" (Mt 28:18). ¿Qué sobró entonces? Nada. En ninguna parte lo encontramos repartiéndole un poco de esta autoridad a otros, excepto para ejercerla sobre los demonios. Esta situación sigue vigente. Él conserva *toda* la autoridad.

CONTRIBUIR

Otra pregunta que ha surgido con respecto al tema de vivir juntos en el cuerpo de Cristo sin liderazgo humano es acerca de contribuir. A muchos se les ha enseñado a contribuir a una institución. Se les ha enseñado que deben dar su "diezmo" a la iglesia a la que asisten. Si ahora no tienen una "iglesia" a la cual contribuir, ¿qué deben hacer?

Nuestra respuesta en este escrito no pretende ser un análisis completo sobre el tema de "contribuir". No es nuestro propósito aquí analizar la cuestión de las diferentes clases de ofrendas ni cuánto debemos dar.

El objetivo principal de esta respuesta es que debemos aprender a seguir al Espíritu Santo en nuestra contribución. Así como Él debe ser el Señor de todas las demás partes de nuestras vidas, cuando demos dinero y otras cosas, esto debe ser dirigido por Él. Dios nos mostrará dónde y cómo contribuir. Podría ser para los pobres. Podría ser para satisfacer las necesidades de los hermanos que nos rodean. Podría ser para apoyar a alguien que se ha entregado a la obra del Señor. Por ejemplo, alguien que esté trabajando como misionero o dedicándose a algún trabajo espiritual u otro podría necesitar ayuda financiera.

El diezmo pertenece a la casa de Dios. Pero la casa de Dios son las personas, no algún tipo de organización. Su casa son los hombres y las

mujeres que Le pertenecen a Él. Por lo tanto, darles a ellos es darle a la casa de Dios.

Si somos parte de alguna organización religiosa que tiene gastos como el mantenimiento de edificios, facturas de electricidad, salarios de trabajadores, etc., entonces tenemos la responsabilidad de pagar nuestra parte de esos gastos. Así como los miembros de un club tienen que pagar sus cuotas porque se benefician de la estructura y funciones de ese club, también cualquiera que se beneficie de su participación en un grupo organizado debe ser responsable de su parte de los gastos.

Sin embargo, tal vez deberíamos tener cuidado de llamar a esto darle "a Dios". Si simplemente estamos pagando nuestra parte, si somos nosotros mismos los que nos beneficiamos, entonces simplemente nos estamos dando a nosotros mismos. Darle a Dios es una forma de contribuir de la que no obtenemos ningún beneficio personal.

MINISTERIOS MÁS GRANDES

Como se mencionó en un capítulo anterior, puede que algunos hermanos o hermanas tengan un don muy poderoso para el ministerio ungido. Ciertamente, estos dones son importantes y necesarios para todo el cuerpo de Cristo e incluso para los incrédulos.

Sin embargo, un hecho parece destacarse cuando se habla de tales ministerios. En el Nuevo Testamento, tanto en el ministerio de Jesús como en el de los apóstoles, ningún ministerio se llevó a cabo nunca como un espectáculo. El uso de dones espirituales poderosos e imponentes nunca se hizo con la idea de impresionar a otros, llamar la atención ni ganar fama o fortuna.

Cuando Jesús sanó a algunas personas, les dijo específicamente que no se lo dijeran a nadie (Mt 8:4; Lc 8:56). Hizo muchos de Sus milagros en secreto. Incluso insistió en que no le dijeran a nadie que Él era el Cristo antes de partir (Mt 16:20). Incluso cuando sanó públicamente, no lo hizo como una especie de espectáculo ni para atraer atención. No hizo ningún esfuerzo por ganar fama ni seguidores mediante el uso de Sus dones. Los apóstoles en la Iglesia primitiva no hicieron un circo ni un espectáculo con los ministerios que Dios les había dado. A medida que Dios los usaba en el curso normal de la vida, usaban sus dones para *Su* gloria, no para la de ellos mismos.

Entonces, esto lleva a la conclusión obvia de que nosotros tampoco debemos usar nuestros dones de ninguna manera que nos glorifique a nosotros mismos. Tal vez podamos cantar bien o predicar. Posiblemente tengamos dones de sanidades o milagros. Si es así, debemos estar constantemente atentos para usar estos dones solo de maneras que glorifiquen a Jesús y no a nosotros mismos.

Si nos damos cuenta de que nos estamos convirtiendo en el centro de atención o le quitamos gloria a Dios, a quien esa gloria pertenece, debemos arrepentirnos ante Él y buscar formas de usar nuestros dones que no produzcan este feo resultado natural. Ciertamente, el Señor ha dado dones

a Su pueblo para que los use de maneras que promuevan Sus maravillosos y gloriosos propósitos y Su Reino.

LA IGLESIA REAL PUEDE NO PARECER IMPRESIONANTE

A medida que aprendemos a vivir en amor con todos nuestros hermanos y hermanas, esta nueva experiencia y la revelación que estamos recibiendo pueden ser emocionantes. Tal vez porque nos entusiasme una nueva experiencia del cuerpo de Cristo y esperamos que la mayoría de los demás cristianos también quieran vivir de esta manera. Incluso podríamos pensar que nuestro pequeño comienzo se convertiría en algo realmente impresionante que sacudiría al mundo. Al igual que los primeros discípulos, podríamos imaginar que ahora es el momento de que Jesús venga y asuma el mando de Su Iglesia, y realmente haga que las cosas sucedan. No obstante, puede que esto no sea lo que realmente ocurra.

Seguramente, a medida que obedezcamos a nuestro Señor, aprendiendo a reunirnos en torno a Él y en sumisión a Él, veremos Su mano moviéndose con poder y cómo transforma muchas vidas. Sin embargo, es posible que esto nunca se convierta en algo impresionante a los ojos del mundo o incluso de otros cristianos. Es posible que nuestra experiencia nunca alcance tal cenit de popularidad que la Iglesia en todo el mundo cambie instantáneamente. Nuestra manera de servirle al Señor y a los demás probablemente nunca llegue a ser universalmente popular. Debemos preparar nuestros corazones para esto.

Hay varias razones para esto. En primer lugar, los caminos de Dios no suelen ser ostentosos. Él mismo es humilde y busca tener comunión con otros que también son humildes. Dios no está deseando hacer algún tipo de alboroto grande e impresionante ni alardear de Su poder y gloria. Su meta es transformar a hombres y mujeres a Su imagen. Entonces, es probable que cuando Él tenga el control de Su Iglesia, los resultados no sean impresionantes en términos de reconocimiento mundial, popularidad, etc.

Esto puede compararse quizás con la primera cena pascual que Jesucristo instituyó. Esta fue una cena santa y sublime. Sin embargo, había muy poco en ella que pudiera atraer al hombre natural. Sí, había carne asada, pero probablemente sin ningún condimento, tal vez ni siquiera sal. Luego estaban las hierbas, pero eran amargas y poco atractivas. Para rematar, había un tipo de pan duro sin ninguna levadura que ayudara a hacerlo más sabroso. Pero esta fue la manera de Dios.

Otro aspecto que se debe considerar es que muchos hijos de Dios no están verdaderamente procurando complacerlo ni andar en intimidad con Él. Es triste, pero cierto, que muchos que ya recibieron a Cristo como Salvador no lo están siguiendo de todo el corazón como el Rey de sus vidas.

Si bien pueden mantener cierta apariencia de cristianismo, es decir, ir a las reuniones de la iglesia de vez en cuando o abstenerse de algunos pecados más graves, sus corazones no se han cautivado por una intimidad

diaria con Jesús. En consecuencia, no estarán entusiasmados con el tipo de experiencia de Iglesia que estamos recomendando.

Los caminos de Dios no atraen al hombre carnal. Él ofrece poco que sea atractivo para la carne. Lo mismo se aplica también a la experiencia de la Iglesia guiada por Él y llena de Él. Habrá muy poco que atraiga a cristianos carnales o infantiles.

No habrá un montón de eventos sociales, entretenimientos ni "grupos de apoyo" para captar su atención. Solo aquellos que se toman en serio complacer a Jesús se sentirán atraídos. Por lo tanto, esta forma de vivir la vida de Jesús con los demás nunca será universalmente popular.

PASAR TIEMPO JUNTOS

Una de las pocas cosas que tenemos para ofrecerle a Dios es nuestro tiempo. Él no necesita nuestra energía ni esfuerzos humanos. Pero el tiempo es un elemento esencial en la experiencia de la Iglesia verdadera. Para servirnos unos a otros, amarnos unos a otros, edificarnos unos a otros en la vida, usar nuestros dones y ministerios, llegar a conocer a los demás en el Espíritu, etc., debemos pasar tiempo unos con otros. Simplemente no hay sustituto en nuestra búsqueda de más realidad en nuestra experiencia de Iglesia, que pasar tiempo con otros cristianos. No hay otra forma de mantener o edificar las relaciones necesarias para sostener a la Iglesia viva.

Aquí encontramos una de las claves más importantes para experimentar la verdadera Iglesia. ¡Debemos tener tiempo para pasar juntos! Por lo tanto, la disponibilidad de nuestro tiempo para que Dios lo use en estas actividades antes mencionadas es fundamental. Esto significa que debemos reorganizar nuestras prioridades. No debemos dejar que otras exigencias y presiones nos dominen.

Hay mucho de verdad en el dicho: "La gente encuentra tiempo para lo que es importante para ellos". Por ejemplo, si a alguien le encanta pescar, se levantará antes del amanecer, se quedará despierto hasta tarde en la noche y hará muchos otros sacrificios para poder hacer lo que ama. Donde invertimos nuestro tiempo revela lo que es más importante en nuestras vidas.

Muchos hermanos y hermanas son prisioneros de sus negocios. Les dedican todo su tiempo y atención. Otros se distraen de la obra del Señor con entretenimientos. Otros simplemente dedican su tiempo a las diversas necesidades y exigencias de esta vida.

Sin embargo, todos y cada uno de los cristianos que deseen vivir y experimentar una experiencia de Iglesia más viva deben hacer una prioridad pasar tiempo con otros cristianos. Si no lo hacen, ocurrirá muy poco que tenga valor eterno. Si no dedicamos tiempo a estar juntos, no veremos de una forma más amplia la Iglesia verdadera.

Este tiempo en la compañía de hermanos y hermanas podría ser simple compañerismo o confraternización. Podría ser orar juntos. Pueden ser reuniones, orientación o el uso de distintos dones y ministerios. Exactamente qué hacemos juntos no es tan importante como el hecho de que tengamos tiempo disponible para estar juntos.

Por supuesto, el otro ingrediente esencial es que debe ser Jesús quien esté dirigiendo estas ocasiones. Cada vez que dos o más cristianos consigan entrar en Su presencia juntos, Se ministrará a Sí mismo a través de ellos, edificando así Su propio cuerpo. Cuando entremos juntos en Él, todos nos beneficiaremos inmensamente.

Por lo tanto, aquellos que se toman en serio vivir juntos a Cristo serán personas que busquen dedicar su tiempo a conocer a Jesús íntimamente y servirle a Su cuerpo diariamente. Sin tal compromiso de nuestro tiempo con el Señor, nada de mucho valor eterno sucederá. La obra del Espíritu entre nosotros se retrasará severamente.

Si ocupamos nuestro tiempo con otras actividades, no importa cuán lógicas o justificables puedan parecer desde un punto de vista humano, el verdadero funcionamiento de la Iglesia será muy limitado. Los cristianos que buscan una expresión más viva del cuerpo de Cristo deben reorganizar sus prioridades con el fin de que su tiempo esté disponible para que su Señor lo use.

En la verdadera expresión del cuerpo de Jesús, no hay hombres ni mujeres que hagan todo el trabajo o la mayor parte de este. Aquí, todos tienen la responsabilidad ante Dios de amar y servir. En consecuencia, el tiempo que tenemos disponible para que Dios lo use se vuelve esencial. Si somos esclavos de algo sobre lo que no tenemos control (muchas horas de trabajo, por ejemplo), entonces durante ese tiempo estamos libres con respecto a la obra del Señor. Pero durante los momentos en que estamos libres de tales exigencias, debemos considerarnos como esclavos del Señor (ver 1 Co 7:22).

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR EN ESPAÑOL:

DE GLORIA EN GLORIA

La transformación del alma

Este libro aborda de una manera seria y desde una nueva perspectiva muchos conceptos enseñados en la Iglesia evangélica de nuestros días. El lector encontrará tópicos que, además de esti- mular una profunda reflexión, abrirán paso para una comprensión de los propósitos de Dios mucho más amplia de la que probable- mente haya tenido hasta ahora.

Si tiene hambre del conocimiento de Dios y un corazón abierto y sincero para recibir Su verdad, tenemos total confianza de que Él usará este libro para revelársele de una manera más com- pleta y poderosa.

ARREPENTIMIENTO PARA LA VIDA

La clave de la intimidad con Dios

Cuando una persona recibe a Cristo, al mismo tiempo, reci- be muchos beneficios maravillosos. Algunos de estos "beneficios" son tan maravillosos que son casi increíbles, pero ciertamente exis- ten y están disponibles para cualquiera que crea. Todos los hijos de Dios tienen la posibilidad de disfrutar, de manera creciente e interminable, la abundancia de estos tesoros celestiales.

Sin embargo, hay algunos pasos esenciales que un cristiano debe tomar para recibir todos los beneficios ofrecidos. Si queremos acceder a ellos, debemos cumplir con los requisitos previos de Dios para que Él pueda hacer Su obra transformadora en nosotros.

Este libro es un ensayo que analiza algunos de estos santos beneficios y cómo todo cristiano puede experimentarlos al máximo.

VENGA TU REINO
En la tierra como en el cielo

Este libro no es simplemente una investigación más sobre las profecías que hacen referencia a los últimos días. En vez de esto, es una discusión acerca de un aspecto del evangelio de Jesucristo muy descuidado: el evangelio del reino. En la Iglesia actual, nume- rosos creyentes ignoran completamente la importancia del reino milenial que vendrá, y el impacto que este reino debe tener en sus vidas actuales.

Este libro pretende cubrir esta brecha. Puede que en su con- tenido encuentre muchas cosas nuevas y diferentes. Pero esto no debe frenar a aquellos que tienen una sed genuina de Dios y de Su verdad. Este libro fue escrito con la expectativa de que todos los que aman a Jesucristo y desean conocerlo más profundamente puedan encontrar muchos beneficios.

AUTORIDADE ESPIRITUAL GENUINA

Sin duda, la sumisión a la autoridad es fundamental para todo creyente. Pero con tantas voces que afirman tener autoridad, ¿cómo podemos saber cuál autoridad es la verdadera? Este libro aborda el tema de la autoridad espiritual desde una nueva perspectiva. Su enfoque está en cómo podemos reconocer la manifestación del liderazgo del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo. Es un tema crucial para todo seguidor de Jesús.

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR QUE PRÓXIMAMENTE

SE TRADUCIRÁN A ESPAÑOL:

ANTICRISTO

La venidera aparición del anticristo y el establecimiento de su reinado ha sido materia de intensos debates a lo largo de la historia de la Iglesia. Ya que el panorama actual parece indicar que pronto será el final de nuestros días, tal debate se ha vuelto todavía más importante.

BABILONIA

En este libro, encontrará un análisis coherente y actual sobre muchas visiones descritas en el libro de Daniel. Tales análisis podrán ayudar los lectores a entender los eventos que precederán a la venida del anticristo, en el contexto de nuestra presente situación mundial.

SEÑALES DEL FIN

Con este libro, el autor desea ayudar a los creyentes a identificar las señales del fin que se manifiestan actualmente (y que muchos no han percibido) y a prepararse para lo que se aproxima.

LUZ EN LAS TINIEBLAS

¿Cómo podemos ser liberados de la influencia de espíritus malignos y del poder de las tinieblas?

¿Cómo podemos ser liberados de nuestro propio pecado y egoísmo?

¿Es posible ser realmente cambiado y liberado del pecado?

Estas son las preguntas que aborda este pequeño libro.

Si busca la libertad, la verdadera libertad, que se encuentra en Jesús, este libro es para usted.

EL EVANGELIO OCULTO

¿Por qué la Iglesia cristiana de hoy está tan llena de ego y pecado?

¿Es posible que no nos hayamos dado cuenta de algo?

Algunas interpretaciones inadecuadas de palabras griegas importantes que encontramos en los antiguos textos bíblicos han hecho que muchos reciban actualmente un mensaje diluido.

El mensaje bíblico, cuando se entiende correctamente, es mucho más transformador y poderoso de lo que muchos imaginan.

Este libro revela algunas verdades bíblicas importantes que han permanecido ocultas durante siglos.

SEMILLAS 1 Y 2

Estas publicaciones, entre otras, reúnen 19 estudios publicados por David W. Dyer. Tratan asuntos diferentes, pero con una gran profundidad.

En "Guardar el sábado o no", el autor hace un análisis sincero sobre el asunto desde una perspectiva poco conocida en el medio cristiano.

En "Tres principios esenciales", descubrirá que formar parte de la iglesia y experimentar el Cuerpo de Cristo pueden ser dos experiencias diferentes. Muchos miembros del Cuerpo todavía no han tenido una experiencia sobrenatural con el Cuerpo de Cristo, y en este estudio conocerá los pasos imprescindibles para lograrlo.

En "El sacerdocio", el autor destaca el tema del llamado de cada cristiano al sacerdocio, algo que muchos han descuidado y que muchos otros desconocen.

EL REINO PERDIDO

¿Establecerá Dios un reino físico en la Tierra?

¿Se han cumplido ya la mayoría de las profecías bíblicas respecto al reino? ¿O debemos anticipar una manifestación mayor de este reino en el futuro?

¿Es el "reino de Dios" lo mismo que la eternidad o el cielo?

A pesar de las extensas enseñanzas de Jesús sobre el reino en la Biblia, el concepto sigue siendo ampliamente malentendido hoy en día, debido a que se está perdiendo la comprensión del mensaje verdadero de Jesús. Esta verdad perdida sobre el reino podría llevar a consecuencias graves en nuestras vidas, tanto ahora como en el futuro.

Este libro es una investigación de este tema crucial. Discutiremos tanto la expresión actual de este reino celestial como las futuras consecuencias que nuestra sumisión o rebelión contra el Señor tendrá en nuestras vidas.

Oramos para que este libro te bendiga, te brinde orientación e inspire una búsqueda más profunda del reino de Dios en tu vida.

EL NUEVO TESTAMENTO:
LA TRADUCCIÓN DE LA VIDA DEL PADRE

Para leer en línea o pedir libros sin costo, visite nuestro sitio web:
https://www.granodetrigo.com/

*

David W. Dyer

e-mail: davidwdyer@yahoo.com

Nos comunicamos en inglés y portugués.

Ministerios "Un Grano de Trigo" busca distribuidores de libros en todas partes del mundo. Si está interesado, póngase en contacto con nosotros para obtener más información.